VIVENCIAS EXTRAÑAS Y TENEBROSAS
EN LA ARQUEOLOGÍA



SOMBRAS Y SUSURROS

COORDINADORES
LUIS ALBERTO LÓPEZ WARIO
LUIS ALBERTO MARTOS LÓPEZ

R.

VIVENCIAS EXTRAÑAS Y TENEBROSAS
EN LA ARQUEOLOGÍA



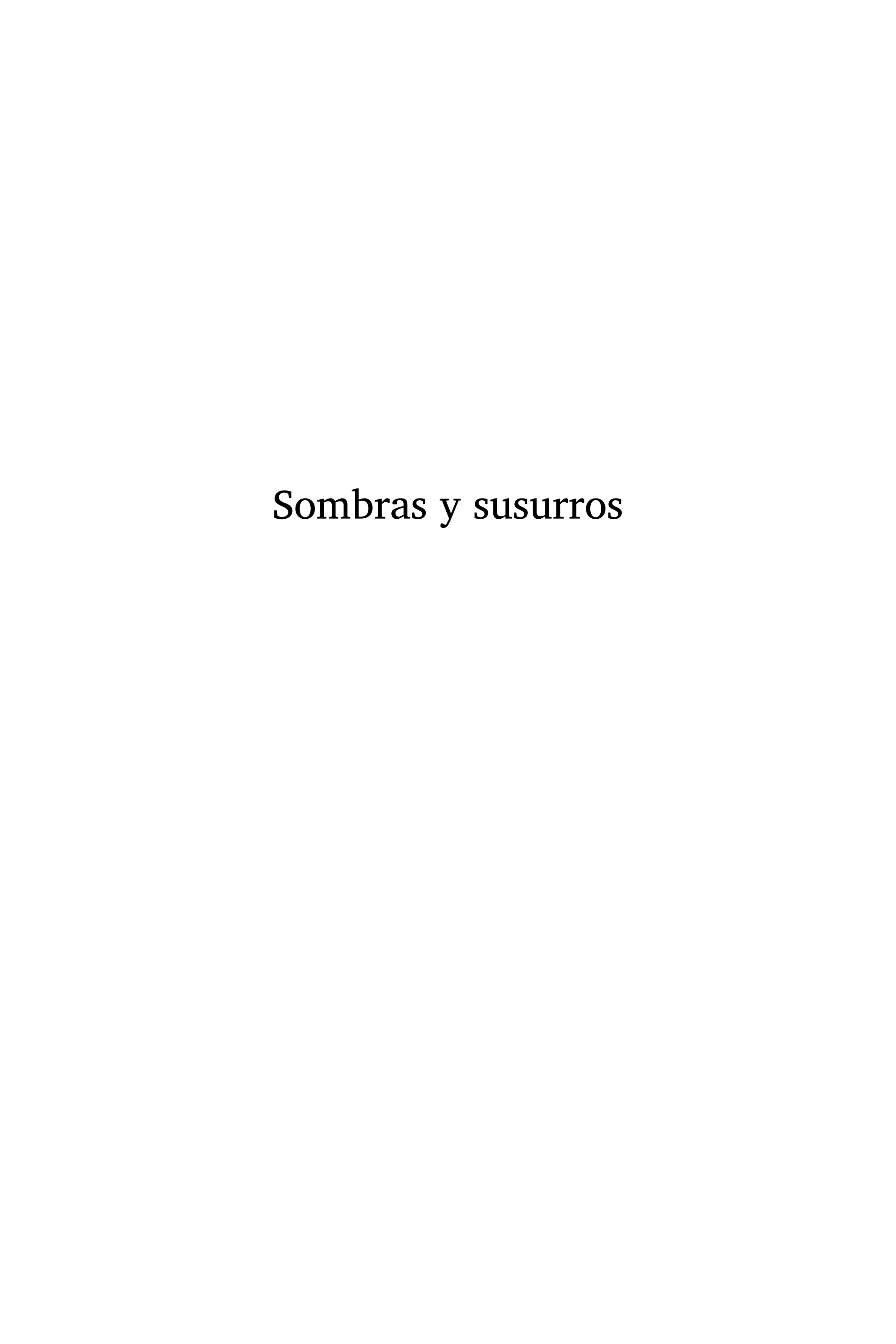
SOMBRAS Y SUSURROS

COORDINADORES

LUIS ALBERTO LÓPEZ WARIO

LUIS ALBERTO MARTOS LÓPEZ

R.



Sombras y susurros

Sombras y susurros.
Vivencias extrañas y tenebrosas en la arqueología
Luis Alberto López Wario y Luis Alberto Martos López

Editado por:
PUNTO ROJO LIBROS, S.L.
Cabeza del Rey Don Pedro, 9
Sevilla 41004
España
911.413.306
info@puntorojolibros.com

Impreso en España
ISBN: 978-84-19093-99-8

Maquetación y producción: Punto Rojo Libros

Índice

Agradecimientos

Una aventura de este tipo, en que la pluma y el teclado, el papel o la pantalla son nuestros medios, siempre se vive en colectividad, y aunque parezca ser el resultado de esfuerzos individuales, estos son compartidos y requieren muchos soportes.

No es la excepción este libro que busca llegar, por esos medios materiales, al fondo de las memorias escondidas, esas que se han platicado en susurros y que se revivieron muchas veces en las sombras, al igual que la mayoría de los hechos aquí narrados, y que se han mencionado incluso con pena o temor de referirlos, por el maldito "qué dirán". Superada esa nefasta etapa, se siente lo fresco de la apertura ante las palabras ajenas y las propias, en las que se comparten situaciones y miedos, memorias que nos identifican y nos permiten vernos en los ojos y el ser de otros.

Se necesita de un doble valor para esto; primero, el de haber vivido y enfrentado las situaciones en las actividades de campo, asumirlas, sobrellevarlas y sobrepasarlas, por desagradables, inquietantes o intensas que hayan sido, lo que ya de por sí supone valentía y carácter. Pero quizá más agallas se necesitan para narrar, para exponer este tipo de experiencias, que para algunos podrán ser tachadas de increíbles, poco objetivas o poco científicas y que, sin embargo, sucedieron.

En mucho por ello, esta compilación ha sido un disfrute, fue un privilegio y un honor discurrir a través de las vivencias de los colegas y amigos; así, agradecemos la generosidad de todos los autores/narradores de estas extrañas historias, al aceptar la invitación a participar en esta obra, por su buena disposición para compartir sus experiencias, sin dudas ni temores. Gracias por permitir que esas vivencias trasciendan a través de la palabra escrita, que hayan accedido a compartirnos sus recuerdos, volverlos a la luz, en una

recreación en ocasiones dolorosa de esos sucesos oscuros.

Con estas narraciones se puede reflexionar ante esos acontecimientos extraños y misteriosos, y saber que aún sin explicaciones encontramos constantes y coincidencias, y que esas aventuras se presentan en muchos horizontes, en diversas épocas y con múltiples personajes, en que más allá de la razón humana y la formación escolar de los participantes se arriba a una base original, en que los hechos de esa realidad obligan a los actos/reacciones fundamentales, y que podamos entender que se requiere apertura ante la naturaleza, respeto a las creencias ajenas y aceptar que existe un sincretismo en sucesos, ideas y eventos al que tenemos que atender, que nos encaminemos a considerar lo que permanece y lo que se pierde.

Por ello, el más genuino y sincero agradecimiento y admiración a todos los participantes. Esperamos que al final el resultado les sea tan bueno y satisfactorio como lo es para nosotros, porque creemos que nace un libro diferente y, sobre todo, muy personal, muy humano. Con esos textos, sus memorias permanecen y sirven a la colectividad, dando voz a los silenciosos o silenciados.

Gracias también a todas las personas que han revisado con detenimiento y ojo acertado las líneas escritas, con lo que se cuenta ahora con un texto pulcro y entretenido, que muestra partes escondidas de la realidad que se vive y que incluso resultó catártico para varios de los que en el libro participamos. En particular, queremos agradecer a la maestra Aline Lara Galicia, investigadora del Departamento del Instituto de Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Sevilla, quien amablemente accedió a realizar una minuciosa revisión final del texto; gracias por sus comentarios y observaciones.

Gracias a nuestros particulares entornos, a nuestros amores que nos arropan y dan razones. Gracias por su paciencia ante los tiempos que hemos dedicado a conjuntar esta obra, por sus palabras de aliento y por sus atinados comentarios y sugerencias, que con claridad han

permitido fortalecer este libro tanto en su enfoque como en su estructura, y que le dan calor y color. Gracias por ayudar en la construcción de este memorial.

Yo, Luis Alberto Martos López, agradezco a mi querido amigo y tocayo, Luis Alberto López Wario, por su entusiasmo por emprender esta que ha sido una larga pero espléndida jornada. Gracias por que a través de las largas pláticas para ponernos de acuerdo y para coordinar este proyecto, a través del intercambio de perspectivas y de ideas yo he aprendido mucho y por ellos estaré siempre en deuda.

Agradezco también a mi esposa, Patricia Carrillo, por su entusiasmo por este libro, por su apoyo y por los comentarios que fueron tan acertados y valiosos para mejorar el trabajo.

A mi hijo Diego A. Martos agradezco por que generosamente y con gran entusiasmo realizó el diseño de lo que sinceramente creo que es una espléndida portada; estoy convencido que supo captar perfectamente la esencia del libro.

En general quiero agradecer también a todos los colegas y amigos que con gran entusiasmo apoyaron el proyecto y nos animaron para que cristalizara en este libro.

Yo, Luis Alberto López Wario doy gracias a mi querido Tocayo, Luis Alberto Martos López por invitarme a compartir esta aventura que nació como un juego y creció, y ahora la vemos fuerte y completa, resultado de un proceso gozoso. Gracias Tocayo, así esta y muchas más, las que alcancemos, ¿sale? Con cariño. Aún hay mucho trecho por andar, y dar a luz nuevos libros. En todo momento con esa lucidez y energía que te caracterizan. Gracias.

Doy infinitas gracias a Xóchitl, mi esposa y compañera, a ese par de luces de mis ojos que son mis hijos Laura Emilia y Juan Manuel, y a mis hermanos Víctor, Carmen, Arturo y Lourdes, los que aún gozo en vida y a mi hermano Gabriel que se mudó a mi corazón junto con mi Samuelito en el 2020, a todos ellos que son mi núcleo duro. Ustedes en esta pandemia tuvieron que soportar mis obsesivas pláticas un día

sí y otro también acerca de este conjunto de historias plenas de memorias; gracias porque siempre me llevan a que me pose en la tierra, y no ande divagando en lugares de tontería (no siempre lo logran, pero eso no es su responsabilidad). Gracias por permitirme darme a ustedes. Escribo para dar, pero escribo por ustedes. Gracias, con mi amor.

Esperamos, en fin, que esta lectura sea del agrado y disfrute del gran público lector, siempre ávido de buenas historias. Habrá mucho de que platicar, habrá quizá quien encuentre lugares comunes, coincidencias y otros detalles, pero allí que cada quien haga lo suyo. Lo nuestro ha sido reunir las historias, nada más, y presentarlas tal cual, en las palabras de sus autores, con toda su sinceridad, para que el propio lector pueda "vivirlas" de alguna manera y luego pensarlas y comentarlas. Gracias lector, porque nos permites entrar en tu casa y esperamos en tu ser. Esperamos que estas memorias recogidas te agraden y te hagan reflexionar en las vidas que permanecen con nosotros, en las que se han adelantado, pero están aquí como guardianes protectores y como luces, en este entorno, atendiendo a la fuerza y las energías de nuestra Madre Tierra, para que vivamos con ella, y no de ella.

De corazón mil gracias a todos. No deseamos alargarnos más, pues damos paso a que el lector se adentre por este espléndido mundo de las sombras y los susurros compartidos. Como dice el cantante: Gracias, totales.

Luis Alberto Martos López, Kelowna B. C./Luis Alberto López Wario, Coyoacán, Ciudad de México.

Verano de 2021 (segundo año de la pandemia).

Luis Alberto López Wario y
Luis Alberto Martos López

Sombras y susurros

Vivencias extrañas y tenebrosas en la arqueología

La experiencia arqueológica: entre lo “mágico” y lo “maravilloso”.

Luis Alberto Martos López[1] y
Luis Alberto López Wario[2]

¿Qué es un fantasma?
Un evento terrible condenado
a repetirse una y otra vez.
Un instante de dolor.
Quizás algo muerto,
que parece por momentos vivo aún.
Un sentimiento suspendido en el tiempo,
como una fotografía borrosa,
como un insecto atrapado en ámbar.
Guillermo del Toro,
El espinazo del Diablo
(España, El Deseo, 2001)

Durante el siglo XIX irrumpió en Europa para las artes la corriente del Realismo, como reacción al Romanticismo del que rechaza su individualismo, sentimentalismo y exotismo, en una nueva forma de entender el mundo que pretende ser expresión clara y directa de la realidad, tal cual es, en todas sus dimensiones sociales, con sus conflictos y crudezas[3].

Sin embargo, para describir la existencia americana, el Realismo resultaba insuficiente, por lo que al trascender estas latitudes resurgió como “Realismo mágico”, que busca ser mucho más receptivo y abierto, porque se entendería que la vida americana transcurre a partir de la dualidad realidad-magia.

América participa, así, de una u otra manera en ese vínculo entre lo manifiesto y lo oculto, entre la claridad y el misterio y lo oscuro y luminoso, entre el bien y el mal, lo material y lo espiritual, entre lo real y lo mágico, entre la vida y la muerte. El paisaje mismo, la

historia y el propio ser humano americano se mueven en esas dualidades, las que coexisten en un mismo tiempo y espacio, como componentes inseparables de una cotidianidad que es realidad, asumida y aceptada.

En el Realismo mágico, lo sobrenatural, la magia y la realidad son los componentes que matizan una dimensión espacio-temporal diferente, en donde todo es posible[4]. Bastaría tan sólo mencionar el papel predominante de la magia y la hechicería en obras de las dimensiones de *Balún Canán* de Rosario Castellanos o lo sobrenatural en *Pedro Páramo* de Juan Rulfo y en *Aura* de Carlos Fuentes, o el ya clásico caso del universo del mítico Macondo en esos años de soledad de los Buendía, a través de los recuerdos de García Márquez, por citar sólo unos ejemplos.

Pero en esta nuestra *realidad americana*, los escritores de la llamada Nueva Narrativa Hispanoamericana también descubrieron y describieron una *realidad maravillosa* en sí misma, que se manifiesta de manera natural, sin necesidad de forzar la imaginación creadora. Así surge lo “real-maravilloso”, que no es tan sólo una visión fiel y auténtica de la realidad (¿qué sería ese ente?), sino toda una concepción y percepción del mundo[5].

Y es que en toda la América el ser humano está de lleno integrado a su medio ambiente, a sus cosmovisiones y creencias. Lo real-maravilloso está asimismo del todo involucrado con la vida cotidiana, en donde coexisten diferentes tiempos y ritmos históricos, espacios y seres que rebasan lo cotidiano y lo contemporáneo.

Así, una diferencia entre las visiones de lo *Real-maravilloso* y del *Realismo mágico* se encuentra en que para la concepción del primero interviene la subjetividad del autor, en el sentido de que puede percibir una realidad que, para algunos, para los que la viven, es algo cotidiano, pero que, para otros, los que la “descubren”, resulta en una situación maravillosa, precisamente por el hecho de no vivirla día con

día, de no estar habituado a ella. Un buen ejemplo se manifiesta en *Los pasos perdidos* de Alejo Carpentier, en donde se describe vivamente el paisaje, las costumbres y la forma de vida en la región del Orinoco en Venezuela e incluso en ese compendio de narraciones en *Memoria del fuego*, de Eduardo Galeano.

Pero esas concepciones y formas de ver la vida no encuentran caminos sencillos para comunicar las experiencias y visiones del ser humano. Esta situación se exacerba pues resulta un tránsito común definir como pares encontrados al análisis de los hechos y al relato de los mismos, con lo que se manifiesta así que el discurso de la ciencia es opuesto a la narrativa.

En ese mar de contradicciones y contraposiciones navega una actividad que permite aproximarse a las formas de vida antiguas: la arqueología, esa área del conocimiento que busca recuperar la forma de vida de los grupos sociales que nos antecedieron a través del análisis de las evidencias materiales que dejaron en su paso por este mundo y del cual los estudiosos dan parte de los acontecimientos que desvelan, en una propia narrativa.

A ese intrincado camino se suma que los campos de conocimiento como la arqueología y otros del espectro de la historia no pueden abordarse asumidos como si fueran un ente homogéneo y mucho menos estático. Es una gran paradoja e incluso resulta contradictorio ontológicamente negar o minimizar esa continua transformación de las formas de abordar el conocimiento, al restar la indispensable base dinámica en las áreas del saber histórico.

A pesar de su nutricia trayectoria histórica, no se ha logrado el consenso acerca de si las áreas del conocimiento social explican, o bien interpretan o acaso se deben limitar a presentar (describir) los elementos que encuentran, para que el espectador, visitante o lector los interprete y entienda a su particular manera y capacidad[6].

En general, también hay acuerdo en que se requiere que se tome

en cuenta ese ámbito al que se le llama el contexto arqueológico, y en concreto determinar si los artefactos (o elementos naturales) se encuentran en un depósito bajo tierra o expuesto a la intemperie, si forman parte de las evidencias y entorno de una cueva, refugio o construcción, si están bajo el agua ya sea marina, de cenote, lago o río, o fueron parte de una ofrenda, una tumba, un relleno o asociado a un muro, en espacios que pueden ser entendidos como domésticos, cívicos, rituales, militares, entre muchas posibles variantes para el registro de elementos arqueológicos.

En ese sentido es que siguiendo a, entre otros, Sánchez García (2016)[7] se establece que "la motivación principal de los arqueólogos es la búsqueda e investigación de las asociaciones y la interpretación y definición del tipo de contextos que estos hallazgos representan", por lo que subraya con acierto que para un arqueólogo "su labor no consiste en la recuperación aislada de objetos".

En contraste, ante esa minuciosidad técnica y metodológica relacionada con los objetos, no siempre los estudiosos del pasado consideran la relevancia del contexto social, ese entorno humano conformado por los seres vivos y comunidades actuales[8].

No siempre, por desgracia, se consideran las condiciones específicas y las relaciones con los grupos humanos que habitan en las cercanías de los lugares de investigación (el entorno social), soslayando de esta forma que los hechos, periodos y entornos en los que ocurren las investigaciones y la obligada recuperación de información y materiales son parte de los bienes que se encuentran, recuperan y protegen. Ese hecho lleva a que tales temas se dejen de lado en los reportes y las publicaciones, soslayo que por fortuna no ocurre en la memoria.

Para nosotros, la arqueología es una disciplina que, además de apasionante, nos abre la posibilidad de asomarnos a los hechos del pasado y nos convierte en una especie de testigos y cronistas del

comportamiento humano a través del tiempo, incluso el presente. Por eso gustosos nos adentramos en esas otras épocas que nos absorben y nos admiran; como si una vorágine nos engullera para atraparnos en otro espacio y en otro tiempo.

Se puede entender por ello que somos privilegiados, porque ante nuestros ojos se revelan, por primera vez después de mucho tiempo, objetos, restos humanos y de animales, artefactos, construcciones que llevaban muchos años, si no es que siglos ocultos, bajo la tierra o en las aguas, en las piedras, huesos o en el barro, y sobre todo se develan formas de vida y de comportamiento que se coligen a partir de las muchas metáforas que tales objetos encierran.

Y este nuestro quehacer arqueológico, lo que para nosotros es algo cotidiano (independientemente de que nos apasione), resulta para muchos un “real-maravilloso”, porque nuestro trabajo nos lleva a lugares y sitios que admiran e impresionan a cualquiera, como también impactan los hallazgos y los resultados. Baste para ello considerar el imaginario colectivo en torno a lo que es arqueológico y lo que hace en concreto un arqueólogo, al reflexionar como se plasma en los filmes comerciales y en las revistas llamadas *comics*. En esa visión, la arqueología sería exotismo, una gran aventura, el hallazgo de artefactos valiosos e incluso peligrosos muchos de ellos, si no es que reliquias.

Lo cierto es que, en este mundo de la arqueología, más allá de lo científico y de lo académico, en ocasiones suceden ciertos hechos y eventos raros o sobrenaturales.

En nuestras labores, de pronto, cuando menos lo esperamos por estar inmersos en las labores cotidianas, pueden ocurrir eventos que rebasan nuestro entendimiento, hechos que se catalogan como extraños o inexplicables. Las propias comunidades nos narran de la existencia de “chaneques”, “aluxes”, “malos vientos”, “espíritus” o “fantasmas”, seres o fuerzas que al identificarlos se busca encontrar

alguna aclaración y entendimiento hacia lo misterioso o lo insólito.

Esas razones, situaciones y narrativas de las comunidades, no impide que muchos colegas afirmen no creer en “ese tipo de cosas”, a pesar de contar con al menos una experiencia de esos fenómenos.

Ante ello, entendemos que hay dos errores básicos que se pueden cometer al respecto: el primero es obsesionarse con los hechos extraños, adentrarse en ellos y llegar al punto de incluso buscarlos. El otro radica en negar tajantemente, aseverar que nada de eso existe, a pesar que el hecho de no haber vivido una experiencia de ese tipo no significa que no pueda suceder. Sería como querer negar la existencia de la aurora boreal tan sólo porque el que narra nunca la haya visto.

Con el objetivo inicial de evitar que esas historias se pierdan, nos hemos dado a la tarea de integrar narraciones escritas acerca de las vivencias de especialistas, en particular de los arqueólogos, y que en este caso se relacionan con hechos muy concretos, los que pueden ser denominados misteriosos, es decir, raros o tenebrosos y que se han mantenido en reserva. Un segundo objetivo radica en crear una apertura a dialogar y pensar en el tema.

Así pues, y sin pretender encontrar una razón o una explicación, en este volumen presentamos una serie de narraciones-vivencias o “historias arqueológicas”, que tienen mucho que ver con lo mágico y con lo maravilloso. Son hechos que en realidad sucedieron y por ende son, a final de cuentas, historias de la vida cotidiana en el campo. Nos encontramos ante hechos narrados, del que los participantes no tienen explicaciones, creyendo en ocasiones que se presentan o se perciben por cansancio, por necesidad de creer o incluso como parte de una histeria colectiva.

La misión en esta etapa consistió en conjuntar anécdotas que cuentan hechos que en la perspectiva de formación y experiencia académicas no son científicos, pues carecen de explicación pero que se presentaron, que se vivieron y, por ello, cobra sentido darles voz,

como parte del proceso en que se han generado conocimientos acerca del pasado.

Se integran pues narraciones que señalan formas de percibir, refieren acontecimientos ocurridos y vividos que resultan no explicables en nuestra capacidad y con este nivel de conocimientos (el nuestro), pero que sí quedaron registrados en la memoria de los involucrados, narraciones que sin embargo por lo general no se comentan por diversas razones, resaltando de ellas el temor, el no querer recordar o el pudor, ante la posibilidad de afectar la credibilidad de algún investigador.

Ojalá, todo en su momento, sean encontrados esos elementos comunes que permitan aproximarse a tales narraciones para explicar los hechos narrados, muchos de ellos fantásticos, entendiendo que en esa fantasía se esconden anhelos, miedos o rechazos. Esperemos que se logren aprehender esos procesos de generación del conocimiento y que a la larga conforman la propia historia de todos los involucrados, especialistas o no, que incluso en estos últimos los viven por lo general como hechos que se encuentran en su cotidianeidad, en su realidad-maravillosa.

En esta recopilación se encuentran, en una primera vista, una amplia diversidad de participantes, así como de tiempos y espacios en los que ocurrieron esos hechos, de circunstancias, de su duración y efectos. También se debe reconocer que este volumen no es una relatoría exhaustiva, pues estamos ciertos que hay muchas historias ocultas[9].

Un aspecto más radica en que varios de los participantes mencionados han trascendido por el profesionalismo en su trayectoria académica, por la seriedad para el desarrollo de sus labores profesionales, y que se les reconoce incluso como agnósticos confesos con relación a este tipo de acontecimientos no explicables.

En todas estas crónicas se destaca un elemento fundamental e

inevitable, que es la percepción individual, pero también se detecta que son narraciones las que en su mayoría refieren acontecimientos que ocurrieron a grupos de personas, en hechos que algunos podrían considerar histeria o psicosis colectiva y en varias ocasiones se presentan personajes relacionados con la preparación de alimentos.

Otro elemento constante radica en que los acontecimientos en su mayoría están asociados a la fe, a creencias y prácticas que reflejan modos de ver y asumir el mundo y otros mundos no visibles para todos, en actos en que se mezclan ritos, imágenes, entes religiosos prehispánicos, europeos y africanos, en un sincretismo dinámico bajo diversas formas de trascender. Se observa un predominio de la fe, ese inasible cúmulo de creencias que en ocasiones son asumidas como un portal para avanzar en otras percepciones y en gran medida como sostén de anhelos.

Es así que se distingue que en las narraciones aquí compendiadas se vierten historias en que los hechos tienen que ver en primera instancia con lugares y tradiciones, pero que en el fondo se relacionan con energías y con el conjunto de creencias individual o grupal.

Al final, la arqueología también consiste en asomarse a otros mundos y otras percepciones, a formas de entender y participar en este mundo que vivimos y al que consideramos, malamente, ser un escenario[10].

Como bien dice en su colaboración uno de los invitados, el arqueólogo Fabricio Valdivieso: “La arqueología da esa sensación, los lugares parecen sitios de recuerdos”.

Por ello, es aún más destacable que en las narraciones se presenta el respeto a la diversidad de formas de vida y de creencias, la no imposición de ideas por parte de los involucrados, al aceptar que no existe una única forma de ver, sentir, saber y pensar, sin imponer la propia, pues no implica que sea la de mayor validez.

Al presentar estos relatos no se pretende eliminar lo invisible, sino en tratar de percibirlo, en atender esas historias muchas veces vividas, pero escasamente narradas y reconocidas, integrar a nuestro universo de conocimientos y vivencias las percepciones no generalizadas de lo real maravilloso.

La invitación consiste a que penetremos a esos mundos que se han ocultado, para iluminar aunque sea un poco esas sombras y escuchar esos leves susurros, que se perciben en ocasiones lejanos y de los que se habla en voz tenue. Demos paso a estas treinta vivencias extrañas y tenebrosas en que se han visto involucrados varios arqueólogos, quienes dan voz a esas experiencias que corren entre lo *mágico* y lo *maravilloso*.

Relatos no subrepticios

Francisco Mendiola Galván[11]

A Francisco Rivas Castro, *in memoriam*

Voces.

Lo soñé, de verdad lo soñé, era un sitio enorme, con un frente rocoso monumental a la orilla de un río. Me emocionaba ver la gran cantidad de figuras grabadas y el significado del hallazgo me dejó intranquilo desde que abrí los ojos para continuar en la cotidianidad del día. Después, el olvido; lo externo y la rutina abruman y rompen la ensoñación. Vivimos un sueño y cuando morimos despertamos.[12] Deberíamos soñar más seguido y descubrirnos internamente, y sucede a veces que la proyección hacia fuera revela concreciones. Materialidad condicionada por la espiritualidad. ¿Y de dónde vienen los sueños, las revelaciones, las ideas, el conocimiento, las palabras? ¿Vienen de los sueños?

Temporada de campo en el Desierto de Chihuahua. Me dirijo a Boquilla de Conchos. Voy solo, prefiero la compañía, pero en esta ocasión ni presupuesto ni disposición de nadie que se atreviera a salir con el ensimismado de mí por no decir distraído ante la monumentalidad del desierto. Camino y agarro rumbo con la pura intuición de que es por acá y no por allá. Y lo sentí, claro que lo sentí. Me jaló, me atrapó un punto entre el cielo y la arena, un cañón, roquedal que veía a lo lejos. Caminé a paso lento por la orilla del río Conchos, decidido a llegar a la conjunción de un micro universo pétreo. Pausado en mi andar, pero firme, veía fósiles incrustados en las rocas y una que otra concha bivalvo hecha piedra. Sentí miedo

ante la inmensidad de la soledad del espacio luminoso que la claridad de la tierra seca reflejaba. No soy nada me dije, no soy nada porque no somos nada frente a la inconmensurable vastedad del universo. Cerca estoy del punto, me jala con mayor fuerza, me envuelve cada vez más su magnetismo, que atrae mi ser cósmico, cual gránulos metálicos, volando hacia la magnetita imaginaria del sitio. Me acerco cada vez más.

Llego y todo temor se disipa al ver decenas de figuras grabadas sobre la matriz rocosa, y ese miedo se convirtió en asombro que emocionó. Enfrentamiento al espejo de piedra que succiona. Pido permiso a las entidades que custodian el lugar para entrar y un ligero zumbido en mis oídos se presenta, lo interpreto como respuesta positiva a tal petición. No paro en recorrer todo el frente de la ribera izquierda del río Conchos admirado por la gran cantidad de formas petrograbadas. Son manos humanas en yuxtaposición a representaciones de puntas tipo Shumla, círculos concéntricos, antropomorfos y zoomorfos esquemáticos, entre otros motivos de carácter abstracto. Calculo el tiempo que me llevará registrar cada metro de roca que contiene las formas que en general observo, pero es registrar y no sólo hacer tomas fotográficas, sino también, dibujos que permitan afinar el sentido descriptivo y observacional ante la compleja y monumental graficación percibida, acto de suyo necesario a la comprensión de la urdimbre morfológica del espacio, acompañada de la anotación de los elementos del contexto general, conformador del sitio mismo. Tres días mínimo para todo ello. Instalo mi campamento a la orilla del río. Ya es de tarde, el sol se oculta y poco después del ocaso sobreviene una explosión luminosa de estrellas. Me quedo tirado viendo la bóveda tachonada y es cuando la Vía Láctea me lleva a la danza sideral en la que me toman de las manos seres de luz que me hacen sentir uno solo, fundido con el todo. Comprendo, en el momento, que todos somos uno, sin importar la lengua, la identidad cultural y la posición social y económica. Somos uno y somos nada,

interdependencia necesaria entre todos los seres sintientes…

Amanece y despierto como nuevo, la dolencia que traía en uno de mis oídos desapareció totalmente, los seres de luz me sanaron, el aire fresco del desierto contribuyó también con ello, las formas rupestres me elevaron durante la noche y me hicieron verme desde las alturas tendido en la arena…, comienzo el registro integral de las mismas, así, durante tres días tal y como lo había calculado, horas en las que medí, fotografié y dibujé, acompañado del cautivador sonido del paso del agua, y sólo yo, enfrentado a mí mismo: soy roca, viento, agua, forma rupestre, cielo, sol, noche, arena, todo y nada a la vez…

En la última etapa del trabajo, al final del tercer día, decido dejar mi equipo fotográfico en mi campamento junto con todo lo demás de valor (dinero, credenciales, llaves) e irme a la sección más lejana en la que están los últimos petrograbados que debía medir y dibujar. En ello estaba cuando a la lejanía comienzo a escuchar gritos y voces de alegría, algarabía plena. Pienso primeramente en que son muchachos que con gran entusiasmo se dirigen a nadar en el río, sus risas y cantos lejanos me animan a continuar con el trabajo, pero una voz me dice: “se robarán tus cosas del campamento”. Me alarmo, dejo de hacer lo que me tenía tan concentrado y salgo corriendo despavorido para proteger mis pertenecías que ya veía sustraídas, llego a las cercanías de mi tinglado y no veo a nadie, busco con la mirada en la lejanía inmediata y no hay nadie…, los gritos los oí claros. Me quedo congelado por el momento y me digo: “sigo estando tan solo como desde el primer día que arribé al sitio” ¿Qué fue eso? Lo único que llegué a auto explicarme ingenuamente fue que la aguja de la luz del sol, al incidir en una de las paredes rocosas movidas por la rotación planetaria, hizo emitir esas voces humanas milenarias que escuché claramente en medio del cañón. Pero ninguna explicación hecha desde la razón vale. “No te engañes, escuchaste voces” me dije, pero el corazón es lo único que me cobija al querer tener una interpretación más allá de lo comprobable, de lo comprensible que, como siempre, la

egocéntrica razón exige…

Regresé al sitio Boquilla de Conchos varias veces para seguir gozando de la luz solar y el viento que reposan en la superficie rocosa tatuada hace siglos por manos humanas. Pero no volví a escuchar nada más que el paso del agua que lleva el río, dejé entonces nuevamente que el espejo de roca me atrapara para nunca más salir de sus entrañas…

Se me subió el muerto ¿o la muerta?

Arriba de la Cueva de las Monas, ubicada a escasos 60 kilómetros de la ciudad capital de Chihuahua, están las serranías pegadas a la Sierra del Nido. En ellas nos adentramos con burros de carga y fuimos jinetes de mulas sabedoras de los caminos que cruzan paisajes llenos de encinos y pinos. Don Socorro Ramos, nuestro guía, conocía a la perfección las veredas. También llamaba la atención que las mulas sierreras daban sus pasos sin titubeo, poniendo sus cascos en el lugar exacto, sin tropezar, por eso son mulas, porque aguantan grandes pesos y distancias, y porque en ciertos momentos no nos hacían caso al mando, siendo las riendas meros adornos para ellas, de manera que iban por donde querían, pero como sea nos llevaban a los puntos a los queríamos llegar.

Cada cerro y rincón del espacio visualizado al horizonte era nombrado por el buen Don Socorro. El escondrijo menos esperado tenía una historia y el lugar por el que íbamos pasando le traía recuerdos de su infancia, adolescencia y juventud impetuosa, que se notaba tuvo en sus ayeres; en una casa vieja en ruinas, ubicada en el mero monte, nombrada por él como “esas tapias viejas”, nos confió que tuvo sus primeros encuentros amorosos de todo tipo... En ciertos momentos apuntaba, con su dedo índice ajado por el trabajo duro, lugares en donde había caído con todo y carga de leña que las recuas llevaban. Todo un personaje, circunspecto, pero con una alta capacidad de humor festivo, emitido siempre con seriedad, que le

impedía reír ni siquiera con un leve estiramiento de sus labios que sostenían su eterno cigarrillo encendido, sólo sus ojos eran los que delataban su sonrisa interior.

Esa su seriedad era la expresión de la aguda observación que tenía. Por eso es que no dijo nada cuando mi acompañante, otro arqueólogo, dejó que su perro se metiera a una poza llena de agua. El perro no salía y Don Socorro le dijo bajito y en ese tono chihuahuense tan particular: “tu perro se está ahogando”. El osado propietario del animal se aventó para auxiliarlo y luego los dos ya no podían salir. Don Socorro, con parsimonia, tomó una pita (cuerda) de la silla de su mula y la lanzó. Al fin ambos salieron bien asustados y empapados. Por ello el símil de “Indiana Jones” tuvo la “magnífica” idea de colgar su ropa mojada de una cuerda tendida y prender cerca de las prendas fuego con jarilla para que, según él, se secaran; la jarilla es una planta que crece en abundancia a la orilla de los arroyos. Don Socorro no dijo nada y lo dejó, pero entre dientes le alcancé a escuchar: “éste no sabe lo que hace porque la jarilla que se quema apesta a patas” Y efectivamente, la ropa aún seca olía a eso…, “hágase usted para allá” le decíamos.

Llegó la noche. Nos agarró en uno de los flancos de un cerro, que era una pared rocosa color cremoso. Don Socorro, con su temple y total conocimiento del terreno, nos dijo: “aquí cerca hay una cueva, le llaman la Cueva de la India”. Nos instalamos en el piso del abrigo rocoso. Prendimos una fogata, nos contamos historias, Don Socorro se aventó unas cuantas charras (chistes) al puro estilo del ranchero de Chihuahua y confesó sus aventuras personales que aquí no irán por respeto a su memoria. Cantó a la luz del fuego corridos de su tierra, avivados por el café y la cena con sardinas y galletas saladas, y así, bajo el cobijo de la roca y de las estrellas de esa bella noche, en la que sólo faltó el sotol, caímos en un profundo sueño...

Puertas que abría, que cerraba y que abría, cerraba, abría,

cerraba, abría, cerraba y así cientos de veces, hasta que una que abrí me condujo a un corredor largo, luminoso, con un piso de neblina. Al final de él el espacio se hizo un vacío, pero mi cuerpo flotaba y veía luces de colores intensos que me atraían con fuerza, quería tocarlas y cuando lo hice apareció una hermosa mujer con un vestido blanco, de manta y cabello negro. En lo inmediato me le acerqué y comencé a besarla en su rostro, sin prisa, pero sin pausa, luego fue en su boca, las lenguas se entrelazaban y se confundían la una con la otra. Comencé a bajar su vestido. Unos senos bonitos, morenos y turgentes hicieron acto de presencia, los saboreé y suavemente los besé, accedió y lanzó sus brazos sobre mi cuello, sus manos recorrían mi espalda, y nuevamente se posaron sobre mi cuello, pero en ese momento sus manos lo apretaron cada vez más y todo su cuerpo, con su peso muerto, cayó sobre el mío.

La respiración se me dificultaba, todo sentido erótico desapareció, y en ese momento lo que precisaba en lo inmediato era meter aire a mis pulmones, pero no podía. Quería quitármela de encima y no me era posible; mi desesperación, ante la experiencia del sofoco, llegó a un límite inaguantable. “No quiero morir de esa manera, asfixiado” me dije. Sus ralas barbas raspaban mi rostro, su aliento aguardentoso me mareaba y provocaba una repulsión que se traducía en una nausea a punto del vómito; seguía sin poder inhalar y menos exhalar, tampoco podía abrir los ojos… ¿Cuánto tiempo habrá pasado desde que inició todo este suplicio? No lo supe, pero fue hasta que una mano en mi hombro me sacó de mi turbado sueño. “¿Qué le pasa arqueólogo? ¿Se encuentra bien?, primero jadeaba suavemente y luego se retorcía sin poder decir nada. Duérmase de nuevo. Mañana será otro día” me dijo Don Socorro.

Al despertar con el primer rayo de luz, vi que Don Socorro preparaba café. “Buenos días” me dijo, le contesté todavía adormilado: “buenos días”. Me dijo: “ayer se le subió el muerto”, con lo que prosiguió diciendo: “no es la primera vez que en este lugar eso

sucede". Le contesté: "no era muerto, era muerta". Río y enseguida agregó: "No que va, es hombre disfrazadito de mujer y bien que cayó usted ¿no?" Ya mejor no le contesté. Fue una desagradable sensación que me quedó por varios días, así que escribir sobre ella me ha provocado vivirla de nuevo…

Aprendí, después de esa experiencia tan desagradable, a protegerme antes de entrar a todos los espacios que no me pertenecen y, también, a pedir permiso a las entidades vivas y muertas. La intuición te indica si debes o no entrar, lo cual debe hacerse sin ponerlo en cuestionamiento, mucho menos desde la egocéntrica razón porque las energías y lo que gobierna inmaterialmente a los lugares, invariablemente también mandan sobre uno...

Xipe Tótec.

Es difícil narrar la siguiente historia porque todavía recuerdo con miedo lo que sucedió hace casi seis años en un lugar de la Sierra Norte de Puebla. En ese tiempo el ímpetu y la sobrada soberbia y arrogancia del arqueólogo eran las constantes en la actitud egotista establecida en las relaciones internas y externas. Ese arqueólogo era yo…

La neblina constante por las mañanas y por las tardes, los vientos fuertes y la pertinaz lluvia, hacían complicado el trabajo de retirar el sedimento que cubría decenas de metros cuadrados de roca, espacio lleno de abigarradas figuras grabadas; nueve metros de profundidad por treinta de largo era el paredón que fue cubierto por un antiguo deslave, pero bastó para que un pequeño socavón delatara todo esa riqueza gráfico-rupestre que comenzó a ser explorada en su profundidad. La emoción era mucha cada vez que retirábamos la tierra que cubría la pared rocosa y lo era porque aparecían diferentes figuras que identificaba inmediatamente como máscaras con antifaz, pirámides escalonadas, caras humanas, serpientes con collar, círculos concéntricos, antropomorfos con tocados capitales, plantas de maíz y vulvas entre otras formas diversas. Una de las últimas fue una mano

sosteniendo un cuchillo o instrumento punzante, tal vez fue la firma del grabador.

A principios de enero, al retirar una buena cantidad de sedimento, hizo acto de presencia un mascarón grande, con los ojos cerrados, casi podía verse que los párpados estaban cocidos. En lo inmediato lo identifiqué como Xipe Tótec. Cerca del medio día la sombra de la roca superior comenzó a cubrir esta figura, por lo que su ubicación no era producto del azar o la improvisación de quien la grabó.

Fue de lo más natural ir una de las noches al sitio a hacer tomas fotográficas con exposiciones de tiempo controlado del diafragma del ojo de la cámara. Las tomas fueron extraordinarias, una en especial, la del Xipe Tótec. Pero esa penetró mi cerebro y en el sueño la entidad me atrapó por completo, me doblegó, no me dejó dormir. Su figura me gobernaba todos los días, me regía, me hizo una piltrafa. Recibí amenazas de muerte, me inventaron un amorío con una mujer indígena, más amenazas de muerte. Una fuerza sexual intensa me controlaba y no podía parar. Más amenazas de muerte. "Ya tenemos tus cirios para tu féretro", "ya te encontraremos y te llorarán tu esposa y tus hijos" fueron unos de los tantos mensajes recibidos. No podía salirme de ese remolino de miedo. Me veía en el funeral y junto a mí a Xipe Tótec riendo. La mujer insistía y yo caía sin poder oponerme en ningún sentido, sin sentido, ingobernable, gobernado. ¿Qué es ahora de mí? me preguntaba, sólo quería dejarme atrapar y ser devorado, ya no importaba nada…

No sé cómo salí de ese laberinto, de esa oscuridad, pero finalmente lo logré gracias los rezos de personas que se enteraron de mi desgracia. Por fin vi la luz, comenzó a regresar la calma a mi espíritu, y el mal sabor de boca comenzó a retirarse. Sentí temor al revivir el hecho con toda esta escritura que ofrezco, pero también es catártico y liberador narrarlo. Me siento ahora protegido por Dios, nunca más de esos trances amargos ocurrirán en mí, ya no más de

ello…

Pero todo eso no lo comprendí en su momento porque ya no quise saber más de ello. Pero quienes ven más allá de lo que es una persona física lo perciben. Fue el caso de mi amigo Francisco Rivas Castro, recién fallecido, quien, como en tono de regaño, después de dar yo una conferencia, me dijo: “tu pasaste por algo espiritual bastante fuerte en la Sierra Norte de Puebla, ni me digas qué fue, pero te voy a regalar un libro para que lo comprendas.” Panchito Rivas cumplió, me obsequió el libro que me mencionó desde la primera ocasión.[13] Leerlo fue esclarecedor, comprendí en medio de lo que estuve, lo que espiritualmente me sucedió y Xipe Tótec tuvo que ver con ello…

La enseñanza es más que clara: los espacios en los que nos movemos no nos pertenecen. Para estar en ellos se hace necesario solicitar permiso siempre a lo visible e intangible y protegernos, y eso a veces ni siquiera es garantía completa. Descubrir y levantar materiales y elementos arqueológicos, arquitectónicos y de ofrendas asociadas a entierros humanos, tiene sus implicaciones y no sólo en el orden de lo científico, cultural, social, económico y político, sino también, en lo espiritual (ideológico), como así queda claro con la narrativa aquí expuesta, y aún peor es hurgar en las entrañas de la Madre Tierra, la cual, en sus diversos territorios simbólicos y sagrados, está presente. Esto es poco o nada tomado en cuenta por la gran mayoría de los arqueólogos, quienes, con su arrogancia, no hacen más que profanar los espacios que asumen inconsciente e ingenuamente como propios. Narrativa que deja en claro que son muchas realidades alternas no del todo subrepticias, que deberían considerarse para dejar de actuar nada más así, “regando todo el tiempo el tepache”…[14]

El ejercicio no es vano y aunque no sea “científico”, nos acerca de manera importante a la intersubjetividad de suyo trascendente, como lo es también la objetividad; lo interno y externo en equilibrio presentes en nuestro pensar, decir y actuar, sin separar más al sujeto

del objeto. Somos uno, comprensión que nos funde con la montaña, el mar, el río, el viento, el fuego, la noche y el día, con todos los seres sintientes de esta casa que habitamos...

Acerca del autor. Francisco Mendiola Galván es arqueólogo por la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH-México), maestro en antropología social por la ENAH-Chihuahua-CIESAS y doctor en historia por la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla. Ha dedicado sus esfuerzos de investigación al arte rupestre de Sinaloa, Chihuahua y Puebla. La mayoría de sus publicaciones versan sobre este mismo tema. Es investigador del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH-México) desde 1992. Actualmente es coordinador de la Sección de Arqueología del INAH Puebla.

El chamán de Ahuacatlán

Jorge Arturo Talavera González[15]

En 2012 se desarrolló un proyecto arqueológico de salvamento a cargo de los arqueólogos José Carlos Beltrán y Lourdes González Barajas, investigadores del Instituto Nacional de Antropología e Historia en el occidental estado mexicano de Nayarit, como respuesta a la construcción de la autopista Jala-Vallarta, la que atravesaría una zona rica en vestigios arqueológicos. A manera de ejemplo, en los primeros diez kilómetros del trazo fueron localizados ocho sitios arqueológicos de grandes dimensiones y un sitio histórico con un acueducto, lo que indica la densidad y riqueza de la ocupación humana. Dentro de este importante universo sobresale el gran asentamiento megalítico de Ahuacatlán y su cementerio La Pitayera.

Esta área de ocupación humana prehispánica se distribuye en un área cercana a las 80 hectáreas, al pie de la ladera sur del volcán Ceboruco, el que tuvo su última gran erupción hace mil años y que, según los vulcanólogos, su ciclo eruptivo es de cada mil años. O sea, estamos cerca de un nuevo despertar.

El cementerio prehispánico de La Pitayera se pudo ubicar en la zona oeste, y en él se localizó un conjunto de cistas funerarias[16] de piedra asociadas con entierros y materiales de la temporalidad Aztatlán (Epiclásico, 600-900 d. C. y Posclásico temprano, 900-1100 d. C.). Se trata de un grupo de entierros cuyo estado de conservación es pésimo, dada la matriz -tierra en que fueron depositados- de arena húmeda y de los demás agentes naturales, pero que en conjunto muestran un complejo proceso funerario, pues varios de los cuerpos

fueron incinerados en pira funeraria, después sus restos fueron depositados en el interior de ollas-urnas de cerámica, las cuales fueron colocados por último al interior de cistas o cubos de piedra, en un elaborado proceso funerario de dobles exequias. Es importante mencionar que entre los moneros (saqueadores) de la localidad este tipo de cistas las conocen como "ventanitas".

Es en este contexto arqueológico y de antropología física donde sucedieron ciertos hechos, los que si no son sobrenaturales de cierta manera no resultan explicables de modo satisfactorio.

En la mañana del viernes 29 de noviembre del 2012; cuando estábamos llegando al final de la temporada de excavación, ya se había decidido de dejar para el último día la exploración de la denominada Cremación 20, que era la más grande en dimensión en cuanto a su cista de piedra.

Recuerdo que era una mañana tranquila y soleada cuando la antropóloga física Nancy Gelover, los ayudantes de campo Juan y Aurelio, así como el que esto escribe iniciamos el proceso de exploración de la cremación; tomando el registro correspondiente para desmontar las grandes lajas de roca volcánica que conformaban la cista.

De pronto, a eso de las 10 de la mañana, empezó a soplar un fuerte viento de este a oeste, y casi al mismo tiempo empezamos a sentir que la tierra retumbaba. Pensé de inmediato que iba a hacer erupción el volcán Ceboruco, pero en eso nos dimos cuenta que del este venía una estampida de una veintena de vacas en dirección a la zona de excavación. Les grité a mis compañeros de trabajo y todos fuimos raudos a protegernos, pegándonos a la pared de la excavación, pues era inminente que las vacas se dirigían al lugar donde estábamos y podrían caer sobre nosotros.

Llenos de sudor y temblorosos esperábamos que la estampida de vacas pasara por encima de nuestras cabezas y muy posiblemente

algunas de ellas llegarían a estrellarse contra los restos de la cremación que explorábamos. Para nuestra sorpresa, de forma súbita el viento dejo de soplar y la estampida de vacas se detuvo justo al borde del muro donde nos protegíamos, por lo que pudimos ver sobre nosotros las cabezas jadeantes de las vacas, algunas de ellas resoplando y babeando. Segundos después se dispersaron por el campo de manera tranquila para seguir pastando como si nada hubiera ocurrido.

Después de reponernos del tremendo susto, empezamos a sentir una extraña sensación entorno a la cremación, pero sin prestarle mayor atención. Tiempo después llegaron los arqueólogos Lourdes González, José Beltrán, Jorge Morales (conocido como El Puín) y Alina Salinas, para apoyar con el proceso de exploración, ya que el plan era terminar ese día con la excavación de este contexto.

Entre las múltiples evidencias se recuperaron tres rocas, dos pequeñas conformadas por caolín (jaboncillo) y otra más grande de material volcánico (conglomerado de gravillas y pómez). Cabe recordar que entre los grupos coras y huicholes del Gran Nayar se les confiere un alto valor simbólico a las rocas (piedras de poder); además de que es necesario señalar que la mayoría de las ofrendas reportadas en otras cremaciones se encuentran al norte y específicamente al noroeste, rumbo donde se encuentra el volcán Ceboruco. Y para más datos: no se registró otro tipo de material, fuese cerámico, concha, cobre ni huesos humanos. También fue notable que la laja que funcionaba a manera de cubierta tenía una punta, la que señala hacia el oeste.

Alrededor de la una de la tarde, hora de la comida para los piolines (es decir, nuestro grupo de trabajadores, llamados *piolines* por peones) y para el personal de investigación, repentinamente Nancy, quien se encontraba concluyendo una parte de la excavación, se desvaneció completamente hacia su lado derecho. Gracias a que se

encontraba en cuclillas solamente se fue de lado y cayo atrás de las dos lajas de pizarra, en una posición que recuerda la de decúbito lateral derecho flexionado con sus brazos flexionados contra el pecho, es decir, como un feto en el vientre materno, y ella orientada de norte a sur.

Todos pensamos que se le había bajado la presión por falta de alimento, el sol y cansancio; inmediatamente todos corrimos a auxiliarla, y Lourdes y José se la llevaron al campamento de Ahuacatlán. Sólo quedamos en la excavación El Puín, los piolines y un servidor, quienes continuamos con el proceso de excavación.

Cabe mencionar que cuando llegó el momento de levantar las grandes lajas de pizarra, los peones Juan y Aurelio ya no quisieron ayudar, diciendo que había "algo malo en este lugar". En cierta manera, realice solo el levantamiento de las mismas, con la única asistencia del buen Puín, quien además estaba a cargo de las fotos y el dibujo de todo el contexto.

En un poco rato regresaron de comer Lourdes, José (mejor conocido como El Pepetón) y Nancy, quien ya se encontraba mejor y nos pudo contar que sintió que las fuerzas de su organismo la abandonaban poco a poco.

El buen Pepetón, conocedor de las artes chamánicas entre los coras y los huicholes de Nayarit, me regaló un ojo de venado diciéndome: *"Tome profesor, para que se proteja, ya que usted se mueve por los caminos del inframundo*". Ese amuleto aún lo conservo y llevo siempre agradecido en la bolsa derecha de mi pantalón.

Al descubrir el enterramiento humano grande fue nuestra sorpresa al ver que tenía la misma posición en que había caído Nancy algunas horas antes, es decir, el esqueleto se encontró en decúbito lateral derecho flexionado, orientado de norte a sur, con el cráneo facial mirando al sur.

Al estudiar los restos óseos se pudo establecer que corresponden a un adulto maduro (50 o más años) de sexo masculino, y por los objetos asociados, todos colocados al oeste del cuerpo, (es decir, el lugar donde se encuentra el inframundo y donde descansa el sol, entre los actuales huicholes), pero principalmente, por los dos sahumadores, las piedras de poder, el caparazón de armadillo (probable bolsa medicinal), así como por las dos grandes lajas que lo cubrían y protegían, aunado a los extraños acontecimientos de ese día, es muy probable nos encontramos ante un "chaman", el chamán del antiguo Ahuacatlán.

Acerca del autor. Jorge Arturo Talavera González es egresado de la Escuela Nacional de Antropología e Historia de la licenciatura en Antropología Física, de la maestría en Arqueología y del doctorado en Etnohistoria. Es profesor de investigación científica Titular "C" de la Dirección de Antropología Física del INAH, donde coordina el Equipo de Bioarqueología creado en el año 1996. Coordinador de diversos proyectos entre ellos *"Una Estrategia Bioarqueológica para el Análisis de Restos Óseos con Modificaciones Culturales".* Fue corresponsable del estudio antropofísico realizado a los restos óseos de los Héroes de la Independencia, que se encuentran depositados en el Mausoleo de la Columna de la Independencia. Actualmente es Coordinador de la Sección de Bioarqueología de la Dirección de Salvamento Arqueológico del INAH.

Los fantasmas de la iglesia de Las Capuchinas, Morelia, Michoacán

Víctor Joel Santos Ramírez[17]

Ante aquella visión que asusta y pasma, yo, como Hamlet, mi doliente hermano, tuve valor e interrogué al fantasma; más mi espada temblaba entre mi mano. —¿Quién sois vosotros, exclamé, que en presto giro bajáis al Valle mexicano? Tuve valor para decirles esto; más mi espada temblaba entre mi mano. —¿Qué abismo os engendró? ¿De qué funesto limbo surgís? ¿Sois seres, humo vano? Tuve valor para decirles esto; más mi espada temblaba entre mi mano. —Responded, continué. Miradme enhiesto y altivo y burlador ante el arcano. Tuve valor para decirles esto; ¡más mi espada temblaba entre mi mano!

Amado Nervo (1902)

Recuerdo que en el año de 1995 comencé a colaborar en el proyecto de renovación de la biblioteca Juan Comas del IIA[18] de la UNAM, espacio que fue mi casa durante poco más de diez años. Al finalizar este año, en el periodo vacacional de diciembre, mi amigo Eduardo me invitó a pasar unos días en la ciudad de Morelia, donde él dirigía un proyecto de restauración.

Había tenido un mal año y no dudé en aceptar su invitación. Desde que conocí a Eduardo en 1989, él siendo director del proyecto de restauración de La Casa de la Primera Imprenta de América en el Centro Histórico de la Ciudad de México, acostumbraba invitarme a participar en sus proyectos, no como aprendiz de restaurador o arqueólogo, sino para realizar los levantamientos arquitectónicos y dibujos a escala, ya que Eduardo conocía mi facilidad y fascinación por el dibujo.

Después de la Imprenta, donde Eduardo y yo excavamos el

espacio contiguo a la iglesia de Santa Teresa La Antigua, me invitó a participar en el proyecto de restauración de uno de los patios del ex convento de San Jerónimo, la actual Universidad del Claustro de Sor Juana y, posteriormente, colaboré nuevamente con él en la restauración del ex convento agustino del siglo XVI en Santa María de Los Reyes Huatlatlauca, Puebla.

Las experiencias y aventuras que vivimos en aquellos lugares fueron inolvidables, en Morelia esperaba algo similar, pues los proyectos que dirigía Eduardo no eran convencionales; para empezar, pedía como condición a sus empleadores el hospedar al equipo de restauración en los antiguos inmuebles durante el tiempo que duraban los trabajos, lo cual le permitiría estudiar el edificio día y noche, las razones de su deterioro, humedades, salinización, movimientos diferenciales, la respiración del inmueble, como si fuese un ser vivo. Eduardo poseía una enorme capacidad de observación, los conocimientos que obtenía en sus experimentos eran sobresalientes, reprodujo antiguas técnicas de pigmentación, sistemas constructivos, acabados que hoy en día aún pueden apreciarse en los edificios que él restauró. Los patrocinadores de los proyectos, patronatos, funcionarios o religiosos, pocas veces se oponían a la propuesta de que los restauradores vivieran en los inmuebles, pues ello significaba un importante ahorro por el pago de hospedaje y del proyecto en general.

Tomé el tren de México a Morelia sin saber lo que me esperaba; cuando llegué a mi destino, el equipo de restauración llevaba varias semanas viviendo en la ciudad. El proyecto que Eduardo dirigía consistía en la limpieza y restauración de dos retablos colaterales barrocos de la iglesia del ex convento de Las Capuchinas (dedicados, el primero a La Pasión de Cristo y el segundo a La Sagrada Familia), el equipo estaba conformado por dos viejos conocidos: Alfredo, arqueólogo, compañero de generación y con quien había excavado la casa de la Alhóndiga en la Ciudad de México en 1991 y El Shagui, un discípulo de Eduardo, un joven de cabello lacio, estatura baja y

delgado, a quien Eduardo adoptó cuando se quedó huérfano; también participaba una arquitecta de la ciudad de Morelia y uno o dos trabajadores más. Mi estadía tenía como propósito pasar unos días con amigos y olvidar el mal año que había tenido, en una ciudad que hasta entonces desconocía, deleitarme de los mejores sitios gastronómicos, que estaba seguro ya eran del dominio de mis anfitriones, los deliciosos y famosos dulces de la ciudad, el intenso frío, el aroma de las frutas y demás olores invernales que sólo pueden percibirse en el interior del país.

El templo de Capuchinas, como es conocida en Morelia la antigua iglesia del ex convento de las monjas clarisas capuchinas, fue edificado entre 1680 y 1737; el templo conserva intacta su arquitectura barroca, y por un incendio que consumió el altar mayor solamente se conservan tres retablos. El ex convento fue demolido en 1908, y en su lugar se construyó el edificio neoclásico que se encuentra actualmente. La orientación de la iglesia es norte-sur, al oriente se encontraba el ex convento, mientras que al poniente se encuentra la actual casa cural. La fachada de la iglesia está coronada por un singular piñón barroco, y la torre del campanario sobresale por su altura, pues fácilmente duplica el alto de la fachada.

El equipo de restauración vivía en el coro alto de la iglesia, lo habían acondicionado como área de trabajo y dormitorio, con una gran mesa, un restirador y cuatro catres (entre ellos el que yo utilizaría durante mi estancia), todos separados de manera equidistante, con la cabecera pegada al muro lateral de la iglesia, donde todavía podía apreciarse el acceso tapiado que conducía a los espacios del ex convento ya desaparecido; del lado opuesto, se encontraba el acceso al coro por el campanario, en el centro un amplio espacio con las mesas y sillas de trabajo; un reforzado barandal de madera que corría a lo ancho de la iglesia, empotrado en los muros laterales, era el límite del coro hacia el interior del templo, la luz que iluminaba al coro durante el día provenía de un vitral localizado al

centro, en lo alto del muro, cuyo lado frontal correspondía a la fachada de la iglesia.

Los retablos laterales se encontraban abrazados por estructuras de andamios a lo largo y ancho de sus cuerpos, y los trabajos iniciaban en la mañana, seguían por las tardes y a veces continuaban en las noches, entre celebraciones de misas y la música que escuchábamos desde una vieja grabadora, cuando el templo se encontraba cerrado. El aroma de las flores y el incienso se imponía al fuerte olor de los solventes y al humo de tabaco; mientras tanto, yo era un simple admirador de los trabajos de restauración, y quería empaparme de ese ambiente antiguo que producían tanta tranquilidad e inspiración, pero desde el punto de vista de mis compañeros, mi presencia no resultaba productiva.

Eduardo me llamó a la mitad de la nave donde él se encontraba, me colocó frente al bello retablo barroco dedicado a La Pasión de Cristo, me dijo, ¿te atreverías a dibujarlo a escala? Contuve la respiración varios segundos, comencé a observar de abajo hacia arriba cada uno de sus cuerpos hasta perder la vista en su último remate. Sin mucho pensar acepté la propuesta, no podía decirle que no: reproducir en papel una obra de arte con todos sus detalles tenía que ser una experiencia sublime y verdaderamente lo fue. Para mayor beneficio, días después me informaron que mi trabajo sería gratificado. No olvido que años después volvería a dibujar otro retablo, también en un proyecto de Eduardo, en la capilla de La Candelaria en San Felipe de los Alzati, Michoacán, pero éste era mi primera vez.

Tan contento y ensimismado estaba con mi estancia en Morelia, por la convivencia cotidiana con mis camaradas y mi nuevo trabajo de dibujante, que no me había percatado que algo estaba ocurriendo en el ambiente al interior de la iglesia. Comencé a notar que mis compañeros se llamaban para reunirse en secreto en el patio de la casa cural, lo hacían con sigilo, en el día o en la noche, con toda la intención de que yo no me diera cuenta. No le di importancia, pues mi

atención estaba en el retablo, me pasaba todo el día haciendo mediciones montado en los andamios y más tarde vaciando la información en mi pequeño estudio improvisado, junto a mi restirador, en el coro alto de la iglesia; salían a fumar, pero supuse que algo estaban tramando, sin saberlo comencé a burlarme de sus conspiraciones, no me contestaban, se aguantaban, se mantenían callados, pero tanto los hice enojar que llegaron a decirme: —“Mira, si te contamos, no lo vas a entender”.— Así pasaron varios días, hasta que ocurrió el acontecimiento que derramó el vaso de agua.

Era alrededor del mediodía, me encontraba en el coro alto platicando con la arquitecta del proyecto, enseguida llegó Alfredo, nos pusimos a platicar, los tres de pie al centro del coro alto, la arquitecta a mi lado derecho, ambos viendo hacia la iglesia y Alfredo frente a nosotros. Era una charla cotidiana, hasta que Alfredo, un hombre joven, corpulento, tez blanca y ojos claros, tuvo un cambio emocional abrupto, dio unos pasos hacia atrás, como esquivando algo, moviendo su cabeza en dirección al muro oriente del templo, con su brazo derecho extendido y apuntando hacia el muro con su dedo índice, nos preguntaba en repetidas ocasiones —¿No lo vieron?— Ni la arquitecta ni yo sabíamos a qué se refería, se dirigió a mi alterado, —¡Joel, una persona pasó delante de nosotros, junto a ti, se metió en la pared, no puede ser que no la hayas visto!— perturbado, abandonó el lugar, regresó a su trabajo sin dirigirnos la palabra.

El asunto me preocupó, pues conocía a Alfredo de varios años atrás, y nunca lo había visto impresionado de esa manera; fue entonces que le dije a Eduardo que ya era momento de que me dijera que era lo que estaba pasando. Lo que me contó, fue más o menos lo siguiente:

—Desde que llegamos a Capuchinas hemos tenido experiencias inexplicables y a la vez fascinantes, nos sucedieron a Alfredo y a mí por separado, al principio fueron individuales, cada quien las tomaba

a su manera, pero no las compartía, hasta que ambos coincidimos en un mismo evento. Por las noches, mientras yo dormía, claramente sentía un calor que me recorría el cuerpo, como el calor de un foco que pasaba por mi cara, los hombros, hasta llegar a los pies y justo en ese momento, cuando sentía ese calor en mis pies, ya despierto, pero con los ojos cerrados, botaba las cobijas para ver qué o quién era, pero nunca vi algo o a alguien. Llegó a ser tan frecuente, que ya lo esperaba todas las noches.

Fue entonces que, en una ocasión, intentando adelantarme a lo que sabía que iba a pasar, volteé rápidamente las cobijas, pero sin ningún resultado, tampoco vi nada, pero al levantar la vista, noté a Alfredo observándome, sentado en su catre. —¿Sentiste?, me preguntó.

—Sí, —le respondí— y no es la primera vez, ya me ha pasado varias veces.

—Había gente a tu alrededor y como que te tocan, te pasan las manos por encima. —¡Ah caray!, —le dije sorprendido— pues ya lo he sentido varias veces.

Alfredo añadió:

—Luego esa gente da la vuelta y se sale por ahí, señalando hacia el acceso tapiado del ex convento, el cual, se encontraba precisamente en mi cabecera. Ya los he visto varias veces —concluyó.

—¿Por qué no me lo habías dicho? —le reclamé. Ahí fue donde ambos tuvimos una experiencia conjunta; Alfredo veía lo que yo sentía.

—Te aclaro esto, porque tal vez tú piensas que estábamos bajo los efectos de alguna droga, pero para que sepas, los enervantes producen alucinaciones individuales, nunca colectivas, lo que sucedió fue real y estábamos conscientes.

—Alfredo dice que ve gente, principalmente en el altar y en el

coro alto; se le aparecen en cualquier momento, de manera inesperada. Yo he tratado de animarlo para que se comunique con ellos, para que se abra, pero no logro convencerlo; tal vez piensa que es algo pasajero y trata de ignorarlo, pero cuando así lo cree, le vuelve a suceder. Eso es lo que pasó cuando estuvo contigo. Ahora bien, tampoco tenemos miedo, estamos cautivados y con incertidumbre por saber qué va a pasar, pues, ¡imagínate, si logramos comunicarnos con esos seres o entes!

Continuó su relato:

—No podíamos creer que El Shagui, quien lleva el mismo tiempo que nosotros, no haya visto ni sentido nada; tiene el sueño tan pesado que, en una ocasión Alfredo y yo decidimos hacerle una broma, lo atamos a su catre estando dormido; la idea era bajarlo al patio de la casa cural y ahí dejarlo hasta que despertara, pero no sucedió así, despertó cuando lo cargábamos por la escalera de caracol del campanario.

—Por las noches, Alfredo y yo bajábamos a ese patio, permanecíamos sentados un buen rato en ese lugar casi en completa oscuridad, fue entonces que comenzamos a ver un bulto deambular, cada noche, partiendo del mismo lugar hasta que entraba por el acceso de las oficinas de la casa cural. Para comprobar que no lo estábamos imaginando, fuimos por El Shagui una noche, lo sentamos junto a nosotros y le pedimos que dirigiera con atención su vista hacia el acceso a las oficinas curales ¿y qué crees que pasó? El Shagui la vio también, quedó sorprendido, no estaba preparado para una experiencia de ese tipo, nos arrepentimos de haberlo invitado, pero eso no fue todo; días después decidimos hacer una excavación en el umbral de dicho acceso, argumentando la existencia de una falla arquitectónica, que en efecto existe y es visible por una grieta que se aprecia en la pared y ¿qué crees que pasó? Al excavar apareció un entierro, justo en ese lugar, no movimos ni extrajimos ningún hueso,

lo cubrimos nuevamente. Todo esto pasó poco antes de que tú llegaras.

El relato que me dio Eduardo fue constatado por Alfredo y El Shagui. Ahora yo también estaba enterado de los eventos "paranormales" que estaban aconteciendo en la iglesia, pero, aun así, no les creí. La experiencia que estaban viviendo los mantenía en alerta, sobre-excitados, pero no tenían miedo y tampoco estaban asustados, muy al contrario, querían tener una experiencia mayor a las que hasta ese momento habían experimentado. Eduardo estaba completamente dispuesto, lo intentaba, mientras que Alfredo mostraba renuencia, pero desde mi punto de vista, todas esas visiones eran autosugestiones, producidas por vivir durante varios meses en la iglesia de un ex convento.

Ellos me aseguraron que no era el caso, pues no era la primera vez que trabajaban y vivían en recintos religiosos, pero nunca habían tenido esa clase de experiencias. Eso era cierto; años atrás había trabajado con ellos en inmuebles antiguos, a veces viviendo solos y en ninguna ocasión nos acompañaron las historias de fantasmas y supercherías asociadas a los edificios. Por supuesto, al contarme lo que pasaba me estaban advirtiendo que a mí también me podía suceder. Les agradecí su preocupación, pero les aseguré que eso no iba a ocurrir, mi espíritu científico y fuertes convicciones estaban lejos de admitir semejante posibilidad.

Una tarde, de regreso a la iglesia me encontré a Eduardo solo, durmiendo en su catre, en el coro alto; no escuchó cuando llegué, así que me fui acercando hacia él poco a poco, tenía la curiosidad de saber si era cierto que sentía la presencia de alguien mientras dormía y, por otra parte, también quería jugarle una broma. Me aproximé lo más que pude y en efecto, sintió mi presencia, despertó exaltado y reclamándome por el susto que le había propinado. Definitivamente, comprobé que tenía el sueño muy ligero.

Debo decir que fuera de las horas de trabajo teníamos momentos muy divertidos, nos aficionamos a unos cigarros locales de un sabor exquisito llamados “Luchadores”, sin filtro y elaborados en papel arroz. Por la tarde, Eduardo tomaba un rifle de diábolos que le había prestado el sacerdote, se subía al campanario acompañado de un séquito de gatos, quienes esperaban pacientemente en el techo de la nave mientras él mataba algunos pichones, Según Eduardo, estas aves son la peor plaga que daña a los monumentos, así que “sólo hay que eliminarlos”. En otras ocasiones, Eduardo y Alfredo le jugaban bromas a “El Chino”, el sacristán de la iglesia y con quien tuvieron una gran empatía, tocaban la campana cuando éste se descuidaba o forraban el badajo con tela para que no sonara en las llamadas a misa. “El Chino” se desquitaba por las mañanas; en la madrugada abría la iglesia y desde la nave gritaba:

—¡Montesinos, Montesinos, despierten!, —era su manera de seguir el juego; no le funcionaba, porque nosotros ya estábamos despiertos cuando él llegaba. A esa hora partíamos hacia el baño turco que se encontraba muy cerca del mercado y de la iglesia. “El Chino” vivía con su esposa en la casa cural, donde pasamos la Navidad con ellos. Cuando terminó el proyecto fue notoria la tristeza que sintieron por nuestra partida.

El fin de año se aproximaba, mis dibujos ya estaban casi concluidos y en aquellos días mantenía una comunicación constante con mi director de tesis, Guillermo Pérez Castro[19]. Hablaba regularmente con él por teléfono, dos o tres veces a la semana. Por ese entonces él vivía en Guadalajara; se había mudado a esta ciudad donde residían su esposa e hijos. Guillermo era mi mentor, habíamos cultivado una relación de amistad de varios años; era también un gran amigo de Eduardo, pues se conocieron en los años ochenta en los trabajos del ex convento de San Jerónimo. A ambos los conocí en la casa de la Primera Imprenta.

Fue entonces que se me ocurrió la idea de invitar a Guillermo para que se reuniera con nosotros en Morelia, pues Guadalajara se encontraba a cuatro horas por carretera y Guillermo tenía entre sus planes visitar la ciudad de México ese fin de año. Los itinerarios se acomodaban, pasaríamos un día en Morelia y nos regresaríamos juntos a la ciudad de México. Aceptó visitarnos, tenía varios años que no nos reuníamos como en los viejos tiempos, en el ámbito de un inmueble histórico, teniendo largas charlas y disfrutando de un exquisito café.

Todo estaba preparado para recibir a nuestro importante invitado, sólo me inquietaba saber la forma en la que abordaríamos con él el tema los “fantasmas”. Guillermo era una persona seria, me parecía conocerlo lo suficiente como para saber que no le daría importancia al asunto y que su conclusión sería similar a la mía: terminaría mofándose de nuestros paranoicos amigos. No esperé, tan pronto llegó, me adelanté a darle mi versión para que estuviera preparado, pues estaba seguro de que se enteraría en cualquier momento pues Eduardo y Alfredo se morían de ganas por contarle.

Lo tomó con tranquilidad, sonrío, movió su cabeza y pasamos a otro tema, fue un día de reencuentro, la mayor parte del tiempo la pasamos en nuestra oficina-dormitorio, el coro alto, ya sea platicando o trabajando cada quien en lo suyo, Guillermo tomaba una pluma y continuaba el manuscrito que guardaba en su portafolio; platicando o en silencio disfrutábamos el lugar y la compañía.

Todo transcurría con normalidad, hasta que llegó la noche. Para celebrar nuestro último día en Morelia y a nuestro invitado, compramos una botella de jerez. Después de cenar regresamos al coro alto, nos sentamos en torno a nuestra mesa de trabajo y no recuerdo en qué momento, comenzaron a abordarse los extraños acontecimientos de los días anteriores. Guillermo se encontraba sentado al centro de la mesa viendo hacia el altar, yo junto a él, Alfredo de frente, Eduardo de pie, deambulaba de un lado a otro. El

Shagui observándonos recostado. Los acontecimientos fueron descritos, narrados y precisados con sumo detalle por los involucrados, Guillermo se mantuvo muy atento escuchando cada versión hasta que los relatos se fueron agotando, se produjo un silencio y entonces nos dijo:

—Váyanse a dormir, yo me voy a encargar de arreglar el problema, no se preocupen. —Colocó sus codos sobre la mesa, inclinó la cabeza y permaneció un largo rato meditando, en ese momento yo me retiré a mi catre, continúe observando lo que sucedía sentado, recargado sobre la pared.

Pasaron algunos minutos, Alfredo permanecía sentado frente a Guillermo y de pronto, impresionado por algo que veía, se puso de pie, gritaba y decía:

—Ahí están, son ellos, ¿no los ven?, —desesperado continuaba gritando, Eduardo levantó la voz y le dijo:

—Ábrete pendejo, ábrete, deja que se pongan en contacto contigo. —Se tranquilizó un poco, lo suficiente como para caminar hacia su catre y recostarse, observó a Guillermo y dirigiéndose hacia nosotros preguntó— ¿En serio no ven nada, no ven a esa gente? Ellos están aquí en este momento. —El Shagui se quedó inmóvil, Eduardo fumaba cigarro tras cigarro, yo en silencio solo observaba. Guillermo permaneció inmutable, en profunda meditación. Alfredo se tranquilizó, estaba muy agotado, el cansancio comenzó a derrotarnos, hasta que poco a poco nos fuimos quedando dormidos. Al abrir los ojos, ya de mañana, observamos que Guillermo permanecía sentado en el mismo sitio, esperando a que despertáramos, cuando finalmente llamó nuestra atención, en tono serio y tranquilo, dijo:

—Ya no los van a molestar, ya se fueron, eran personas que se encontraban atrapadas, no podían salir, ya se fueron, no van a volver. —No hubo preguntas ni más explicaciones.

La mañana transcurrió como si nada hubiese pasado, nos preparamos para tomar el tren a México, Guillermo y yo viajamos toda la noche, en ningún momento del viaje volvimos a tocar lo que había sucedido aquella noche, nos despedimos al llegar a la Ciudad de México. Días después hablé por teléfono con Eduardo para saludarlo, me respondió enojado y con el tono de voz grave que lo caracteriza, me recriminó por haber invitado a Guillermo a Morelia, me dijo ofendido:

—¿Por qué lo invitaste? Tú eres el culpable, desde que "El Guarura" estuvo aquí ya no pasa nada emocionante en Capuchinas, no vemos ni sentimos nada, tan cerca que estuvimos de tener algún contacto, pero tú lo trajiste y se llevó a nuestros fantasmas.

Desde aquel año no he vuelto a encontrarme con Alfredo, El Shagui continúa trabajando en proyectos de restauración, Guillermo falleció en el 2003. Desde 1995 Eduardo y yo no habíamos hablado sobre los extraños sucesos en Capuchinas hasta que lo hicimos para la redacción del presente escrito, al día de hoy, todavía me sigue recriminando por haber invitado aquellos días a la ciudad de Morelia a nuestro querido Guillermo, "El Guarura".

Acerca del autor. Víctor Joel santos Ramírez es un arqueólogo egresado de la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH) y maestro en arquitectura por la Universidad Autónoma de Sinaloa (UAS) Autor de los libros: "La iglesia de la villa de Sinaloa. Arqueología Histórica" (2014), "El Colegio Jesuítico de Sinaloa" (2014) y "Las misiones jesuíticas de Sinaloa. Pasado y presente de los monumentos históricos" (2015), además de editor del libro de Guillermo Pérez Castro Lira "Arqueología Monacal, el monasterio femenino de San Jerónimo, Ciudad de México (siglos XVI al XIX)" (2020).

¿Quién era el difunto?

Josefina del Carmen Chacón Guerrero y
Raúl M. Arana Álvarez[20]

En los diversos trabajos arqueológicos que hemos realizado hemos tenido la satisfacción de convivir y de participar en los rituales de los habitantes de los pueblos en donde se han llevado a cabo los proyectos y convivir con ellos.

Es el caso del proyecto arqueológico en el que para uno de los autores de este texto (Carmen), significó su primera participación en campo, por allá en el año de 1974. En esa investigación se tuvo la oportunidad de explorar un sitio que no había sido estudiado desde que fue abandonado por sus habitantes originales[21]. Este pequeño pueblo se llama Coatetelco y se encuentra en el estado de Morelos, al sur de Cuernavaca. Cabe mencionar que este proyecto fue el parteaguas para explorar ese sitio.

Al centro del pueblo se encuentra una iglesia del siglo XVI que está dedicada a San Juan Bautista. Este templo fue construido sobre los restos de antiguas edificaciones prehispánicas y el proyecto arqueológico consistía en descubrir y conservar los vestigios que dejaron los habitantes de la cultura Tlahuica.

Dada la reocupación del espacio, y como respeto a la comunidad viva, parte del proyecto consistía en remover las tumbas que estaban en el atrio de la Iglesia, las cuales no tenían más de 60 años de antigüedad.

Antes de iniciar la remoción de las tumbas se avisó a todo el pueblo que se iban a retirar del atrio de la iglesia, para que si alguno

tenía familiares enterrados en ese lugar fueran por ellos y los trasladaran al panteón local.

Cabe señalar que, en este pueblo, a la mayoría de los muertos se tenía la costumbre de vestirlos con el atuendo de algún santo y poner en su ataúd, a manera de ofrenda, algunos enseres que hubieran ocupado en vida.

De su estudio, se obtuvo que la mayoría de los enterrados eran hombres, algunas cuantas mujeres y uno que otro niño. Los huesos estaban muy erosionados y los ataúdes deshechos, y se lograron exhumar algunas ofrendas.

Sin embargo, solamente uno se pudo rescatar con el ataúd intacto. Dentro de él estaba un esqueleto completo que correspondía a un hombre y que aún conservaba su ropa integra con que lo sepultaron. El atuendo era un hábito de tipo franciscano y el fallecido además tenía entre sus manos, que aun conservaban la posición original unidas en oración, un papelito doblado que contenía flores secas.

Terminamos de exhumar el cadáver, y ya era tarde casi noche, por lo cual le pedimos al sacristán de la iglesia nos permitiera guardar en el templo el féretro conteniendo el esqueleto, para avisar posteriormente a los familiares y que vinieran a recogerlo; el sacristán se negaba a que lo dejáramos ahí porque tenía miedo, pero después de mucho insistir lo permitió, no sin antes dejar en claro que lo asustaba mucho tenerlo ahí y que temía que “el muertito le hiciera algo”.

Al otro día regresamos para seguir con nuestro trabajo, pero el sacristán no se presentó a trabajar y no pudimos contactar a los familiares del individuo desenterrado hasta cinco días después de exhumarlo, por lo que todo este tiempo estuvo el féretro con el cuerpo en la sacristía, resguardado y mientras tanto el sacristán seguía sin aparecer por la iglesia.

Como ya habíamos terminado las exploraciones en la iglesia,

continuamos con las excavaciones en la zona arqueológica.

Santiago Analco Ramírez, vecino morelense ahora ya fallecido y quien llegó a ser arqueólogo, en ese entonces realizaba labores de apoyo para el proyecto, por lo que se le comisionó para que entregara los restos a los familiares. A los pocos días nos informó que ya lo habían recogido y llevado al camposanto. Después de esto el sacristán de la iglesia nos fue a ver; se encontraba muy golpeado y con muchos moretones, por lo que le preguntamos sorprendidos qué le había pasado, si acaso había tenido un accidente, a lo que él nos respondió muy enojado "que les había advertido que tenía miedo, y que el muertito se molestó porque lo desenterraron; durante las cinco noches me jalaba de los pies y me tiraba del catre". Fueron los mismos cinco días que tardaron en recogerlo sus familiares para llevarlo a enterrar al camposanto.

Al poco tiempo de este suceso, comenzamos a enfermar de calenturas y dolor de cuerpo, y Carmen sentía muchos calambres en las piernas, como si recibiera piquetes con alfileres. Tomamos calmantes, pero seguimos con dolencias; por lo que ya en la desesperación incluso decidimos ir con un curandero para que nos hiciera una limpia, sin que tuviéramos mejora alguna.

Cuando terminamos el proyecto en Coatetelco regresamos a la Ciudad de México a trabajar en el Departamento de Salvamento Arqueológico, y Raúl inició su colaboración en ese departamento, y Carmen fue comisionada de la SEP al INAH… pero el malestar seguía aquejándonos.

Como habíamos estado viviendo en Cuernavaca, Raúl fue a recoger nuestras pertenencias y sus libros al museo de Cuauhnáhuac, por lo que le pidió a Santiago que lo acompañara. Al estar revisando las cajas de materiales arqueológicos de las excavaciones, cuál sería su sorpresa que en una de sus cajas estaba el hábito que vestían los restos que le habíamos encargado entregara a sus familiares. Raúl le

pregunto qué porque había separado la ropa de sus restos y no le supo contestar. De inmediato se fueron con esta ropa al patio de atrás del museo para quemarla. Cuenta que por más cerillos que le acercaban a la tela no encendía, por lo que pidió a Santiago que fuera por alcohol; con ello empaparon el hábito y le aventaron un cerillo. Dicen que cuando encendió la lumbre… se oyó una exhalación como de descanso en paz.

Tiempo después regresamos al pueblo para investigar un poco más acerca del muerto; cual fue nuestra sorpresa al platicar con algunos trabajadores que estuvieron laborando con nosotros en las excavaciones quienes nos comentaron que ellos siempre tuvieron miedo cuando encontrábamos entierros, porque pensaban que les hacían mal de ojo, y nos comentaron que ese personaje lo conocían porque era brujo, considerado como una mala persona, por lo que en un intento de purificarlo fue sepultado con el hábito de San Francisco.

A partir de ese momento nuestros males cesaron. Después tratamos de entender por qué razón nos habíamos enfermado y pensamos que, al separar el cuerpo de sus pertenencias, quizá el espíritu del difunto se molestó, pero al quemarlas le fueron devueltas; hasta entonces su alma perturbada habría descansado y nos liberó.

Acerca de la autora. Josefina del Carmen Chacón Guerrero es arqueóloga del Instituto Nacional de Antropología e Historia adscrita a la Dirección de Estudios Arqueológicos, además de profesora de educación primaria. Ha realizado investigaciones arqueológicas en los estados de Morelos, Chiapas, Guerrero, Nayarit y Veracruz, y en la Ciudad de México, en los que ha estudiado restos de fauna pleistocénica y restos humanos, así como elementos de época prehispánica, virreinal e industrial. Ha participado en labores de salvamentos y en rescate como el de la Coyolxahuqui en el Centro Histórico de la CDMX. Recientemente colaboró en las excavaciones en

el Proyecto del Cerro de la Estrella para la conservación del basamento del Templo del Fuego Nuevo. Ha participado en ponencias, conferencias y coloquios, congresos, seminarios y mesas redondas en la república mexicana y en el extranjero, y cuenta con diversas publicaciones de libros, revistas, capítulo en libros, entre otros. En la actualidad estudia fauna pleistocénica y restos óseos humanos fósiles rescatados en Chimalhuacán, Estado de México.

Acerca del autor. Raúl M. Arana Álvarez es maestro en Ciencias Antropológicas y arqueólogo del Instituto Nacional de Antropología e Historia desde 1965. Cursó estudios de licenciatura en la Facultad de Derecho de la UNAM y realizó estudios de Doctorado en Arquitectura Prehispánica en la UNAM. Actualmente está adscrito a la Dirección de Estudios Arqueológicos, pero desarrolló labores en los departamentos de Prehistoria, Salvamento Arqueológico, Arqueología Subacuática, Registro Arqueológico, Monumentos Prehispánicos y Museo Nacional de Antropología, además de trabajar en los centros regionales de Morelos, Guerrero y Nayarit, del que fue su titular. Ha sido docente de la Escuela Nacional de Antropología e Historia desde 1970 hasta la fecha y es asesor de múltiples tesis. Ha sido responsable de múltiples proyectos de arqueología en toda la República, en particular de salvamentos arqueológicos, incluyendo el rescate del monolito Coyolxahuqui. Ha publicado varios libros, capítulos de libros y artículos científicos, y ha dictado ponencias y conferencias en México y el extranjero.

La otra cara del Palacio de Cortés

Jorge Angulo Villaseñor[22]

Tantos años ya pero aún recuerdo lo ocurrido durante los trabajos arqueológicos en el Palacio de Cortés, hoy Museo Regional Cuauhnáhuac, muy particularmente en la conocida como "Sala de la chimenea", en donde trabajaba Teófanes García González, entonces un joven ayudante de campo.

A Teófanes lo conocía de tiempo atrás; habíamos trabajado juntos en otros proyectos y tiempos muy anteriores a los trabajos del Palacio de Cortés. Incluso colaboró conmigo cuando empezó la intervención en ese magnífico lugar morelense de nombre Chalcatzingo. Por esa confianza le pedí que me ayudara en Cuernavaca, pues se había convertido en mi mano derecha para la albañilería y en todo tipo de trabajos manuales. Era un tipo extraordinario, con muy buena voluntad, todo el tiempo muy atento y muy íntegro en su trabajo.

Recuerdo que una vez trabajando en el campo, antes de lo del Museo Regional, hacíamos una exploración en donde apareció un alineamiento de piedras, por lo que le pedí que limpiara esas rocas para ver si había algo más. Estaba en esa labor cuando empezó a llover, por lo que le grité (pues estábamos lejos uno del otro), pidiéndole que se refugiara de la lluvia.

Malamente, ahora lo veo, pero en ese momento decidimos refugiarnos bajo los árboles: yo me aposté debajo de uno y él se guareció en otro, cuando de pronto un rayo cayó junto al que él estaba y nomás lo vi volar del impacto unos metros, para luego caer al suelo. Corrí para asistirlo, para ver qué tenía al tiempo que llamaba a

Onésimo Núñez, otro muchacho que también era mi ayudante y a quien le dije que urgía llevarlo al hospital.

Entre los dos lo cargamos y cuando estaba en el Jeep, a punto de arrancar, empezó a recobrar el conocimiento. De todos modos, lo llevamos al hospital donde lo vio un doctor, a quien le expliqué lo que había pasado y su respuesta fue:

—¡No; ya no tiene nada! ¡Lléveselo! Volvimos y le dije que se fuera a descansar y se quedara en casa el resto de la semana, o hasta que se sintiera bien. No tardó ni dos días y ya estaba ahí presente.

Después supe que aquéllos a quienes les cae un rayo y sobreviven, se los considera graniceros y que tenían percepciones y mucha sensibilidad para captar cosas que la gente "normal", por llamarlo de alguna manera, no sentimos. Esta facultad de granicero me quedo mucho más clara cuando trabajamos en el Palacio de Cortés, específicamente al explorar un espacio en el que se descubrió un elemento que en principio llamamos "muro chueco" o "muro raro", pero que más tarde cambió al de "la chimenea* y que estaba dentro de un galerón, que más tarde supimos había sido una capilla que había construido el padre Melgarejo, poco antes de la partida del conquistador Hernán Cortés hacia las Hibueras, territorio en la actual República de Honduras.

Tras la llegada a su nueva casa de Doña Juana de Zúñiga, esposa de Cortés, con la que se casó para adquirir el título de Marqués que ella heredaba, se mandó modificar la capilla, dividiéndola para convertirla en su comedor y cocina, instalando así la chimenea, aunque no sabemos si fue ella la que emprendió la obra o su hijo Martín Cortés[23]. Más tarde, entre 1629 y 1747, el edificio sufrió una etapa de abandono, para posteriormente tener diferentes usos. Hacia 1821 se convirtió en Palacio de la República, por lo que sufrió nuevos cambios, entre los que sobresale la instalación, en el segundo piso, de la sede del gobernador, quien tapó el hogar en el piso inferior y

eliminó el tiro de la chimenea, el que se convirtió en un basurero en donde fueron a parar los escombros de las modificaciones realizadas, generando así un muro muy extraño y de grandes dimensiones.

Decían los trabajadores que desde que se empezó a trabajar en esa habitación les sucedían "cosas" y veían sombras, por lo que nadie quería laborar allí. Poco después, durante los trabajos arqueológicos, se descubrió la presencia de la chimenea y decidimos remover el murete que tapaba la boca del hogar y cuando recuperamos los materiales que se encontraban mezclados con los escombros, se encontró una pequeña muñeca de brujería y dentro de una de las oquedades del muro, también se halló un ovillo de largo cabello humano enredado en un palito, que junto a otros materiales habían quedado inmersos y olvidados entre el escombro y la basura. Nos llamó la atención que en el interior de la chimenea también se descubrió el dibujo de una cruz negra con los brazos terminados en ángulos o vértices.

En los aspectos técnicos, principalmente me interesaba entender lo que había ocurrido durante el proceso constructivo del edificio, por lo que empezamos la exploración del muro en el que se encontraba la chimenea. Teófanes restauraba los intersticios del muro interior de la chimenea, mientras otros miembros de la cuadrilla retiraban la basura y separaban los objetos. Así que, con la confianza que le tenía, dejé allí al maestro trabajando dentro de la chimenea, consolidándola para que no se viniera a tierra.

Mientras tanto, a Onésimo me lo llevé para que trabajara en otro frente, entretanto que yo andaba de arriba para abajo porque no contaba con otro arqueólogo o ayudante, hecho que me obligaba a supervisar y llevar yo mismo los registros de todos los avances. Y todo empeoró porque de repente me enviaron cerca de diez albañiles más para concluir en menos tiempo, pues la única instrucción que me dieron fue:

—¡Rápido; más rápido! ¡Tienes que restaurar todo esto!

En un momento dado bajé para ver cómo iba Teófanes, pero no lo encontré; pensé que habría ido al baño o que andaría por allí, pero nada, no llegaba. Pregunté a los trabajadores, pero nadie lo había visto; alguno me comentó que se había ido, lo que me sorprendió mucho, pues como ya mencioné era muy responsable. Pensé incluso que habría enfermado y por eso me fui inmediatamente a buscarlo, para ver qué había pasado.

Me lo encontré sentado afuera, con los ojos desorbitados, viendo su dedo pulgar.

—¿Qué pasó Teófanes? —le dije. Me enseñó su mano derecha: había perdido la uña de su pulgar. Se le veía conmocionado, así que volví a preguntar—¿Qué te pasó? ¿Cómo te sucedió esto?

Después de un gran esfuerzo pudo explicarme.

—¡Perdóneme don Jorge, pero yo no vuelvo a trabajar en ese lugar! Cuando usted se fue, yo me quedé trabajando en la chimenea; estaba yo en un banquito alcanzando el tiro de la chimenea, restaurando y de pronto sentí unas manos muy grandes y fuertes que me tomaban por los hombros, me jalaron, me alzaron y me azotaron contra el piso. Como traía la cucharilla de albañil en la mano, me golpeé con ella y me boté la uña. Me senté el banquito para verme la herida y, entonces, de la chimenea salió una sombra que se vino contra mí y me atravesó... ¡Es la peor sensación que he sentido en mi vida! ¡De verdad que yo ya no vuelvo!

Me preocupó verlo allí sentado, desorientado, sin concebir lo que le había pasado, pensando en ese hecho tan extraordinario. Traté de calmarlo, lo convencí de que volviera prometiéndole que lo pondría en otro frente. Lo mandé al hospital para que le curaran la mano y le di unos días para descansar, para despejarse.

Cuando en la excavación se enteraron de lo sucedido, comenzaron

a contar otras historias que habían pasado allí mismo, en ese lugar. Dos trabajadores que eran hermanos y que venían de un lejano pueblo de Guerrero, por lo que en su viaje a Cuernavaca gastaban mucho de sus escasos fondos; para ahorrar, me pidieron permiso que los dejara dormir en el Palacio, a lo que no le encontré problema alguno, así que utilizaron ese cuarto como habitación.

Sucedió que una noche uno de ellos se levantó y vio que su hermano salía para ir al baño, así que le dijo que lo esperara para ir juntos, pero al levantarse se dio cuenta de que el hermano seguía allí acostado, por lo que le preguntó:

—¿Pues no que ibas al baño? —Como no respondía, lo movió pensando que le jugaba una broma, pero éste se despertó sorprendido y le dijo que él estaba dormido y que no se había movido de allí, que tal vez lo había soñado.

—¡Yo no lo soñé!, si hasta te escuché decir que ibas afuera —dijo. Después contó que vio a una sombra que se levantó del suelo y salió de la habitación, sólo para volver inmediatamente y perderse en la pared, justo por la chimenea.

Esto había ocurrido un miércoles y me lo contaron los trabajadores hasta el sábado, el día de paga, cuando precisamente los hermanos no estaban presentes. Al preguntar por ellos, uno de los trabajadores me dijo que ya no iban a volver, que se habían asustado mucho, tanto que ya no quisieron regresar, ni por su pago. Y así continuaron narrando otros hechos raros que les habían estado sucediendo.

Una mañana, los trabajadores me dijeron que un grupo de personas me andaban buscando, así que los encontré y me los llevé para charlar en el espacio que yo tenía acondicionado como oficina. Resultó que era un grupo de investigadores parapsicólogos quienes, cuando supieron de las obras en la vieja mansión, hicieron las gestiones necesarias y se consiguieron un permiso para realizar

algunas pruebas, así que pidieron autorización para poder llevarlas a cabo.

En respuesta a mis inquietudes me explicaron que ellos pensaban que todo lo que un ser humano vive intensamente y siente, a fin de cuentas, se convierte en energía, en una suerte de vibraciones. Estas "energías", cuando son muy intensas, muy fuertes, suelen quedarse atrapadas en los lugares donde los sucesos ocurrieron, por lo que en ocasiones se quedan plasmadas en cierto materiales porosos o blandos, como los aplanados de cal o yeso de las paredes, y como éstos se van cubriendo a lo largo del tiempo con nuevas capas de aplanado o de pintura, allí pueden permanecer indefinidamente y, cuando se les destapa, bajo ciertas condiciones de temperatura, humedad y otras, a veces se liberan en formas de sonidos, por eso hay casas viejas en donde la gente dice que escucha ruidos extraños. Explicaron que era el mismo principio de una grabación en un disco de acetato o en un casete[24], es decir, en un material sensible en el que se pueden grabar sonidos. "El punto es que usted, —me dijeron— en este edificio está removiendo aplanados y exponiendo los muros originales de la casa, así que nos gustaría trabajar con ellos".

—¿Y qué es lo que hacen? —pregunté.

—Bueno, traemos unos micrófonos y grabadoras hipersensibles y los pasamos sobre los antiguos aplanados. Y él, —me dijeron mientras señalaban a uno del equipo—, tiene una especial facultad para sentir cosas y ambientes.

Como traían el permiso oficial y bueno, yo no tenía nada que perder, acepté a ayudarlos.

—Pero con una condición —les advertí.

—¿Cuál? —preguntaron ellos.

—Que no se vale que me pregunten nada. Ustedes hagan su trabajo o sus pruebas, pero no esperen que yo les dé información

sobre lo que sabemos de cada espacio, porque eso puede influir en sus conclusiones.

—Muy justo de su parte, —dijeron— así que manos a la obra, y empezaron a traer su equipo.

El primer lugar al que los llevé fue la pared que había levantado la esposa de Cortés para dividir la antigua capilla. Inmediatamente la persona con sensibilidad se paró frente al muro, cerró los ojos, se concentró, extendió los brazos y con las palmas de las manos dirigidas hacia la pared comenzó a moverlos en 360º, como escaneando. Y así con los ojos cerrados dijo:

—Esto no es así, no es plano, tiene entradas y salientes, como movimiento y además brilla...

—Bueno, —les dije— les estoy haciendo trampa, este muro se levantó después en mitad del cuarto, y los llevé a la otra habitación, en donde se conservaba una moldura en la pared.

—¿Quizá sea esto lo que usted percibió? —le dije señalándola—, pero el negó con la cabeza, diciendo que él había percibido algo más recargado y que brillaba mucho. —Finalmente decidieron pasar sus micrófonos hipersensibles y se fueron a la oficina para procesar la grabación. Más tarde me buscaron y me dijeron:

—¡Creemos saber qué era ese cuarto al que nos llevó!

—¿Ah sí? —Les respondí— ¿Qué fue ese espacio?

—¡Iglesia, capilla o algo así! —exclamaron ante mi sorpresa.

—¿Y cómo lo supieron? —pregunté.

—Venga entonces, —me dijeron y caminamos hasta la oficina, me señalaron una peculiar grabadora que tenían, me ofrecieron unos audífonos y pusieron la cinta. Se escuchaba a lo lejos, como en el fondo, clara, pero débilmente, el sonido de unos cantos de frailes, como gregorianos.

Yo me sorprendí, pues efectivamente, cuando Cortés se fue a las Hibueras, en un viaje que le tomó dos años, con el objetivo de que no lo despojaran de sus propiedades y para evitar la rebelión de uno de sus capitanes, Cristóbal de Olid, trajo a esta casa a residir a un grupo de franciscanos, quienes son los que utilizaron la capilla. Y para sorprenderme aún más, el amigo que percibía cosas me dijo:

—Lo que sentí entonces pudo ser un retablo de iglesia, por eso brillaba y se veía como abigarrado. Y efectivamente, en el siglo XVI la capilla tuvo un retablo de madera con laminado de oro.

Ya impresionado con los resultados de los parapsicólogos, me animé y los llevé al cuarto de la chimenea y los paré de frente a ella y les dije que me interesaba mucho saber que podían encontrar sobre ese lugar en particular. El hombre de la facultad para percibir cerró los ojos e hizo lo mismo que yo lo había visto hacer en la otra habitación, pero en esta ocasión tardó más en cerrar los ojos y extender los brazos que en pegar un grito, saltar para atrás y exclamar:

—¡Aquí no puedo! ¡Es horrible! ¡Se siente como mucho dolor, como pena, como angustia!, perdone profesor, pero aquí no puedo hacer lo mío, ¡Aquí pasó algo terrible! —Lo que hicieron entonces fue pasar su equipo de grabación y ni siquiera se separaron de mí para procesarlo, me dijeron venga profesor y así fuimos todos a la oficina. Prepararon el equipo, sacaron la cinta la pusieron, el coordinador del grupo se puso los audífonos, peló tremendos ojos y me dijo:

—¡Profesor, tiene que escuchar esto...! Me coloqué los audífonos, regresaron la cinta y lo que escuché hizo que la piel se me erizara, y que se me erice cada vez que lo recuerdo. Se oía otra vez lejano, como en el fondo, un débil sonido, pero claro y nítido: eran lamentos, llantos, sollozos, quejidos... ¡Horrible!

Años después, cuando tuve la oportunidad de investigar en el Archivo de Indias de Sevilla, encontré documentos muy importantes

sobre el Palacio de Cortés y entonces descubrí que, durante cierto tiempo, en el periodo colonial, la casona había sido sede del Santo Oficio, de la Inquisición y justo ese cuarto, el de la chimenea, había sido adaptado como cuarto de interrogatorio y de torturas. Respecto a la cruz negra, más tarde descubrimos que era un recurso utilizado durante la época colonial, para exorcismos...

Acerca del autor.

Jorge Angulo Villaseñor es investigador emérito del INAH, institución en la que labora desde hace cerca de 70 años, y está adscrito a la Dirección de Estudios Arqueológicos. Nació en la Ciudad de México y es arqueólogo egresado de la Escuela Nacional de Antropología e Historia, maestro en Ciencias Antropológicas y doctor en Arquitectura Prehispánica por la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Formador en las aulas y en la práctica de múltiples generaciones, realizó estudios de posgrado y capacitación en Europa, en concreto en Universidad de Londres. Además, en 1974, con varios de sus colegas, fundó el Colegio Mexicano de Antropólogos. Su amplia y reconocida trayectoria le han llevado a realizar actividades de investigación en espacios prehispánicos e históricos, así como labores de docencia, conservación-restauración y divulgación en gran parte del territorio nacional, en especial en los estados de Chiapas, Guerrero, Morelos de México, además de la Ciudad de México, con participaciones en exposiciones museísticas en varios foros, resaltando los museos nacionales de Las Culturas y de Antropología, así como el Palacio de Cortés.

Historias del inframundo… bajo la Pirámide del Sol

Jesús Torres Peralta[25]

¡Me miró, de pronto así! clavando en mí su mirada aguda como cuchillo de obsidiana, como punta abismal, inmensa, cual firmamento de estrellada noche galáctica, mirada furtiva, primero con miedo, y confiada después, que detuvo el tiempo…, a través de sus ojos café obscuros, grandes y profundos, tanto como el fondo del mar, o como el túnel bajo la tierra en el que nos encontrábamos.

Sus inquietos ojos destellaban relámpagos de ansiedad y, sin embargo, de alguna forma, al mirarlos detenidamente transmitían cierta tranquilidad pues en el fondo parecían serenos, con la serenidad que da la experiencia, de mujer madura, ojos grandes, abriéndose más grandes como si quisieran escaparse de sus órbitas. Ojos llenos de asombro, atónitos y desorientados, como despertando de un aletargado y profundo sueño. Como umbral de lo insólito, ante mí, en ese instante se abría un mundo extraño a través de sus ojos, que intentaban comunicarme la clave del enigma que secretamente guardaban, ojos obscuros como granos de café.

De sus labios se escaparon entonces, las palabras que mis oídos escucharon sorprendidos y extasiados al mismo tiempo, y cuando las dijo, clarito sentí recorrer sobre mi espalda una sensación de escalofrío. Yo que soy un incrédulo empedernido de tiempo atrás y, a la vez que no podía creer lo que mis oídos escuchaban, deseaba que averiguara más, que le preguntara tantas cosas, y …, bueno, ya les iré contando lo sucedido, pero antes permítanme hablarles del lugar

donde se sucedieron estos hechos.

Teotihuacán, la zona arqueológica que está a 45 kilómetros al noroeste de la Ciudad de México, fue el lugar donde acontecieron los hechos e historias que ahora les cuento. Ciudad antigua, perdida en el tiempo, cuyos vestigios nos hablan o murmuran, incluso sus paredes vestidas de colores y sus calles y edificios de los cuales tan sólo quedan ruinas; unida ahora a la megalópolis, por una cadena interminable de nuevas y viejas casas, condominios, nuevos conjuntos departamentales como si fueran pajareras, de distinta calidad, de interés social las más, o casas de paracaidistas,[26] desde San Juanico hasta Tepexpan, recién pintadas por un diputado de algún partido político en tiempos de promesas electorales, que se suceden unas a otras como si fueran parte de un largo cordón umbilical, es en breve suma, Teotihuacán, un lugar enigmático y escenario de una y mil historias que contar.

¿Quién no ha ido alguna vez por lo menos en su vida a Teotihuacán? Aunque sea sólo para "treparse", como dirían los niños, a una pirámide, o simplemente para caminar por la gran calzada llamada De los muertos, "Micaotli" en náhuatl, esa avenida que se traza y erige como su eje o columna vertebral, alrededor de la cual se estructuran los vestigios de lo que hace siglos fuera la Gran Ciudad.

En la actualidad, se acostumbra que, dentro de los programas escolares de nivel primaria, los profesores organicen visitas, en grupos para toda la escuela, a las "ruinas" de lo que otrora fue una bellísima y magnífica urbe. Esta fue la metrópoli por excelencia de lo que algunos investigadores han considerado como: "la capital de un vasto imperio en el clásico mesoamericano" Y es probablemente el sitio arqueológico más estudiado durante más tiempo en toda la república mexicana.

Entre tanto, también es el lugar donde se tejen historias mezcladas con leyendas y cuentos que se enredan y desenredan en una

suerte de espiral sin fin.

Mi historia es simple pero todavía me provoca escalofríos cuando la recuerdo o la traigo a colación en alguna conversación con amigos. Debido a mi trabajo, a veces me toca entrar al túnel que se encontró accidentalmente en 1971 y que se encuentra por debajo de la Pirámide del Sol, mismo que fue parte del escenario de las historias que aquí narro.

Dicho túnel va desde el centro y al frente del cuerpo adosado de la pirámide, hasta casi al centro de ésta, por debajo de ella, entre 6 y 7 metros de manera vertical y luego se introduce 103 metros longitudinalmente en dirección poniente-oriente, alcanzando casi el centro de la propia Pirámide del Sol. Este túnel fue primero explorado por el arqueólogo Jorge Acosta y después por otros investigadores como Doris Heyden, quienes han reflexionado y aportado con sus estudios ideas e hipótesis acerca de la función o posibles significados.

Pero antes de entrar al túnel, o, mejor dicho, de contarles lo que ahí sucedió un día cualquiera de un año cualquiera, permítanme decirles que días antes de los sucesos extraordinarios, pasaron varias cosas "raras", que al final todas podrían tener alguna explicación, menos, creo yo, la del túnel mismo.

Por aquellos días, mi oficina estaba precisamente atrás de la Pirámide del Sol, en la edificación de una casona de la época porfiriana, en el pueblo de San Francisco Mazapa. Entre la pirámide del Sol y mi oficina, mediaban unos cuantos metros, y una serie de cuevas, además de la malla ciclónica que circunda y separa la zona arqueológica del circuito exterior empedrado.

Mi oficina se ubicaba en la parte alta de la casona mencionada. Durante un tiempo dicha construcción albergó la "Escuela de Artes y Oficios", la que fue fundada por don Manuel Gamio en los años veinte del siglo pasado, para que la población circunvecina a las pirámides aprendiera alfarería y el trabajo de la obsidiana. Para ello, invitó a

varios artesanos experimentados, con la idea de que enseñaran a los pobladores a fabricar artesanías, que en el corto y mediano plazo pudieran vender a los turistas que llegasen para admirar las antiguas "reliquias", objetos de culto o cotidianos, así como a bellos monumentos, aún hoy no del todo comprendidos.

Esto fue parte de un proyecto integral de investigación que don Manuel Gamio desarrolló no sólo sobre los antiguos pobladores de Teotihuacán, sino sobre los contemporáneos, para que al mismo tiempo sirviera de desarrollo para las comunidades circunvecinas a la zona de monumentos arqueológicos.

En la parte trasera de lo que fue la escuela, aún se conserva un gran horno de cerámica para cocer las arcillas y, más atrás, un auditorio al aire libre, erigido por el arqueólogo don Manuel Gamio, con la ayuda de un arqueólogo y arquitecto de origen guatemalteco, de nombre Rafael Yela Günter [27]. A este auditorio se le conoce como el "Teatro de la Naturaleza", o en la actualidad simplemente como "Teatro al aire libre", y fue construido a manera de foro romano, para el uso y disfrute de los habitantes contemporáneos, con el objetivo de realizar representaciones teatrales, danzas y conciertos de música con las bandas y grupos de los pueblos aledaños.

En este teatro al aire libre, sobresalía el pedregal de tezontle y basaltos, que, a manera de escenario natural, erguía y asomaba sus paredes obscuras y de fuego endurecidas, entre los matorrales, cactáceas y magueyes. Matizado por la toba volcánica de color café claro, se abría un camino rojo, hecho de gravilla de tezontle, que conduce al proscenio y a los camerinos, enmarcado por dos grandes cactus fálicos de cemento, pintados de color verde-amarillo, y al fondo, en el proscenio, dos grandes jarrones de estilo tal vez *art decó*, muy del gusto de la época.

Además de ser el gran "Teatro de la Naturaleza" y la Escuela de Artes y oficios, andando el tiempo, este edificio funcionó como la

Escuela Primaria Carrillo Puerto Gil y, desde los años noventa del siglo pasado, el Instituto Nacional de Antropología e Historia, lo convirtió en el Centro de Estudios Teotihuacanos, en donde por algún tiempo me desempeñé como bibliotecario, subdirector y encargado del despacho de la dirección e investigador, sucesivamente.

Saliendo de la oficina principal, se ubica un pasillo que conduce a un descanso, rematado por un atractivo balcón instalado en la fachada principal del edificio y, un poco antes, sobre la pared, hacia el poniente, una ventana de forma un tanto ovalada, entre estrella y cruz, como si fuese una claraboya o un ojo de buey de un barco. En ella se enmarcaba perfecto, cual pintura, la figura completa de la pirámide del Sol. Así, en ella nada más, se encuentra nítida y perfecta la imagen de la pirámide más grande de Teotihuacán.

Con frecuencia pasaba muchas horas encerrado en esa oficina, pero recuerdo en particular una noche, en que intentaba terminar algún trabajo pendiente, y don Antolín, el velador que muchas veces, conforme a su turno le tocaba acompañarme, se acercaba para hacerme la plática:

—Don Jesús, ¿está muy ocupado?

—No, Don Antolín, ya casi me voy, pásele, —le respondí.

Y don Antolín animado o sólo “por matar el tiempo”, como en ocasiones anteriores, me empezó a contar sus historias o cuentos, pero que, entre que eran “peras o manzanas” capturaron de nuevo toda mi atención.

Esa noche, pasaban de las once, y me urgía que terminara pronto la conversación, en parte porque sus historias eran de esas que cuentan en los pueblos, o la gente mayor de edad, que son llenas de misterio y suspenso y, quiera que no, pues a esas horas, ¿a quién no se le mete de a poco el miedo?

Por otro lado, me apuraba, porque luego los policías de la puerta

5 de la zona Arqueológica, después de las diez de la noche ya no nos dejaban entrar a los dormitorios que se ubican en el edificio que está dentro de la zona arqueológica. A esa hora cerraban con candado los portones de rejas de metal, por lo que pasadas las diez me veía en el lío de pasar durante largos minutos discutiendo y tratando de convencer al "teo"[28] de la entrada para que me dejase entrar.

Pero don Antolín seguía:

—¿Sabe, don Jesús?, ¿ve donde me quedo luego? ¡ahí nomás sentado en esa silla con mi cobija, junto al balcón!

—Ajá, ¿sí?

—Pues desde ahí mero hasta la entrada de la puerta de la biblioteca el otro día me asustaron

—¿Cómo así, don Antolín?

—Si don Jesús, pues yo como cada noche, después de hacer mi rondín, me "apoltroné" ahí nomás encobijado para echarme un "pistito"[29], no le voy a decir que no, cuando de pronto, alguien me quitó la cobija y me la aventó lejos hasta allá donde le digo.

—Pero Antolín, ¿quién va a ser en plena noche? si usted está solo…, ¿quién va a ser?

—Pos es lo que le digo, pos el fantasma.

—¿Cuál fantasma?

—Pues el que está en el retrato de la escalera todo trajeado de negro.

—¿Quién? ¿Don Manuel Gamio?

—Ese mesmo, ¿quién si no? Bueno, esa vez que me quitaron la cobija, que han sido como dos o tres veces, no vi a "naiden", pero el otro día, clarito lo vi con estos ojos que lo miran a "usté", se lo juro por ésta (e hizo la señal de la cruz juntando el pulgar y el índice de su

mano derecha, y los besó), pararse en el barandal aquel, ahí mero en el pasillo, con su traje negro, asomarse hacia abajo, por donde va la escalera.

—Y eso no es todo don Jesús…

—¿Ah no?

—Le juro que aquí pasan muchas cosas.

—¿Cómo cuales don Antolín?

—Pues sabe que ahí abajo, en el auditorio, donde está la chimenea, justo al centro de ella, se ven los ojos del mismísimo demonio, ojos que se encienden en medio de la oscuridá, ahí al centro de la chimenea. A poco no los ha visto, fíjese bien.

—¡Ay don Antolín!

—¿Si sabe que allá en el jardín, se escuchan unos lamentos?

—No.

—Pues es que se dice que mataron a una niña y la enterraron ahí en el jardín. Le digo don Jesús, que aquí han pasado muchas cosas y luego se escuchan voces…

—Don Antolín, ya me voy porque si no, no me dejan entrar, ya ve como se ponen los “teos”.

Salí de mi oficina ya avanzada la noche, y después de discutir un rato con el “teo” de la puerta 5, me dejó entrar. Me encaminé al albergue por el camino pavimentado que va del museo de sitio hacia la Calzada de los Muertos, caminando cerca del río San Juan y volteando hacia todos lados, por si alguien o algo me seguía, asustado un poco, supongo por los cuentos de don Antolín, y por la hora, que daban justo las doce de la noche.

Cada vez más próximo al río, y cerca de la fila de árboles llorones entre sombras de pirules, sauces, cactus, agaves y matorrales, en

medio de la obscuridad de la noche sin luna, me pareció ver de pronto a una mujer con un vestido largo, blanco y un velo que le cubría el rostro, mientras el aire empujaba hacia atrás, lo mismo el velo, que sus largos y oscuros cabellos.

En ese mismo instante tuve el impulso de correr y alejarme lo más pronto de ahí, mientras un sudor frío recorría mi espalda. No corrí, no sé si porque estaba paralizado de terror ante dicha visión, o porque quise racionalizar lo que veía. Mientras me convencía a mí mismo de analizar lo que estaba pasando.

—¡No Jesús! ¡No corras!, tienes que ver de qué se trata, me dije sólo pensándolo.

Noté que al detenerme para mirar con cuidado y con miedo hacia el lado izquierdo del camino, la figura femenina y tétrica se detenía y que al tiempo que yo reiniciaba la caminata, entonces aquella figura fantasmal reanudaba la marcha. Así, a propósito, me detenía para ver que hacía aquella forma de mujer venida de quien sabe dónde y entonces se volvía a detener, era como para desmayarse del susto.

Entonces apuré el paso, sintiendo cómo el corazón se me salía del pecho, mientras mi mente aturdida trataba de tranquilizarme.

Así pasaron muchos minutos, no sé bien cuántos, sin embargo, por fin alcancé la Calzada de los Muertos, doble hacia el albergue y subí casi corriendo a mi habitación.

Me escondí dentro de las cobijas de mi cama, no podía dormir y, ya casi cuando lograba conciliar el sueño, tres toquidos fuertes en la ventana, me despertaron y el miedo volvió conmigo a mi habitación. Cabe decir que era la noche de viernes a sábado, por lo que nadie se quedaba en el albergue, pues todos se iban lo antes posible a sus casas, así que en todo el edificio yo me quedaba solo durante el fin de semana, por lo que entonces me pregunté “¿quién podrá estar tocando a esas horas ya de la madrugada?”.

No había explicación posible, al menos era lo que en esos momentos pensaba. Por cierto, que tampoco era posible que tocaran en la ventana, pues mi cuarto estaba en un primer piso y a menos que pusieran una escalera portátil de más de dos metros para alcanzar la ventana, no era factible que nadie tocara la ventana desde afuera.

En esas cavilaciones estaba, cuando casi enfrente de mis narices, una mano o alguien volvió a tocar la ventana fuertemente, al punto volví a taparme la cara y esconderme dentro de las cobijas, casi sin poder respirar.

Me armé de valor y pensé "¡no es posible que esto esté pasando, tiene que haber una explicación!". Encendí la luz y de nueva cuenta volvieron a tocar en la ventana; me asusté en serio, me acerqué a la ventana para ver si podía observar en medio de la oscuridad algo o alguien, pero no vi nada. A pesar de todo, y del susto que me provocó lo que estaba pasando, tenía que esforzarme en dormir, y descansar.

Fue una noche larga, pero al otro día me levanté temprano, pues tenía la visita de un grupo de estudiantes y profesores en ciencias antropológicas y arqueología. La dirección de la zona arqueológica me había comisionado para recibirlos.

Eso me animó y me puso realmente contento, porque siempre me ha resultado aleccionador y gratificante intercambiar conocimientos y experiencias con grupos de personas deseosas de aprender sobre los misterios e incógnitas que nos plantea un sitio tan importante de nuestro pasado como Teotihuacán.

Además, uno de los objetivos de la visita era ingresar al túnel de la Pirámide del Sol, al cual no hay acceso para el público en general, pero las motivaciones del grupo eran académicas más que simple curiosidad. Estábamos todos muy emocionados.

Para ellos, según me dijeron, sería una experiencia nueva y única, irrepetible, mientras que para mí significó, como siempre me sucede,

un aprendizaje nuevo, y una nueva emoción, al ser me contagiado de su alegría y expectativas.

La cita era al pie de la Pirámide del Sol, por lo que yo caminé a su encuentro desde el albergue, ellos llegaron en dos carros y una camioneta al estacionamiento de la puerta 5, justo atrás de la Pirámide del Sol, caminamos todos por el paso que abriera Leopoldo Batres en los primeros años del siglo XX, aquél que tuvo que romper entonces para atravesar la plataforma en "U" que rodea a la pirámide, y con esa obra pudo colocar los rieles para las furgonetas de carga con que sacarían los escombros y materiales que resultaron de los trabajos de excavación y limpieza que llevara sobre la gran pirámide.

Ya en el lugar de la cita, al pie de la escalinata, el "teo" asignado para acompañarnos y para abrir el candado que cierra la tapa de metal que da acceso al túnel ya nos estaba esperando con las llaves en las manos, listo para hacer su trabajo.

Reunidos todos, me presenté para darles la bienvenida. Noté en sus rostros como crecía la expectativa y la emoción, la que ya no disimulaban.

Decidí que como eran diez personas nos dividiríamos en dos grupos de cinco cada uno; entraría con el primero y hasta que saliéramos, yo entraría nuevamente con el otro grupo. Considerando hacerlo así, por razones de seguridad, dado lo estrecho del túnel y para que nuestros pulmones puedan administrar adecuadamente el poco oxígeno que debe haber dentro del mismo.

Bajamos los casi siete metros por una escalera de metal colocada a propósito para descender al túnel. En el primer descanso tomamos cada quién un casco de los que usan los mineros para proteger de golpes probables e imprevistos. También les repartí tres lámparas que llevaba para la visita. Los cometarios iban disminuyendo en la misma proporción que aumentaba la expectativa y no se diga la emoción.

Ya en la parte más baja, junté al grupo de los primeros cinco y les hablé de lo privilegiados que éramos, pues quizás después de mil quinientos o dos mil años, en que el túnel había permanecido oculto, tendríamos la oportunidad única para contarnos entre los pocos que han tenido acceso, aunque fuera por una sola vez de penetrar en este lugar que con toda certeza había sido "el lugar sagrado por excelencia", para los antiguos constructores de la gran pirámide y de la gran ciudad, debajo de la cual nos encontrábamos.

Les comenté, además, que más allá de creencias o conocimientos personales, lo que estábamos compartiendo en ese momento iba a ser algo singular, tal vez irrepetible y que, como parte de la experiencia, "prepararan su corazón, su mente y sus sentidos" para ingresar a un lugar muy especial que hace por lo menos dos milenios, muy probablemente, fuera el "axis mundi" de un universo aún incomprensible para nosotros. Les señalé que estábamos frente a algo que probablemente nunca lograríamos llegar a comprender cabalmente nunca ni su función, ni el gran significado que pudo haber tenido para miles de personas que habitaron y poblaron esta antigua ciudad. Estas gentes que aquí vivieron y murieron por generaciones entera y donde se esforzaron, y trabajaron, comieron, disfrutaron y sufrieron, donde acaso también…forjaron sueños de eternidad.

Iniciamos pues nuestro recorrido, adentrándonos por fin en el túnel, con paredes aplanadas de tierra, barro y tepetate, el piso aplanado, aunque irregular, también hecho de tierra.

A los pocos pasos, tuvimos que agacharnos todos.

Los teotihuacanos habían angostado las paredes del túnel y reducido su altura, colocando unas lajas de piedra al ras del techo, como para obligar a entrar con cierta reverencia, alentando al transeúnte a pasar de uno en uno, a bajar la cabeza y por lo tanto la mirada, como si quisieran con ello indicarnos que debiéramos mostrar respeto, tal cual hace alguno al entrar a un templo.

En completa obscuridad, salvo por el haz de luz de las lámparas que iluminaban el trayecto, parecía un tanto irreal que no se enrareciera el aire del ambiente, y pudiésemos respirar tranquilamente sin problema alguno, sin que aparentemente hubiera ninguna entrada de oxígeno desde el exterior y a pesar de estar bajo casi un millón de metros cúbicos de material volcánico. Si alzaba uno la mirada podría ver el techo muy de cerca, sin imaginar que habría toneladas de tezontle, toba (ceniza volcánica) y tierra sobre nuestras cabezas.

Aunque durante el recorrido se podía respirar sin problema, se sentía la humedad en el ambiente, que muy probablemente provenía del agua de lluvia que se filtra desde el exterior. Lámpara en mano iba yo por delante guiando al grupo y señalándoles los detalles y vericuetos que consideraba importantes, desde la perspectiva arqueológica, así por aquí y por allá, les señalaba diferentes objetos, como por ejemplo un ducto de piedra, el cuál alguna vez sirviera para canalizar agua; o bien, más allá, una huella de alguna hendidura o hueco en el techo, de forma triangular que marcaba la utilización en el pasado remoto, de alguna herramienta con forma de punta, quizás herramientas de madera o piedra, herramientas con las que cavaron e hicieron el túnel; recordemos que en aquella época hasta donde tenemos noticia no los usaron para fines constructivos.

Fuimos paso a paso recorriendo el túnel, más adelante se torcía un poco el trayecto sin acabar de dar vuelta por completo porque, aunque sinuoso como una serpiente, siempre seguía derecho, y de frente. A cierta distancia se abrían dos galerías a cada lado, de manera perpendicular y cortando el eje principal.

Poco antes habíamos dejado atrás dieciséis o diecisiete restos de muros que inter seccionaron alguna vez el túnel, pues en alguna época los teotihuacanos habían cerrado con ellos el túnel, guardando probablemente algo muy importante y sagrado.

Finalmente llegamos al fondo y término del túnel, mismo que según los cálculos llega hasta casi al centro de la pirámide misma pero varios metros debajo de ella. El final de ese largo túnel de 103 metros de longitud se abre en cuatro galerías a manera de flor de cuatro pétalos orientada cada una a un punto cardinal.

Al término de la explicación estrictamente de carácter arqueológico que intenté compartirles, lo mejor que pude y hasta donde mis limitados conocimientos me lo permitían, les anuncié que como premio a su atención y buen comportamiento les iba a regalar unos minutos de sano ejercicio lúdico.

A continuación, nos sentamos en círculo. Pedí entonces que apagaran las linternas, que cerraran unos minutos sus ojos, y que se tomaran de las manos para pensar cada quién lo que quisiera y se dejaran llevar por sus propios pensamientos. Al concluir este "ejercicio", les pedí que abrieran los ojos y que compartieran con todos, cada cual su experiencia.

Unos al abrir los ojos me explicaron que veían sobre la cabeza de cada quién una especie de "aura", yo muy "académico" y elocuente intenté explicarles que eso que veían se debía a un efecto óptico que el cerebro retenía en la memoria visual.

Les pedí también que cada quién agregara su propia experiencia de varios "ejercicios lúdicos" que hicimos. Pero en ningún momento imaginaba lo que a continuación les contaré y que me puso los "pelos de punta".

Le tocó el turno de compartirnos su experiencia a la señora que se había colocado y sentado a mi derecha, del lado de la galería que da al norte. Mientras hablaba clavó en mí su mirada, aguda como cuchillo de obsidiana, como punta abismal, inmensa, cual firmamento de estrellada noche galáctica… mirada furtiva, primero, con miedo, y confiada después, se detuvo el tiempo, y pude ver a través de sus ojos café obscuros, grandes y profundos tanto como el fondo del mar, o

como el túnel bajo la tierra en el que nos encontrábamos.

Como un murmullo, dijo mientras miraba sobre su hombro derecho:

—¡Tengo a mi lado, en este mismo instante, un joven que no es de este tiempo, y me está susurrando al oído en una lengua que no entiendo!

Cuando me dijo eso, clarito sentí recorrer sobre mi espalda, una sensación de escalofrío… Yo, que soy un incrédulo empedernido de tiempo atrás y a la vez, que no podía creer lo que mis oídos escuchaban, deseaba que averiguara más, que le preguntara a ese ser fantasmal tantas cosas.

Fueron preguntas que reprimí, porque era tiempo de terminar la sesión con el grupo y salir para dar paso al siguiente contingente.

Ya una vez afuera, ingresé con las otras cinco personas que aguardaban impacientes.

Repetí toda la experiencia con el segundo grupo. pero mi asombro fue mayúsculo cuando en esta ocasión, al hombre joven que se sentó a mi derecha, de nuevo en la dirección de la galería norte, me repitió exactamente lo mismo que me había dicho la mujer de ojos grandes, del grupo anterior.

—Siento a mi lado, una persona que no es de esta época, que me está hablando en un idioma extraño…

Ya no hubo duda en mí, alguien o “algo” se había conectado ese día con nosotros, debajo de esa gran mole que es la Pirámide del Sol, en un túnel que permaneció olvidado y oculto por cientos de años.

Acerca del autor. Jesús Torres Peralta es profesor-investigador del Instituto Nacional de Antropología e Historia, adscrito desde 1996 en la Zona Arqueológica de Teotihuacán. Ha ocupado algunos cargos

académico-administrativos en instituciones y universidades del sector público como: subdirector y encargado del despacho de la dirección del Centro de Estudios Teotihuacanos, INAH (2001-2003, y 2004-2005, respectivamente), Secretario Técnico del Instituto de Investigaciones Estéticas de la Universidad Nacional Autónoma de México (2007 a 2010) y secretario técnico de la División de Posgrado de la Facultad de Arquitectura de la UNAM (2011-2013). Ha participado en la organización de coloquios e impartido conferencias en diversos países como: Perú, Ecuador, El Salvador, y España, además de naturalmente en México.

Ha sido coeditor de algunas publicaciones y curador en el montaje de varias exposiciones sobre el patrimonio material e inmaterial en México y el Perú. Es coautor de varios guiones científicos y museográficos de diversas exposiciones sobre temas culturales y arqueológicos. También ha colaborado en la producción y realización de algunos programas en televisión para la divulgación de la zona arqueológica de Teotihuacán. Actualmente participa en las investigaciones arqueológicas de Teotihuacán y es miembro del Seminario de Tláloc del Instituto de Investigaciones Estéticas de la UNAM.

Experiencia única en la cueva de la Pirámide del Sol

Luis Eduardo Ramos Cruz[30]

En cierta ocasión un grupo de jóvenes investigadores de los fenómenos paranormales se acercaron a nosotros en busca de apoyo. Tenían un amigo cuadripléjico y querían introducirlo a la cueva de la Pirámide del Sol en Teotihuacán, con la intención de contactar a algún tipo de entidad y solicitar la sanación del amigo en cuestión. Después de hablar con muchas personas, se logró tener acceso a la misma.

El primer gran reto consistió en bajar a nuestro amigo con parálisis, por la escalera de caracol que conecta la puerta de metal del exterior, con la parte inicial del túnel de la pirámide, para lo cual, uno de los miembros de ese grupo lo tuvo que cargar en hombros. Tal proeza nos dejó impresionados a más de uno. Para facilitar la caminata hacia la cámara central, se introdujo y se utilizó una silla de ruedas, en los tramos que así lo permitieron. El túnel presenta sectores que son de difícil acceso, mismos que se sortearon a duras penas.

Al llegar a la cámara central, los miembros del equipo se colocaron en círculo y pusieron una cámara de alta sensibilidad. Nuestro amigo, que buscaba respuestas y sanación, fue colocado orientado hacia la salida (oeste) y teniendo la cámara en frente de él. Al empezar a grabar se apagaron las linternas que traían. A continuación, procedieron a entonar canticos, que tanto para mi compañero Eduardo como para mí fueron totalmente incomprensibles. La oscuridad era total y no veíamos absolutamente nada.

Se perdió la noción del tiempo, pero consideramos que estuvimos

dentro de la cueva cerca de dos horas. Al término de los canticos encendieron las lámparas, se pusieron de pie y vieron lo que habían grabado en video. Habían puesto la visión rápida, e inmediatamente detectaron algo que les llamó la atención. Lo miraron detenidamente, creo dos o tres veces, y se dirigieron a nosotros:

—A ver, arqueólogos, —nos dijo el líder de ellos— ¿qué explicación tienen para esto?

Nos aproximamos a ellos y pudimos ver en la pantalla de la cámara una situación que escapaba a nuestro entendimiento. De la oscuridad total, se veía surgir de pronto una especie de esfera de color verde fosforescente que bajaba de la parte superior de la pantalla y se introducía, por la cabeza, en el cuerpo del compañero cuadripléjico. La esfera sólo iluminaba una parte lateral del cuerpo de nuestro amigo en su silla de ruedas; dicha iluminación asemejaba a la de una radiografía verde fosforescente; se veía como eso, como una radiografía en tonalidades verdes.

Todavía no salíamos del asombro inicial, cuando un miembro del equipo nos dice con voz baja y temblorosa.

—¿Oigan, ya vieron lo que hay enfrente? —dijo nuestra compañera.

Un sentimiento helado casi nos petrificó a Eduardo y a mí, pero la curiosidad nos ganó y giramos las cabezas para ver lo que ellos habían percibido. Se me vino a la mente la historia bíblica de la esposa de Lot; afortunadamente cuando volteamos no vimos nada en el fondo de la cámara central de la cueva. Sin embargo, los miembros del equipo empezaron a describir con detalle la escena que ellos veían.

—Es el guardián, —dijo uno— al momento que describía con detalle al personaje.

—Hagan una reverencia y un saludo demostrando que lo estamos saludando con el respeto que se merece, sugirió el líder de ellos.

Hablen con él con el pensamiento y díganle que venimos pidiendo ayuda para nuestro amigo.

Todos hicimos la reverencia. Y seguramente todos con nuestro pensamiento pedimos perdón y solicitamos su intervención.

El tiempo se hizo eterno y yo sentía una enorme pesadez sobre mi espalda; mi sentimiento en ese momento era salir, casi casi corriendo, no veía el momento en que nos saliéramos del túnel. Después de que guardaron los objetos que habían ocupado, nos pidieron hacer nuevamente una reverencia de respeto y despedida.

Salimos del túnel y nuevamente vimos el video, mostrándose nuevamente el momento en que se muestra el fenómeno ya referido. Se nos pidió nuevamente una explicación plausible y apegada a la ciencia. Simplemente no pudimos. Ese video sólo lo pudimos ver en esas dos ocasiones.

Una semana más tarde acudimos a ver a una compañera arqueóloga de Teotihuacán y durante la plática salió a relucir el tema de estos amigos y nuestra visita a la cueva. De forma inmediata nos preguntó si habíamos visto al guardián.

-—Y ¿vieron al guardián?, nos inquirió nuestra amiga.

—¡No!, respondimos casi al mismo tiempo Eduardo y yo.

—El guardián es un indígena, al parecer alto, de piel bronceada, con un gran tocado de plumas en la cabeza y con los brazos cruzados a la altura del pecho. Así lo describió nuestra amiga arqueóloga.

Eduardo y yo nos quedamos sorprendidos porque de la misma manera en que ella nos lo describió lo habían hecho los investigadores visitantes. El asombro fue mayúsculo y no hubo explicación alguna.

Epílogo. El contacto con este grupo de personas fue cada día más esporádico y cuando lo hubo, siempre se trataban temas o intereses distintos a lo relatado. Sin embargo, en alguna ocasión, les

preguntamos acerca de la suerte de su compañero cuadripléjico, a lo que respondieron que los entes espirituales con los que se había establecido comunicación les dijeron que no podían quitarle sus males al compañero porque ese era su destino.

Acerca del autor. Luis Eduardo Ramos Cruz es arqueólogo egresado de la Escuela Nacional de Antropología e Historia, y ha participado en el Proyecto Arqueológico Nacional del Atlas Arqueológico de Tabasco, ha coordinado diversos proyectos especiales de arqueología, en particular en la zona arqueológica de Teotihuacán, en el "Proyecto La Ventilla", bajo la dirección de los arqueólogos Eduardo Matos Moctezuma y Rubén Cabrera Castro.

La bruja de la parroquia de San Juan Teotihuacán

Sergio Gómez Chávez[31]

En el año 2001, vecinos del poblado de San Juan Teotihuacán solicitaron la intervención del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH) para llevar a cabo una serie de trabajos arqueológicos en el atrio de la parroquia, pues se tenía la idea de elevar el rango de la misma para que fuera una catedral, categoría que finalmente adquirió[32].

La intención de los vecinos era "mejorar" el aspecto del edificio, para lo cual planteaban eliminar la mayor parte del jardín, talar y derribar algunos de los viejos árboles y colocar un piso de loseta de cemento y mármol en todo el espacio abierto del atrio. De acuerdo con su criterio, estos cambios darían un mejor aspecto al monumento, aunque desde nuestro punto de vista la introducción de elementos modernos podría distorsionar la imagen del antiguo edificio y afectar al monumento.

De entre todos los hallazgos de elementos arquitectónicos y de enterramientos humanos resaltó (sobre todo para la comunidad), el caso de uno de los entierros, dadas las características particulares que presentó el depósito y a las ideas y elucubraciones que se difundieron entre algunas personas de la población.

Por sus características geológicas, arquitectónicas y de alta presencia de agua de los manantiales que ahí existían, las labores arqueológicas se desarrollaron de forma detallada, lo que permitió registrar elementos tanto contemporáneos como originales de alta

relevancia, como son sus dimensiones, características y materiales constructivos, así como las modificaciones de diversos componentes de la parroquia como son los pisos del atrio, varios espacios interiores y exteriores, sus andadores, la fachada y barda perimetral, los nichos de las estaciones del viacrucis, los cimientos de una capilla posa[33] (entonces no visible), así como las evidencias de inundaciones y afectaciones que comprenden una gran área que se extiende desde San Juan Teotihuacán hasta más allá del poblado de Acolman. Incluso logramos registrar la reutilización de rocas labradas que pertenecían a los monumentos prehispánicos, en concreto al Templo de la Serpiente Emplumada de la zona arqueológica de Teotihuacán, piedras que en el momento de nuestro trabajo permanecían dispersas en el atrio, la huerta y otras partes de la parroquia que, por cierto, cuenta con su inscripción más antigua para 1548.

Las exploraciones permitieron también el registro de un cajete que contenía polvo rojo de hematita, de uso extendido durante la época prehispánica, pero que en este caso fue fechado en el siglo XVIII como algún tipo de ofrenda ya en pleno periodo virreinal.

En concreto para la zona noroeste de la parroquia se realizó una excavación donde se realizaría un pozo colector que serviría para captar el agua de lluvia y conducirla hacia el exterior por medio de un drenaje. En ese punto se localizó, a pocos centímetros del nivel de la superficie, un entierro colectivo secundario[34] que contenía numerosos huesos de diferentes individuos de diversas edades, principalmente adultos, pero que no presentaban orden aparente, apreciándose mayor cantidad de cráneos que de otros huesos.

En otro momento, se descubrieron más enterramientos humanos, estos también colectivos, en donde se registraron los restos óseos de varios individuos de diferentes edades, pero éstos sí mantenían todos los huesos en posición anatómica, por lo que fue registrado como “entierro primario”; de manera significativa, todos los individuos

tenían el cráneo facial orientado hacia el oeste. Por la forma en que fueron colocados durante su entierro (se encontraron en un solo depósito y apilados), propusimos que se trató de muchas personas que murieron en un mismo evento, probablemente a causa de alguna epidemia sucedida en el siglo XVIII.

Aún más; en el acceso al templo se localizaron también los restos de dos pequeños infantes perinatos (es decir, que corresponden al momento cercano a su nacimiento), directamente en una pequeña fosa.

Es importante narrar que, durante todo el proceso de exploración de los entierros, los oficiantes religiosos y diversas personas de la comunidad acudían a ver los avances y hallazgos de los trabajos de excavación. Estas visitas suscitaron ciertos inconvenientes cuando, al intentar reubicar algunas de las sepulturas, varios vecinos reclamaron que se trataba de un pariente suyo, por lo que no permitieron que fuera removido de su lugar original.

Pero el caso que más resalta es el de un entierro que fue localizado en un ataúd de madera. El féretro se hallaba en muy mal estado de conservación y la tapa se había colapsado, por lo que se decidió retirar la madera para poder hacer el registro del esqueleto. Al limpiar la osamenta y realizar el dibujo se pudo notar que el individuo fue colocado boca arriba, con las piernas extendidas y las manos cruzadas sobre el pecho; el estudio reveló que se trataba de una mujer adulta.

Durante el registro observamos un detalle que resultó desconcertante, pues tanto los húmeros como los fémures, es decir los huesos más largos del cuerpo humano, no conservaron la posición correspondiente, sino que estaban girados 180 grados y ligeramente separados del cuerpo. E incluso los fémures estaban colocados de manera inversa: es decir, el derecho en el izquierdo y viceversa.

Los miembros de la comunidad y el propio párroco que

permanecían siempre atentos a los trabajos arqueológicos, comenzaron a difundir su interpretación con respecto a la anomalía de la posición de los huesos. Se difundió rápidamente el rumor de que se trataba del entierro de una persona dedicada a la brujería. Según las creencias del párroco que daba la explicación a los visitantes y curiosos, “durante la época colonial las personas que se sabía eran practicantes de la brujería, se desmembraban al momento de la sepultura, con la idea de que no pudieran volver al mundo de los vivos o inclusive que pudieran volar”.

Fue el único esqueleto que se nos permitió levantar, por lo que fue trasladado dentro de los restos del ataúd y depositado en la bodega de materiales de la zona arqueológica de Teotihuacán. El resto de los entierros fue dejado en su mismo lugar, pues como señalamos, algunas personas manifestaron reconocer las tumbas de sus antepasados y consideraban que al moverlos se perpetraba una profanación.

En la actualidad el visitante podrá encontrar inmediatamente a la izquierda de la entrada norte, una tumba que se dejó expuesta luego de retirar el escaso sedimento que la cubría.

No queda claro aún el motivo sobre porqué otros huesos mantuvieron su posición original, pero pensamos que varios factores externos, como la forma que debió tener el ataúd, los procesos de saturación de agua y la forma como ingresó el líquido al espacio vacío, contribuyeron a esta situación que nada tendría que ver con la explicación popular que se generó por parte de los pobladores y del propio párroco.

Acerca del autor. Sergio Gómez Chávez es profesor investigador del Instituto Nacional de Antropología e Historia adscrito a la zona arqueológica de Teotihuacán, con diversos estudios sobre la gran urbe prehispánica. Es egresado de la Escuela Nacional de Antropología e

Historia con estudios de doctorado en Antropología.

Luces en Casa Blanca, Chalchuapa, El Salvador

Fabricio Valdivieso[35]

Eran pequeñas, como del tamaño de un puntero láser, suspendidas en el aire y juguetonas. Dos, a veces tres. De que las vi, las vi.

Cosas pasan, son ciertas y no mucho se comentan. Esta fue una de esas. Fue en el parque arqueológico Casa Blanca[36], en Chalchuapa, El Salvador, en octubre de 1998. Vivía aun en mis 23 años, apenas un estudiante de arqueología dentro del proyecto dirigido por el profesor Kuniaki Ohi, de la Universidad de Estudios Extranjeros de Kioto. Los días eran movidos, excavación de día, laboratorio y gabinete de noche. Los japoneses financiaban la investigación y los estudiantes ayudábamos en todo, desde la chapoda, el uso de la pala, limpieza de material arqueológico, marcar tiestos, dibujar rasgos y piezas, hasta lavar platos y a veces cocinar.

En aquellos días acababa de acontecer el hallazgo de algunos entierros en una de las estructuras principales del sitio. Se calculaban tal vez 23 cráneos y otros huesos. Las noches estaban prácticamente destinadas a la remoción minuciosa de la tierra de cada uno de esos cráneos. Eran individuos sacrificados durante el período Preclásico frente a la fachada del Edificio 1. Grande experiencia para aquellos que antes sólo veíamos esto en documentales por televisión; esta actividad solíamos hacerla después de la cena, en las mesas de trabajo. Hablábamos mucho en aquella casa de campo utilizada como laboratorio.

Las noches, las recuerdo, eran muy oscuras en el clima tropical y

afuera de la casa, un bosque viejo, el cual fue sembrado muchas décadas atrás con la finalidad de dar sombra a un desaparecido cafetal. Ese bosque se transformó en selva, y forró gradualmente los montículos de aquel sitio, escondiéndolos de la vista humana; era un parque que por años pasó en el abandono. Habían trabajado ahí y en otras partes del área otros arqueólogos, como Stanley Boggs en la década de 1950, William Coe en la misma época, Robert Sharer a finales de 1960 y algunos salvadoreños años después. Durante el conflicto armado en El Salvador, el cual se extendió de 1980 a 1992, el parque no existía como tal; era sólo un predio con una vieja plantación de café.

Hay quienes en la localidad reportan enfrentamientos entre soldados y guerrilleros dentro de este sitio durante aquella trágica guerra. No hubiese sido raro encontrar cuerpos recientes enterrados por ahí, o incluso pertrechos de guerra. Aunque esto de las batallas dentro de Casa Blanca no era nuevo, ya en 1885, un poco más de un siglo antes, habían acontecido enfrentamientos entre el ejército salvadoreño y la armada de Guatemala, utilizando a veces algunos de los montículos como parapetos.

Chalchuapa era casi frontera con Guatemala, una región no muy pacífica durante las guerras entre liberales y conservadores. En aquella batalla, de hecho, un 2 de abril de 1885, se cobró la vida del entonces presidente de aquel país, Justo Rufino Barrios, a quien se le ha dedicado un pequeño monumento con una placa instalada en una piedra, próxima al sitio en donde se cree murió luego de una herida mortal ocasionada por el ejército salvadoreño.

Pero vuelvo al punto de las luces, sí, esas que no han podido salir de mis recuerdos de aquella época de arqueología, de pelo largo, cigarrillos y botas. Existe una gran cantidad de cosas que pueden describirse desde el ojo de lo humano. Y otras muchas que quedan fuera de la palabra sonora. Un ruido necesita mucha imaginación para

describirse. Un sabor, requiere mucha memoria para describirlo, y nuevamente mucha imaginación para saberlo decir cuando nunca antes has probado algo parecido. Ahora bien, una luz, ¿cómo describir lo que miras, si aún no crees que eso que ves es real? Pequeña, juguetona, aparece, desaparece, y se eleva alto y aparece nuevamente a tus pies...

Al día siguiente más entierros arqueológicos y nuevamente la luz por las noches, o incluso a veces por la tarde. Así es, la vi tanto de día como de noche, la vi solo, y la vi junto con gente. Se escondía entre árboles, o aparecía en la recámara de la casa. Era una luz fina, amarilla, a veces fija, a veces rápida.

Yo miraba esa luz con curiosidad, con un ¿qué será? o con un ¿por qué? Como una broma, o como un fenómeno vivo. La vi bien, hasta que me convencí de que efectivamente la veía. La vi varias veces, cuatro, o cinco veces tal vez. No sé si era el paralelismo de cosas lo que hacía que esa luz se manifestara: las excavaciones y los hallazgos del momento, el sitio Casa Blanca y las cosas que ahí debieron pasar, o mi creencia en los fenómenos paranormales pues creo que existen y a veces suceden. ¿Miedo? No, no había miedo al suceder cada evento.

La luz, a veces las luces, no emitía mayor resplandor; sólo era la luz seca, directa, sin iluminación: puntos pequeños, sin quemar al tocar. Podía dar la vuelta a un árbol, meterse entre las hojas y ramas y esfumarse. Comentarlo era quizás atentarme a mí mismo ante los que no me creen. Se necesita de iguales testimonios para hacer valer tu experiencia. Uno llega al auténtico silencio de las cosas que no cazan con la idea de lo que existe. De pequeño, una casa embrujada es una casa muy embrujada porque eres pequeño para creerlo. Corre por tu cabeza toda la fantasía que pueda darle vida a una construcción hechizada. Sí, puede que fue y puede que no fue una casa con espíritus, ya que lo que viste lo viviste de chico. Pero ya grande, la

casa embrujada es un sitio de memorias, infancia y broma, y por último quizá sí estuvo embrujada con tu juego y con tu miedo.

Diferente de adulto, unos puntos de luz, son en verdad unos puntos de luz pues ya eres grande, sin tu miedo, sin tu infancia de fantasía, sin la imaginación o la broma de un niño.

Las luces desaparecieron, aparentemente para siempre. El proyecto concluyó dos años después, y no hubo más que decir sobre las otras historias detrás de lo científico. Una estudiante japonesa, quizás clave en esta historia, me acompañaría en la experiencia inusual en aquel sitio. Decía haber visto un fantasma en su cuarto; en verdad no quería entrar y dormir ahí. La vi, y era miedo de verdad lo que ella tenía. Nunca se le volvió a preguntar sobre el incidente, también la estudiante estaba excavando en ese sitio, sacábamos huesos y ofrendas mortuorias, y la atmósfera con temas de entierros y pasado arqueológico era la fórmula perfecta para que las sombras de la noche asustaran. Un café en la mañana y una conversación sobre lo que no pude entender era el fin del tema y las luces y las sombras de la noche anterior desaparecían del todo, junto con aquel capítulo que quedaba en el año de 1998.

La casa de Casa Blanca guarda su espacio a la arqueología y a otras anécdotas. Para mí, las luces y la época de encontrar entierros son dos episodios unidos, uno reservado para el día, y el otro reservado para la noche. Eso sí, primero me organizaba para la vida académica, y eso de las luces tuvo que guardarse en mi mochila de recuerdos y en mis secretos de campo.

Con el hallazgo de entierros y ofrendas arqueológicas, las luces son un hecho tan difícil de digerir que en ocasiones creo que quizás pudo ser un efecto lateral de la soya japonesa; o posiblemente el impacto psicológico de haber encontrado muchos individuos en un solo espacio, lo que hace la trampa mental para que la imaginación vuele, aunque esto último me cuesta mucho creerlo, pues que lo vi…

en serio que lo vi. Por eso también pienso en la posibilidad de lo no explicable. Quizás al excavar en aquel lugar habremos sacado algo más que cráneos y tierra, por lo que a alguien o algo perdido en el tiempo y la forma le dio por reclamar su parte.

El sitio Casa Blanca es para mí un lugar mágico, místico desde el momento en que cruzas el portón de entrada al bosque y luego al museo de sitio, la casa para investigaciones, y sobre todo el área de estructuras. La arqueología da esa sensación, los lugares parecen sitios de recuerdos, tanto personales para aquellos que vivimos en determinado lugar una vida de trabajo de campo de manera intensa, como para quienes visitan el área. El bosque salvaje, las estructuras cubiertas por tierra y follaje, el humus verde en las rocas del parque, sumado a la humedad que sin perdón oxida el metal de cercos y casas nuevas, el clima que raja la pintura blanca de cualquier pared, y a veces sucia por el lodo frecuente del trópico. Eso es, un ambiente fabricado por la misma naturaleza para un sortilegio muy aparte de lo que la investigación arqueológica y su discurso puede aportar.

Y, en fin, en estos lugares se habla de antiguos ritos, ceremonias nativas, guerras, muerte, sacrificios, sociedad y muchas otras cosas de lo que debió ser la vida común hace muchos siglos, o incluso los remanentes de memorias no muy antiguas como las que han pasado en El Salvador en los últimos cien años. No me extrañaría que aquellas luces pudieron ser parte del paquete venido con la investigación arqueológica y las leyendas de toda la región de Chalchuapa.

¿Una energía quizás?, ¿un espectro? Eso sí, las luces… sí eran luces, claras, suaves y buenas. En verdad, tuve que pensar mucho aquella experiencia.

Acerca del autor. Fabricio Valdivieso es un arqueólogo salvadoreño-canadiense con maestría en Estudios Interdisciplinarios con énfasis en Patrimonio Cultural en la Universidad de British Columbia (UBC),

Canadá. Cuenta con más de 25 años de experiencia en la investigación. Ha brindado numerosas ponencias y publicaciones académicas en varios países, incluyendo Japón, México, España, Estados Unidos, Canadá y El Salvador.

Crónica de un extraño ascenso al volcán Quehuar.[37]

Bernardo Cornejo
Gastón Vitry[38]

A principios de 2018, Christian Vitry organizó un ascenso al imponente volcán Quehuar, en cuya cumbre en 1999 Johan Reinhard había encontrado (y bajado) la momia de una pequeña niña que había sido sacrificada por los incas. El objetivo de la expedición era realizar un registro minucioso de la estructura prehispánica de la cumbre.

No voy a comentar los pormenores de la expedición ni la odisea que ella representó para nosotros; solo diré que el grupo estuvo integrado por Christian Vitry, Diego Sberna y los que narramos estos hechos, y que como parte de todo este proceso nos tocó muy mal tiempo; esperábamos unos seis o siete días de Sol por tres de mal tiempo y así sucedió. La montaña estaba cubierta de nieve, en todo momento estuvimos bajo la amenaza de la tormenta y el ascenso nos consumió ocho días para llegar hasta la cima.

Antes de realizar el tramo final hacia la cumbre, el octavo día montamos un último campamento, un poco más abajo de lo que previamente habíamos planeado, aproximadamente a los 4,500 o 4,800 metros sobre el nivel del mar, en vez de ubicarlo a los 5,300 metros pensados. Decidimos hacerlo de esa manera porque en ese punto había agua, pues estábamos justo en la naciente de un cauce. Si queríamos hacerlo a mayor altura, tendríamos que cargar con la estufita y el gas para descongelar nieve y bueno, peso extra en las mochilas a esas alturas, de verdad que lo piensas. Todos en el grupo

ya estábamos cansados, así que decidimos montarlo allí, para podernos quedar por varios días sin tener que derretir nieve.

Por supuesto que la decisión tuvo sus consecuencias, pues cuando tuvimos que hacer cumbre hubo que salir desde mucho más abajo, debimos salir más temprano y el trayecto por supuesto fue mucho más largo.

Salimos como a las tres de la mañana y el ascenso se hizo muy largo, además de que el volcán estaba extremadamente nevado. Obviamente en poco tiempo nos quedamos sin agua ni comida, por lo que la jornada de ascenso a la cumbre, además de pesada, fue con escasas provisiones.

Cuaderno de campo de Bernardo, 27 de enero de 2020.

Son las tres de la mañana en la carpa, Gastón está bien, escribe y enseguida duerme. Ayer a esta misma hora salíamos para la cumbre, fueron casi 20 horas sin detenernos, todo nevado y casi sin nada para tomar.

(...)

Llegamos los 5,600 msnm ya empiezo a sentir el cansancio, por lo que cuento los pasos en series de treinta y tres, y paro; luego disminuyo a series de diez y ocho pasos y me detengo para tomar un descanso, posteriormente diez pasos y me detengo. En un momento dado caigo para atrás, sobre la gruesa capa de nieve, por lo que tirado en ella aprovecho para tomar algunas fotografías; a estas alturas del ascenso y en estas circunstancias la cámara pesa como nunca. No hay más agua y las hojas de coca se quedan con la poca saliva. Cada vez que me detengo tengo que volver a decidir: ¿Sigo o ya está? Me quedo dormido por momentos, pienso en todo... ¿me concentro o sueño?

Cien metros más arriba Gastón está fundido y se queda dormido cada vez que nos detenemos a descansar, así que poco antes de los 6,000 metros decide pegar la vuelta y regresar al campamento, tendrá

que emprender el viaje de retorno en soledad. Yo dejo la oportunidad de bajar con él y sólo pienso en la cumbre. Sigo, le digo a Christian y si tenemos tiempo, llego.

Los demás seguimos y llegamos a los 6,130 msnm, a la cumbre del Quehuar. Eran las 18:53, demasiado tarde, pero habíamos llegado por fin, tras ocho días de campaña y diez y seis horas ininterrumpidas de ascenso.

Blanco sobre blanco. El viento deja ver en retazos una decena de volcanes ennegrecidos, electrificados. Desde la cima vemos la tormenta que se cierne sobre todos ellos, menos en el Quehuar. *Tata y Mama Apus*[39] ¿en serio estamos sobre el único volcán sin tormentas eléctricas?

"¡Pachamama, cusiya, cusiya, cusiya![40] Gracias, gracias, gracias por dejarnos hacer nuestro trabajo en lo más alto, donde nace el agua, donde el fuego se cubre con nieve. No buscamos objetos, buscamos entendernos mejor como especie y una mejor relación con nuestro entorno".

Totalmente ido, centímetro a centímetro, me acerco a una mancha gris, y sigo hasta caer de rodillas. Delante de mí veo una gran plataforma circular, de unos seis metros de diámetro, con una rampa para acceder, una de las construcciones más grandes en las altas cumbres andinas. Acá, hace cinco siglos y bajo dominio inca, uno o dos niños de doce años fueron ofrendados en un ritual conocido como Capacocha[41]. Los niños pudieron reunirse con sus antepasados, los incas lograron apropiarse de este paisaje que ha estado habitado desde ya hace nueve mil años y consagrarse como mediadores legítimos ante las deidades locales.

Por su parte, Christian y Diego continúan unos metros más, pues van a hacer una foto en el punto más alto; mientras veo que se pierden en la nube les grito: "¡Los espero acá! ¡Voy registrando!; ¡no se tarden, no se tarden!"

Me siento sobre la construcción, solo, en la boca del volcán, al final de su largo cogote que se une a lo profundo. Ahora sí, blanco total, blanco pleno. Ahora sí, un coito nubloso de cumbre y cielo.

Queda poco tiempo de luz, por lo que asumo que vamos a volver a oscuras y el viento empeora. Christian y Diego reaparecen, nos damos un abrazo de cumbre y a trabajar, tan rápido como podemos. ¡Llegamos! ¡Portal, puente de los tres mundos, Uku Pacha, Kay Pacha y Hanan Pacha![42]

Una vez hecha la cumbre me puse a registrar el sector de la plataforma con la cámara Go pro y con la Nikon, lo más rápido que podía porque nos estábamos quedando sin luz y la tormenta se aproximaba.

Bajamos todos muy pronto, con esa energía que no sabes de dónde sale. El viento empeoraba y el escenario se había transformado totalmente: el cielo estaba ennegreciendo y clavé la vista sobre la nieve. No entiendo cómo hicimos para subir esa pendiente, pero bajar era todavía más peligroso, porque la realidad es que estábamos totalmente agotados, sólo pensando en clavar los crampones[43] para no resbalar, porque la pendiente era muy abrupta y cualquier tropezón equivalía a rodar hacia el abismo y finalmente las piernas ya no respondían igual. Estoy tranquilo, pero no hay margen de error, ni un tropezón, ni nada. Para empeorar la situación, a mí se me enganchaban los crampones en los pantalones, los que además se me caían un poco, seguramente por haber perdido peso y porque la mochila también los empujaba. Doy un paso, engancho los crampones en el pantalón, pierdo el equilibrio, pero zafo y sigo.

Buscando concentración, cada vez que se me cruzaba cualquier tema o idea en la cabeza, lo despejaba para fijarme de lleno en clavar los talones uno seguido del otro y no tropezar en la bajada. A esa hora del atardecer la luz era ya muy tenue y de pronto advierto algo muy extraño. En un momento me di cuenta de que estaba viendo luces; me

percaté que desde la cumbre me venían acompañando unos como destellos sobre la nieve que parecían marcarme el camino. Eran como las luces de los flashes de las cámaras fotográficas que explotaban frente a mí unas seis o siete veces senda abajo, pero que flotaban por encima de la nieve y que parecían marcar así unos siete u ocho puntos hacia adelante, como para poder seguir entre la neblina, que a poco se empezaba a abrir.

Me di cuenta de esa sensación, de esa sorprendente vista, de esa visión, sólo después de unas tres horas de verlo y de tenerlo naturalizado y, cuando lo advertí, entonces me puse atento. Básicamente estaba en una situación en que se había borrado la categoría de lo normal y lo patológico o de lo fantástico; estaba todo aunado y es lo que yo estaba siguiendo y, de hecho, es lo que me ayudaba para avanzar. Estas luces y esta sensación duraron al menos tres horas, e incluso ya era de noche y yo lo seguía sintiendo. Cuando caí en la cuenta de lo que estaba sucediendo, me asusté y me llamó la atención, porque pude clasificarlo como algo anormal y entonces me dije: “Che. Esto nunca lo viviste antes. Nunca lo sentiste. Estoy deshidratado, espero no estar al borde del desmayo”, y pedía que eso no fuese algo serio. Y nada, lo dejé pasar y lo incorporé, digamos que no luché contra eso, “si me ayuda no es tan grave”, pensé y así me acompañó durante mi descenso.

La bajada la hicimos los tres callados, exhaustos, mientras la noche avanzaba y pensábamos también en Gastón, con quien no teníamos comunicación con el aparato, quizás porque estaba dormido en algún rincón por estar tan agotado y que lo despertábamos en cada descanso en el ascenso. Perdimos contacto con él, y pensábamos que seguro se debía a que estaba en la quebrada y allí se pierde la señal.

La noche cayó y nosotros seguíamos en la nieve, en un descenso totalmente oscuro por una pendiente, tratando de entender con el geoposicionador por dónde es que habíamos subido, porque teníamos

el *track*[44] del ascenso y queríamos evitar llegar a un acantilado.

En esos momentos de penumbra Christian venía muy cansado y seguíamos titubeando un poco en el camino y, de hecho, lo encontramos poco a poco, hasta que hallamos nuestras huellas, lo que fue alentador pues era señal de que hacíamos el descenso por el camino adecuado.

En un momento Diego se adelantó, seguíamos en silencio y como a unos veinte metros de mí y de Christian, justo en la entrada a una quebrada, vimos que se detenía, asustado y se da vuelta extrañado. -—Diego, ¿Qué sucede; qué pasó?, le preguntamos, a lo que Diego nos dice: -—¡No, no, es que se me subieron! ¿Lo vieron? ¿Sintieron? ¡Sentí que se acaban de subir en mi espalda! ¡Son los dos chicos, se subieron a i mochila! ¡Mi mochila está pesada! ¡Mi mochila está muy pesada! -—. Entonces hizo gestos, como tratando de levantar la mochila para calzarla mejor por estar más pesada. Dio media vuelta y siguió caminando muy serio, convencido de que traía cargando a dos chicos en la mochila. De hecho, nos llamó la atención que, al caminar, realmente daba la impresión de que lo hacía cargando peso de más.

Después de esto ya entramos de lleno por la quebrada, por la que caminamos a oscuras, esa quebrada que en la penumbra se veía tan fantasmagórica, con formas de rocas y acantilados verticales. Avanzamos hasta que, con gran alivio, encontramos la naciente del agua y a un lado la carpa; allí estaba Gastón, y eran eso de las dos o tres de la mañana, es decir, 24 horas después de que habíamos iniciamos nuestro ascenso.

La experiencia de Gastón.

Eran los 6,000 metros; recuerdo como en cámara lenta al viento del oeste, toda la puna[45] en la boca. Hago un alto y veo que se derrama la última lata de Red Bull, sobre mi dubón de pluma, dubón que me había prestado mi tío Adrián, utilizado por mi viejo mil veces,

heredado de mi abuelo Roberto, y yo la cagué, lo manché con lo último que tenía para tomar. Un crampón perforó la lata y me pinchó por dentro. Fuga de energía y bronca. ¿Cómo voy a manchar el dubón de mi abuelo? Qué estúpido soy ¿Cómo voy a lavarlo?

Parpadeo cada vez más lento hasta que me duermo de pie y caigo. Intento seguir, pero caigo. Entonces escucho un coro de voces desde el oeste, desde donde Ber (Bernardo) había visto un posible camino inca. Las voces son hermosas, me mantienen despierto o en un limbo. Entre tanto escucho a Diego:

—¿Qué onda Gas? ¿Venís bien? ¿Dolor de cabeza?

Miro la cumbre y mi corazón se quiebra. ¡Qué débil soy! ¡Qué bronca! Sé muy bien que, si sigo subiendo no bajo más, pero ellos pueden seguir. Christian me da un handy[46] y me promete llamar cada 20 minutos para que no me duerma[47] durante el regreso solitario al campamento. Él está seguro que puedo hacerlo y esa confianza plena me alivia. Estoy seguro de bajar solo y no quiero arruinar el registro del sitio arqueológico de la cumbre.

Me despido de mis compañeros y comienzo el descenso… Me duermo. Suena el handy y despierto, es Christian y dice que están cerca de la cumbre. Camino un poco más. Me duermo.

-—¡Gastón! —escucho, me despierto, volteo, pero no hay nadie. Me duermo. La nieve me tapa las rodillas y logro ver casi en la oscuridad la cumbre totalmente tapada y con mal tiempo, me preocupo, mucho—. ¡Tres luces, igual que estrellas, bajan por el volcán! ¡Son ellos! Lloro.

El descenso se vuelve penoso, entre mi cansancio y frustración por no poder hacer cumbre, todo ello teñido por un estado onírico en el cual cada vez que frenaba me dormía hasta escuchar un ruido proveniente de esa ladera, me gritaba por mi nombre, desesperado intentaba ver quien era, pero sólo eran piedras, nieve y un fuerte

viento.

-—¡Gastón!, — otra vez— ¡son las piedras las que me hablan!

Me levanto, prosigo mientras la nieve se pone cada vez más blanda y difícil de transitar, en esos lapsos mi mente divaga por cada rincón hasta caerse al sueño y volver a escuchar mi nombre, pero esta vez era el handy que me había dado Christian el cual cada rato me sonaba, para preguntarme como me encontraba.

Sigo caminando y por el camino que había trazado antes de que el Sol se ponga, en ese momento comienzo a escuchar unas voces agudas que provenían del río que tenía a mi derecha, unos metros más. El coro, más fuerte, más nítido, con voces de mujer, agudas y muy dulces, cantan coplas en el río.

Me quito la capucha de la campera, y ese dulce sonido se transforma en el simple correr del agua, prosigo mi andar y cada vez era más fuerte el sonido de esos cantos como coplas bien agudas, nuevamente me quito la capucha para escuchar mejor y sucede lo mismo, el canto se vuelve al ordinario sonido del agua correr por las piedras.

Retomo el caminar, y a lo lejos veo que las piedras tomaban formas de personas acostadas, y al alumbrarlas no eran sino piedras chimpadas[48]. El andar se sigue transformando entre sonidos de cantos y esas apariencias raras que al alumbrarlas eran parte de una referencia visual para bajar. En ningún momento siento desesperación, me sentía muy acompañado por estas presencias y más aún por los gritos que antes me habían alertado de no dormirme.

El volver a la carpa fue en esta dicotomía de ver y escuchar cosas que no eran, llegado a la cercanía del campamento, ya habiendo reconocido medianamente las proximidades del mismo, los cantos se apagan. ¡Es la una de la mañana y abrazo la carpa! Entro en ella, me caliento agua y dejo el termo lleno de ella para mis compañeros,

agradezco a la Pacha (Madre Tierra) volver a la carpa sano y salvo.

Acerca de los autores. Bernardo Cornejo Maltz es fotógrafo profesional y pasante tesista en la licenciatura en arqueología por la Universidad de Buenos Aires. Es colaborador del Proyecto Qhapaq Ñan de la Provincia de Salta. Ha trabajado en diversos proyectos en los Valles Calchaquies como son el Sistema Huaka Yaku, Prospección en el Huayra Wasi y recientemente en el Proyecto de Registro del Arte Rupestre de Tastil.

Gastón Vitry es artista plástico tesista de la Facultad de Bellas Artes de la Universidad de Córdoba, Argentina. Ha trabajado como *freelance* y ha apoyado proyectos del Programa Qhapaq Ñan de Salta, Argentina.

En el umbral del Tlalocan. Los niños fallecidos en el Monte Tláloc

Víctor Manuel Arribalzaga Tobón[49]

Uno de los trabajos arqueológicos más fascinantes es el que se lleva a cabo en las altas montañas mexicanas. Son lugares donde se llegan a descubrir sorpresas con la flora o la fauna, e incluso donde se tienen que aplicar técnicas de sobrevivencia para hacer las investigaciones, por ejemplo, en los fondos de las barrancas, las cuevas o en aquellas superficies donde se encuentran materiales arqueológicos dispersos, en escasa cantidad, o para registrar esas manifestaciones gráfico-rupestres que indican múltiples rutas de acceso a la cima de la principal montaña. Ese es el caso del Monte Tláloc, montaña donde se hacían sacrificios de niños en el México prehispánico.

No olvidemos que los gobernantes del mundo prehispánico del altiplano mexicano de los siglos XIV, XV y XVI subían a la cima del Monte Tláloc, el que simbolizaba al Tlalocan, para dejar sus ofrendas al dios de los mantenimientos, dios de la lluvia, señor del inframundo, señor de los muertos y quien, para hacer que lloviera, se auxiliaba de los tlaloques, personajes que por su corta estatura eran relacionados con los niños, los que estaban sobre las nubes y se encargaban de romper las vasijas con agua para que esta cayera sobre los campos y sucediera el milagro de la vida.

Se narra que acompañaban a los grandes señores unas ocho mil personas[50] las que se concentraban en grupos en la cumbre, con toda una logística de sacerdotes, soldados y sirvientes, con señores de

muchos lugares y representantes del pueblo en general. Ascendían todos en una gran procesión a esta montaña sagrada donde Tláloc hacía las gestiones para dispensar la lluvia. Simbólicamente era una marcha al mismísimo Tlalocan así materializado en el mundo, en el Tlalticpac para rogar por la fertilidad de los campos.

Los tlatoanis de Tenochtitlan, Texcoco y Tlacopan se reunían el 29 y 30 de abril en la cima de la montaña, en donde aún se conservan los restos del templo prehispánico más grande y antiguo de Mesoamérica que se localiza a mayor altura sobre el nivel del mar.

Las ceremonias consistían en adornar el templo con plantas y flores de todo tipo, y depositar ofrendas en el altar principal[51], en donde se levantaba la enorme escultura del dios Tláloc. Allí se ofrecían vasijas de cerámica, objetos de madera, obsidiana, piedras verdes, alimentos y lo más importante, la vida de un niño que se le entregaba al sacerdote y entraba con él en el principal adoratorio donde era sacrificado. Posteriormente el sacerdote salía solo, con una vasija llena de la sangre del infante.

Según narran los cronistas del siglo XVI, el niño elegido debía de tener entre seis y siete años de edad, con dos remolinos de cabello en la cabeza, y que fuera llorón. Se pensaba que el ritual lo convertiría en un tlaloque y que ayudaría a la deidad en la tarea de hacer llover.

En el adoratorio había una cueva y así, una vez que el niño desaparecía dentro del santuario con el sacerdote[52], lo único que se volvía a ver de él era su sangre, con la que el sacerdote se untaba los dedos para tocar con ella a los asistentes. Ese rito me hace recordar una acción semejante al que se realiza el miércoles de ceniza de las fiestas católicas. Si para ungir a todos los congregados no era suficiente la sangre de un infante, se sacrificaban los niños necesarios hasta cubrir la cuota de los gobernantes asistentes y sus fastuosas ofrendas.

Como parte del Proyecto Arqueológico Monte Tláloc, en el año

2006 subimos a esta montaña de 4,148 msnm, según datos proporcionados por un ingeniero de la Comisión Nacional del Agua que llevó un geoposicionador de alta tecnología y que amablemente nos otorgó esa información.

La investigación arqueológica siempre ha estado sujeta a problemas presupuestales, pero eso no ha impedido preparar y capacitar a los alumnos de la licenciatura de arqueología de la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH) en esta área del conocimiento.

Este grupo de estudiantes cursaba ya su último año de la carrera y debía involucrarse en labores de excavación; habían sido capacitados para resistir el intemperismo, el aislamiento social dentro de una montaña boscosa y el estrés psicológico, además de estar aptos para ejercer un esfuerzo físico con escasez de oxígeno, con el sentido de concentración desarrollado hacia los fines de la investigación arqueológica de alta montaña.

Valga señalar que esa es la diferencia con el montañista o senderista. Estos últimos se fijan una meta a la cual llegar, con una velocidad máxima permitida por su organismo, haciendo descansos, contemplando el paisaje, etcétera; en cambio el arqueólogo de montaña, con la técnica dominada, no deja de "escanear" el entorno en el que se desplaza, y se detiene sólo el tiempo necesario para hacer el registro de los elementos arqueológicos hallados, por lo que llegar a la cima de la montaña no se vuelve prioridad.

Parte de esa sobrevivencia es el equipo que con esfuerzo llegan a adquirir los alumnos, pues en su momento puede significar una estancia cómoda o sufrida. De esta manera, los jóvenes proto arqueólogos compartían sus tiendas de campaña, a razón de tres o cuatro de ellos en cada una, otros formaban una pareja y compartían un espacio algo poco alejado del campamento base, instalado a 3,960 msnm. En total 13 estudiantes, de los mejores, disciplinados y

altamente preparados para el momento de excavar en el Monte Tláloc[53].

Además, el grupo se complementaba con doce trabajadores contratados en el pueblo de San Pablo Ixáyoc, municipio de Texcoco, Estado de México. De ese grupo destacaba como figura de autoridad don Francisco, quien era el cocinero del campamento, labor que resulta fundamental pues en esa temporada nos encontrábamos aislados de la civilización, ya que la casa más cercana se encontraba en San Pablo a 17 kilómetros de distancia, y a ocho kilómetros a Río Frío, que es uno de los pueblos a mayor altura, a 2,978 msnm.

Todos teníamos privacidad en nuestras casas de campaña, pero compartíamos a manera de área común, la cocina y el comedor, que contaba con mesas grandes alargadas para diez comensales, y que también se convertía en el área de gabinete del trabajo de campo, e incluso por la noche en sala de cine donde les ponía películas con un proyector desde mi computadora portátil. En ese año contaba con esos medios para relajar el ambiente y distraer a los estudiantes y trabajadores.

Para abastecer el campamento, bajaba a Texcoco y aprovechaba esos viajes para atender varios trámites con el Ayuntamiento, entre ellos invitar a las autoridades para que visitaran la excavación e involucrarlos en la protección del sitio arqueológico que se ubica en la cima de la montaña. Estas labores me consumían muchas horas, ya que bajaba y subía con una camioneta pick up Dodge Ram 1994, la que había rescatado para la investigación porque sólo la utilizaban para cargar tambos de basura, pero con su doble tracción y ocho cilindros contaba con el poder necesario para enfrentar una montaña tan agreste como el Monte Tláloc.

En una ocasión que regresé ya por la noche con el abasto del campamento, el grupo de trabajo se entretenía viendo una película de acción en el área común, que era una lona de esas que se ponían en

las fiestas del pueblo, pues al enterarse sobre lo que íbamos a hacer en la montaña, el dueño me la rentó por tiempo indefinido, por tan sólo quinientos pesos. En el momento que descendía de la camioneta, los estudiantes me interceptaron y con caras de preocupación me dijeron lo siguiente:

—Profesor, queremos pedirle algo. Si puede traer un sacerdote para que venga a dar una misa y a bendecir acá.

—¿Un sacerdote? ¿por qué? —respondí.

—Es que, desde hace tres días, a las tres de la mañana, niños corren alrededor de nuestras tiendas de campaña, ponen sus manos y sus caras en las paredes de tela, y corren alrededor con sus risas de burla.

Casi con enojo, y alzando la voz les dije que cómo era posible que estudiantes que se estaban preparando para ser científicos sociales vinieran con esas cosas.

Ellos me respondieron que era cierto y que, además, desde que instalamos el campamento, tenían sueños en común, que todos estaban soñando lo mismo: se veían entre ellos en el sueño y era muy estresante. Ya cuando despertaban en la mañana comentaban lo que habían soñado y para todos era el mismo: que yo llegaba y a gritos los hacía que se levantaran a guardar sus cosas porque era urgente que nos fuéramos.

Les comenté a los muchachos que ese tipo de sueños seguramente se generaban por estar fuera de su ámbito habitual, que su organismo se ponía en esa especie de alerta. Les conté que unos cuatro años antes, acompañado de un investigador polaco, iniciamos exploraciones por la llamada Barranca del agua, en cuya entrada estaba el Monolito de Coatlinchan (el famoso “Tláloc” que está afuera del Museo Nacional de Antropología), justo al pie del Monte Tláloc. En ese entonces nuestras labores se prolongaron, por lo que la jornada de

trabajo se extendió hasta la noche, por lo que decidimos instalar las tiendas de campaña en unas terrazas prehispánicas a media montaña. Ya levantado el campamento, habíamos cenado y nos fuimos a dormir.

Les seguí narrando que, por la mañana, mientras desayunábamos, le comenté a mi compañero arqueólogo que tuve un sueño en el que me despertaba el ruido de muchas pisadas que se aproximaban, y que al salir apresuradamente de la tienda de campaña me encontraba con un grupo de niños y niñas formados en columnas de cuatro. Los infantes no se movían, y tenían todo el tiempo la mirada fija al frente; iban bien abrigados y con mochilas en la espalda. En mi sueño, en el lado en que yo me encontraba, pero a un extremo de los niños, los acompañaba un sacerdote católico con sotana del que no alcancé a ver el rostro. Ante la mutua extrañeza y de manera significativa, el sueño del colega polaco fue igual, pero en su caso tenía frente a él a una monja de la Orden de la Caridad, ataviada con su cofia o toca de picos y a la que tampoco se le veía el rostro.

Ambos, en el sueño, con nuestras lámparas les decíamos que no fueran a tropezarse con nuestras cosas, pero ellos seguían inmóviles, hasta que, de pronto, reiniciaban su marcha abriéndose en dos columnas de niños de cada lado, dejando mucho polvo levantado a su paso. Por lo curioso del hecho, decidí anotar lo esencial en mi libreta de campo.

Después de narrarles esa experiencia, les dije a los alumnos que podría ser un evento provocado por el esfuerzo de estar respirando sólo el 40% de oxígeno y las condiciones extremas por estar en una alta montaña como es el Monte Tláloc.

Mientras platicábamos, lentamente se acercó don Francisco, y después de escuchar mi narración, con su cigarrillo en la mano, me preguntó que en dónde había visto o soñado a los niños, a lo que le respondí que fue a media montaña, subiendo por Coatlinchan.

Él, con una mueca de sonrisa nerviosa, me dijo que cuando era

joven, en los años setentas, allí había un orfanatorio administrado por monjas que traían "sombreros de picos" y que se había quemado, que todos los niños murieron en el incendio, por lo que los habitantes de los pueblos en los alrededores se pusieron muy tristes.

Los alumnos, pelando tamaños ojos, ya no dijeron nada, y yo me limité a levantar los hombros.

A la mañana siguiente, escogí un sitio cerca del campamento para que los estudiantes pusieran dulces y chocolates a manera de ofrenda. Así lo decidí puesto que nos encontrábamos en un sitio considerado ceremonial, en el que, durante siglos, muchas generaciones subieron a esta montaña sagrada a ofrendar, a pedir el sustento y los mantenimientos de los seres humanos, por lo que no estaría mal si nosotros, por respeto, hiciéramos lo mismo.

A partir de aquel día, cesaron las apariciones de niños que corrían, se reían y ponían sus manos y caras en las paredes de las tiendas de campaña a las tres de la mañana.

En otra temporada de trabajo de campo del mismo proyecto, un 28 de abril (que corresponde a una de las fechas de las antiguas procesiones), durante el desayuno, los peones me comentaron que como a la una de la mañana habían escuchado a un grupo grande de personas que pasaron por el campamento; iban todos en silencio, solamente el que los guiaba tocaba un silbato para que lo siguieran.

Preocupado, les dije que entonces se apresuraran con el desayuno, para que se adelantaran y llegaran pronto a la excavación pues posiblemente, si eran muchos los montañistas, tropezarían con los hilos y estacas de las unidades de excavación y hasta podrían haber acampado dentro del recinto prehispánico y habría que arreglar todo nuevamente. Yo por lo regular solía despertarme alrededor de las dos de la mañana, para trabajar un rato hasta las cuatro y luego, a las seis era la hora de levantarse, pero esa noche yo no escuché nada. Cuando los trabajadores llegaron a la excavación, no había presencia humana

alguna y todo estaba normal. De hecho, por lo general así sucedía, pues entre semana casi no había visitantes ascendiendo a la cima de la montaña.

Al siguiente día, el 29 abril, otra vez durante el desayuno, los trabajadores me volvieron a comentar lo mismo, pero en esa ocasión los estudiantes y pasantes que colaboraban en la excavación también lo escucharon: un grupo numeroso de personas que en silencio subieron a la cumbre cerca de la una y media de la madrugada. Sólo se oían las pisadas y el silbato del guía. Esa madrugada yo me había despertado como de costumbre a las dos de la mañana, pero tampoco escuché nada. Cuando llegamos a la excavación en la cima de la montaña, de nueva cuenta no había nada fuera de su lugar ni presencia alguna de campistas.

El 30 de abril me desperté como a la una y media de la mañana para continuar con el trabajo de gabinete con mi computadora y a las cuatro de la mañana me fui a dormir. Otra vez en el desayuno el mismo comentario, pero esta vez habían escuchado a un grupo mayor de gente y como siempre sólo se escucharon las pisadas y el dichoso silbato, de nuevo ocurrió a la una de la mañana.

Nuevamente llegamos a la excavación y todo estaba en orden e intacto. Alrededor de las diez de la mañana comenzó a llegar un grupo de la mexicanidad, formado por cerca de doscientos danzantes que subieron por Río Frío e iniciaron su ceremonia en una planicie a unos cien metros del templo prehispánico.

A mediodía, en dos unidades de excavación localizadas junto al muro norte[54] de la larga calzada de 150 metros de largo que conduce al recinto de la cumbre, encontramos fragmentos de cráneos de dos niños; en uno de ellos se alcanzaban a notar las huellas de la navajilla que emplearon para retirar su cuero cabelludo y junto a él un silbato zoomorfo de ave.

La arqueóloga encargada de esa unidad de excavación, después de

limpiar la boquilla del silbato lo sopló; en ese momento me encontraba con los peones quienes, al oír el silbato, inmediatamente levantaron la cabeza con los ojos muy abiertos y casi en coro me dijeron que ese era el sonido del silbato del guía que desde hacía tres madrugadas escuchaban y que encabezaba al grupo que ascendía a la cima de la montaña.

Era el 30 de abril, aniversario del día en que solían sacrificarse a los niños en la cima de la montaña.

Años después, un grupo de estudiantes de la ENAH se organizó para subir al Monte Tláloc. Decidieron subir cerca de la una de la mañana para esperar la salida del Sol en el templo prehispánico de la cima de la montaña. Para ascender, desde el área del campamento hay que internarse en una barranca que resulta extenuante debido a la altitud; subieron con la alegría característica de los jóvenes y en el camino se fueron tomando fotografías. Me hicieron llegar una de ellas, en la que se ve que usaron flash y en ella, en la parte izquierda, se puede ver a una niña de edad cercana a los tres años, que usa vestido y sombrero rosas. Para evidenciar el truco, le puse un filtro, pero no lo encontré.

Existen lugares vinculados con situaciones difíciles, con hechos tristes y uno de ellos es Monte Tláloc, en donde por cerca de dos siglos durante la época prehispánica, numerosos niños perdieron sus vidas al ser sacrificados en el marco de complejas ceremonias de petición de lluvias. Más recientemente, el trágico incendio que provocó la muerte de muchos niños en el orfanato nos lleva a reflexionar sobre un vínculo entre hechos tan distantes, porque fue como si la montaña se hubiese cobrado la ofrenda de sangre infantil que se le tributaba en la antigüedad.

Lo cierto es que más allá del inquietante sonido de las procesiones nocturnas, nuestros encuentros más extraños e intensos parecen más vinculados con estos huérfanos del incendio, que con aquellos

pequeños que dejaron su vida en la cumbre en los rituales a Tláloc. Quizá éstos últimos estaban conscientes de lo que significaba su sacrificio (lluvia, fertilidad y bienestar para la comunidad, prestigio para su familia) y por ello habrían marchado en paz, mientras que, a los otros niños, en medio de un accidente terrible e inesperado, los habría sorprendido la muerte a tan corta edad sin estar preparados y por eso aún andan por allí... ¿Quién sabe? No podemos más que imaginar situaciones y pensar conjeturas.

Acerca del autor. Víctor Manuel Arribalzaga Tobón es licenciado, maestro y doctorante en Arqueología, egresado de la Escuela Nacional de Antropología e Historia y desde varios años es investigador de la Dirección de Estudios Arqueológicos del INAH. Ha participado en diversos proyectos arqueológicos en la República Mexicana y realizado exploraciones en la selva del sur del estado de Quintana Roo, aunque sus esfuerzos principalmente los ha encaminado a investigaciones en diversas montañas del Altiplano, como el Nevado de Toluca, Iztaccíhuatl, Pico de Orizaba, La Malinche, Telapón, Monte Tláloc, Sierra de Santa Catarina, Sierra de las Cruces y Sierra de Chichinautzin, entre otras. Ha impartido múltiples cursos en la Escuela Nacional de Antropología e Historia y en la UNAM.

El nudo

Tomás Villa Córdova[55]

La mañana plomiza de la ciudad de México en los inicios de la década del noventa del siglo XX no permitía augurio más que aquel que dictaba la mermada vida de mis pulmones, por la constante inhalación del espeso aire de la contaminada ciudad, el día a día de los que, como yo, trabajábamos al aire libre en la densa espesura urbana.

Como todas las mañanas, mis labores consistieron en colocar las brigadas de excavación en sus puestos, dictar la limpieza de las excavaciones, pedir fueran verificados y tensados los hilos de las retículas. En medio de la parsimonia de los propios y extraños, con los grupos en una especie de danza en cámara lenta que iría tornándose más afinada y ágil en cuanto el Sol iluminase de mejor manera las excavaciones, cual si fuese una inmensa serpiente que buscara calentar su fría sangre al Sol de la mañana.

Cuatro áreas de excavación estaban asignadas a mí como arqueólogo, dos de ellas eran simples pozos de excavación de dos metros por uno, pero con varios metros ya de perfiles por dibujar, y la continua obligación de mantenerlos limpios y listos, además de continuar nuestra excavación por niveles en esas áreas.

En las otras dos unidades el objetivo consistía en recuperar los contextos en un área con muchos metros de extensión, en la cual podrían aparecer cualquier tipo de cosas, en medio de lo que, a mi parecer, era como practicar una operación de corazón abierto al antiguo centro ceremonial de Tlatelolco.

En la mayor de ellas emergían dos estructuras que ya asomaban sus muros como huesos de potentes animales varados en la tierra por algún cataclismo antediluviano. Una de ellas, de ocho metros de frente, dejaba ver las escalinatas y la banqueta frontal con un magnifico altar central, que remataba en su fachada principal la escultura de un rostro humano con la cara desfigurada por la parálisis facial y, sobre los pisos estucados de la banqueta, las huellas dejadas por dos grandes braceros, uno a cada lado de las escalinatas; muestra increíble de lo magnífico que habría lucido ante el cielo estrellado del antiguo complejo ceremonial.

A pocos metros de la espléndida estructura se encontró un momoxtli[56] de unos cuatro metros de frente por más de cinco de largo y poco más de un metro veinte de altura, recortada su cúspide por los azares del tiempo, con una parte de la escalinata también incompleta y su banqueta de cal y canto, estucada y blanquísima.

Una gruesa capa de desechos coloniales, que incluía materiales de la época primera del contacto con los europeos y restos de los materiales de los basamentos que existieron en las inmediaciones, había cubierto todas las estructuras, al grado de que dentro del momoxtli, en una excavación practicada en los primeros años de la colonia, se habían depositado las impresionantes defensas de un toro (que siempre me han remitido en el recuerdo a los descubrimientos de Catal Huyuk en la Anatolia).

Meses de trabajo dedicado y arduo hicieron posible que las estructuras vieran la luz solar después de siglos de encontrarse ocultas bajo toneladas de tierra y basura, en lo que a todas luces pareciera un proceso de desagravio al acto premeditado y dedicado de acumular basura sobre los otrora majestuosos templos que llevaran a sus constructores a acercarse a los cielos y a sus dioses.

La última excavación mostraba lo que parecía ser una plazuela alargada, que contenía una serie de pequeñísimos templetes,

prácticamente desmontados en los afanes destructores y sobre la cual aún se encontraban las capas de basura compactadas, en la que se aglutinaban materiales diversos sobre el piso de esa plaza, apenas dibujada. A unos cuantos metros de uno de estos templetes miniatura se encontraban restos de basalto pulido, entre tepalcates, piedras de diferentes tipos y restos de argamasa. Ahí, un equipo de tres peones luchaba por limpiar la excavación y recolocar los hilos de las retículas desprendidos por el trajín humano durante la noche anterior.

—Buen día, muchachos—, salió de mi boca, lo que obligó en sentido inverso a un —Buen día arqui… (siempre con la intención de reconocerme como arquitecto y no como arqueólogo). Después de algunos saludos y la cháchara matinal, las órdenes para el día fueron definir el material que se acumulaba como una pequeña loma, tratando de identificar su composición y orientación, para poder retirarla poco a poco, como una sola capa. Quedaron contentos ya que tenían que hacer, me despedí diciéndoles que me daría una vuelta más tarde. Cucharillas, picoletas, recogedores y palas comenzaron a moverse sonando sus metálicos quehaceres sobre el piso mientras los tres hombres actuaban.

Comenzaba la diaria tarea de realizar innumerables rondines entre las excavaciones realizando algunas anotaciones sobre cada una, incluyendo los materiales en las bolsas y numerando y etiquetando las mismas, y en muchos momentos definiendo la excavación de las partes más delicadas, retirando, fotografiando y dibujando los materiales que estaban *in situ*, además de ubicar en el dibujo en planta los diversos contextos recuperados. Todas estas labores se realizaban una tras otra, un día tras otro, bajo el cada vez más ardiente sol de esa isla arqueológica en el mar urbano, isla ubicada en la esquina sur oriental de la confluencia entre las avenidas Flores Magón e insurgentes Norte, abierta por la picota y la maquinaria al demoler una serie de edificios.

Es obvio que la excavación de las dos estructuras ocupaba mi

tiempo y pensamiento, pero tuve que realizar un segundo rondín al área del patio. Del centro del montículo de dura arcilla compactada, erizada de materiales rotos, se podía empezar a perfilar parte de una escultura de basalto de unos 60 centímetros de largo, de cuyo costado salía claramente un brazo. Sobre esa mole de basalto batallaban los tres hombres de la cuadrilla, intentando desprender los restos de la dura arcilla café que la envolvía desde hace siglos.

—¡Caray… Órale…! ¡No! Mira. Tráete la caja amarilla con las cosas para excavar; está en la silla. —Se dirigió hacia el área que servía como base y que frecuentemente se encontraba cercado con bolsas de material.

La caja de herramienta solicitada contenía mi equipo de excavación fino, con espátulas y excavadoras dentales, brochuelos, perillas de aire, cucharillas de acero, agujas de disección y de arria o costaleras, algunas picoletas y mil minucias más para jugar con la tierra, dibujar, medir y fotografiar. Repartí algunas a los excavadores de tal manera que les permitiera definir la pieza que a mi parecer sería un fragmento grande de una escultura, pero no más allá de ello. Me separé con el clásico “regreso en un rato”, mientras los tres hombres parecían felices por su suerte y trabajaban intentando, como les pedí, no tocar la pieza para evitar rallarla.

Otra ronda, nuevos niveles en los pozos, más limpieza en las estructuras que dejaba ver los pisos de tierra compactada y por fin, el momento de ver de qué tamaño resultaba el fragmento de escultura. Me dirigí hacia esa excavación, listo el papel para el dibujo, incluso ya ubicadas en él las señales que indicaban los cruces de las retículas, y ya esbozado en una esquina el número de cuadro y la fecha el cuadrante; en fin, los datos de la excavación que pude adelantar.

Sin embargo, al acercarme de nuevo al montículo, vi a los hombres otra vez amontonados sobre la escultura que ahora dejaba ver la cara de un joven mofletudo con ambos brazos a los costados en

una posición hierática, con una máscara de piel restirada sobre el rostro que permitía ver los ojos y la boca bajo esa piel. Una vez más, veía la luz Xipe Tótec, “Nuestro señor el desollado”, quien brotaba de su mortaja dura y compacta en medio del montículo de detritos. La sorpresa de ver lo que aparecía embriagaba a todos los presentes y empezaba a acumular público.

Una vez más, pedí que se definieran los bordes de la escultura y se limpiara desde afuera hacia los límites de la misma, intentando definir lo que parecía un fragmento cada vez mayor de una escultura, en cuya recuperación se avanzaba de manera penosa, retirando minuciosamente la matriz dura y reseca (sedimentos que la envolvían) de la cual se negaba a salir. Otra vez utilicé el “regreso” como última frase. Y los hombres una vez más con sus febriles intentos por apoderarse de lo que la tierra sujetaba en un jaloneo con la madre misma de la historia.

Y de nuevo el afán de completar el circuito: nuevos niveles de los pozos de excavación, nuevas órdenes y más limpieza, acumulando bolsas, cual si fuese un sitio militar o una ciudad medieval, con la intención secreta de regresar al montículo del patio a tan solo unos 50 metros de las estructuras. Y los peones preguntando: ¿Qué encontraron?

Por fin llega la hora de acercarme y veo el montículo en donde se encuentra la escultura, que ya para entonces era elevación francamente disminuida. Por los afanes de las excavaciones podían verse los brazos y las manos colocadas a ambos costados, y de la piel colocada sobre el muchacho se desprendían las manos aun unidas a la piel del desollado y, sobre el pecho, la inconfundible costura del tajo que desprendió el corazón de la víctima. El muchacho con la piel del desollado que simboliza la transformación, la primavera y las luchas por obtener algo precioso de una cantidad de material amorfo y sin sentido que los orfebres antiguos lograban en sus afanes, por lo que

Xipe-Tótec era su dios. Una maravilla en basalto que no mostraba sus pies rotos hace mucho tiempo y que aparecía en la cúspide del montículo como un náufrago expulsado por el mar en alguna playa anónima.

En derredor del náufrago se arremolinaban propios y extraños, trabajadores de otras numerosas cuadrillas, que incluso habían logrado sacar a nuestro bodeguero de su cubil y que se disponía a ayudar en la excavación. Con ese ejército de visitantes como testigo se procedió a dibujar y fotografiar al personaje del día, quien parecía nos miraba tras su máscara de piel.

Una vez terminados estos pasos, la escultura debía ser retirada y puesta a buen recaudo en nuestra bodega de materiales, por lo que el siguiente procedimiento debía incluir el levantamiento de la pieza que parecía estar firmemente adherida al sustrato. Nuevas órdenes a los hombres en el mismo sentido: liberar los lados de la pieza, pero ello después de la comida, pues el Sol había remontado hasta el cenit de ese día, que después de tantos, era el primero en que, de nuevo, el astro calentaba el rostro del dios.

En su excitación, los hombres no comieron ese día, y continuaron separando la matriz (tierra en que se encontraba) de la escultura, definiendo sus bordes y separando poco a poco al terso basalto pulimentado de la dura arcilla que lo rodeaba.

Poco después de la comida una vez más mis pasos se encaminaron al montículo, en donde los hombres habían hecho una excavación que dejaba ver todos los lados de la escultura, con sus pies cercenados, probablemente durante el violento proceso de desacralización de su altar que muy posiblemente era alguno de los que, en línea, se encontraban marcando el límite del patio.

Uno de los peones, fuerte y moreno, intentó a mi orden mover la escultura de su sitio, pero ésta no cedió a pesar de sus reconocidas fuerzas. Pedí entonces que se excavara por debajo de la escultura para

que cediera a sus intentos y con el multicitado y ya clásico “regreso”, procedí a revisar las otras excavaciones.

Pasadas unas horas una vez más, mis pasos cerraron el circuito, pero ahora me encontraba frente a una escultura que parecía estar levitando sobre el piso y que sin duda cedería al más sutil esfuerzo por levantarla. El mismo forzudo hombre se acercó a la escultura tomándola con sus dos manos e intentando con todas sus fuerzas levantarla, sin poder moverla ni un milímetro, ante los ojos de sus compañeros y los míos, dejándonos a todos atónitos.

Atroné un:

—¡No puede ser! Debe tener una espiga que aún no se libera y que la une a la tierra. Déjame ver.

Me acerqué y me incliné con una rodilla en el piso y comencé a palpar la superficie de la espalda del joven que portaba la piel del sacrificado, toqué los músculos del hombro e identifiqué las costuras de la piel en la espalda; pude sentir la tierra apretada que la sujetaba y pedí algunas herramientas para intentar liberarla, buscando a ciegas en su espalda la espiga que supuestamente la ataba al suelo.

A tientas, intenté ubicarme sin dañarla y mi mano continuó el recorrido por la espalda de la escultura. De pronto, una navajilla prismática de dura obsidiana recorrió mi dedo con un malestar punzante, con la estela de dolor que causaba la cortadura. Inmediatamente mi mano se retiró, pero permitió que sobre mi brazo se depositara, en un solo movimiento que se antojaba natural, la escultura, que había decidido escapar de su mortaja solamente mediante una ofrenda de sangre que debía yo entregar a cambio de su libertad.

Cuando cavilo sobre el hecho creo, cada día más, que existen cosas que como un nudo nos atan a nuestro pasado.

Nezahualcóyotl, 29 de mayo de 2021.

Acerca del autor. Tomás Villa Córdova es arqueólogo por la ENAH; diplomado en técnicas de investigación, miembro del equipo ganador de la beca en Estudios de jardines (2005) de la Dumbarton Oakes de la Universidad de Harvard. Ha realizado labores arqueológicas Michoacán, Estado de México, Guerrero, Morelos y la Ciudad de México. Es autor de más de una docena de artículos en diferentes revistas especializadas y del libro "La vasija de las colinas" publicado por el INAH, (2016), además es editor además de "El códice Techialoyan de Santa María Tetelpan" (2020). Actualmente colabora en la Dirección de Atención Integral a Comunidades de la CNCPC-INAH.

Los dioses nos responden

Raúl M. Arana Álvarez y
Josefina del Carmen Chacón Guerrero[57]

¿Sabían ustedes que, en la Alcaldía de Iztapalapa se encuentra un mirador, desde donde se puede admirar la Ciudad de México en 360°?

Este maravilloso lugar se ubica al sureste de la ciudad, exactamente sobre el Cerro de la Estrella o Huixachtépetl, su locativo en náhuatl, y en cuya cima se localiza un basamento piramidal que en la época prehispánica sostenía un templo, donde los mexicas o aztecas realizaban una gran ceremonia llamada “Toxiuh Molpilia” que quiere decir “Átanse Nuestros Años”, y que en la actualidad se conoce como el encendido del “Fuego Nuevo”.

El Cerro de la Estrella es un lugar de historias, leyendas y tradiciones de pueblos y barrios ancestrales, que también es conocido mundialmente por realizarse ahí la representación de la Pasión de Cristo durante la Semana santa. De este sitio, sus alrededores y cuevas que lo rodean podríamos decir que son espacios mágicos, debido a la serie de eventos que los pobladores narran y que realizan día con día, en diferentes rituales y ceremonias, que en gran medida tienen que ver con la magia blanca pero también con la magia negra. Entre los muchos acontecimientos que nos ha tocado presenciar y ya son parte de nuestras vivencias se encuentra esta historia excepcional, que a continuación les relatamos.

Cierto día durante el 2003 en que estábamos realizando investigaciones arqueológicas en el Templo del Fuego Nuevo, llegó Gabriel Lemus[58], vestido todo de negro, con los colores de

Tezcatlipoca, ciñendo su frente y su cintura con cintas rojas. Se dirigió a nosotros para solicitar nuestro permiso para depositar una ofrenda a la Madre Tierra, por lo que accedimos a su petición y le mostramos algunos espacios donde podría depositar la ofrenda. Hasta ese momento teníamos dos pozos de excavación; después de revisarlos; decidió que sería el que tenía más de 2 metros de profundidad. Se dirigió hasta este pozo, al cual llamó el Ombligo de la Tierra, descendió hasta el fondo y colocó su ofrenda.

Mientras decía algunas palabras en náhuatl a manera de rezos, procedió a depositar su ofrenda a Coatlicue la Diosa de la Tierra. La ofrenda consistió en un jarrito con agua para Tláloc, Dios de la lluvia y la Fertilidad, una varita de copal para Huehuetéotl, Dios del Fuego, algunos cuarzos de colores y una cinta roja.

Ascendió del pozo donde dejó las ofrendas, fue por su caracola con la cual se dirigió a los cuatro puntos cardinales y al arriba y abajo; soplándola hacia el norte invocó al Tláloc Dios de la lluvia y la fertilidad; después sopló hacia el sur invocando a Coatlicue Diosa de la tierra; en seguida sopló al este invocando a Ehécatl Dios de la lluvia y del trueno, y después se dirigió al oeste invocando a Quetzalcóatl Dios de los mantenimientos.

Al término de la invocación a los dioses, el viento comenzó a soplar tan fuerte que provocó que se comenzara a levantar mucha tierra, envolviéndonos en un enorme remolino, instantes después comenzó una breve llovizna y al mismo tiempo apareció sobrevolando sobre nosotros una aguililla.

Podemos decir que este fenómeno duró aproximadamente diez minutos y lo extraordinario de este evento es que solamente se desarrolló sobre el desplante de los restos de la construcción del templo del Fuego Nuevo. Sorprendidos por estas singulares manifestaciones, nos dimos cuenta de que las deidades invocadas estaban respondiendo a la ofrenda que se les acababa de dedicar.

Gabriel, antes de irse, nos compartió una rebanada de sandía, fruto de la tierra como él le llamo, para agradecernos que le permitiéramos realizar su ofrenda. Después de que pasó todo esto, nuestros trabajadores asombrados comentaban que lo increíble de este suceso era que solamente en la cima del cerro se había manifestado todo lo anterior.

Por esto y muchas otras cosas que vivimos en el Cerro de la Estrella, sin lugar a dudas les confirmamos que es un lugar mágico y extraordinario.

Acerca del autor. Raúl M. Arana Álvarez es maestro en Ciencias Antropológicas y arqueólogo del Instituto Nacional de Antropología e Historia desde 1965. Cursó estudios de licenciatura en la Facultad de Derecho de la UNAM y realizó estudios de Doctorado en Arquitectura Prehispánica en la UNAM. Actualmente está adscrito a la Dirección de Estudios Arqueológicos, pero desarrolló labores en los departamentos de Prehistoria, Salvamento Arqueológico, Arqueología Subacuática, Registro Arqueológico, Monumentos Prehispánicos y Museo Nacional de Antropología, además de trabajar en los centros regionales de Morelos, Guerrero y Nayarit, del que fue su titular. Ha sido docente de la Escuela Nacional de Antropología e Historia desde 1970 hasta la fecha y es asesor de múltiples tesis. Ha sido responsable de múltiples proyectos de arqueología en toda la República, en particular de salvamentos arqueológicos, incluyendo el rescate del monolito Coyolxahuqui. Ha publicado varios libros, capítulos de libros y artículos científicos, y ha dictado ponencias y conferencias en México y el extranjero.

Acerca de la autora. Josefina del Carmen Chacón Guerrero es arqueóloga del Instituto Nacional de Antropología e Historia adscrita a la Dirección de Estudios Arqueológicos, además de profesora de educación primaria. Ha realizado investigaciones arqueológicas en los

estados de Morelos, Chiapas, Guerrero, Nayarit y Veracruz, y en la Ciudad de México, en los que ha estudiado restos de fauna pleistocénica y restos humanos, así como elementos de época prehispánica, virreinal e industrial. Ha participado en labores de salvamentos y en rescate como el de la Coyolxahuqui en el Centro Histórico de la CDMX. Recientemente colaboró en las excavaciones en el Proyecto del Cerro de la Estrella para la conservación del basamento del Templo del Fuego Nuevo. Ha participado en ponencias, conferencias y coloquios, congresos, seminarios y mesas redondas en la república mexicana y en el extranjero, y cuenta con diversas publicaciones de libros, revistas, capítulo en libros, entre otros. En la actualidad estudia fauna pleistocénica y restos óseos humanos fósiles rescatados en Chimalhuacán, Estado de México.

Espantos en La Alhóndiga

Yadira Tapia Díaz
Jorge Arturo Talavera González[59]

Frente a un puente reconstruido de una antigua acequia que fluía por la calle de La Alhóndiga hace siglos, se levanta un edificio misterioso cuya construcción original es fechada hacia fines del siglo XVI. Sin embargo, las fuentes históricas señalan que en 1711 el inmueble fue totalmente reconstruido a instancias del canónigo Hijas y Espinoza, quien instauró ahí el diezmatorio de la catedral. En dicho inmueble se almacenaban los granos entregados a la Catedral Metropolitana en forma de Diezmo, por eso también se le conoce como "La Casa del Diezmo". En el remate de la actual construcción aún se aprecia el escudo pontificio, con las llaves y tiara papales. Abajo hay una cartela que dice textualmente "Troxe donde se venden las semillas de los Diezmos de la Santa Yglesia Crth Metropo[60] de esta Ciudad de México, se acabó a 15 de octe año 1711".

Pero poco más de cien años atrás, se había fundado el almacén de granos de la ciudad, por lo que recibió el nombre de La Alhóndiga, y cuya primera ubicación se localiza en la calle de San Francisco, al poniente de la Ciudad de México, el que en 1604 fue reubicada en un nuevo edificio, que se encuentra a espaldas del Palacio Nacional. La Alhóndiga fue una institución que comenzó a funcionar formalmente en 1581, y que llegó a contar con más de mil fanegas[61] de trigo almacenadas, siendo la principal institución receptora de los productos que llegaban a México por las acequias y que se encargaba de regular su precio.

La Alhóndiga está ligada a una de las grandes tragedias de la ciudad, el llamado "El Motín por Hambre de 1692". Meses antes de que todo comenzara, la lluvia y el *chahuistle*[62] arruinaron las cosechas en el Valle de México, lo que provocó que el precio del maíz subiera. La escasez desató un clima de inquietud y desazón y el 18 de junio se propaló la noticia que en La Alhóndiga se habían acabado los granos, lo que llevó a que una gran cantidad de mujeres se agolparan frente al edificio, exigiendo la venta de una carga.

La guardia las repelió a empujones y se generó tal alboroto que una joven murió aplastada. La ira popular estalló, y la plebe quemó no sólo La Alhóndiga, sino también las Casas del Cabildo, el edificio de la Audiencia, el Palacio Virreinal y cerca de 300 cajones o puestos de ropa instalados en la Plaza Mayor.

Cuando llegó la noche, había llamas y cadáveres tendidos en las calles. El desastre, escribió Carlos de Sigüenza y Góngora, era *"para llorarlo siempre"*. El fantasma del motín acompaña desde entonces a la palabra "Alhóndiga".

La Alhóndiga dejó de funcionar el 15 de abril de 1814 y a partir de entonces el inmueble ha sido utilizado principalmente para albergar comercios y bodegas, además que fue convertida en una vecindad de mala muerte[63], por lo que la distribución original fue considerablemente modificada.

Actualmente el edificio se encuentra ocupado por diversos proyectos de la Dirección de Salvamento Arqueológico del Instituto Nacional de Antropología e Historia y ahí se analizan los materiales arqueológicos recuperados en diversas exploraciones realizadas en varios puntos de la República mexicana.

Muchos y variados han sido los comentarios vertidos en torno al edificio de La Alhóndiga. Compañeros de trabajo han expuesto que han visto a una niña vestida con atuendos del siglo XIX que se les queda viendo, el restaurador Francisco Revilla contó que hace años,

durante una mañana, él vio una sombra gigante sobre las ventanas que dan a su cubículo, algunos policías han dicho que no es sólo una niña, sino que también han visto a dos que juegan con un niño en las escaleras que llevan al primer piso, igualmente vestido con antiguas ropas.

Algunos empleados de limpieza han comentado, que han visto salir del cubículo 12 a un perro negro, el que corre por los pasillos superiores y en el techo del área que sirve de estancia a los policías que custodian el edificio, por la noche han escuchado que barren con escobas de varas gruesas; de igual manera, en los pasillos del primer piso se escucha que arrastran pesados costales acompañados de quejidos lastimeros.

Dentro de las experiencias que hemos vivido por separado o en conjunto los autores, se pueden contar las siguientes:

La lámpara se movió sola.

Corría el mes de octubre del año 2018, cuando llegamos al cubículo 12, que es en el que ubica la Sección de Bioarqueología; el ingreso fue aproximadamente a las 7 am. Sentados en las sillas que corresponden a nuestra mesa de trabajo la que, por más señas, tiene en una de sus esquinas una lámpara de gran tamaño con una lupa integrada, además de que tiene brazo giratorio y de tracción.

En ese momento Yadira enciende su computadora y puso en el reproductor de música canciones del grupo “Creedence”. A los 20 minutos de estar realizando un análisis osteológico y a la par escuchar música, a eso de las 7:30 am nos percatamos que la lámpara hizo una gran fuerza de tracción hacia abajo, llegando la lupa a tocar la mesa de trabajo, frente a nuestros ojos, pues la lámpara quedaba frente a nosotros. La lámpara se había movido sola hacia abajo, sin que nadie la tocara.

En ese momento, se enfrió la sangre y quedamos inmóviles al ver

ese suceso extraño e inexplicable. Los siguientes segundos parecieron ser como un túnel del tiempo, en el cual este mismo se detuvo y, fue muy larga la distancia para salir del laboratorio. Yadira vio la puerta de salida muy lejana, pero finalmente logró salir al pasillo y cuando llegó el restaurador Francisco Revilla, a eso de las 8 am, nos sentimos acompañados, pues las secciones de Restauración y Bioarqueología están juntas.

Un muñeco y una mano.

Fue en el lapso de junio-julio del 2019 que la antropóloga física Nancy Gelover llegó a la Sección de Bioarqueología a platicar conmigo, Arturo Talavera. En ese momento, Yadira estaba trabajando en el montaje de uno de los esqueletos para tomarle una fotografía general, cuando un muñeco en forma de esqueleto que se encontraba colgado con una chinche en una pizarra, se movió y se lanzó solo para caer a los pies de Nancy quien se encontraba a 1.5 m de distancia de la pizarra. Las tres personas que estábamos ahí nos quedamos sorprendidos por el suceso del cual fuimos testigos.

Pasada una hora de ese incidente, Nancy seguía conversando conmigo, pero de repente me levanté de mi asiento pegando un brinco y volviendo la mirada hacia atrás y tocándome insistentemente el hombro derecho, pues había sentido que una mano me lo presionaba. Muy desconcertados seguimos trabajando e intentamos no hablar en ese momento del tema de fantasmas, aunque en nuestro interior sabíamos que lo que había pasado no era normal; nos limitamos a vernos a los ojos entre las tres personas que estábamos ahí, sin decir palabra.

Paquito.

En el mes de septiembre del 2020 el semáforo epidemiológico por la pandemia de Covid 19 se encontraba en anaranjado, por lo que yo, Yadira, pedí permiso a las autoridades correspondientes para acudir a

La Alhóndiga a adelantar trabajo. Nunca me esperé que al estar analizando a un subadulto de aproximadamente 15 años de edad me llevaría un gran susto.

Cabe decir que, este esqueleto subadulto fue sometido a limpieza desde el mes de febrero del 2020 y se pospuso su análisis por el inicio de la pandemia. Al ser limpiado y retirarle el sedimento, se encontró que tenía incrustada una navajilla de obsidiana en el ojo izquierdo, por lo que se propuso que muy probablemente haya sido su causa de muerte a tan temprana edad.

Llegué a eso de las 10 am a trabajar dicho esqueleto y por la situación sanitaria estaba sola; era la única trabajando en todo el edificio de La Alhóndiga, por lo que el ambiente estaba muy tranquilo.

Cuando regresaba a casa todo estuvo normal, hasta que un sábado a eso de la 1:30 pm, me encontraba en la cocina con mi hermana Dianeth tomando té y viendo una telenovela cuando tuve que ir al baño; en el que me entretuve unos pocos minutos. Cuando volví, me comentó mi hermana que había tenido un suceso extraño con un niño que se le apareció en la cocina y lo describió así: “Era un niño como de 15 años que tenía una túnica blanca muy sucia y mojada, con su cabello castaño mojado también, pero las cuencas de sus ojos estaban totalmente negras y su piel tenía un tono morado”.

Mi hermana comentó que no le dio miedo y, que le dijo al niño que si no venía de parte de Dios no era bienvenido, ante lo cual el niño comenzó a desvanecerse. Cuando me dijo que calculó que el niño tenía 15 años, lo asocié de inmediato a los restos del subadulto que estaba analizando, por lo que le pregunté a mi hermana si notó si tenía algo clavado en el ojo izquierdo, pero ella respondió que no. Le comenté el contexto cultural del niño y, ella me dijo que quizá me llevé la energía de ese niño a la casa y que la navajilla muy probablemente ya no la tenía porque yo se la había quitado al limpiar sus huesos.

De todo este entrecruzamiento de energía y sucesos paranormales y culturales, dedujimos que quizás el infante a quien decidimos llamar Paquito había sido herido con la navajilla en el ojo y cayó inconsciente en un río, lo que provocó que su vestimenta estuviese mojada y su piel morada. Quizá sus familiares nunca encontraron al niño y quedó en el río sepultado.

Este niño era tepaneca y se encontraron sus restos en el predio de Golfo de Tehuantepec 12, en la Alcaldía Miguel Hidalgo, donde muy cerca se encontraba un río, de acuerdo a lo que informó la arqueóloga Tehua Osnaya, quien era la encargada de la excavación de ese predio. Muy probablemente, este niño era un alma en pena tratando de decirle a alguien lo que sucedió con él.

Posteriormente, en mi casa le hablé al niño para decirle que no podía estar ahí y que se regresara dónde estaban sus restos óseos en el edificio de La Alhóndiga, donde nadie lo iba a molestar y le pedí que caminara a la luz, que sus restos óseos iban a estar bien guardados, y con mucho respeto los embalé y guardé en una de las cajas de cartón que se ocupan para resguardar los restos óseos humanos ya estudiados. Desde ese momento, ya no se volvió a ver a este niño.

Algo que juega.

Fue por el mes de octubre del año 2020 cuando yo, Yadira, me encontraba trabajando en el acomodo del esqueleto de un infante para tomarle sus fotografías correspondientes y, como ya era hora de salir de la jornada de trabajo decidí postergar la toma fotográfica para el día siguiente. Llegué muy tranquilamente al otro día para continuar con el trabajo, cuando cuál fue mi sorpresa al encontrar las vértebras del infante totalmente desacomodadas de su lugar. Fue algo muy extraño ya que yo dejé listo el esqueleto el día anterior para la fotografía y ese día yo cerré la puerta del laboratorio.

Por esta razón, me acerqué a los oficiales que custodian el

edificio, para preguntarles si ellos en sus rondas, habían entrado al laboratorio y por accidente habían movido las vértebras del infante, a lo que, los policías respondieron que entraron al laboratorio como parte de la ronda de vigilancia y vieron el esqueleto del infante, pero que jamás se han acercado para estropear el trabajo de investigación.

De igual manera le pregunté al personal de limpieza, quienes me respondieron que ellos respetan el trabajo de los arqueólogos y además que “no nos meteríamos con un muertito”. Esta situación, me dejó consternada porque ¿quién habría movido los huesos y por qué motivo?, sólo estaban en desorden las vértebras; si fue algo o alguien, jamás lo supe ni lo sabré; pero entendí que algo se pone a jugar con los materiales óseos.

La esquina del ciclorama.

Corría el mes de marzo del año 2021 cuando la arqueóloga Blanca Copto y yo, Yadira, nos encontrábamos junto a la mesa que tiene el ciclorama negro sobre el cual se toman las fotografías en planta de los esqueletos ya armados. Las dos estábamos platicando, cuando de repente una esquina de la tela del ciclorama (que no es muy ligera) se dobló hacia arriba, yo me quedé impactada de ver eso y para confirmar lo que había visto, le pregunté a Blanca si también se percató del suceso y ella respondió que sí y que lo tomara tranquilamente. Le dije:

—¿Y si nos salimos? —pero ella respondió que no, que no le diéramos importancia al hecho; además las dos nos estábamos acompañando y nos tomamos un tiempo para serenarnos, posteriormente continuamos trabajando y todo estuvo tranquilo ese día.

La canica invisible.

Yo, Arturo, he comentado constantemente que en algunas ocasiones que me he encontrado trabajando solo, he escuchado como si una canica de grandes dimensiones cayera al suelo y rodara de sur a

norte, en dirección a la Sección de Restauración, sin embargo, nunca he visto a esta canica, la que incluso llega a sonar como bola de metal, como si tuviera gran peso. Sin embargo, en el punto donde se escucha que cae esta pesada esfera, una de las losetas del piso se rompió en varios fragmentos, por lo que se mandó cambiar, pero en la actualidad, la nueva loseta ya se encuentra otra vez estrellada.

Los tepalcates del señor Revilla.

A mí, Arturo, en compañía de la arqueóloga Blanca Copto nos ocurrió que, en alguna ocasión, al llegar al laboratorio osteológico escuchamos que en la Sección de Restauración donde se encuentra el restaurador Francisco Revilla alguien se encontraba manipulando tepalcates. En ese momento Blanca dijo que iba a saludar al señor Revilla, pero cuando se acercó a su área de trabajo él no estaba allí, lo que la extrañó y me lo comentó. Ambos nos sorprendimos, porque claramente se había escuchado que alguien estaba trabajando en la Sección de Restauración.

Lo que los polis cuentan.

Los policías han comentado diversos sucesos por lo que, en nuestra curiosidad por saber más a fondo sobre estos hechos paranormales, les hemos preguntado más acerca de sus experiencias sobre el tema. Ellos laboran en turnos de 24 horas corridas, y descansan otras 24 horas, y al caer la noche realizan sus rondas. Dicen haber visto una sombra constantemente, entre los cubículos 12 y 14, mismo lugar en los que se escuchan los gritos y sonidos de un hombre agonizante. También han escuchado que alguien barre la azotea con escobas de varas gruesas y que arrastran un costal en el pasillo de la planta alta. Los oficiales Omar y Miguel comentaron también, que en la ventana de la habitación donde comen y pernoctan, la que da al patio central de La Alhóndiga, ven que alguien se arrastra y se asoma por la ventana mirando detenidamente a quien ahí se encuentre. Un

acontecimiento que les sucedió a estos dos oficiales fue que alrededor de la media noche, estaban platicando y de repente, el oficial Miguel volteó a la puerta de su habitación y encontró que en el escalón que da acceso a su cuarto estaba sentado un niño, el cual les daba la espalda, este oficial informó a su compañero Omar diciéndole "mira pareja, lo que está sentado en el escalón" y éste volteó para ver Y ambos se levantaron para acercarse, pero en ese momento el niño se echó a correr desapareciendo en el patio de este edificio.

Los oficiales Omar y Adolfo comentan que dentro de la habitación donde ellos descansan los han asustado constantemente, moviendo bolsas, o se escucha que alguien camina por el cuarto. El oficial Omar vio como un bote con agua que tenían en el cuarto salió volando como si lo hubieran pateado y el agua que contenía se derramó por toda la habitación; comenta que para él es obvio que algo o alguien lo pateó, porque el bote no podía moverse por sí solo.

Estos tres policías (Omar, Miguel y Adolfo), así como los oficiales Daniel y Gary han comentado en diversas ocasiones que, al efectuar sus rondas de vigilancia por la noche, se aseguran que todas las puertas de todos los cubículos se encuentren cerradas, pero lo extraño es que, por las mañanas, a eso de las 6 am todas las puertas amanecen abiertas y este suceso sucede frecuentemente. Estos oficiales se turnan en su jornada y generalmente no conviven entre ellos, lo que ocurre sólo para cambiar de turno, por lo que, al preguntarles sobre estas experiencias paranormales, no han tenido contacto con sus compañeros del otro turno, es decir, no tendrían razón o forma alguna para ponerse de acuerdo entre ellos para contarnos estas situaciones.

También comentan que diariamente, aunque las lámparas de los pasillos del segundo piso del edificio funcionan de manera normal durante el día, a eso de las 8 pm comienza a titilar la luz, como si bajara la intensidad de energía eléctrica. Fueron muy explícitos al decir que cuando han requerido de personal de apoyo para cubrir turnos, han tenido que recurrir a diferentes oficiales, porque muchos

de los que han llegado de apoyo ya no quieren regresar al edificio argumentando que “Ahí asustan”.

Algunas consideraciones.

Los hechos paranormales, han sido tema de discusión e investigación a lo largo de la historia de la humanidad. Son eventos que ocurren y han sido detectados por los sentidos de los humanos, pero su inalcanzable explicación continúa hasta nuestros días. Son temas en los que mucha gente cree pero que otros muchos se niegan a hacerlo, encontrándoles o al menos buscándoles alguna explicación razonable. Sinceramente, hay varios de estos sucesos que no pueden tener una explicación elocuente y científica, por lo que se quedan como momentos inexplicables pero que son verídicos.

El hecho de sentir miedo a lo desconocido o aparentemente desconocido, porque nuestro Yo interno sabe que algo existe y no se puede ver ni tocar, lo asociamos a la existencia de las almas de nuestros difuntos y a otros espíritus que pueden ser buenos o malos, lo cual nunca sabremos. Sólo sabemos, por la ciencia, que la energía existe y esa energía que puede mover a la materia es quizá la que perciben los sentidos humanos ante estos hechos inexplicables.

Como dijo Antoine Lavoisier, *“La energía no se crea ni se destruye, solo se transforma”*, a tal grado que quizá se transforme en una voz, en la imagen de una niña, o el sonido de un quejido, e incluso, sea capaz, por sí sola, de mover objetos. Quizá nunca sabremos qué o quiénes manipulan esta energía que tanto asusta a los seres humanos.

Acerca de los autores. Yadira Tapia Díaz es egresada de la Escuela Nacional de Antropología e Historia de la Licenciatura en Arqueología y egresada de la Facultad de Odontología de la Universidad Nacional Autónoma de México. Ha participado en distintos proyectos de excavación para el Instituto Nacional de Antropología e Historia. Actualmente colabora como asistente de investigación en la Sección de Bioarqueología de la Dirección de Salvamento Arqueológico del INAH.

Jorge Arturo Talavera González es egresado de la Escuela Nacional de Antropología e Historia de la licenciatura en Antropología Física, de la maestría en Arqueología y del doctorado en Etnohistoria. Es profesor de investigación científica Titular “C” de la Dirección de Antropología Física del INAH, donde coordina el Equipo de Bioarqueología creado en el año 1996. Coordinador de diversos proyectos entre ellos *“Una Estrategia Bioarqueológica para el Análisis de Restos Óseos con Modificaciones Culturales”*. Fue corresponsable del estudio antropofísico realizado a los restos óseos de los Héroes de la Independencia, que se encuentran depositados en el Mausoleo de la Columna de la Independencia. Actualmente es Coordinador de la Sección de Bioarqueología de la Dirección de Salvamento Arqueológico del INAH.

Una presencia extraña en Huichapan

Alfredo Feria Cuevas
Valerio Erasto Paredes Vega[64]

En 1992, un grupo de estudiantes de la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH) cursábamos la materia Técnicas de Investigación Arqueológica I con el doctor Fernando López Aguilar. Esta asignatura finalizaba con una práctica de campo, siendo una de las materias más importantes de la carrera de Arqueología.

El objetivo general de la asignatura consistía en desarrollar la capacidad para planear y desarrollar recorridos de superficie, que tenían el objetivo de localizar sitios arqueológicos correspondientes a diferentes épocas de ocupación prehispánica, y que en este caso formaba parte de la estructura de investigación del *Proyecto Valle del Mezquital*, en pleno centro de la zona otomí del estado de Hidalgo, y cuyo director es el mencionado doctor López Aguilar.

La casa/campamento que utilizamos para trabajar durante ese mes de labores de campo se ubica en la hermosa población colonial de Huichapan, localizada en la parte oeste del estado, cerca de los límites de Hidalgo con Querétaro. La casa no tendría más de 15 años de construida, pero estaba situada en un predio céntrico, a unas calles al noreste del centro mismo de la antigua población. La barda que la cercaba se veía muy antigua y alta, al igual que las de las viejas casas que la rodeaban; posiblemente se habría demolido alguna construcción añeja para construir la nueva casa de dos plantas, la que, por cierto, se encontraba completamente vacía de mobiliario.

Ello permitió adaptar una habitación como espacio de trabajo del proyecto en la esquina noreste de la segunda planta, por lo que se

amuebló con mesas, sillas, libros, planos y computadoras. Los demás espacios de ese nivel los utilizamos como dormitorios y ahí acomodamos nuestras bolsas de dormir, colocando cajas de cartón como bases para el *sleeping*, de tal manera que amortiguaran e hicieran más cálido el piso de la casa; sólo los maestros y asesores tenían catres para dormir.

El trabajo en campo se dividió en cuatro equipos con sus respectivos asesores: el "Teotihuacano", el "Azteca", el "Xajay" y el de "Pinturas rupestres". En este contexto, los que suscribimos esto pertenecíamos a los equipos Azteca y Xajay, respectivamente. El primero lo conformábamos Claudia Trejo y yo (Alfredo Feria) y estaba coordinado por Cuauhtémoc Domínguez, mientras que el segundo lo conformaban Jorge Martínez (Choco), Rocío Morales y Valerio Paredes, asesorados por Luis Moret. Como ya mencionamos, el trabajo en general consistía en realizar recorridos sistemáticos para localizar sitios con temporalidad Posclásica en los valles y Epiclásicas en los extremos de las mesetas.

Antes de iniciar la práctica, como equipo de avanzada llegamos Claudia, Fernando, Jaime Cedeño, Cuauhtémoc y yo, quienes hicimos una intensa labor de limpieza de toda la casa en donde viviríamos y fue entonces cuando tuvimos un primer contacto con algo, quizá un ser, lo que no pudimos ni hemos podido explicar.

La primera manifestación se dio cuando hacíamos la limpieza de la planta alta de la casa; yo, Alfredo, me encontraba de pie frente a la única puerta de entrada del cuarto designado para trabajar al que había terminado de limpiar, así que colocaba distraídamente cajas, mesas y sillas de trabajo. De pronto escuché el *clic* del interruptor de la luz encenderse y el sonido de algunos objetos moviéndose y otros cayéndose del lugar donde los había colocado.

En ese momento pensé que alguien habría entrado para reacomodar, pero caí en cuenta de que, si así fuera, tendría que haber pasado forzosamente frente a mí, lo que no sucedió. Fue entonces que decidí entrar en el cuarto y confirmé que no había nadie; estaba

totalmente vacío, pero efectivamente la luz estaba encendida y dos de tres cajas habían sido movidas de su lugar, al igual que una silla, mientras que otra estaba tirada en el suelo.

Lo primero que pensé (y lo fui confirmando conforme pasó el tiempo que allí estuvimos), fue que quizás existía una presencia de algo o de alguien, aunque en ese primer momento la idea no me generó miedo o sospecha alguna en torno a un ser o ente maligno.

Una tarde, al regreso de tomar un baño en la unidad deportiva de la localidad, Claudia, Cuauhtémoc y yo (Alfredo), tocamos a la puerta de la casa para entrar, y lo que nos encontramos nos sacó muchísimo de onda, es decir, nos desconcertó, ya que Valerio y Rocío nos recibieron sumamente asustados, mientras que Jorge (el Choco) estaba tan asombrado como nosotros. En ese momento Valerio era el más alterado y nos contó que habían tenido un encuentro, nada amigable, por cierto, con ese ente o ser que parece cohabitaba con todos nosotros.

Lo que nos ocurrió a Rocío y a mí, (Valerio) es que esa tarde estábamos en una de las estancias ubicadas en la segunda planta del ala izquierda de la casa. El maestro y los demás compañeros habían salido, así que nos encontrábamos completamente solos en la casa. Hacía rato que se había hecho de noche y la única luz encendida en la casa era la de esta habitación. Cabe decir que nosotros teníamos las únicas llaves de la casa, así que, si alguno de los compañeros quería entrar, tendría que llamarnos para que le abriéramos, pues el campamento tenía dos accesos: un portón en la alta barda que daba a la calle y la puerta de entrada a la casa.

Rocío estaba inmersa en la conversación, cuando empecé a escuchar claramente que alguien subía por las escaleras de madera; se oía cómo rechinaba el pasamanos a cada paso que se daba e incluso podía escucharse cómo se deslizaban los pies en las huellas de cada escalón, como si subieran con chanclas y el andar fuera lento, como

con cierto cansancio; este modo de subir la escalera era característico de nuestra compañera Claudia. Con el pasar de los días uno aprende a identificar cada sonido en la casa.

Le pedí a mi amiga Rocío que guardara silencio por un momento y le expliqué que alguien estaba subiendo la escalera. Ella se calló por unos segundos, pero no notó nada extraño, así que retomó su charla. Yo me quedé desconcertado, pues había percibido perfectamente los sonidos y sabía que era imposible que alguien más estuviera en la casa, pues además de tener las llaves, estábamos cerca de la ventana, así que podíamos percibir perfectamente el peculiar sonido que hacían las cerraduras de ambas puertas.

Poco tiempo después de reanudar nuestra conversación, percibí que ingresaban a una de las habitaciones del ala contraria; oí como cerraban la puerta y movían cosas, así que por segunda vez interrumpí a Rocío para que guardara silencio y atendiera a los ruidos que yo estaba escuchando en la vivienda. Pero ella nuevamente no escuchó nada y prosiguió con su charla sin inmutarse mucho por las varias interrupciones que yo hice, pues a cada momento subía el nivel de los ruidos (y posibles acciones) en las habitaciones contiguas. Como cada vez resultaban más audibles, yo de plano dejé de prestarle atención a su plática y me concentré en lo que estaba originando tanto alboroto en esta morada, tratando de buscar una explicación sensata y racional. Sabía que no había más personas en esas habitaciones, pero algo estaba generando los ruidos; cavilaba sobre qué o quién pudiera hacer ese alboroto, sin encontrar una razón satisfactoria ante tales hechos.

Después de no sé cuántas interrupciones a mi compañera (a quien nada la distraía de su plática), de repente ambos escuchamos como azotaban violentamente la puerta del baño, la que se encontraba contigua a la estancia en donde estábamos, comunicada a través de un pasillo. Me armé de valor y gritando un “¿quién anda ahí?”, me aventuré por el pasillo que estaba completamente oscuro. En ese

momento sentí como si algo se aproximara a mí a gran velocidad, por lo que retrocedí inmediatamente al interior de la habitación y a la luz, miré la cara de Rocío quien ahora ya nos sólo estaba intranquila, sino angustiada.

Luego oímos como se azotaba con fuerza la puerta de otro de los cuartos y tiraban cosas con gran violencia, para después abrir otra de las puertas, y dirigirse al área de trabajo en donde volvieron a azotar la puerta, movían las mesas y sillas que se caían al piso, tiraban libros y mapas; todos eran ruidos violentos, perfectamente audibles. Nosotros estábamos estupefactos, nos quedamos inmóviles en la esquina de la habitación, pegados a la ventana, sin decir una sola palabra.

Pasaron unos minutos que se hicieron eternos y escuchamos al Choco (Jorge), que nos gritaba desde la calle para que le abriéramos la puerta, abrimos la ventana y le gritamos con desesperación.

—¡Choco, nos están espantando!, —y le tiramos las llaves a la calle, las atrapó y rápidamente ingresó a la casa y llegó hasta el cuarto en donde nos encontrábamos.

Yo sentí un gran alivio al ver a mi compañero y de poder estar con otra persona más en este extraño evento. Rocío, que se había mantenido en calma, comenzó de repente a llorar desconsolada en los brazos de Jorge, quien le decía que no había nada que temer, que no había nadie en la casa. De alguna manera yo también sentí un gran alivio de que se hubiera desmoronado hasta ese momento, pues ya no sé qué habría hecho si hubiera estallado momentos antes, cuando habíamos sufrido la mayor tensión en el ambiente. Todavía cuando Jorge trataba de tranquilizarla, pues aún lloraba inconsolable, seguían escuchándose ruidos en los espacios contiguos, pero yo ya no dije nada, para no incrementar la angustia tan fuerte que se sentía.

Unos veinte minutos después llegaron los demás compañeros del grupo, quienes no prestaron mucha atención a lo que nos había

sucedido y que les platicamos, pensando tal vez que estábamos bromeando. Tanto Rocío como yo seguíamos impresionados, pero ya no abundamos en el asunto para tranquilizarnos. Lo cierto es que, con la llegada de los demás miembros del campamento, los ruidos cesaron, aunque no fue el único suceso extraño que pasó en esa casa durante esa temporada.

Días después, sucedió otro evento extraño. Varios estudiantes compartíamos una recamara de forma rectangular, que estaba junto a las escaleras que subían al segundo nivel. Junto a la entrada había un estante en donde teníamos las mochilas y nuestros objetos personales, mientras el piso estaba tapizado de bolsas de dormir.

Esa noche todos dormíamos profundamente debido a lo agotador de la cotidiana caminata; de pronto, se levantó la compañera Claudia para sacar algunos objetos personales y se dio cuenta que alguien estaba parado detrás de ella. Pensando que se trataba de Alfredo y creyendo que también necesitaba alguna de sus pertenencias, empezó a conversar sobre los sucesos del día, pero en voz baja, para no despertar a los demás, volteando ocasionalmente para mantener el curso de la conversación.

Así se demoró varios minutos en la plática, revolviendo su mochila pues no encontraba las cosas que necesitaba, en medio de una habitación casi en la oscuridad, a la que sólo iluminaba una débil luz que penetraba por la ventana. Por fin cerró su mochila y dio media vuelta, diciéndole a Alfredo que había terminado, pero no encontró a nadie detrás de ella, lo que se le hizo sumamente extraño, pues si le hubieran querido hacer una broma, habría escuchado el correr hasta el fondo del cuarto y el sonido que uno hace al meterse en el *sleeping* y el movimiento del cierre, lo que además de ruidoso es tardado.

Claudia realizó una rápida inspección ocular de todo el grupo, que le permitió confirmar que dormían profundamente, todos perfectamente guardados en sus bolsas de dormir. Comprendió en

seguida que no fue con alguno de ellos con quien había estado platicando esa noche, sino con alguien más. Esta fue, sin duda, otra de tantas experiencias que vivimos en esa casa y de las que nunca pudimos explicar, y de las que tampoco volvimos a platicar, hasta ahora.

Acerca de los autores. Alfredo Feria Cuevas es licenciado y maestro en arqueología por la ENAH. Es investigador en diversos trabajos de arqueología histórica y prehispánica en el centro de México, así como director de proyectos en el área maya y ha desempeñado diversos puestos de gestión para la investigación y conservación del patrimonio cultural. Actualmente es director del proyecto “Arqueología de las misiones en el estado de Baja California Sur”.

Valerio Erasto Paredes Vega. Es licenciado en arqueología por la ENAH, y ha cursado diplomados en Antropología forense y Alta gerencia municipal. Ha trabajado en varios sitios del área maya, centro de México y Sonora. Actualmente labora en el Museo Nacional de Antropología y es cronista municipal de Villa del Carbón, Estado de México.

No es lo mismo sentir pasos, que oírlos

Jorge Alberto Quiroz Moreno[65]

En Tenosique, Tabasco, abordamos la avioneta conducida por el capitán Fernando, quien después de fijar velocidad y rumbo, cabeceaba alegremente, abriendo los ojos sólo para cambiar de altura y no ir a dar con nuestros huesos contra un cerro. Ahora supongo que era experiencia obtenida después de tantas vueltas, pero a nosotros nos mantuvo rezándole a las once mil vírgenes.

Desde la llegada a Bonampak todo es impresionante; la pista de aterrizaje, desde el aire, da la impresión de que se está observando la forma de un lápiz sobre una gran alfombra verde, cuando menos así se veía a principios de los ochenta, si no mal recuerdo en el año del señor de 1982[66]. Una vez ahí y después de recibir el golpe de calor al bajar de la avioneta, procedimos a revisar las condiciones en que se encontraba el campamento. Una construcción hecha en caoba de piso a techo, de acuerdo con lo dispuesto por el arqueólogo Raúl Pavón. El techo tenía marcas de goteras aquí y allá, todas ellas con su respectivo reflejo marcado en el piso, seguramente debido a las fuertes lluvias y a que las láminas de zinc del techo habían sido dañadas por las ramas de un árbol que se encontraba muy cerca del lado de la habitación principal. Así que, de los tres cuartos disponibles para dormir, solo nos quedaron dos opciones, en donde nos acomodamos los cuatro que íbamos.

En cuanto a los peones, eran pocos y durante el primer día también se dedicaron a limpiar su champa, la planta de luz y la bomba de agua. Así empezamos la temporada y no sé si debido al

cansancio, pero una vez que apagamos la planta dormimos como si no lo hubiéramos hecho en semanas. Al día siguiente nos dedicamos a demostrarle a todo el mundo que lo nuestro, lo nuestro, no eran los machetes así que procedimos dignamente a armar las podadoras.

Esa noche ya menos dañados por el cansancio nos dispusimos a revisar nuestros focos, mientras el custodio apagaba la planta de luz; cerramos la puerta para evitar el viento del pasillo (debido al calor no había vidrios, tan sólo el miriñaque que evitaba el paso de los insectos). Ya a obscuras y acompañados tan sólo por los sonidos del monte y las ramas del árbol chocando con el techo del campamento, se unió a ellos el sonido de unos pasos; se podía apreciar claramente el golpe de las chanclas en el talón, de esas que usan la mayoría de los yucas[67].

Los pasos se oyeron a lo largo del pasillo, permanecimos un momento entre sorprendidos y curiosos, porque el otro cuarto habitado se encontraba hasta el otro extremo del campamento y sus inquilinos hacía ya buen rato que habían dado las buenas noches, así que no debería haber nadie más circulando en el campamento. Cada uno prendió su foco[68] y corrimos a la puerta del cuarto mientras oíamos que los pasos se alejaban; tardamos en abrir pues no contábamos con que la humedad hincha la madera; abrimos y nuestras luces recorrieron todo el pasillo, pero ya no se escuchaban los pasos. Acto seguido fui a tocar la puerta de los vecinos y pregunté si ellos habían salido u oído algo, resumiré la singular respuesta diciendo que sólo dijeron que no.

Recorrimos el resto del campamento para cerciorarnos si alguien había entrado, lo que resultaba algo poco probable, porque en ese tiempo los trabajadores que nos acompañaban eran muy confiables. En fin, como no encontramos a nadie, nos dispusimos a regresar a nuestra champa preguntándonos si no habríamos pasado por alto algo que explicara ese sonido.

Cerramos la puerta, nos dispusimos a dormir y nuevamente iniciaron los pasos desde el extremo del pasillo, en dirección a la puerta de entrada del campamento, una distancia aproximada de entre ocho y diez metros (difícil de estar seguro después de casi cuarenta años). Repetimos el procedimiento de revisión lo más rápido que pudimos tratando de iluminar el pasillo antes de que los pasos se alejaran más de nosotros y llegaran al final del pasillo, pero otra vez nada.

Revisamos todo nuevamente y regresamos a dormir después de llegar a los mismos resultados que antes, mientras comentábamos que nadie nos creería y más teniendo en cuenta que el vecino del otro cuarto dijo que no había oído nada.

Los pasos continuaron escuchándose las siguientes noches y una mañana, durante el trabajo en la plaza del sitio, comentamos algo relacionado con los pasos y uno de los peones nos dijo que probablemente fueran los aluxes[69]. La vecina se consiguió un ámbar, por aquello de las dudas, porque ella "no creía en esas cosas, pero era bonito".

Pasaron algunos días en los que la gente que trabajaba con nosotros nos veía, comentaban entre ellos y se reían. Nosotros no muy contentos con la situación, preguntamos la causa de su risa y nos dijeron que los aluxes nos traían jodidos y volvieron a reír, después dijeron que las marcas en los brazos, en los hombros y en el cuello no eran golpes; que los aluxes eran muy traviesos. Y efectivamente, cuando días antes nos dimos cuenta de que nos habían aparecido pequeñas marcas, no dijimos nada, porque se podían malinterpretar, iba a ser muy penoso y queríamos evitar los comentarios y la burla. Lo cierto es que fue un descanso oír la posible razón de los moretones en boca de los mismos peones.

Después de algunos días comentamos que deberíamos dejar la puerta entreabierta, apagar las luces y esperar para ver que sucedía.

No hubo que esperar mucho; los pasos iniciaron como siempre desde el rincón de las herramientas; los pudimos escuchar a todo lo largo del pasillo, hasta llegar a la puerta, la que claramente oímos abrirse y después cerrarse lentamente; hasta se pudo apreciar el sonido del pasador de la puerta al cerrarse, nadie se movió.

Cuando lo comentamos durante el desayuno, la vecina nos comentó que se tenía que ir por ciertos motivos que no quise preguntar, pero le heredó su ámbar a mi compañero de sustos.

Una noche cuando ya faltaba poco para el final de la temporada (pero "eso no se dice"[70]), ya acostumbrados, según nosotros, a oír pasos, que no a sentirlos, con las luces apagadas y tratando de ignorar lo que se escuchaba afuera, seguíamos especulando sobre lo que podría ser, cuando de pronto en la esquina de la champa se vio una luz que subía por detrás de la caja fuerte, hasta llegar al techo; fue a manera de un relámpago de color azul cobalto, intenso como la llama de un soplete; duró un segundo o dos y luego desapareció. El único comentario en el momento no lo hice yo, sino mi compañero, quien únicamente musitó: "Si tú no dices nada, yo tampoco".

Años después, en 1987 en San Joaquín, en la Sierra Gorda de Querétaro, se repitieron los pasos, pero esa es otra historia...

Acerca del autor. Jorge Alberto Quiroz Moreno es investigador adscrito a la Dirección de Estudios Arqueológicos del INAH. Arqueólogo por la Escuela Nacional de Antropología e Historia con Maestría en Cultura Virreinal por la Universidad del Claustro de Sor Juana. Es el director del Proyecto Arqueológico Valles de la Sierra Gorda de Querétaro.

Historia corta de una larga noche

María José Con Uribe[71]
Recordando a Maricruz y Eduardo

La Selva Lacandona. ¿Quién no ha sido atraído por conocerla? Aunque ya no tan primigenia como la describieran los exploradores y viajeros de otros siglos, y ya herida de muerte por los talamontes, sigue siendo una selva cuajada de vida, inundada de verde, con ruidos nunca oídos que se transfiguran con las horas, de aromas intensos no siempre agradables, de una humedad omnipresente aderezada con una infinidad de insectos y con una vegetación robusta que abraza las osamentas de antiguas construcciones, restos de la memoria de antiguos habitantes.

La oportunidad de hacer un viaje a la selva se dio en 1978, cuando el Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH) tenía un proyecto en el sitio de Bonampak, que estaba a cargo de mi amiga la arqueóloga Maricruz Paillés, quien me había invitado a visitarla y qué mejor oportunidad de conocer el sitio y pernoctar allí con los colegas. Me acompañó Hilda Caicedo, amiga y colega colombiana. Sin dudarlo, volamos a la capital chiapaneca Tuxtla Gutiérrez y de allí nos dirigimos en autobús hasta San Cristóbal de las Casas, que en ese tiempo conservaba reminiscencias de su magia. Quedamos allí un par de días y tomamos muy de mañana una avioneta que nos llevaría a Bonampak. La densa niebla que cubría la pista aérea de San Cristóbal no parecía inquietar al intrépido piloto al mando de una pequeña avioneta de aspecto poco robusto. Como no era momento de echarse para atrás nos subimos con otro pasajero más y la abundante carga.

Sobrevolamos Bonampak dos veces como señal de nuestra llegada y finalmente aterrizamos en una pista que no era otra cosa que una estrecha franja de terreno medio limpia de vegetación en medio de aquellos magníficos árboles. Al descender de la nave noté que el piloto, al que apodaban "El Niño" por su escasa altura, tenía amarrado en los pedales de la avioneta unos bloques de madera, que le facilitaban alcanzar los controles sin dificultad; no pude más que sentirme identificada.

Ya en el campamento del INAH, nos encontramos con el equipo formado por Maricruz, Eduardo Martínez, excelente ingeniero y topógrafo que trabajó muchos años para la Fundación Arqueológica del Nuevo Mundo, el arqueólogo Ignacio Sánchez Alanís y Justino, que asistía a Eduardo con el levantamiento topográfico.

El campamento era una sencilla palapa, con un área de comedor que incluía la cocina y dos habitaciones, una de las cuales estaba cerca de la entrada y otra en la parte posterior. Dejamos nuestras mochilas y sacos de dormir y nos fuimos a recorrer el sitio, mientras que Eduardo se adentraba en la selva para continuar con su trabajo de topografía. En ese momento sólo estaba trabajada una pequeña parte del sitio, que por supuesto, incluía el edificio de las pinturas.

Cada sitio arqueológico tiene su ambiente, su vibración, su "alma", que cada persona percibe de una manera distinta; a pesar de su belleza, a Bonampak lo percibí como un sitio que "zumbaba" fuerte; no me acogía.

Por la tarde, al regresar al campamento, le pregunté a Maricruz dónde podíamos acomodarnos y me dijo que era preferible que todos durmiésemos en el cuarto de atrás.

—¿Y este cuarto? —le pregunté, y a la par que ella abría la puerta, dijo que era su habitación, pero que no la usaba porque tenía goteras. Noté que el cuarto para estar en desuso tenía una apariencia "revuelta" que no podría precisar, como si hubiese pasado un

remolino por allí. Extraño que siendo la única mujer y no estando en época de lluvias durmiera con todos, pero no le di importancia.

Me pareció que dos personas más, en el de por sí pequeño cuarto trasero, implicaría incomodarlos, preferí guindar mi hamaca con mosquitero en el pasillito frente al cuarto de las goteras: Hilda hizo lo mismo y quedaron nuestras hamacas en fila. A la mía le colgué una coronita de ajos que había comprado en el mercado de San Cristóbal ¿Por qué?, no lo sé.

Después de cenar y conversar nos pusimos a jugar cartas para pasar el rato, al tiempo que Eduardo nos platicaba varias anécdotas, entre ellas cuando había pisado sin querer a una nauyaca[72], mientras estaba haciendo un levantamiento y la víctima del pisotón lo correteó un buen trecho, afortunadamente sin darle alcance. A partir de entonces, tengo muy presente que las nauyacas o cuatro narices persiguen, tradición oral que procuro transmitir.

En fin, en esas estábamos cuando Maricruz me pidió que cerrara con pestillo la puerta de entrada que quedaba a mis espaldas, lo cual hice. Seguimos jugando y de repente, Scriiichhh… se abre la puerta… Qué raro, no hay viento…

De reojo alcancé a ver la expresión de Maricruz, con los ojos muy abiertos. Supuse que no había trancado bien la puerta —aunque estaba segura de haberlo hecho—, así que extrañada, me levanté y volví a cerrar.

Volví a la mesa, donde seguía el juego de cartas y la plática; Eduardo estaba sentado a mi lado y frente a nosotros Maricruz e Ignacio; Justino había ido a la cocina. Unos minutos más tarde se oyó ¡TRAAASSS!, un fuerte ruido como metálico y tintineante que me pareció como si una gran caja de clavos hubiese caído al suelo, justo entre Eduardo y yo… Simultáneamente miramos al suelo, pero ¡no había nada! —¿Qué fue eso? —pregunté sin recibir respuesta, pero esta vez las miradas entre Maricruz y Eduardo fueron elocuentes…

Sentí escalofríos.

Llegó la hora de irse a dormir, al día siguiente esperaba una jornada de trabajo arduo como todos los días. Maricruz volvió a insistir en que fuésemos a dormir al otro cuarto, amablemente declinamos, aunque en el fondo ya no estaba tan segura. Finalmente, Hilda y yo nos acostamos en nuestras hamacas en el pasillo, un tanto cuanto intranquilas y sin poder dormir. Pasó como media hora y de repente Hilda saltó de su hamaca y dijo:

—¡Yo me voy al otro cuarto! —y por supuesto que no dudé en hacer lo mismo. En un segundo quitamos las hamacas, aunque nos sentimos apenadas porque ahora tocaba despertar a los compañeros para que nos ayudaran a colgar las hamacas en esa suerte de trama y urdimbre en la que estaban organizados. Cuando llegamos, rápidamente nos ayudaron y sólo oí la voz de Maricruz que desde su hamaca decía:

—Te lo dije Chapisita… —Finalmente conciliamos el sueño, la noche transcurrió tranquila y nos sentimos seguras dentro de esa telaraña de hamacas.

A la mañana siguiente Maricruz me contó que, en efecto, ella dormía en el cuarto de las “goteras”, que no tenía goteras, pero no descansaba bien, soñaba mucho y a veces con pesadillas. Llegó una noche, cuando ya dormida, sintió que alrededor de su catre corrían varias personas y que le soplaban en la cara, pero ella no podía abrir los ojos.

—¡Lalooo! Laaalooo! —alcanzó a gritarle a Eduardo, quien luego le contó que desde afuera se escuchaba el murmullo de varias personas hablando y pisadas al interior del cuarto y que le costó trabajo abrir la puerta.

A lo impalpable, podríamos agregar que Bonampak tiene un historial de infortunios y desventuras tangibles que otros narrarán.

Afortunadamente al día siguiente salimos para Yaxchilán, donde una selva armoniosa de entorno acogedor nos recibió.

Acerca de la autora. María José Con Uribe es una arqueóloga mexicana, con maestría en Ciencias Antropológicas por la Escuela Nacional de Antropología e Historia y la UNAM. Ha realizado diversos proyectos de salvamento arqueológico en Chiapas, Tabasco, Quintana Roo y Guanajuato. Fue titular del entonces Departamento de Salvamento Arqueológico y actualmente es investigadora del Centro INAH Quintana Roo, donde en los últimos años los ha dedicado principalmente a proyectos en las zonas arqueológicas de Xcaret y Cobá, en Quintana Roo.

Una visita nocturna

Luis Alberto Martos López[73]

Era el verano de 2011 y yo estaba a media temporada de trabajo de campo en el sitio arqueológico de Plan de Ayutla, en la región del alto Usumacinta, en lo que alguna vez fue la selva y hoy más parece la Pampa Lacandona de Chiapas. ¡Tanta ha sido la tala!

Esa tarde, después de la larga jornada, hacíamos sobremesa en casa de don Pablo y doña Florinda, familia del pequeño poblado tzeltal en el que estábamos albergados y que gentilmente nos brindaban el servicio de comedor. Charlando acerca de su visita a Palenque, Gilberto Marín (Gil), conductor de nuestro vehículo y valioso colaborador del proyecto, comentó que, al pasar esa mañana por las oficinas del sitio arqueológico, se había enterado de que una restauradora amiga mía había entrado días atrás a Bonampak para realizar algunos trabajos. Nos habíamos conocido años atrás, en el Proyecto CALICA, que desarrollamos en la costa de Quintana Roo, muy cerca de Playa del Carmen, pero hacía mucho tiempo que no nos veíamos, así que me pareció agradable la idea de ir a verla y de invitarla para que a su vez visitara el sitio en el que estábamos trabajando.

Entre la urgente ducha después de la comida, la organización de materiales, preparación de herramientas y equipos para el día siguiente, la negociación con algunas autoridades de la comunidad y otros menesteres, cayó la noche, así que ya tarde salimos rumbo a Bonampak, distante del pueblo unos 45 kilómetros. Eran casi las diez de la noche cuando entramos a la brecha que conduce al célebre sitio

de los espléndidos murales; era una noche muy oscura, nublada, sin estrellas, ni luna, y salvo la terracería, que se iluminaba por las luces de la camioneta a nuestro paso, todo se encontraba bajo una densa negrura; incluso la barrera de selva que flanqueaba el camino lucía como una ciclópea y misteriosa muralla de sombras.

Finalmente llegamos al sitio, y estacionamos el vehículo junto al campamento de restauración, que se levanta justo en frente del de los arqueólogos. No sabíamos si a esas horas aún estaban despiertos. Sí, sabíamos que era una impertinencia ir tan tarde, pero temía que mi amiga se fuese pronto y ya no tuviera la oportunidad de verla y conversar con ella, por eso me alegré cuando vimos la ventana de la cocina encendida y allí, sentados a la mesa, bebiendo café, estaba ella con su equipo de trabajo, integrado por otra restauradora y un restaurador.

Por supuesto que se sorprendieron de vernos allí y más por las altas horas, pero también ella se alegró; la noche era fresca, así que nos invitaron café y al poco tiempo ya estábamos todos sentados a la mesa, taza en mano, inmersos en una grata charla. Cabe aquí mencionar que la mesa se encontraba a no más de dos metros del lavadero con la atarjea y la llave del agua.

Mi amiga nos confirmó que sólo habían entrado al sitio por unos días, para realizar algunos trabajos menores y para hacer algunos registros y levantamientos y, de hecho, estaban próximos a regresar a la Ciudad de México. Yo platiqué de los pormenores del trabajo y del formidable sitio en el que estábamos y así se acordó una visita para el día siguiente.

Ya en confianza y entre bromas, se me ocurrió preguntarles si no los habían espantado en el campamento.

—¿Cómo? —preguntó el restaurador con un dejo de preocupación — ¿aquí espantan?

—Bueno, —respondí yo—, en este campamento precisamente no lo sé, pero en la casa de enfrente sí que han sucedido cosas. Y lo dije con la certeza de quien ha escuchado ciertas historias que han ocurrido en voz de sus protagonistas. Y entonces, ya francamente interesado, me pidió que les narrara algo. Yo me negué.

—No quiero sugestionarlos, —dije—, y mucho menos siendo ya tan tarde; mejor mañana, después de la visita a Plan de Ayutla, podemos dejar las anécdotas para la sobremesa.

No había terminado yo de decir la frase, cuando se escuchó un fuerte rechinido que a todos nos hizo mirar hacia la atarjea de donde procedía. ¡Fue impresionante! La llave del agua giró, se detuvo, giró, se detuvo, volvió a girar, siempre rechinando y por último se detuvo, para dejar correr el chorro de agua en todo su caudal. El movimiento había sido tan claro como preciso: ¡había sido como el propio movimiento de una mano cuando abre una llave de agua en tres tiempos!

Gil levantó la cabeza y abrió enormes ojos a la par que se ponía pálido, los demás pusieron una expresión de entre sorpresa e incredulidad, la misma que he de haber tenido yo con seguridad.

Entonces el restaurador, aún con la taza de café en la mano, sin proferir palabra alguna, pero con una expresión que denotaba temor, se levantó, dio dos pausados pasos, como en cámara lenta, se paró frente a la atarjea y cerró la llave, para luego volver a sentarse en su lugar.

—¿Ya ves?, —le dije nervioso—,¡Lo que sucede por andar uno invocando lo que no se debe!

Acerca del autor. Luis Alberto Martos López nació en la ciudad de México. Es arqueólogo y doctor en Antropología por la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH-México), además de

licenciado en Lengua y Literaturas Hispánicas por la Universidad Nacional Autónoma de México. Es investigador de tiempo completo en la Dirección de Estudios Arqueológicos del Instituto Nacional de Antropología (INAH-México). Ha sido subdirector de investigación del Museo Nacional de Antropología y Director de Estudios Arqueológicos, además de dirigir y participar en numerosos proyectos en Baja California, el centro de México, Yucatán, Campeche, Quintana Roo, Tabasco y Chiapas, y en países como El Salvador, Belice y Argentina.

No estamos solos

Mariano Cornejo[74]
A Christian Vitry

Fue el 10 de julio de 2016. El arqueólogo Christian Vitry, su familia y yo, pasábamos unos días en mi finca de Tiupampa, cerca de Molinos, en pleno Valle Calchaquí, en Salta, al norte de Argentina. Por entonces, largas charlas nos demoraban en las llamadas "estructuras ortogonales" incas[75], esos enormes corralones de muros bajos de piedra, largos y angostos, compartimentados por dentro, que jalonan la expansión Inca y de los que se sabe poco.

Hay por esos valles un rincón bastante aislado, Amblayo, donde increíblemente, abundan y decidimos entonces ir a echarles un vistazo. Partimos en su camioneta y a menos de dos horas de camino, bajábamos por la Cuesta Blanca o de la Ercilia, hacia la finca Urbina y al paraje Isonza, un caserío con capilla y escuela anexos al casco de la vieja finca de don Benito Tolaba.

A un kilómetro al sur, además de otras construcciones ruinosas, corrales y recintos, se distinguen, monumentales, cuatro de estas estructuras a las que llamamos el "núcleo principal" y es que, de hecho, su curiosa disposición en la llanura inclinada las hace parecer como apuntando al centro de un área —unas 20 hectáreas— como si fueran éstas parte de las diagonales de un enorme rectángulo virtual. Luego, siguen hacia el sur otras cinco más, aunque más pequeñas que, sumadas a otras dos al norte del núcleo, dan la cifra de once de estas monumentales construcciones; con el detalle que, en el núcleo principal, a la mayor estructura se le adosan pareadas y colindantes

otras cinco más.

Ese despliegue, desde ese centro y por unos treinta kilómetros hacia sur, habla de la importancia que en otros tiempos debió de tener ese largo y angosto valle encajonado de norte a sur, entre filos montañosos que rozan los 3500 msnm. Hay que irse unos setenta kilómetros hacia el norte para encontrar el otro enclave Inca, Potrero de Payogasta que, como dicen los especialistas, fue el centro administrativo de toda la zona. Pero el tardío Inca en su momento se sumaría con estas estructuras ortogonales a un anterior despliegue vital del Valle de Amblayo en donde todavía se ven hectáreas de corrales alveolares que hablan del movimiento de ganados y de gentes evidenciando una pasada abundancia de pastos y riachos con agua a los que hoy reemplazan el viento y la arena gris.

Algo me une a ese valle. Será que años antes lo recorría con amigos y a caballo y que esas soledades me dictaron un libro de poemas -Nocturnos de Amblayo- donde anoté estos versos:

"…y cruzaremos Campo de Amblayo

con aire de ejércitos en los caballos y la respiración

cada vez más alta.

Y entre cuarzo, sal y las camisas abiertas

seremos el blanco perfecto de la Luna.

Siempre llegamos a esa puerta oscura

con todos los fantasmas sueltos."

Y también, en otra parte escribí:

"…La soledad hace la acústica perfecta.

Para entender hay que hacerse el oído a la rotura acumulada."

Esa tarde hacía frío y al entrar al área por un camino pircado a los

costados y como para no perturbar el sosiego de la gente acostumbrada al silencio y a sus cabras, dejamos la camioneta a unos cien metros de una casa metida en pleno sitio arqueológico, que se veía habitada. Pero inútil el recaudo, en un momento ya nos presentábamos a doña Paula que, cruzando con su rebaño, nos salió al encuentro curiosa y atenta. Le dijimos que sólo andábamos de paseo para hacer unas fotos. Tal vez que en nuestro grupo hubiera una mujer y un niño allanara el diálogo; y también que le comentara y como para entrar en confianza, que muchas veces había andado por ahí a caballo, con amigos y que conocía bien a don Tolaba el dueño de todos esos campos. Frases como: "sí, ya está haciendo frío y este viento…"; o "pena este año que haya llovido tan poco"; y también: "aquí andamos nomás, cuidando los animalitos", son retazos que quedan de ese encuentro puntual en el que kilómetros alrededor de tarde silenciosa hacían centro.

Sabíamos que no teníamos mucho tiempo y pronto nos perdimos entre los muros de piedra, con la sensación de que los ojos negros y vivísimos de la pastora, con su pelo recogido en un pañuelo blanco y abrigada en un polar del azul más chillón que hayamos visto, nos seguían desde lejos.

Esas horas recorriendo las ruinas nos bastó para comprobar que en algunos muros internos de las estructuras había hornacinas y también, troneras a ras de suelo, lo que explicaba algo de lo que nos había dicho doña Paula acerca de que a esos enormes corrales no sólo los usaban para guarecer a los rebaños, sino también para cultivos, haciendo entrar el agua por esos huecos en las raras ocasiones en que había suficiente lluvia bajando por la pendiente. Hay una frase de doña Paula que recuerdo: "¡Ah!, esas pircas[76] sí,… sí que son viejas… siempre han estado ahicito nomás".

Esa tarde nos volvimos a Molinos sintiendo que entendíamos un poco más las diversas funciones posibles de estas estructuras

ortogonales y el entusiasmo hizo que diez días después regresara a Isonza, esta vez en mi camioneta, solo, para seguir recorriendo el sitio.

Me alojé en casa de don Benito. El caserón solitario y venido a menos me recordó otros tiempos de caballos, amigos, asados y guitarreadas. Llegué a la tarde y planeé salir muy temprano para aprovechar el día. Esa mañana recorrí el camino hasta el sitio y dejé la camioneta donde la otra vez. No vi a nadie entonces y decidí empezar la jornada subiendo hasta un filo alto hacia el oeste, en el que se recortaban contra el cielo unas cuatro o cinco rocas espaciadas quizás, demasiado regularmente. Pero llegado a mitad de camino por la ladera, el cerro se distiende en una explanada y allí me demoré en recorrer un recinto perimetrado de unos treinta metros por lado de rectos ángulos conformando unas cuatro habitaciones cuyos accesos se salvaban con largos peldaños de roca canteada.

Sobre un risco, había el derrumbe de una esquina y noté fragmentos de fina cerámica rojiza e incluso huesos. Desde esa altura ya se veía con claridad todo el predio; miré hacia arriba y la proximidad engañosa de las cuatro rocas sobresalientes me alentaba a seguir subiendo. Con el esfuerzo de una media hora más, llegué por fin, hasta el filo. Allí, se abría una meseta alargada recorrida de punta a punta por un sendero y caminándolo despacio, me fui aproximando a las peñas que se veían desde abajo.

Todo lo que sentí en ese lugar no tendría sentido si no fuera por lo que sucedió más tarde; es decir, se reduciría creo, a ese raro placer de llegar a un lugar, no sólo bello si no, también al que tal vez nadie pisaba desde hacía siglos. Tres de las rocas evidentemente dispuestas exprofeso, estaban calzadas por debajo por otras menores; no tenían grabados, pero sí hacían del lugar un mirador perfecto y algo de ritual emanaba del semicírculo. A unos cincuenta o más, metros de altura desde el llano, en su borde sobre el precipicio, ponen al visitante como ante un parapeto frente a la nada. O mejor, ante todo, porque todo lo

que se abre hacia el este y hacia el sur es el Valle de Amblayo; o lo que éste deja que se vea, con esa luz de mediodía velado por nubes de frío en que el desierto por la propia luz se devora a sí mismo.

Observé la perfecta regularidad del predio. Las estructuras ortogonales con su centenar de metros de largo parecían sobre el fondo gris, enormes trasatlánticos encallados en una geometría inalcanzable. Nada se movía; apenas el cambio de los colores y la sombra de las nubes. Sí recuerdo ver pasar como manchitas blancas el rebaño de cabras, oír lejanos ladridos de perros y atrás, claramente la figura de doña Paula con el azul brillante de su abrigo. Traté de revivir, imaginando, el trajín fértil de ese valle del que el inmóvil paso del rebaño era un recuerdo. Respiraba profundo, no dormí; me quedé allí supongo, unas dos horas. En absoluta calma, sentía esa forma de la soledad que es también cobijo, como cuando un amigo al lado se abriga del mismo silencio y no es necesario decirse nada.

Si no fuera por lo que supe después, diría ahora que me quedé allí no solo porque seguir subiendo hasta la cumbre del cerro excedía mis fuerzas, si no por sentirme inmensamente bien; y ese bienestar entre descanso, contemplación y aire, me retenía allí; como si, compartido ese espacio inmenso del alma que es la soledad, en vez de oprimirme, me ensanchara.

Bajé luego, y ya en el llano me metí otra vez entre las largas pircas de las estructuras ortogonales; hacía fotos, anotaba algunas cosas y lo extrañaba a Christian, con quien hacía pocos días habíamos caminando por el lugar y del que, siendo él el arqueólogo, aprendo todo.

Pero se hacía tarde. Volví a la camioneta y recordé que la esposa de don Benito me había pedido como favor, que fuera hasta el pueblo de Amblayo y le consiguiera bollos, y eso hice. En el almacén de Correa compré unos dos kilos de ese pan que traje metidos en una bolsa de plástico. Empezaba a atardecer y desandaba los pocos

kilómetros por el sinuoso camino hacia Isonza, pero antes de llegar me cruzaba el camino un rebaño de cabras y algunas ovejas. Aminoré la marcha y me detuve. Pronto vi que se acercaba doña Paula, curiosa y reconociéndome.

—Ah, ¿cómo anda usted?… ¿otra vez por aquí de nuevo?… ¿es el que ha venido el otro día con su amigo, la señora y el nenito no? —Y prosiguió— ¡Claro, esta era la camioneta que vi esta mañana!

—“Si”, —le dije, después de saludarla— esta es la mía; la del otro día era la de mi amigo. Le decía esto y doña Paula ya se había apoyado contra el borde de la ventanilla y escudriñaba hacia adentro.

—¿Y ahorita, de dónde viene?… de Amblayo? —Me dijo entendiendo que yo venía por el camino desde el sur.

—Sí, de ahí vengo. Es que don Tolaba me encargó que le compre pan —le dije, y volvió a mirar intrigada adentro de la camioneta. Hizo un silencio e inquirió:

—¿Y su amigo, se ha quedado en Amblayo?

—No, esta vuelta vine sólo nomás —le dije, notando que se concentraba la mirada de doña Paula. Entonces hizo un silencio y tal vez con alguna sorna me dijo:

—¡No!… ¡qué va andar sólo, si yo esta mañana los hi visto allá arriba, en el filo ese, ande están las peñas paradas! Insistió.

—No doña Paula… si he subido sólo nomás —le dije, pero ella cambiando el tono de la voz defendió su postura y me volvió a decir:

—¡Si clarito los hi visto! ¡Eran dos…! Rato largo ha estado su amigo al lado suyo, cerquita nomás… más altito que usted y tenía como poncho… se ve que por el frío. Clarito los veía —protestó. Entonces giró un poco y estirando el brazo, me señaló con precisión el filo de donde sobresalían las rocas.

—¡Ahí estaban… usté de este lado y ahicito nomás estaba su

amigo; eran dos! Volvió a mirar a la camioneta y dijo seria:

—¿Dónde está su amigo…? ¿Qué, no ha bajao? Empecé a sentir una inquietud extraña y la imposibilidad de seguirle la conversación me hizo apurar la charla. Alegué que se me hacía tarde y que tenía que llegar a Isonza. Entonces saqué dos bollos de la bolsa y le dije que se los quedara. No aceptó y me dijo:

—¡No, esos son de don Tolaba, gracias doncito!

Ya habían terminado de pasar las cabras, me despedí de doña Paula como pude y seguí mi camino. Por el retrovisor la vi entre la polvareda de los animales perdiéndose entre las pircas y llegué a Isonza confundido. Estaba claro que yo no la había convencido; ella había visto dos figuras y no una sola, allí donde me quedé largo rato sintiéndome extrañamente acogido por el lugar.

De su mirada recuerdo una chispa de severidad luego de señalarme las rocas del filo alto y al volverlas a ver, comprobaba con qué nitidez se vería cualquier silueta humana de pie en ese filo; las rocas sobresalientes se recortaban oscuras contra la claridad del cielo y me imaginé a mí mismo parado allí; pero cuando imaginé la otra figura sentí un escalofrío.

No tengo por qué no creerle. Ella no podía deducir por la camioneta que fuéramos nosotros los que, volviendo al lugar, anduviéramos por el cerro, porque la otra vez el vehículo había sido otro, el de Christian, muy diferente al mío; y ese día recién por la tarde supo que yo había vuelto por Isonza y es entonces cuando al reconocerme aludió a la camioneta y preguntó por mi amigo.

Su pregunta era lógica no sólo porque me asociara con él, sino por lo que ella había visto: dos figuras en vez de una. Por otra parte, ni en el primer encuentro, ni en el segundo había salido el tema de algún tipo de presencias extrañas. También descarto una broma. El encuentro en el camino, al cruzarse el rebaño fue breve; sus preguntas

fueron sinceras, directas y tiene lógica que mirara al interior de la camioneta, por otra parte, de una sola cabina, buscando a la otra persona; la caja, atrás, iba vacía.

Donde todo es igual cada día, un mínimo cambio cuenta; y seguramente el ver un vehículo desconocido alertara a doña Paula, la que, por eso, tal vez, revisara con la vista los cerros hasta darse con algo inusual en el filo de las rocas sobresalientes. Ese es el paisaje de todos sus días y la gente de los cerros ve respirar una liebre a distancia. Deduzco que ella debió ver ese filo de rocas desde el senderito de su pastoreo, con la misma nitidez con que yo la vi a ella; y si yo vi su silueta claramente, la reconocí por ese abrigo de color azul intenso y porque no hay otra pastora en el lugar. El día invernal no había presentado la batalla habitual de las luces y las sombras; la nitidez se mantuvo sin contrastes. Tampoco supo ella de ese estado de ánimo particular que sentí junto a las rocas; y ahora termino por convencerme que tenía mucho de compañía o de acogimiento.

De su descripción, me vuelve la claridad con que especificara la ubicación de las figuras respecto de las peñas: en ese espacio de tres o cuatro metros, la otra figura estaría a mi izquierda y al alcance de un brazo. Inquieta la proximidad; y más aún si conjeturo que los ánimos hubieran sido hostiles en vez de benéficos. Recuerdo que esa noche en la habitación helada de la casa de Isonza apenas pude dormir; cerraba los ojos y veía las dos siluetas como si lo contado por doña Paula fuera mío y estuviera ahí, mucho más cerca.

¿Quién era? Nunca lo sabré, pero sí sé que no estuve sólo en ese mirador alto del filo de Isonza. No he vuelto; si lo hiciera, subiría de nuevo hasta las peñas y ofrendaría en silencio, sin tiempo, a ese amigo, sin tiempo.

Maschwitz, mayo de 2021

Acerca del autor. Mariano Cornejo es egresado de la Escuela Nacional de Bellas Artes P. Pueyrredón, Argentina. Licenciado en Artes Plásticas por la Universidad Complutense de Madrid. Estudió un doctorado en Arte con especialidad en Simbología de la forma y morfología del espacio en la Universidad Central de Barcelona. Ha realizado más de 200 exposiciones individuales y colectivas. Es escritor y poeta. En los últimos años ha sido colaborador en proyectos de arqueología como son el del estudio de la Gráfica Rupestre del Sistema Huaca Yaku, y más recientemente en el Proyecto Arqueológico Tastil.

El Olvidado

Rosalba Nieto Calleja[77]

Aún me cuesta trabajo escribir esto. Será quizás porque todavía los eventos que narraré aparecen dando vueltas en mi mente, y de pronto me vienen imágenes a la cabeza y todavía me provoca escalofríos...

Hace ya muchos años atrás, para ser precisos en junio de 1987, "encontramos" el llamado *Templo Olvidado*, que se ubica al poniente de la antigua ciudad de Palenque. Y digo encontramos no porque lo hubiésemos descubierto nosotros -pues ya aparecía en el plano de Antonio Bernasconi en el siglo XVIII-, sino porque en nuestras frecuentes caminatas vespertinas, realizadas por Humberto Schiavon y yo con la intención de conocer el sitio por completo, una tarde nos topamos con esta singular construcción que se localiza a un kilómetro y medio del Palacio, de acuerdo con las observaciones de Heinrich Berlin.

En las lecturas que previamente habíamos realizado, tanto de los trabajos de Berlin de 1942, como de Peter Mathews y Merle Greene Robertson de 1983, nos llamó la atención, el que en sus relatos y descripciones mencionaban a un edificio diferente a todos los demás de Palenque y cuando lo vimos por primera vez, lo confirmamos. Nos impresionó su peculiar techumbre y su masiva crestería de patinados bloques monolíticos, que destacaban de entre la densa selva que los envolvía, entre grandes y altos árboles, siempre verdes y frondosos, en un paraje muy especial.

Guardé en mi memoria estas imágenes y, ya de regreso en la

Ciudad de México, presenté los pormenores de la temporada de campo al Ingeniero Joaquín García-Bárcena, mi aval de Proyecto. Entre otros temas, le mencioné que la cresterı́a tenía bloques monolíticos muy pesados y que lucían poco estables debido a la caída de un árbol que creció sobre la techumbre del templo; de hecho, uno de los bloques se encontraba al pie del basamento del mismo.

Esa plática motivó el desarrollo de dos temporadas de campo en julio de 1987 y en octubre y parte de noviembre de 1988. Durante la primera nos centramos en trabajos de restauración y logramos estabilizar el Templo, mientras que en la segunda hicimos exploraciones y recuperamos los enterramientos que se encontraban bajo el piso del mismo.

De esta segunda sobresale que con gran inquietud excavamos los tres entierros ahí localizados, y aunque las osamentas habían casi desaparecido por completo, pues estaban en muy malas condiciones, sí se conservaron sus ofrendas. De acuerdo con la lectura de las pilas o pilastras A y D del mismo Templo Olvidado, aparece la fecha 9.10.14.5.10, 3 Ok, 3 Pop, que corresponde a nuestro 28 de febrero de 647 d.C. El evento registrado en esta pila hace referencia a un hijo de Kan Bahlam Mo´ y Lady Zac-Kuk.

Cabe mencionar que el tercero de los entierros, que localizamos bajo el piso de la crujía oriental del templo, era diferente a los otros dos, pues estaba en una tumba conformada por un cajón hecho con cuatro paredes de piedras monolíticas, una gran losa como soporte o base, y otra a manera de tapa. Al remover esta última, vimos con gran asombro que la osamenta del personaje, al igual que en los otros casos, casi se había desintegrado, pero en él quedaban sólo algunas pequeñas evidencias de la ofrenda, que consistían en algunas cuentas y una máscara de jade.

La lectura que había hecho de las inscripciones en el edificio, con base en las de Greene y Mathews, posibilitaba identificar al personaje

de esta tumba con Kan Bahlam Mo (jaguar guacamaya amarillo). Es decir, se planteaba que en este edificio podía estar enterrado uno de los hijos del gran Pakal[78].

Durante la jornada avanzamos en la excavación, y casi era de noche cuando terminamos de explorarlo, pero aún tenía que embalar perfectamente los objetos de la ofrenda del personaje para llevarlas a guardar al campamento que se encuentra en el extremo nororiental del sitio. Levanté con gran cuidado las teselas[79] de jade y regresé al campamento, llevando el paquete de la ofrenda en la mano, dando grandes zancadas para cruzar entre los enormes árboles y sortear los arroyos pero, a diferencia de otras ocasiones, esta vez me invadió una sensación creciente de pesadez.

Tanto en el trayecto de la mañana como al regreso por las tardes, siempre pasábamos junto a varios árboles en los que solían estar grandes grupos de monos, los que ni se inmutaban o preocupaban por nuestro andar. Sin embargo, esa tarde, en cuanto llegué al primer árbol me di cuenta de que algo había cambiado, pues esta vez los simios adoptaron una actitud muy diferente; se agitaron mucho, comenzaron a saltar violentamente de rama en rama, aullaban y gruñían con gran escándalo y cuando pasamos debajo de ellos nos aventaron palos, ramas, frutas y hasta piedras. Fue realmente una experiencia rara y desagradable, pues sentimos la agresividad y el temor de los simios.

La noche caía y empezó a oscurecer, y además de la gritería de los monos, se escuchaba el fuerte sonido del viento que agitaba las ramas de los árboles. Me apresuré procurando no caerme, pues para esos momentos, el recorrido ya se me hacía inmensamente largo. Sin embargo y, ante mi sorpresa, al pasar por el siguiente árbol con un grupo de monos otra vez ocurrió lo mismo: aullaban, rugían, se agitaban violentos y nos arrojaban diversos objetos.

Quizá por la penumbra que ya nos envolvía me dio miedo, y la

hostilidad de los animales era algo realmente escalofriante. Y de allí para adelante, lo mismo: cada cruce de arroyos, cada árbol con familias de changos se repitió la historia: era recibida con hostilidad y enorme alboroto por un montón de simios que me gruñían, brincaban y arrojaban fruta, ramas, palos… y algo menos sólido que mejor no quise saber lo que era.

Lo mismo ocurrió al atravesar los arroyos “Piedras Bolas” y “Motiepa”, de tal modo que la gritería y el alboroto realmente empezó a provocarme mucho miedo, el que se incrementó más adelante, cuando algunos monos empezaron incluso a bajar de los árboles acercándose amenazantes hacia mí, se erguían, gruñían y trataban de alcanzarme.

Ya verdaderamente aterrada, sudando frío, con el corazón acelerado, apresuré el paso, crucé rápidamente y sin contratiempo los arroyos que me faltaban y no me detuve hasta llegar al campamento en donde, una vez que guardé la ofrenda de Kan Balam Mo´, se acabó la gritería y pude por fin relajarme. Ese me pareció el recorrido más largo que hice al Templo Olvidado en toda mi estadía en Palenque. Aún hoy recuerdo la espantosa sensación de angustia y terror, así como ese sentimiento de persecución, como si algo que no veía viniese detrás de mí.

Lo cierto es que, a partir de esa tarde, comenzaron a pasar algunas cosas extrañas en el campamento: los integrantes del proyecto empezamos a escuchar sonidos de pasos; de pronto las puertas se abrían o cerraban solas, los objetos cambiaban de lugar y otros sucesos extraños. De pronto nos encontramos sumidos y asumidos en esa cotidianeidad, hasta que las cocineras hablaron conmigo y me dijeron que no sabían lo que habíamos abierto, o qué cosa andábamos haciendo en las ruinas, pero que con ello habíamos traído al campamento cosas “muy pesadas” y que ellas tenían miedo, así que o hacíamos algo o se marchaban.

Cuando tienes una tropa de trabajadores choles y yucatecos que alimentar, ni te la piensas, así que les dije que hicieran lo que creyeran conveniente. Y así, mientras nosotros cerrábamos la excavación, ellas llevaron cirios y agua bendita, rezaron, y no sé qué más hicieron...

Por fortuna, después del cierre de la excavación y del ritual que ellas hicieron, las cosas se calmaron y la vida en el campamento volvió a la normalidad. Tampoco los monos volvieron a agitarse o a tomar esa actitud tan agresiva y hostil cada vez que pasábamos cerca de ellos, sin importar la hora a la que lo hiciéramos.

Este evento de los simios fue realmente inusual, pues como mencioné, en otras ocasiones había realizado el mismo recorrido, como lo seguí haciendo después y nunca se produjo tal alboroto. La sensación de sentirme perseguida y amenazada de esa manera, como aquella noche, es algo que hasta ahora y por fortuna no se ha vuelto a repetir, y en cuanto a una posible explicación, me causa gran temor tan sólo imaginarla.

Acerca de la autora. Rosalba Nieto Calleja es arqueóloga investigadora del Instituto Nacional de Antropología e Historia de México, adscrita a la Dirección de Estudios Arqueológicos. Ha trabajado en Proyectos Arqueológicos del Centro de México como fueron el Proyecto Tepeapulco, Proyecto Tula y Recorrido de Superficie en el Sur de la Cuenca de México. Fue directora del Proyecto Palenque en Chiapas, es Coordinadora de las Jornadas de Arqueología de la DEA y codirectora del Proyecto Arqueológico Tizacalco en Milpa Alta, México.

Las cruces empolvadas. A manera de corrido

Luis Alberto López Wario[80]

San Cristóbal, es el año 81,
muy presente tengo yo.
Vengo a contarles la historia,
que a varios aconteció.

Los héroes del corrido (que ahí corrieron).
Don Joaquín, mi profesor,
toda una institución,
fue un gran investigador,
y es quien daba la instrucción.

Cuatro los guías y maestros,
con su docena de alumnos,
un señor muy silencioso,
y unos espantos nocturnos.

El extrañado ingeniero Joaquín García Bárcena era el profesor titular para uno de los cursos de excavación en la especialidad de arqueología de la Escuela Nacional de Antropología e Historia. Para esa materia se establecía que para obtener los créditos escolares que permitían el reconocimiento oficial del curso, al final de la sección teórica se tenía como actividad obligatoria la participación en una práctica de campo. Por ello el gran profesor e ingeniero nos invitó a participar en su investigación, la que desarrollaba de unos años atrás en un contexto de terrazas aluviales prehistóricas, en las márgenes del río Fogótico, inmediaciones de San Cristóbal las Casas, Chiapas.

Para tales actividades, entre las múltiples que realizaba de manera simultánea a la vez que ser profesor (entre otras, era nada más ni menos que presidente del Consejo de Arqueología del INAH), el ingeniero estaba apoyado en el proyecto y la práctica por la maestra asistente Diana Santamaría y los ayudantes de campo arqueólogos Pedro Gussi y María del Rayo Mena Gutiérrez, ambos queridos compañeros, quienes lamentablemente ya fallecieron en etapas tempranas de su vida. Por su parte, los veinteañeros alumnos lo conformábamos una docena de estudiantes, entre ellos Jorge Alberto Quiroz, Araceli Peralta Flores, Patricia Sainz Hernández, Román Chávez Torres, Fernando Miranda Flores, Anne Perruchot, María Flores Hernández, Esther Guzmán Abrego, algunos más y entre ellos el advenedizo de mí, quien, a decir de algunos miembros del grupo, había sido votado favorablemente para ser aceptado en el curso. Ah, pues entonces,… gracias.

El lugar de los hechos.
La casa era muy amplia,
y, aunque limpia, estaba vieja,
con gruesas paredes de adobe,
y techo de madera y teja.

Gozábamos de una amplia casa-campamento en la que podíamos desarrollar las labores vespertinas como redactar informes, lavar y ordenar los pequeños materiales líticos obtenidos en cada jornada, organizar la información recuperada, hacer el reporte que al final de la práctica serviría como calificación del curso, leer, jugar, descansar y platicar, preparar comida y consumirla y, llegada la noche, aventurarnos a cruzar esas horas que se volvieron interminables y plenas de sorpresas, por decirlo así.

Tal casa-campamento fue rentada por el ingeniero a un san cristobalense, al que también contrató como ayudante, quien era un silencioso señor al que acompañaban sus hijas para apoyar en las

diversas labores de la excavación, incluso acarreando la tierra extraída de nuestros cuadros de exploración o trayendo en cubetas agua del río para asearnos.

La casa-campamento constaba de un gran patio de tierra y grava, completamente circundado por una alta barda, sin otros objetos en ese páramo. Al patio se accedía por una pesada puerta de lámina, y al fondo se ubicaba la construcción formada por tres espacios: un pequeño cuarto que era nuestra cocina y alacena, la que se convirtió en el espacio preferido de las ratas, así como un cuarto mediano que tenía la función de ser habitación de los maestros y ayudantes avanzados, quienes lo amueblaron con tono minimalista y rústico: cuatro catres, un par de mesas y varias sillas, así como una vieja mecedora.

Ese segundo espacio se comunicaba con el área mayor de la construcción, que era una extensión rectangular en que se acomodaron, bajo el mismo estilo decorativo, una gran mesa de trabajo de madera, varias sillas de tijera y en su perímetro los catres de los alumnos, todo el mobiliario de lona. Esos dos cuartos de descanso se dividían (como en los aviones viejos) por una cortina de tela o sábana que pendía de un alambre sujeto de los extremos del dintel de un vano, pero a diferencia, las puertas exteriores eran de madera de grueso calibre.

Por su parte, las paredes de toda la construcción estaban elaboradas con bloques de adobe recubiertos con una capa de cal y sin pintar, estructura que fue coronada con una techumbre de madera con vigas que formaban un falso cielo raso de tablones, a una altura un poco mayor a los tres metros, y por el exterior, el techo con cubierta de rojas tejas. Al interior, pequeños focos pendían de cables de las alturas, lo que permitía mitigar la oscuridad de las habitaciones, carentes de ventanas.

La crónica de los acontecimientos.

¿Cómo explicar esos hechos?
eso aún nos preguntamos.
La ciencia tiene fronteras,
que a diario modificamos.

Como animales que somos,
volver a sentir instintos,
escuchar sonidos, lamentos,
sentir el miedo profundo,
saber: no somos distintos,
y entender que no son cuentos.

Llegué a San Cristóbal las Casas, Chiapas, en un autobús de la línea ADO, en un viaje interminable y en solitario desde la Ciudad de México. Por ser advenedizo, mis amables compañeros me dejaron el catre más cercano a la puerta de salida, por la que se filtraba el frío nocturno, con constantes ráfagas de viento helado y dada mi creciente miopía que era menguada por los lentes de contacto, desde la primera noche me las tuve que ingeniar para quitarme los lentes, depositarlos en su estuche de plástico con el respectivo líquido ocular desinfectante, levantarme, apagar el interruptor que me quedaba a varios metros de distancia, regresar a mi catre a oscuras y casi invidente, golpearme los tobillos y espinillas, diciendo al principio por lo bajo y ya cansado por lo alto, varias maldiciones que incluso la legión extranjera reconocía, para finalmente abrigarme y tratar de sortear los miedos nocturnos.

Las heladas noches se me hacían eternas tratando de descansar, contra mi costumbre, envuelto en mi bolsa de dormir en el duro catre, escuchando los ruidos nocturnos que soltaban algunos de mis condiscípulos, y a ello se añadió que, desde las primeras noches, empecé a sentir que caían gránulos de gruesa arena sobre mi menguada humanidad, ya fuera con gran tino en la frente, lo único que junto con mi prominente nariz dejaba fuera de la bolsa de dormir o en las orejas protegidas por la delgada tela de mi bolsa; era una

cascada terráquea que mis condiscípulos atribuyeron a las ratas que pululaban en esa vieja casona. No lo puse en duda, pero por las mañanas constataba que las arenas se encontraban sólo en el área de la cabeza de mi catre. Qué roedores tan avispados, díjeme entonces.

Pero más allá de ese constante caer de fragmentos de arena, lo que prevalecía en todos, al menos los alumnos, era esa extraña sensación de zozobra para llegar al campamento y aún peor, al caer la oscuridad en los intentos de alcanzar el descanso.

Esto era así porque a lo largo del mes de práctica no faltaron hechos que generaban reclamos de ¿Quién tomó mi pluma?, ¿dónde está mi libreta de notas?, ¿saben dónde está mi mochila? ¿por qué moviste la engrapadora?, lo que provocaba irritación entre los miembros del grupo. ¿Para qué las bromitas? nos decíamos entre dientes en los primeros días y posteriormente ya en voz abierta.

A eso se agregó que cierta noche, a una hora que aún ignoro, una compañera nos despertó con el grito desgarrador de “Suéltame, suéltame desgraciado”, el que sonaba entre espanto y coraje, alarido que soltó con gran desesperación. Alguien del grupo presuroso y sobresaltado encendió la luz, con la sorpresa que cada maestro y alumno se encontraba acostado en sus respectivos catres.

Pasado el susto la escena se intentó convertir a broma, pues el único que habría tenido la oportunidad para pretender algo con la compañera era yo, por lo que fui señalado grupalmente de un intento de ocaso, acaso, digo, acoso sexual. Ni lo intenté, ni lo hubiera logrado, en primer lugar, dada mi escasa visión nocturna y la dificultad que me implicaba acomodarme para intentar descansar o para realizar esas otras actividades que imaginaron mis colegas, y en segundo por muy valiosas razones que no enlistaré, pero que nacen en el pudor y no en la desmemoria.

La conclusión fue que a la compañera “Se le subió el muerto”, sentenciaron varios entre bromas y miedo. Las noches se volvían cada

vez más largas en ese solsticio chiapaneco.

Días más adelante, un fin de semana en que los maestros y ayudantes avanzados se fueron plácidamente a dormir a un hotel, los alumnos (*estudihambres*) nos quedamos en la casa, y a media noche una compañera se despertó y pudo ver que la mecedora se movía, impulsada por una mujer de vestido largo y blanco, que sentada la miraba fijamente, en una escena que para ella se prolongó por mucho tiempo. Huelga decir que el frío recorrió a todo el grupo. Y ese nuevo hecho tampoco pudo ser explicado por esos proto arqueólogos, formados en las corrientes positivistas e incluso uno que otro seguidor del materialismo histórico, con bases académicas que refieren que todo evento puede ser revelado en sus razones y causas, y en nuestro caso, por supuesto que a partir de las evidencias materiales. Ese fin de semana transcurrió en la búsqueda de las palabras precisas que nos transmitieran ya no las razones sino al menos la anhelada paz de unos a otros. ¿Acaso dormimos? Y para agregarle, éramos un grupo de estudiantes abstemios, cosa digna de subrayar para la querida ENAH.

Más o menos a la mitad de la temporada, y ya avanzada la noche, después de quitarme los lentes, intentaba dormir cuando se escucharon fuertes golpes en la puerta que estaba a menos de un par de metros a mi costado izquierdo. Mis compañeros me pidieron que abriera, lo que no pude lograr, enredado entre mi bolsa de dormir y el escalofrío que recorrió, sin razones lógicas, por todo mi ser. Ante la insistencia en los golpes en la madera, Fernando se levantó, prendió la luz, abrió la puerta y no encontró rastro alguno de ser visible. ¿Quién del grupo había salido y lo dejamos afuera? Pues no; se pasó lista y adentro estábamos los cuatro maestros y todos los alumnos.

Cerró la puerta, apagó la luz, y mientras nos disponíamos (yo con mi taquicardia en su punto máximo) de nuevo a dormir volvieron a tocar la puerta, por lo que me pidieron que dejara de molestar, con palabras más precisas y drásticas que estas. Con voz que intentaba

reflejar mi valentía que ya se había ido, negué estar haciendo tal broma; de pronto, se escucharon en el patio intensas corrientes de aire que al penetrar en nuestra alterada habitación silbaban por las juntas de la madera, además que se oían fuertes relinchos y correr de caballos, por lo que apresurados varios compañeros ya alarmados se asomaron al patio, pero en el momento que abrieron la puerta los sonidos y el viento cesaron. Fue nuestra noche más larga.

Una tarde, ya avanzada la temporada de campo y de regreso de la zona de excavación, viajábamos varios alumnos en la caja de la camioneta, lapso que aprovechamos para comentar, como en otras ocasiones, lo complejo y arduo del trabajo que nos dirigía el ingeniero, pero concluimos que lo más difícil de todo había sido sortear ese miedo que se metía en nuestros cuerpos desde llegar y que se incrementaba al pretender dormir en medio de las constantes situaciones misteriosas e incluso tétricas que habíamos pasado en las tardes y noches en el campamento, que nos provocaban frío y percibir vientos espontáneos, incluso percibir presencias no tangibles ni visibles tras de nosotros.

Esa situación había llevado a que, por lo general, al mediodía, a la hora del descanso, después de comer las viandas que cada quien llevaba, la mayoría durmiera bajo la sombra de algún árbol, buscando reponer una media hora del malogrado descanso nocturno.

En esa tarde de regreso a San Cristóbal no consideramos que el dueño de la casa venía con nosotros, lo que nunca ocurría, pues siempre viajaba aparte, por lo general en la última tanda de viajes. Él nos miró, nos escuchó con atención y no profirió palabra alguna. Nuestra plática prosiguió en el hermoso y tornasolado atardecer chiapaneco, y al llegar al campamento cada quien se apartó para atender sus asuntos, mientras que el señor esperó al ingeniero, a quien abordó de inmediato para hablar con él. Por razones que no recuerdo me quedé por ese lugar, lo que me permitió escuchar el diálogo.

Le preguntó si él había vivido algo de "eso" que sus alumnos, los muchachos, platicábamos. El ingeniero con su característica sonrisa y algunas parcas palabras minimizó la situación, pero el señor insistió, por lo que pidió permiso para entrar a la casa, y al revisarla le interrogó si había limpiado la casa, a lo que nuestro profesor respondió que sí, lo que ocurrió antes que llegaran los alumnos, por lo que el señor le insistió: "¿Retiró las cruces que estaban en las esquinas en lo alto de los cuartos?", a lo que el ingeniero contestó de nuevo que sí, pero que las tenía guardadas. El dueño le pidió enfáticamente y sin mayor explicación a su patrón que las colocara de nuevo en su sitio. Sin preguntar más, ese fin de semana el ingeniero las volvió a instalar. Eran unas pequeñas cruces benditas de palma y un moño rojo que unía los travesaños con, si no recuerdo mal, alguna pequeña imagen religiosa en el centro.

Despedida.

A partir de esa tarde noche no hubo más sobresaltos, y pudimos por fin descansar a pierna suelta. Como le dije a un amigo al que le conté esta historia: me arrepiento de no haber preguntado sobre las cruces, los antecedentes del caso, de la casa; no lo hice y es de pena, y espero que algún día le encontraré, encontraremos explicaciones, creo, quiero, espero, digo, capaz que se logra desde la perspectiva de la formación escolar, o de alguna otra, que también será muy válida. Hay tantas cosas que se ignoran, y la ciencia avanza, me digo en descargo. Pero de que lo aquí dicho lo viví, es un hecho: lo viví, mientras vuelve de nuevo el recuerdo de ese viento helado que soplaba, de los fuertes golpes en la puerta, de los susurros que se deshilvanaban y del correr de los caballos desbocados, volver a esas frías noches de insomnio y miedo.

Formas de ver, de creer, de vivir, de ser, estar y hacer en este mundo que tiene luces y sombras. Formas que en ocasiones se enfrentan, pero siempre conviven. Abrir los ojos para ver aún más y

mejor, y aceptar que no todo se sabe ni puede saberse.

Cuatro esquinitas,
tiene mi casa,
cuatro crucecitas,
que me la guardan.

Ya me despido cantando,
de la casa-campamento;
no le encontré la razón,
pero se escuchó un lamento.

Explicación no les doy,
porque no la traigo aquí,
pero, de todas maneras,
a ese lugar no volví.

Acerca del autor. Luis Alberto López Wario es nativo de la Ciudad de México con profundas raíces en Lagos de Moreno, Jalisco. Es arqueólogo egresado de la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH) en México e investigador de tiempo completo en el Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH-México) desde hace más de 43 años. Fue docente en la ENAH, titular en dos direcciones de arqueología del INAH y cuenta con trabajos en diversas áreas de la república mexicana. Ha publicado varios textos de corte científico y de divulgación. Sus temas de interés son la protección del patrimonio, la historia de la arqueología y la divulgación del quehacer arqueológico.

Caminando por el *Inca Naani*: *hirkas*, *huacas* y muertos nos acompañan

Ricardo Chirinos Portocarrero[81]

Corría el mes de octubre del año 2016, yo venía trabajando en el valle de Tambillos, en la región de Ancash[82] desde hacía nueve años, pero los sucesos que se desencadenaron en los últimos meses de ese año cambiaron mi percepción del lugar.

El treinta de octubre tuvo una noche fría y oscura, y me encontraba en Soledad de Tambo, un pequeño pueblo del valle de Tambillos a una altitud de más de 3,700 msnm habitado por cerca de veinte familias. Se encuentra sobre lo que fue hace quinientos años un centro ceremonial incaico, conocido por los cronistas tempranos de los siglos XVI y XVII como el tambo real de Pincos o Pincosmarca.

Me tomaba un descanso en la casa de Víctor Obregón, un poblador local. Su casa de dos pisos estaba hecha de barro con la técnica de tapial, con techo de tejas y con un patio de tierra que estaba abierto por el oeste hacia el vasto paisaje que culmina en las cumbres de las montañas, antiguos nevados que casi tocan las estrellas. Al pie de su puerta pasaba el *Inca naani* —camino Inca- que desde Cusco conectaba a múltiples pueblos andinos, hasta llegar a Quito y Pasto. Pasaba también por allí un viento helado que emitía el único sonido reconocible en el pueblo a esas horas de la noche.

En medio de la oscuridad me aprestaba a salir a la cena, la cual era brindada por una de las familias de la comunidad al equipo del proyecto arqueológico que yo estaba a cargo. Las familias de la comunidad se rotaban semanalmente para que todas pudieran

beneficiarse de la remuneración del servicio. Esa noche le tocaba a la familia de la señora Paulina.

Yo había decidido llevar un pisco[83] que había traído para celebrar el fin de la temporada de campo, que se daría en dos días. Sin embargo, decidí abrirlo esa noche y llevarlo a la cena para hacer un brindis con el nieto de Paulina, Ernesto. En la mañana de ese mismo día, él tuvo un gesto algo peculiar que me llamó la atención. Ocurrió luego del entierro de Timoteo: al finalizar la ceremonia, cuando ya se retiraban los comuneros, Ernesto, uno de entre los varios jóvenes del poblado, nos llamó al equipo del proyecto a sentarnos en el pozo de ofrendas del *ushnu* Inca para agradecernos en nombre de la comunidad. Fue algo inesperado, ya que las autoridades comunales ya lo habían hecho, y presentí que su gesto encerraba sensibilidades que iban más allá de nuestra comprensión en ese momento. Algo importante había sucedido por el mencionado entierro.

Horas más tarde, durante la cena, le pedí a Paulina que por favor llamará a su nieto. Ella lo llamó en voz alta en *runasimi*, en el quechua local. Ernesto bajó con su poncho grueso marrón nogal de lana de oveja, característico de la zona, y se juntó a nosotros.

Ya a altas horas de la madrugada, con el olor fresco de la tierra y plantas, mojadas por la lluvia, quedábamos pocos después de la cena, y la conversa fluía calmadamente en el ritmo del lugar, con palabras que no eran otra cosa que sólo una manifestación más del *mundo* que nos rodeaba. Entre uno y otro brindis de agradecimiento mutuo, él comenzó a revelarnos de a pocos, algo que era nuevo para nosotros que laborábamos en la zona desde hacía años. Contó que estaba *consagrado* con un *hirka*[84] local conocido como Pan de Azúcar, un *apu* o cerro tutelar sagrado, al que le daba ofrendas y realizaba curaciones con su ayuda. Narró que este *hirka* se le presentaba en diversas ocasiones durante la noche como persona, brindaba, cantaba, lloraba y reía con él desde hacía muchos años. Era como un hermano mayor

querido y entrañable.

Si bien habíamos leído en etnografías relatos similares en otros lugares, era la primera vez que alguien nos contaba sobre este tipo de relación con tal nivel de detalle y confianza. Sin embargo, Ernesto nos pidió mantener la reserva del caso, y prefería que no fuera público en el ámbito de la comunidad porque podría no ser bien visto, debido entre otras cosas a la fuerte presencia de la religión evangélica, que califica de manera negativa estas tradiciones. Cuando se retiró a traer una radio, un antropólogo miembro del equipo se apresuraba a encender y esconder su grabadora para registrar un testimonio tan relevante, sin embargo, le pedimos no lo hiciera para mantener la confianza mostrada.

Las diversas historias que nos contó Ernesto esa noche sólo podrían abarcarse en un libro dedicado a dicho testimonio. Sin embargo, podemos decir que después de esa conversa, el valle de Tambillos se nos configuraba como un lugar poblado por múltiples y diversos seres no humanos fundamentales en la reproducción vital del valle: *hirkas*, *huacas*[85], y muertos que con una idiosincrasia viva y "humana" garantizaban tal fin.

Durante la conversación, él nos agradecía por respetar y apoyar la decisión de la comunidad de enterrar a Timoteo, así como por el cuidado que le habíamos dado a sus osamentas. Esos muertos no están allí "porque sí", cumplen una función importante y hay que respetarlos, nos decía.

Ese agradecimiento nos remite a sucesos de algunos meses atrás, en los que habíamos excavado una estructura ceremonial Inca conocida como *ushnu*, denominado en la zona como *Ecala Machay*. Los *ushnu* eran plataformas ceremoniales incaicas donde el propio Inca realizaba libaciones en determinadas fechas del calendario solar. Las ofrendas se vertían sobre un pozo de ofrendas construido en la superficie del *ushnu* y eran orientadas a las *hirkas* y al Sol —o *Punchao*

— principal deidad de los incas. Estas estructuras conformaban el punto de reunión donde se convocaba a los ancestros locales, representados en sus ídolos, mallquis[86] y curacas[87] que acudían a beber con el *Punchao*.

Durante las excavaciones, al abrir una trinchera al lado del pozo de ofrendas, localizamos un contexto funerario de dos individuos: un infante de seis meses y un adulto masculino de aproximadamente treinta años. El adulto, que por dataciones sabemos vivió entre los siglos XV y XVI, tenía como objetos asociados una aguja de cobre y un hueso de venado, y presentaba marcas de golpes y heridas mortales sufridos antes del entierro. Además, los análisis de antropología física revelaron que tenía características corporales especiales, distinguiéndose un pie con seis dedos. La polidactilia indicaba que se trataba de un ser especial que podría estar identificado como un *huaca -ser sagrado-* muy probablemente considerado un *parca, hijo del rayo*[88]. La muerte violenta sufrida sería parte de un ritual de sacrificio[89].

A los días siguientes del hallazgo funerario, nos contó una señora comunera que al trabajar su chacra[90] en la madrugada cerca del ushnu, escuchaba las quejas *¡alalay, alalay!* [91]*,* de una voz que provenía del *ushnu*. Además, por las noches, contó que veía que alguien estaba parado en el ushnu. Esta señora nos decía que le habíamos quitado su “manta” y por eso estaba con frio, y que debíamos volver a taparlo.

Días después, otro comunero de un centro poblado vecino, subió al *ushnu* para averiguar qué habíamos encontrado, explicándonos que en la noche anterior había tenido un sueño: venía bajando por el *Inca naani* desde las alturas de Huagapunta, pasando por el *ushnu* observó que alguien estaba sentado allí; al acercarse, vio una calavera que le trataba de hablar pero él no podía escuchar, en esos momentos apareció un comunero que le puso en la mandíbula algo semejante a un “chip de celular” y entonces pudo escuchar lo que le decía: que se

llamaba “Timoteo”.

A la semana siguiente, se hablaba de Timoteo en toda la comunidad, y los comuneros mostraban preocupación por varios sucesos que venían aconteciendo, inclusive algunos cambios climáticos que no eran comunes en esos meses. En la primera asamblea comunal que hubo en esos días decidieron solicitar expresamente que Timoteo fuera devuelto a su sitio.

Pocos días después viajé a Lima para solicitar el permiso formal para el re- entierro, el cual me dieron mis superiores inmediatos después de una gestión intensa y agobiante. Durante las catorce horas del viaje de regreso a Soledad de Tambo, viajando desde el mar, pasando por valles interandinos y cruzando nevados, pensaba con alegría en la buena noticia que llevaría a los comuneros.

Al día siguiente de mi llegada al pueblo, en la mañana del 30 de octubre, sonaron las campanas en el compás que anuncia que un miembro de la comunidad ha fallecido y va ser enterrado. Varios comuneros estaban reunidos cerca de la casa de Víctor Obregón, conversaban chacchando la *mamacoca*[92], me esperaban para salir caminando hacia el *ushnu*. Cargaban las cajas con las osamentas de Timoteo y *llullo* —como se les llama en quechua a los recién nacidos —; iban contando historias sobre cómo se enterraban antiguamente a los bebes, sobre la fiesta y el baile que el padrino y la madrina tenían que organizar. Al llegar al *ushnu*, otro grupo de comuneros nos esperaba, conversaban viendo el inmenso paisaje, *chacchaban* la *mamacoca* y fumaban el tabaquito, estaban haciendo la *shogapada*, que es la manera de pedir permiso a los *hirka*s antes de iniciar una importante actividad comunal.

La fosa excavada en el mismo lugar donde se encontró a Timoteo y *IIullo* estaba rodeada por niños y niñas, mujeres y hombres adultos y ancianos, que murmuraban en voz bajita y en quechua. No podía entender el significado de lo que decían, pero sí percibir su

sentimiento. Se sentía respeto, congoja en el ambiente, las mujeres mayores encendieron velas para acompañar a Timoteo y *llullo*. Nosotros los arqueólogos demoramos en colocar huesito por huesito en su ubicación correspondiente. Al finalizar, se les comenzó a tapar con la tierra, mientras varios comuneros y comuneras echaban tierrita con sus manos, era la despedida de Timoteo y *llullo*.

Al finalizar la ceremonia, los pobladores se retiraban hacia sus casas, nosotros los seguíamos, pero Ernesto nos llamó para sentarnos en el pozo de ofrendas, y hablarnos agradeciéndonos con sentidas palabras en nombre de la comunidad… consagrando un momento eterno al que siempre retornamos.

Cuatro meses después de estos sucesos, presentamos el informe final de la temporada 2016 a las instancias del Ministerio de Cultura encargadas de su revisión. Fuimos sorprendidos al recibir un memorándum como respuesta, donde se señalaba que debíamos nuevamente desenterrar a los individuos del contexto funerario y entregarlos al museo de Ancash, ya que se trataba de un "bien arqueológico".

Durante casi ocho meses hubo una serie de memorándums e informes de ida y vuelta, en los que se discutía sobre la intangibilidad del patrimonio arqueológico por un lado y por el otro se recalcaba la dimensión intercultural del patrimonio y los derechos de las comunidades originarias. A regañadientes, el informe fue finalmente aprobado; la directiva que lo aprobaba no mencionaba el re-entierro.

Tomando este caso como precedente jurídico, solicitamos el cambio en la normativa nacional vigente. En la propuesta del nuevo reglamento nacional se ha incorporado un capítulo dedicado al re-entierro de osamentas humanas a solicitud de las comunidades campesinas y originarias, el cual a la fecha todavía no ha sido aprobado.

Después de varios años de estos acontecimientos, pienso que

realmente Timoteo debió ser y es un *huaca*. Comunicarse con los habitantes del entorno, movilizar a la comunidad para su re-entierro y propiciar el debate para el cambio de la legislación nacional no es algo que un muerto común podría haber logrado.

Acerca del autor. Ricardo Chirinos Portocarrero es licenciado en Arqueología por la Universidad Nacional Mayor de San Marcos y Magíster en Arqueología por la Universidad de Sao Paulo (Brasil). Cuenta con un posgrado en “Gestión Integral del Patrimonio Cultural” de la Cátedra UNESCO de Ciencias de la Conservación Integral de los Bienes Culturales en América Latina y el Caribe. Es becario CAPES (Coordenação de Aperfeiçoamento de Pessoal de Nível Superior), en Brasil, y becario de la Cátedra UNESCO de Ciencias de la Conservación Integral de los Bienes Culturales en América Latina y el Caribe. También es coordinador del Proceso de Nominación del Qhapaq Ñan a la Lista de Patrimonio Mundial. Desde el año 2015 es responsable de la Dirección del Proyecto de Tramo Huánuco Pampa—Huamachuco (Huánuco, Ancash, La Libertad del Proyecto Qhapaq Ñan), del Ministerio de Cultura del Perú y dirige el Programa de Investigación y Puesta en Uso Social del Sistema Vial Inka Tramo Huánuco Pampa Huamachuco 2018-2022. Ha publicado numerosos trabajos de arqueología y etnografía en el ámbito andino-amazónico.

Los guardianes

Amelia Pérez Trujillo[93]

Durante estos mis 22 años de arqueóloga he tenido muchas experiencias sobrenaturales, y siento que cada sitio tiene su energía propia; en algunos se siente paz y tranquilidad, en otros, alegría y en algunos se siente una energía negativa y muchas veces miedo. Sé qué pensarán que nosotros como científicos debemos creer solo en lo que se puede palpar y sustentar; no todas las personas tienen la sensibilidad de poder percibir la energía de entes o ver espíritus o apariciones que no sabemos explicar.

Se piensa, pero no se dice, que muchos de los sitios arqueológicos son cuidados y/o protegidos por guardianes cuyos espíritus se quedaron para siempre en su sitio de origen.

En esta oportunidad voy a relatar algunas experiencias de las tantas que tuve. Estas ocurrieron en sitios ubicados dentro de un mismo valle (Vilcanota) al sur del Cusco, Perú, entre los poblados de Quiquijana y La Raya, en uno de los proyectos arqueológicos más complejos en los que he participado, en vista de que se efectuaron reconocimientos, registros, excavaciones arqueológicas, restauración y trabajo social.

Durante el desarrollo de los reconocimientos (prospecciones arqueológicas) se lograron descubrir más de 800 sitios arqueológicos de diversas épocas y tamaños, ubicados tanto en las partes altas de las montañas, como en el piso de Valle.

Posterior al descubrimiento de los sitios, se seleccionaban los que

tenían mayor evidencia e información, para que en una etapa posterior se efectuara el levantamiento topográfico del asentamiento y, finalmente, llevar a cabo excavaciones arqueológicas.

El proyecto se desarrolló durante varias temporadas y estaba dirigido por los arqueólogos Emily Dean (arqueóloga norteamericana) y Bill Sillar (arqueólogo escocés). Así como un grupo de arqueólogos, yo tuve la oportunidad de trabajar durante todo el desarrollo del proyecto y desde la primera temporada empezaron a suceder cosas extrañas.

En el primer año de ejecución, nos acomodamos en el Museo de Sitio de Raqchi (pueblo ancestral de ceramistas, donde se ubica el denominado Templo de Wiraqocha—El Hacedor), el mismo que es administrado por el Ministerio de Cultura Cusco. Este museo se ubica entre la plaza del poblado y el sitio arqueológico; es una construcción de adobe conformado por varios ambientes alrededor de un patio, los que dan hacia la plaza corresponden a las salas de exposición y al almacén del material cultural recuperado de investigaciones realizadas desde 1968, mientras los ambientes o cuartos que dan hacia la zona arqueológica estaban desocupados, por lo que nos facilitaron uno que usamos como área de descanso, mientras que en el patio guardamos nuestras herramientas y equipos.

Desde nuestra primera noche, aproximadamente entre la 11:30 y las 12, escuchamos cómo circulaban y movían las herramientas de un lado para otro; el ruido del arrastre de las carretillas se escuchaba con claridad; las primeras ocasiones salimos para ver si alguien había entrado al museo, a pesar de que solíamos asegurar la puerta principal, pero no encontrábamos a nadie. En este tiempo, aunque nos acostumbramos a estos ruidos, nadie salía por miedo a encontrarse con algo o alguien, al punto que si se tenía la necesidad de salir al baño se aguantaba uno hasta el amanecer.

En el segundo año, una tarde ya casi concluyendo la jornada de

trabajo, cuando todos se encontraban en el campo, en vista de que yo me hice cargo de analizar el material cultural, estaba ordenando las cosas para irme a descansar y en eso escuché una suave voz de mujer que pronunciaba mi nombre en un tono melancólico decía —¡¡¡Amelia…Amelia!!!—, yo pensé que alguna de las señoras del poblado me buscaba, salí a mirar y no había nadie, entonces sentí como una ráfaga eléctrica recorría mi cuerpo por lo que asustada cogí mis cosas y salí corriendo hacia la plaza.

Años después un amigo arquitecto que trabajó en Raqchi y también durmió en el museo, me contó que él y todo su personal también escuchaban pasos ruidosos y sentían presencias extrañas. Una tarde que se encontraba en el patio del museo sintió escalofríos y al voltear vio a una extraña y tétrica mujer que se acercaba a él, felizmente logro salir y se desvaneció; a partir de este suceso él soñaba con esa mujer, por lo que decidió retirarse del sitio, prefiriendo dormir afuera, en un espacio incómodo pero tranquilo.

Al final al intercambiar esta experiencia llegamos a la conclusión de que esta mujer era el espíritu de una momia que se encontraba en uno de los ambientes del Museo. Ella fue encontrada enterrada en el núcleo del muro de la muralla de protección de Raqchi y no presentaba las extremidades inferiores; probablemente cuidaba el sitio en donde se ubica el Museo que forma parte del sitio arqueológico y que desde tiempos ancestrales fue un sitio de peregrinaje.

Durante la segunda temporada del Proyecto, el equipo fue menor y estaba conformado por dos bachilleres en arqueología (Víctor y Bernardo), el guía (Sebastián), mi esposo (Herbert, que también era el topógrafo del proyecto), la arqueóloga Emily Dean, como directora del Proyecto y yo. Nuestro plan de trabajo consistía en regresar a varios de los sitios más interesantes identificados durante la primera etapa. Seleccionamos uno de éstos, de nombre Sallaqmarka, porque era un sitio aún inexplorado y poco conocido, por lo que debíamos efectuar

el registro gráfico y el levantamiento topográfico.

El sitio estaba conformado por un sistema de estructuras circulares de piedra construidas sobre el afloramiento rocoso, el que a su vez rodeaba una oquedad en cuya base podían verse entierros sellados. A la entrada del sitio también hay una gran cueva con un alto porcentaje de huesos humanos fracturados y diseminados (este espacio se encontraba profanado).

Al llegar al sitio, lo primero que hicimos, (en vista de que estaba pronto a anochecer) fue buscar un espacio uniforme para acondicionar nuestro campamento. Herbert definió el primer recinto como idóneo para armar nuestra carpa protegidos del viento y poder así dormir calientes. Yo respetuosa del sitio y de mis ancestros dije —¡No!, no se puede aquí, hagámoslo en la plataforma que está cerca al recinto—, pero el capricho pudo más y se armó la carpa dentro del recinto, cabe mencionar que nuestra carpa era bastante alta, tipo iglú.

Hacia afuera, en un área plana, los demás miembros del equipo armaron sus carpas y para mantenernos calientes prendimos una fogata con bosta de vaca; rápidamente nos echamos a dormir pensando descansar por que el día había sido largo y pesado. Ya habíamos logrado conciliar el sueño, hasta que, como a la media noche, se dio un suceso inexplicable, algo o alguien con una fuerza sobrenatural levantó y tiró la carpa fuera del recinto con nosotros adentro y con todo nuestro equipo. ¡Imagínense la fuerza para poder levantar nuestro peso y lanzarnos como si fuéramos cualquier objeto!

Nosotros espantados y con los pelos de punta no podíamos creer lo que había pasado, temblando miramos en todas direcciones y no vimos a nadie, muy nerviosos, decidimos rearmar la carpa en la plataforma, junto a los otros compañeros, quienes también se encontraban aterrados; por consiguiente, nadie pegó un solo ojo durante toda la noche y cada 15 minutos preguntábamos de carpa a carpa como se encontraba cada miembro del equipo.

Al día siguiente, muy temprano, luego de desayunar nos alistamos para iniciar con el trabajo y como en cada campaña, Herbert armaba su teodolito en un lugar de buena visibilidad hacia las estructuras para efectuar el levantamiento topográfico. Víctor y Bernardo se alejaban un poco con la mira, acompañados del guía que limpiaba la vegetación y yo me encargaba de hacer el dibujo del sitio en mi gran tablero, con los datos que me dictaban, por lo que de tiempo en tiempo les indicaba que descansen un rato mientras yo completaba algunos detalles.

Todo se desarrollaba con tranquilidad y el día era hermoso, ya no queríamos acordarnos del suceso de la noche anterior; se escuchaba y nos acompañaba el canto de las aves y el agradable olor de las plantas de la zona, e inclusive vimos varias vizcachas[94] que salían de sus abrigos a tomar el sol, acompañadas de sus crías que se subían a las espaldas de las madres y levantaban la mirada hacia el astro rey.

Entonces, como a las diez de la mañana, mientras yo terminaba unos detalles, Herbert miraba por el lente del teodolito y muy sorprendido me dijo que un hombre nos estaba observando desde el frente, entre el afloramiento rocoso, cerca de los otros compañeros. Al levantar la mirada solo pude verlos a ellos, no veía nada más; sin embargo, Herbert miraba nuevamente por el lente del teodolito e insistía en afirmar que aun veía a ese misterioso hombre.

Entonces me levanté y al mirar por el teodolito, efectivamente, yo también vi a un hombre observándonos desde el frente, apoyado sobre la roca con el pie derecho y en su rodilla se sostenía su brazo derecho cuya mano agarraba su mentón. Este personaje era bastante alto y corpulento con brazos musculosos y cabello negro y largo, vestía una túnica verde (uncu-vestido de los inkas) y con ojotas (zapatos inkas). No podía creer lo que veía y nuevamente sentí mi cuerpo estremecer y mi corazón empezó a latir apresuradamente; me dio mucho miedo, retiré los ojos del teodolito y al mirar hacia el frente nuevamente solo

divisaba a mis compañeros, pero al volver a mirar por el teodolito nuevamente se veía al hombre que continuaba observándonos en la misma posición.

Preocupados y aterrados Herbert y los otros chicos buscaron a este personaje en el sitio donde supuestamente se encontraba y no lo encontraron, entonces buscaron en los alrededores y tampoco pudieron ubicarlo; no había rastro de él, ni de nadie más.

Un tanto temerosos y afinando todos nuestros sentidos, por si escuchábamos o veíamos algo más, continuamos con el trabajo y durante los diez días que se prolongó, tuvimos la compañía de este personaje quien nos vigiló sin hacernos ningún daño, pero que estaba puntual en nuestra área de trabajo.

Durante este tiempo nadie comentó sobre el tema; nos provocaba escalofríos y temor que nos escuchara. Quisimos olvidar esta experiencia, pero sé que en la memoria de todos quedó grabada la imagen de este extraño personaje.

Terminando el levantamiento topográfico en Sallaqmarka nos fuimos a otro sector, muy cerca en el poblado de Combapata, el sitio se llama Hanqomarka y es de gran tamaño. Aquí nuestra meta también era la de efectuar el registro y levantamiento topográfico. Lamentablemente para esta etapa, ya no tendríamos el apoyo de Víctor y de Bernardo, solamente nos quedamos Herbert, Sebastián y yo.

Este sitio, a diferencia del anterior, se encuentra en la parte alta de una montaña sobre una gran lengüeta de tierra, como si hubiera sido cortada para este fin. Hacia el borde se observaban cuevas con enterramientos prehispánicos, siendo muy difícil acceder a estos espacios. A lo largo del sitio, que por cierto se veía bastante lúgubre, se extendía la paja brava, de esas que parecen grandes agujas (yauris) y que, al caminar, a pesar de tener pantalones gruesos, nos hincaban y hacían sangrar nuestra piel.

Se armaron las dos carpas (la nuestra y la del guía) muy cerca una de otra, y protegimos el área de ambas, rodeándolas con alambre sostenido con clavos, por si alguien, o algo se acercase, tropezase y cayese, o al menos, que el ruido nos alertara.

Nos acostábamos a las seis de la tarde, porque a esa hora el frio era insoportable, y dormíamos muy abrigados. Tanto era el frio, que incluso para poder tomar algo o cocinar, como el agua se había convertido en bloques de hielo, había que esperar a que se derritiera en el fuego.

El primer día, al caer la noche yo me quedé profundamente dormida, estaba muy cansada, en cambio Herbert no podía conciliar el sueño y jugaba con su linterna, encendiéndola e iluminando toda la carpa. Ya siendo media noche, sintió que algo se acercaba hacia nosotros, escuchó los pasos y en segundos vio una sombra sobre la carpa: era algo o alguien tan grande, que extendiendo los brazos se echó sobre la carpa, como abrazándola y mirándonos por encima, estuvo en esa posición como diez segundos aproximadamente para luego levantarse bruscamente y retirarse. ¡Pobre Herbert! En ese momento no pudo reaccionar ni con un grito ahogado y con su corazón latiendo apresuradamente, continuaba sosteniendo en una mano la linterna encendida y con la otra me golpeaba para que despertase, pero yo dormía profundamente.

Ni al día siguiente, ni durante los siguientes dijo nada, esperó al último día, cuando nos preparábamos para retirarnos, cuando todavía tembloroso nos contó esta experiencia, explicando que no pudo narrarla antes por miedo a que nos asustáramos y no pudiésemos terminar el trabajo. Pero que cada noche después de este episodio, él no podía conciliar el sueño y rezaba para que amaneciera rápido y pudiéramos avanzar con el trabajo. Por mi parte, en este sitio en particular y todo este tiempo, yo sentía que alguien nos vigilaba, pero nunca logré ver a nadie, aunque su fuerte energía se percibía.

Dicen que los sitios arqueológicos tienen sus guardianes, esos espíritus valientes que se quedan para proteger sus sitios y que están atrapados en estos espacios. Esa puede ser la respuesta a las apariciones y sucesos que vivimos. También se dice que existen guardianes buenos y malos, mujeres y varones, y que se pueden presentar a cualquier hora del día. Creo que nosotros tuvimos suerte y que no nos topamos con ningún espíritu maligno, pero aún siento escalofríos cuando recuerdo, pero también tristeza y busco respuestas y me pregunto si algún día esta gente podrá descansar.

Acerca de la autora. Amelia Pérez Trujillo es una arqueóloga peruana con 26 años de ejercicio profesional, en las que destacan ser directora de proyectos de Investigación arqueológica en sitios prehispánicos e históricos, labores de restauración de monumentos arqueológicos, es especialista en material cerámico y en análisis de riesgos en monumentos arqueológicos, además de expositora en eventos en su país y a nivel internacional, sin olvidar que es consultora sobre temas de patrimonio cultural.

El cenote de los aluxes

Sergio Grosjean Abimerhi[95]

Esta historia, que se desarrolló en el año de 2010, inició con un complicado recorrido y acceso hacia un oculto cenote, pues para llegar hasta él había que transitar varios kilómetros por encima de los cimientos de una antigua vía de truck[96], misma que iniciaba desde la carretera del pequeño poblado de Chunkanán, en Cuzamá, Yucatán.

Durante el trayecto nos encontramos con el problema de que éstas vías atravesaban por zonas donde había elevaciones naturales pétreas y aún montículos arqueológicos, los que fueron cortados cuando se instaló el sistema de rieles, con la intención de que la vía resultara lo más horizontal posible, es decir, con los menos ascensos y descensos posibles. Es por ello que los vehículos pasaban tan ajustados que incluso había que retirar algunas salientes y escombros de los montículos ya colapsados pues los vehículos prácticamente se trababan en ellos porque el espacio era en verdad muy, pero muy ajustado.

Aunado a esto, a lo largo del complicado trayecto había que ir chapeando y desmontando la tupida maleza que creció por el desuso y abandono de la vía. A todas luces era visible el gran riesgo de esta travesía, puesto que, en zonas de bajos, a los costados del camino, había barrancos de hasta cinco metros de profundidad, y como las camionetas iban tan ajustadas por la estrecha vía, un sólo descuido podía provocar un grave accidente: que se desbarrancaran y se fueran al fondo, por lo que, además de que alguien pudiera quedar lastimado, se corría el riesgo de perder el vehículo para siempre, pues no habría

forma de sacarlo.

Una vez en el sitio decidimos, tal y como era la costumbre, que un integrante del equipo realizara la primera prospección; esto porque años atrás solíamos descender varios buzos al mismo tiempo, pero en ocasiones la cavidad era muy pequeña, y no redituaba tanto esfuerzo y movilización de gente y equipo para lo que aspirábamos. Es así que tomamos la determinación de que el primero que ingresaría fuera Enrique Soberanes, dada su gran experiencia y habilidad. Una vez efectuada la maniobra de armar las cuerdas y poleas, nuestro compañero entró tal y como lo planeamos, pero tuvo que hacerlo de prisa, para escapar a los miles de abejas cuyos panales se encontraban en el acceso. A los pocos minutos regresó con la noticia de que había realizado un primer buceo y había observado cráneos y vasijas a unos 30 metros de profundidad.

De esta manera y totalmente motivados, Raúl Vázquez y yo nos dirigimos hacía el espejo de agua a través de la pequeña oquedad superficial de menos de un metro de diámetro y, por medio de un descenso a rapel de 16 metros aproximadamente, tal y como lo había hecho Enrique, nos dirigimos al agua. Una vez en el agua, iniciamos la inmersión, pero a tres metros de profundidad tuve una extraña sensación que nunca había experimentado, es decir, temor, pánico o alguna percepción desconocida. Me detuve, y aún con titubeos medité sobre lo difícil que había sido llegar al sitio, pues esta era la segunda ocasión que intentábamos internarnos en las entrañas de este cenote, ya que la primera vez no tuvimos éxito por la tardía hora a la que habíamos llegamos al sitio y considerando las complicaciones del camino habría sido muy difícil retornar ya avanzada la noche.

De este modo, me dispuse para el descenso y al llegar al “monte Debri” (cono de desprendimiento de la bóveda[97]) me dirigí hacia los señalamientos de nuestro buen amigo Enrique, pero al llegar al final de dicha formación, tomé la decisión de desviarme del trayecto, no

obstante que percibía y sabía que los vestigios estaban en la dirección que habíamos programado originalmente con base en las indicaciones de nuestro colega.

Algo sucedió en ese preciso instante, pues alguna percepción redirigió mi camino y di la vuelta hacia otro rumbo, pero cuando ya había avanzado algunos metros, me percaté que Raúl Vázquez, mi compañero de buceo, no se encontraba a mi lado y al dar la vuelta, observé que estaba ubicado a unos 20 metros aproximadamente de mi posición. En ese instante me disgusté, pues en una exploración, lo que menos debe suceder es que tu compañero se aleje. De tal forma, decidí regresar y unirme a él, pero al aproximarme, observé cómo su equipo disipaba muchas burbujas, mientras él se sujetaba de la pared y se impulsaba hacia la superficie.

Acudí al momento en su ayuda y lo sujeté para que no emergiera rápido; en ese momento, llegamos a una roca saliente, pero debido al constante burbujeo, comenzó a ser evidente el efecto de percolación[98], es decir, una nube de sedimento nos cubrió, por lo que decidí alejarme un par de metros para estudiar la situación, sabiendo que Raúl tenía aire suficiente. Recuerdo que en ese difícil momento me pregunté: ¿Qué hago en este lugar arriesgando la vida?, ¿no debería estar mejor en casa con mi familia? Esas fueron las preguntas que pasaron por mi mente en fracciones mínimas de tiempo, pero me di cuenta que era una sensación que muchos buzos experimentan en momentos de riesgo o gravedad. Así, recuperé los ánimos, regresé con Raúl y le di mi boquilla de respiración alterna, mientras trataba de destrabarlo, pues con el movimiento, su equipo había quedado atrapado entre las rocas. Afortunadamente se pudo resolver la situación y logramos ascender, aunque el chaleco de mi compañero resultó con daños.

Una vez en la superficie nos preguntamos qué es lo que había sucedido y la respuesta fue que el botón que sirve para inflar el chaleco se trabó. Fue algo realmente extraño, pues después de muchos

años de buceo no nos había sucedido algo así, ni volvió a suceder, y luego de comentarlo con otros espeleobuzos, nadie había experimentado una situación de ese tipo. En fin; Raúl subió a la superficie y yo volví a descender mientras esperaba a que mi otro compañero, Enrique, regresara al agua para apoyarme con la filmación, tal y como sucedió.

Una vez que concluimos y ya muy cansados, les pedí a los compañeros de superficie, entre los que se encontraban don Elmer Echeverría, Raúl Vázquez, mi hermanito Tony, Francisco Castañeda y Eloy Padilla, que me ayudaran a subir. Me puse el arnés y me aseguré a la cuerda. Comenzaron a subirme muy lento, pero a los cinco o seis metros se detuvieron. Al notar que se retrasaba el ascenso, les pregunté qué sucedía y me respondieron que no podían subirme. Al principio pensé que se trataba de una broma, pero cuando observé que se demoraban de una manera verdaderamente anormal, comencé a preocuparme, pues el arnés comenzaba a cortarme la circulación y me encontraba a una altura considerable como para quitármelo y arrojarme al agua. Luego de un gran esfuerzo y de media hora transcurrida, lograron llevarme a la superficie.

Ya arriba les pregunté lo que había sucedido y me respondieron que no sabían. Todos aseguraron que me estaban subiendo con facilidad y de pronto ya no pudieron seguir pues parecía que estaban cargando a diez personas; de hecho, estaban analizando alguna forma para acercar el vehículo que había quedado a unos 150 metros, para apoyar en mi ascenso. El más sorprendido fue Raúl, pues con la amplia experiencia que tenía de otras expediciones, sabía que incluso bastaban dos personas para izarme en condiciones normales, así que no se explicaba el por qué no podían sacarme. Lo más curioso de la situación fue que a los pocos minutos subimos a Enrique sin ningún problema y sin cambiar el sistema de poleas.

De acuerdo con don Elmer, esto sucedió por no haber pedido

permiso a los aluxes del cenote; por eso ellos se colgaron de mí, para impedirme subir y por eso es que pesaba tanto. ¿Verdad o fantasía? En esa expedición experimentamos situaciones tan raras como únicas y, aunado a eso, gran parte de la filmación salió borrosa. Al final, solamente pudimos contabilizar algunos cráneos y vasijas, pero debido a lo complicado del acceso, no hemos tenido la oportunidad para regresar al sitio para completar el registro, pero si alguna vez lo hacemos, ¡seguro que ahora si pedimos permiso!

Acerca del autor. Sergio Grosjean Abimerhi es explorador desde el año 1994, además de arqueólogo egresado de la Facultad de Ciencias Antropológicas de la Universidad Autónoma de Yucatán. Ha recibido diversos reconocimientos locales, nacionales e internacionales por su labor como ambientalista, explorador y escritor. Su obra se compone de diez libros y alrededor de 500 artículos científicos y de divulgación con temáticas relacionadas con la cultura yucatanense, acerca de exploración e investigación. Desde el 2006 coordina un programa de rescate integral de cenotes, con el que se han saneado alrededor de 120 de estas cuevas inundadas. Es socio fundador de varias asociaciones civiles que se relacionan con el cuidado y preservación de la cultura material e inmaterial y del ambiente natural en el estado de Yucatán.

En las cuevas mayas

Carlos Augusto Evia Cervantes [99]

Los ruidos en la noche.

En el año de 1997 daba clases a mis alumnos en la Facultad de Ciencias Antropológicas (UADY), a la vez que organizaba expediciones para recorrer diversas cavernas del estado de Yucatán; era una época en que, para mí, las visitas a las cuevas eran muy frecuentes.

El 31 de octubre de ese año fuimos a la cueva Xpukil del municipio de Opichén, aunque la cavidad es mejor conocida como la Cueva de Calcehtok, porque se encuentra a tres kilómetros de una comunidad que lleva ese nombre.

Los alumnos me habían hecho prometerles que si obtenían buenas calificaciones yo los llevaría a esa gruta y nos quedaríamos a dormir adentro, para que ellos experimentaran lo que se siente; yo ya había pernoctado allí en otras ocasiones.

En total eran cuatro hombres y cinco mujeres los que fuimos a esa expedición; iniciamos la aventura a las nueve de la mañana, recorriendo la ruta más larga de las tres existentes. En especial recuerdo haberlos llevado a mirar un espeleotema llamado “El Ataúd”, por coincidir esa fecha con el primer día de Muertos de ese año, el de los menores.

Todos se portaron muy bien durante el recorrido, pese a que hubo partes muy difíciles en el camino. De regreso, cuando salimos de la parte oscura de la cueva, dos hombres y tres mujeres nos quedamos en la bóveda inicial que es muy grande, como de 70 metros de diámetro;

los demás retornaron a Mérida.

Muy pronto llegó la noche, pero nosotros ya habíamos escogido nuestro lugar en aquella enorme bóveda que nos conectaba con el exterior por la ruta de entrada y por una enorme dolina o fractura en el techo. Después de la cena, cuando intentábamos dormir, una de las chicas dijo: "¿Ya escucharon ese ruido que parece venir de afuera?". Efectivamente, ya lo había oído, pero no le di importancia, sin embargo, las demás personas se inquietaron y empezaron a comentar lo que podría ser. Se escuchaba como un disparo o un golpe seco que sonaba cada cierto tiempo, pero era arrítmico, no sucedía en un lapso periódico. Esto parecía sugerir que el ruido no era de la naturaleza, sino provocado por alguien… o algo. Les dije que podrían ser cazadores, que quizá estaban cerca tirando contra alguna presa, pero pasó media hora y los ruidos continuaron. No podían ser cazadores, serían demasiados tiros.

Alumbrábamos por todos lados de la cámara, pero no encontrábamos la fuente del ruido. Incluso ya se escuchaba un poco más fuerte. La tensión en el grupo era altísima, alguna persona sugirió que mejor nos fuéramos a nuestras casas. Al ver que ya el terror los estaba dominado, les propuse lo siguiente: que apagáramos todas las lámparas para poder observar si algo o alguien se acercaba. "Además - les dije —, si lo que hace el ruido y viene hacia a nosotros es humano, necesariamente veremos su luz, pero si no es humano, tendremos que confrontarlo". Entonces mis alumnos se agruparon en un rincón, apagaron sus luces, pero ninguno quiso mirar hacia donde el ruido se escuchaba. De hecho, creo que los cuatro, apiñados, cerraron los ojos. Yo empecé a observar toda el área y no veía nada en movimiento.

Pasaron unos minutos y tomé una decisión. Les dije que se quedaran en sus sitios y yo saldría a ver lo que estaba produciendo el ruido, así que avancé con una potente lámpara oteando cada parte de la gran bóveda. Avancé hacia el exterior y justo cuando llegué bajo la

dolina, vi unos enormes árboles de plátano que han estado allí por décadas. Entonces pensé que quizá los murciélagos, que son miles en esta cueva, en su paso incesante del exterior hacia el interior de la dolina, tiraban algunos frutos con los que se alimentaban; tal vez al caer golpeaban las grandes hojas de los árboles de plátano y eso podría ser lo que producía ese ruido tan irregular pero persistente.

Regresé a donde estaban mis alumnos, que todavía estaban escondidos y les expliqué el origen del ruido, pero no les dije que sólo era suposición mía. Pero gracias a esta explicación ellos se calmaron, seguimos escuchando los ruidos, pero ya todos muy tranquilos y al poco rato ya estábamos durmiendo. Al día siguiente, cuando ellos vieron los árboles de plátano se carcajearon por todo lo que pasó; yo sonreí, pero guardé silencio, pues nunca supe qué fue lo que realmente causaba el ruido.

El grito de la mujer escondida.

Era el año de 1982 y entre mis alumnos se sabía que yo acostumbraba explorar las cavernas de Yucatán y Campeche. Así que de vez en cuando me pedían que los incorporara en dichas aventuras. Para ese año, yo había programado una visita a la gruta de Xtacumbilxunaan, en las cercanías de Bolonchén, Campeche, así que el trece de marzo del citado año me fui con cinco muchachos y dos chicas a esa gran caverna que se hiciera famosa por la espléndida litografía de Frederick Catherwood en el siglo XIX.

Pero para no perder el tiempo en el viaje de ida a dicha caverna, nos trasladamos una noche antes. Para esto, ya había pedido permiso a la entonces administradora del sitio de pernoctar en una palapa que se encuentra en la entrada de la caverna y en plena selva. Todos estaban muy contentos y emocionados porque era la primera vez que salían conmigo.

Nos acomodamos algunos en la palapa y otros un poco más lejos.

Durante la cena me pidieron que les contara algún mito que yo conociera. Acepté narrarles, pero dos de los muchachos me pidieron permiso para ir a fumar un cigarro en la entrada de la cueva. Les di permiso, pero les advertí que de ninguna manera entraran a la cueva o se internaran en el monte. Después de algunos relatos, les narré uno de los mitos que se le atribuyen a esta cueva y es el que corresponde al periodo prehispánico.

En los tiempos antiguos del Mayab, dos jóvenes pertenecientes cada uno a una tribu distinta, tuvieron un idilio con un final desafortunado. En una de las comarcas cercanas a Bolonchén reinaba un cacique de nombre Tuk, quien era padre de una hermosa joven llamada Pujayeb. La otra comarca, también cercana al mismo sitio, estaba dominada por un cacique de nombre Tunich y tenía un hijo muy apuesto, a quien todos conocían como Ek Balam (jaguar negro). Por azares del destino, ambas regiones mantenían una rivalidad que se manifestaba en los eventos y competencias que, de cuando en cuando, celebraban las tribus de toda el área.

El destino quiso que los dos príncipes se conocieran y se enamoraran desde la primera vez. Buscaron la manera de encontrarse a solas para comunicarse sus sentimientos. A raíz de que inició una guerra entre ambos cacicazgos, la pareja de enamorados convino en huir para realizar su amor interrumpido por la conflagración. En una noche, mientras todos dormían Pujayeb se escapó de la casa paterna y se fue con Ek Balam. No faltó quien los viera y diera la noticia al cacique Tuk, quien de inmediato formó una legión de sus mejores guerreros para ir en busca de los príncipes.

La joven mujer pronto se sintió agotada por la marcha forzada a que eran obligados y Ek Balam decidió esconderla en una gruta cercana que él conocía. Después de llevarla a lo más profundo de la caverna, regresó a la entrada, para esperar a los perseguidores. Cuando llegaron las huestes de Tuk, el joven príncipe negó que

estuviera Pujayeb con él, pero su destino estaba marcado, le dieron muerte. Mientras sucedía esto en la entrada, la dama despertó de su desmayo y oyó las voces de los hombres que veían de afuera. Comprendió que estaba a punto de ser capturada y pidió a los dioses que no lo permitieran.

Después de eliminar a Ek Balam, los soldados entraron para revisar el interior de la gran caverna, pero no encontraron a la muchacha. Sin embargo, todos vieron una figura de piedra que parecía una mujer hermosa. Desde entonces se puede ver en la cueva una estatua de piedra, que evoca la historia de la dama escondida, que es ahora la razón del nombre de la gruta. Se dice que en las noches de luna un tigre negro se desliza al interior de la gruta y lame cariñosamente la figura de piedra, acto que les permite tomar forma humana a ambos para revivir su idilio de aquellos tiempos.

A medida que yo les contaba este mito, mis alumnos se fueron acercando más a mi hamaca y de pronto aquellos dos que se fueron a fumar el cigarro retornaron a la palapa, pero le reclamaron airadamente a otro alumno llamado Evaristo, quien era conocido por sus bromas pesadas, el por qué había tratado de asustarlos. Evaristo me miró desconcertado y contestó:

—Maestro, yo no me he movido de aquí, he estado junto a todos. ¿No entiendo que pasa? —Entonces yo intervine y les pregunté qué les había pasado. Los dos chicos contaron a todos que habían escuchado un grito espantoso y que parecía de una mujer. Cabe señalar que estos dos jóvenes no habían oído mi relato, pero los demás de inmediato dijeron que podía ser el espíritu de la mujer escondida en la caverna.

De pronto todos se acercaron a la palapa, las hamacas se reacomodaron en su interior para que cupiera más gente. Hubo quien se acostó en el suelo, pero muy cerca de todos. Mientras tanto aquellos dos jóvenes juraban haber escuchado ese grito aterrador. Los nervios de ellos estaban alterados y hubo a quien le pareció ver una figura

caminar en el monte.

Esa noche la luna estaba espléndida y sus rayos entraban en la maleza creando figuras que la imaginación de cada quien daba forma. Las aves nocturnas nos obsequiaron sus extraños cantos y más tarde regresó la calma al grupo y finalmente nos dormimos.

La aventura del día siguiente fue maravillosa, pues la Xtacumbilxunaan es una caverna majestuosa.

El automóvil fantasma.

Como ya había mencionado, hace dos décadas me gustaba ir a las cuevas por las noches, especialmente a la caverna Xpukil[100], ubicada en el municipio de Opichén, Yucatán. Durante mis estudios de maestría, dos de mis compañeras de nacionalidad española me pidieron que las llevara a esa famosa gruta pues querían experimentar esa mágica sensación que es pasar la noche dentro de una cueva.

Así que organicé todo y nos fuimos el 31 de agosto de 2000. Escogimos fuese en jueves para evitar a los numerosos turistas que acostumbran ir los fines de semana a ese lugar. Primero fuimos a la pequeña comunidad de Calcehtok para avisar al guía local sobre nuestra presencia en la caverna y luego subimos la serranía del Puuc con nuestro carro. Llegamos a la entrada de la cueva a las diez de la mañana y entramos con mucha confianza ya que el guía local me había enseñado los caminos subterráneos desde 1982.

Disfrutamos el recorrido de la llamada “Ruta corta”, la que está llena de atractivos y salimos a las dos de la tarde. Nos quedamos a descansar en la gran bóveda de la entrada, justamente donde íbamos a dormir. Sin embargo, entrando la noche, una de mis compañeras se dio cuenta de que el tirante de su mochila estaba a punto de arrancarse. Pensé que sería un gran inconveniente que se rompiera ya estando en la profundidad de la caverna, por lo que les propuse que fuéramos a Maxcanú, la ciudad más cercana, para adquirir otra

mochila; por supuesto aceptaron.

En medio de la oscuridad salimos de Xpukil y subimos a nuestro vehículo para dirigirnos a la citada ciudad. El camino a recorrer se dirige inicialmente a Calcehtok, pero un kilómetro antes de llegar a este pueblo, había otra vía parcialmente pavimentada que conducía a Maxcanú. Esta última se enlazaba casi perpendicularmente con la primera[101].

Cuando ya estábamos a unos 300 metros de llegar al enlace de los dos caminos, vimos las luces de un automóvil que venía por esa vía desde Maxcanú. De inmediato empezamos a hacer conjeturas de quien podría ser, pues hasta la fecha, es muy raro que alguien transite esos parajes durante la noche. De continuar nuestro trayecto necesariamente tendríamos que encontrarnos con el citado vehículo. Pensamos que quizá era algún amigo que estaba yendo a vernos, o tal vez un viajero extraviado. Cuando ya solo faltaban 50 metros para llegar al cruce de los caminos, las luces del citado carro se apagaron. Esto nos asombró mucho pues estos caminos están en plena selva, son muy estrechos y no hay espacio para apearse, pero comentamos que, de todas formas, nos encontraríamos con ellos.

Al llegar al punto de enlace, tomamos el camino a Maxcanú; esperábamos encontrarnos de frente con el multicitado vehículo, pero no vimos ni automóvil ni persona alguna; absolutamente nada. Entonces entramos en un estado de confusión total pues a pesar de que los tres habíamos observado las luces, en esos momentos nos empezamos a preguntar si de verdad las habíamos visto, pero por supuesto que los tres las percibimos, pues habíamos hecho comentarios al respecto.

Un poco agitados por aquel suceso, llegamos a Maxcanú, compramos una mochila para la compañera y cenamos allí. En el camino de regreso volvimos a pasar por el mismo lugar de los hechos y dijo una de mis amigas: “Carlos, mi mente no puede aceptar esta

experiencia, por favor dame una explicación". "Lo lamento", les dije a las dos, "estoy igual que ustedes; simplemente no lo entiendo".

A las 8:30 pm llegamos de nuevo a la gruta Xpukil; ya estábamos más calmados y a las diez de la noche ingresamos por la "Ruta Larga" de esta enorme caverna. Este recorrido es la joya de la corona de Xpukil, aunque para hacerlo, hay que emplear mucha energía, pero finalmente esto nos dio muchas satisfacciones.

Terminamos ese recorrido a las dos de la madrugada del día siguiente y nos acostamos a dormir en el campamento instalado en la gran bóveda inicial. Contemplando la luna y las estrellas, gracias a la magnitud de la dolina o fractura cenital que tiene esa estancia, nos dormimos plácidamente. El misterio del automóvil nocturno nunca se aclaró.

Cencerros y aplausos en la noche.

Era el año 2002 cuando nos invitaron a conocer una comunidad llamada Yaxunah, en el municipio de Yaxcabá. El objetivo de nuestra visita consistió en evaluar las condiciones del conjunto de cenotes y grutas para definir su potencial como atractivo turístico. El área que ocupa el citado municipio está ubicada en el centro del estado de Yucatán, y en ella se encuentran decenas de cenotes y grutas, unas más bellas que otras. Para mayor placer del visitante, a un kilómetro de distancia está el sitio arqueológico Yaxunah el cual tuvo mucha importancia en el periodo prehispánico[102].

Un equipo de personas, todos del Grupo Espeleológico Ajau, organizamos la expedición y partimos desde la ciudad de Mérida hacia nuestro destino. Llegamos al sitio en la noche del ocho de marzo y nos instalaron en un campamento muy cómodo y dentro del poblado. Al día siguiente iniciamos los recorridos por varias cavidades aledañas a Yaxunah. Por cada una de las cavidades hicimos los registros necesarios para tener un panorama completo del tema. Fue una

agotadora jornada pues trabajamos todo el día en los principales subterráneos del entorno, pero, pese al cansancio, estábamos felices de conocer tantas cuevas y a la vez, cumplir con el objetivo que nos habían encargado.

Ya estaba oscureciendo cuando decidimos regresar al campamento, pero alguien del grupo sugirió que antes de partir, subiéramos a la estructura mayor del sitio arqueológico para admirar el paisaje y así lo hicimos. El panorama era simplemente espectacular y estábamos conscientes de que éramos las únicas personas en toda la extensión de esta antigua ciudad maya. Después nos acostamos para observar un rato la bóveda celeste que en esos momentos ya se llenaba de estrellas.

Conversábamos de lo que habíamos vivido ese día y minutos después escuchamos los sonidos de muchos cencerros, esas pequeñas campanas que se le colocan a la vaca guía del rebaño para localizarlo en caso de que se pierda. Luego escuchamos una especie de aplausos, pero interrumpidos, como si fueran señales. Nos extrañó que a esa hora de la noche alguien estuviera arreando ganado, pero tampoco nos levantamos para verlo pasar; además los sonidos se escuchaban un tanto lejanos y supusimos que era un acontecimiento rutinario. Luego nos levantamos y como los sonidos descritos se repetían, encendimos nuestras lámparas y alumbramos hacia la dirección de los ruidos. Pero sólo vimos la inmensidad de la selva baja que rodea al sitio arqueológico; quedamos intrigados, porque era difícil pensar que alguien guiara al ganado a través del monte y mucho menos en la noche.

Al día siguiente, ya casi para regresar a Mérida le comentamos a nuestro guía y anfitrión principal lo que escuchamos cuando estábamos en la pirámide principal de Yaxunah y nos comentó que ya le había sucedido antes a algunas personas ajenas al pueblo y que van al sitio arqueológico sin la compañía de un habitante local. Nuestro

anfitrión dijo:

—Son los aluxitos, que se manifestaron para avisar de su presencia. —Le dijimos que habíamos tratado de verlos con nuestras lámparas, pero él nos contestó que:

—No se pueden ver porque son "viento".

De los muchos relatos que he escuchado de los aluxes, este es quizá el más raro, pero no seguí hablando del asunto pues consideré que era más prudente callar y no generar dudas sobre nuestro respeto por la comunidad y su cosmovisión.

Acerca del autor. Carlos Augusto Evia Cervantes fue profesor investigador durante 40 años en la Universidad Autónoma de Yucatán. Es Maestro en Ciencias Antropológicas por esta institución en las que impartió diversas asignaturas. Ha publicado nueve libros sobre mitos, cavernas y turismo. Es espeleólogo desde 1971 y actualmente es columnista del diario *Novedades Yucatán*.

Un evento difícil de explicar

Sergio Grosjean Abimerhi[103]

Con base en diversos estudios sabemos que, durante el período prehispánico, los antiguos habitantes peninsulares en Yucatán realizaban diversos rituales dirigidos a sus deidades, ya sea para la petición de la lluvia, para la buena cacería o para obtener una buena cosecha, por citar algunos ejemplos, muchos de los cuales se llevaban a cabo en el interior de las cuevas o a la orilla de los cenotes. Sin embargo, y a pesar de que han transcurrido varios siglos desde el contacto con los europeos, muchas de estas ceremonias, por fortuna, continúan vivas, aunque con algunos cambios, pues la cultura autóctona se amalgamó con la del Viejo Continente, resultando con ello un sincretismo cultural entre lo maya y lo español.

Muchos de los que trabajamos en Yucatán hemos sido testigos de ceremonias mayas en las que el *h'men* o sacerdote realiza oraciones y peticiones, que se desarrollan casi en su totalidad en lengua maya, añadiendo con ello un ingrediente místico que no es común observar en otros ámbitos.

En una de esas ocasiones, motivo del homenaje y disposición final de las cenizas de nuestro buen amigo recién fallecido Enrique Soberanes[104], el *h'men* Sebastián May[105] efectuó diversos rezos para solicitar a las deidades que custodian el cenote *Canún Che´en* recibieran en su última morada los restos de nuestro colega, así como pedirle a los *aluxes* o *aluxitos*, como el sacerdote los llama, que nos permitieran bucear y dispersar en sus aguas las cenizas de Enrique.

En el transcurso de la ceremonia se presentaron situaciones a las

cuales es difícil encontrarles una explicación si las analizamos desde la perspectiva acostumbrada para el común de la gente. Sin embargo, examinando la situación desde otro plano, es decir, desde un punto de vista metafísico, el escenario cambia, siendo que mi interés no es convencer a alguien en un tema tan controversial, sino simplemente narrar en orden cronológico lo sucedido.

El 29 de abril de 2012 se celebró este homenaje a Enrique Soberanes, amigo pionero en el espeleobuceo de Yucatán que tristemente falleció a causa de problemas renales. Es así que dicho evento inició con un desayuno en un restaurante del poblado de Homún. Más tarde esperé a que llegara el *h' men*, con la intención de coordinar con él la siguiente etapa de la distinción a nuestro amigo, que sería una ceremonia maya que se celebraría a la orilla de un cenote. Llegado el momento, arribó el sacerdote en compañía de su esposa, pero al conversar con él me percaté de que no traía flores para ornamentar el altar que improvisaríamos en el monte, por lo que acordamos que él iría a casa de una de sus hijas para cosechar algunas y yo lo esperaría sobre la carretera, a la entrada de la brecha que conduce al cenote, pues él no conocía el trayecto hasta el sitio.

Estando en el lugar acordado aguardando su llegada, yo me cuestionaba sobre lo que podía hacer en caso de que el *h'men* no consiguiera las flores, pues yo sabía que a Enrique le habría fascinado que el altar las tuviese, porque en los últimos días de su vida tuvo gran pasión por el cultivo de diversas plantas, en especial por las flores. El tiempo transcurría y el *h'men* no llegaba al lugar del encuentro, y minuto a minuto mi nerviosismo comenzaba a acrecentarse, pues aparte que no había distractor alguno en la desolada carretera, el tiempo consumía los escasos segundos que nos restaban para iniciar la ceremonia. En el lapso de media hora de espera, sólo transitaron por allí un motociclista que pasó velozmente y un campesino que de pronto salió de la brecha en la que me encontraba.

Pasado el tiempo, observé que a lo lejos se aproximaba una moto-taxi, y cuando pasó frente a mí, me percaté que su conductor transportaba una enorme cubeta ¡llena de flores! ¡No lo podía creer!; ¡frente a mis narices cruzaban las flores que tanto nerviosismo me habían causado los últimos minutos! Fue tal mi sorpresa, que vi cómo paulatinamente la motocicleta se alejaba, al tiempo que me preguntaba de dónde había salido ese moto-taxi. Finalmente, logré deshacerme del marasmo y de una tormenta de razonamientos e ideas y reaccioné, me subí a mi vehículo y a gran velocidad le di alcance, le hice señas para que se detuviera y le pregunté al solitario conductor si me las vendía; me respondió afirmativamente.

Cuando concluimos con la transacción, le pregunté de dónde venía y me contestó que a veces iba a vender flores a Homún, pues tenía una florería en el vecino pueblo de Huhí; sin embargo, la incógnita continúa hasta el presente ya que fue demasiada casualidad que en una carretera que casi nadie utilizaba en aquellos tiempos, hubiera aparecido un vehículo con tantas rosas y gladiolas.

Posteriormente, y luego de externar una sonrisa de oreja a oreja regresé a la brecha donde aguardaba la llegada del *h'men*, que a los pocos minutos llegó con unas bonitas flores nativas de la población de Homún, Yucatán, México donde nos encontrábamos. Luego, nos dirigimos al sitio y armamos junto a la pequeña boca del cenote la mesa que serviría de altar y la ornamentamos con todas las flores. Pasados algunos minutos comenzaron a llegar los amigos, y estando reunidos en el sitio, les narré de algunos periplos que tuvimos con Enrique a lo largo de tantos años, así como del importante legado que nos había dejado. Cabe mencionar que entre los asistentes estaban dos hermanas de Enrique y su hijo varón. Posteriormente, expliqué que un día antes armamos un equipo para iluminar el cenote y ajustamos unas escaleras para que las personas que quisieran descender hasta el espejo de agua lo hicieran de una manera segura, pues ésta se encuentra a unos 12 metros de profundidad, con dirección a un

pequeño islote.

Posteriormente, el sacerdote maya inició el ritual y luego de pedir permiso a las deidades que habitan en el cenote, paulatinamente les fue solicitando autorización para que nos permitiesen entrar a las aguas a cada uno de los amigos que daríamos el último paseo subacuático con los restos de nuestro amigo, pues de acuerdo con el *h'men*, siempre hay que hacer esa petición para poder entrar, pues de lo contrario, los *aluxitos* o los *malos vientos* podrían hacernos daño.

Una vez concluida la ceremonia y dando el sacerdote la pauta final, de pronto una de las hermanas de Enrique se le acercó, lo sujetó del brazo, lo jaló y haciendo un notable sonido simulando al viento, le sacudió el brazo con dirección al cielo. Con los ojos cerrados y con la cabeza erguida en la misma orientación, movió sus hombros y cuello, y con el brazo derecho, señaló al *h'men* haciendo movimientos hacia arriba y abajo ininterrumpidamente mientras decía —Padre, Hijo y Espíritu Santo-, para luego comenzar a hablar en una lengua desconocida durante unos tres minutos aproximadamente, al tiempo que señalaba a su alrededor, pero sin perder la dirección del acceso al cenote. De repente, la mujer, ya en trance y con los ojos a 20% con dirección superior comentó:

—Mi hermana está hablando una lengua muy antigua. No estamos solos, alrededor de nosotros hay gente, son hombres que su piel es diferente a la nuestra, tienen un taparrabo que no es de tela, parece como de algún vegetal. También hay animales, hay uno que tiene pintas -posiblemente refiriéndose a un jaguar-, y otro es de color negro, pensaríamos que se trata de un jaguarundi, pues cabe mencionar que estos felinos, debido a cuestiones genéticas, en ocasiones son de color negro.

Y continuó:

—Del cenote salió una mujer muy bonita, no tenía ropa y su cuerpo estaba cubierto por el agua del mismo cenote, vive allá hace

miles de años. —En seguida y sin soltar al *h'men*, le viró la mano y le puso la suya encima, y uniendo ligeramente las palmas, los fue despegando paulatinamente, pero con suaves movimientos hacia arriba y abajo, sin decir alguna palabra, hasta que lentamente las fue separando, y luego se alejó un poco y comenzó a mover los hombros y cabeza de manera que daba muestra de tensión, al tiempo que mantenía los ojos cerrados, para luego abrirlos y con una mirada que aparentaba estar en trance, comenzó a hablar en esa lengua, al tiempo que paulatinamente se relajaba. Se dirigió al sacerdote y le dijo que le había entregado una corona de flores y un balde con agua purísima que brillaba como de mil colores.

Mientras tanto, todos observábamos y escuchábamos con absoluta atención y sorpresa, al tiempo que filmaban las cámaras de Alejandro Vázquez, de Julio Moreno -camarógrafo de la periodista Flor Castillo, quien también estaba presente-, de Sergio Garduño, otro amigo que asistió al evento, de Mario Sánchez y de una televisora de cadena nacional, así como las cámaras fotográficas de José Palacios y Paco Martín, sin omitir al jefe de noticias de dicha televisora, que con su teléfono tomaba algunas imágenes.

Concluida esta inesperada etapa, un compañero dijo una oración en maya y luego en español, para proseguir con el paseo subacuático y disposición final de las cenizas. Transcurridos algunos minutos, descendimos al agua, e iniciamos la inmersión y el recorrido subacuático para luego depositar las cenizas en su morada final, que sería entre dos vasijas prehispánicas. Fui yo el que iba adelante guiando e iluminando el camino; Raúl Vázquez transportó la urna, los compañeros César Ruiz, José Palacios, Sergio Garduño y Mario Sánchez venían detrás de nosotros, mientras Alejandro Vázquez filmaba la travesía.

Una vez concluida esta acción, nos dirigimos al sitio final y entre dos vasijas prehispánicas liberamos las cenizas, para luego ascender

paulatinamente hacia la superficie. Estando ya en el espejo de agua, convencí al hijo de Enrique –Abraham–, que buceara con nosotros por primera vez, pues nunca lo había hecho, y luego de ponerle el equipo, dimos una pequeña vuelta y le mostré el sitio donde habíamos depositado las cenizas de su padre.

Finalmente, nos despedimos de todos, desarmamos el equipo y nos regresamos a Mérida y, al llegar, bajamos el material fílmico de Alejandro a la computadora, pues debíamos entregarlo a primera hora a las televisoras que transmitirían el reportaje. Estando ya en esa acción, observamos que todas las tomas subacuáticas habían salido borrosas, a excepción de una: justo el momento cuando el hijo de Enrique había buceado. Además, comentó Alejandro que cuando la señora habló durante la ceremonia en el cenote, su cámara se apagó cuatro veces y no se explicaba la razón, pues su equipo era muy sofisticado –Canon 5D–, y nunca le había sucedido algo así. Menos aún se explicaba cómo era posible que toda la filmación subacuática hubiera salido borrosa, a excepción de la parte en la que enfocaba a Abraham, pues estaba programada en automático y si las partículas en suspensión hubieran provocado algún rebote, la situación debió haber sido similar en cualquier momento.

Cabe mencionar que un día antes filmamos en el mismo lugar y con la misma programación de la cámara y todo salió perfecto. Pero la situación se volvió más extraña cuando observamos que el volumen de grabación bajó su intensidad drásticamente cuando la señora habló. Era realmente increíble que antes de esa intervención el volumen fuera normal, y al intervenir ella se hubiera registrado esa variación, y cuando concluyó, todo volvió a la normalidad.

Ante esta situación, me di a la tarea de pedir a los demás camarógrafos todas sus filmaciones y fotografías, pues nuestra intención era documentar el evento. Así que solicité sus imágenes a José Palacios y me respondió que no se explicaba lo que había

sucedido con su cámara –Canon 3D-, pues al momento que la señora habló, se bloqueó y no pudo tomar fotos hasta que concluyó. Era increíble, pues nunca le había sucedido. Pero la experiencia de este periodista no había concluido allá, pues su otra cámara, la subacuática, se había inundado durante el buceo de la disposición final de las cenizas.

A Sergio Garduño, extrañamente, en el mismo en que la hermana entró en su trance, se le acabaron las pilas de su cámara y no pudo filmar. Para el caso, entrevisté al camarógrafo de Cadena 3, Julio Moreno, quien me dijo que, al momento citado, sintió algo muy extraño, un calor nunca experimentado en su vida, al grado que comenzó a sudar como pocas veces y empezó a sentir una sensación tan rara que se quería ir del lugar. Pero lo más increíble de todo fue que su cámara filmadora perdió el foco automático y tuvo que grabar manualmente. No se explicaba qué había sucedido.

Al hablar con César Ruiz –quien había buceado con nosotros y bajado su cámara *Canon Rebel*– y pedirle sus fotos, nos dijo que no había salido ninguna. Por su parte, un reportero de TV Azteca de apellido Moreno, me comentó que al momento que la señora hablaba, captó una foto con su celular, la envió por twitter, pero no entendía lo que había sucedido, pues además de que no pudo enviarla, la imagen se perdió.

Finalmente, la filmación más completa que se pudo lograr la hizo el antropólogo Erik Torres, quien confesó que no se percató de nada y logró obtener 2:30 minutos de grabación, a los que le sumamos varios "pedazos" de grabación de todas las cámaras, ya que como cité, unas se descompusieron, otras grabaron sólo por momentos y en otras se bajó totalmente el volumen.

Por otra parte, ya en otras ocasiones habíamos experimentado sucesos difíciles de explicar y en los cuales estuvo presente Enrique, quien siempre aseguró que no había algo más allá de la física,

exceptuando el caso del cenote *Los Aluxes*, donde los sucesos que experimentamos nunca los pudimos explicar y él, siendo un hombre radicalmente escéptico, siempre reconoció que esa vivencia fue única, desconcertante y fuera de toda lógica.

Sin duda, la existencia de eventos paranormales es cuestionada desde muchas esferas; sin embargo, esta situación no es discutida por los campesinos y apicultores mayas, quienes creen fervientemente en la existencia de seres sobrenaturales que habitan en estas bellas formaciones y a los que les atribuyen diversas acciones, desde las más inocuas hasta las más maléficas, y es por eso que siempre nos recomiendan que tengamos mucho cuidado al internarnos a sus entrañas.

Acerca del autor. Sergio Grosjean Abimerhi es explorador desde el año 1994, además de arqueólogo egresado de la Facultad de Ciencias Antropológicas de la Universidad Autónoma de Yucatán. Ha recibido diversos reconocimientos locales, nacionales e internacionales por su labor como ambientalista, explorador y escritor. Su obra se compone de diez libros y alrededor de 500 artículos científicos y de divulgación con temáticas relacionadas con la cultura yucatanense, acerca de exploración e investigación. Desde el 2006 coordina un programa de rescate integral de cenotes, con el que se han saneado alrededor de 120 de estas cuevas inundadas. Es socio fundador de varias asociaciones civiles que se relacionan con el cuidado y preservación de la cultura material e inmaterial y del ambiente natural en el estado de Yucatán.

Una aproximación inesperada en el juego de pelota de Dzibanché.

Antelma Isabel Premió Vázquez [106]

En septiembre de 2007 cursaba el quinto semestre de la carrera de Arqueología en la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH) y la emoción llegaba porque, por fin, se pondrían a prueba y en práctica los conocimientos teóricos adquiridos en las aulas. Diferentes materias y materiales que estudia la arqueología, cómo se hace la arqueología, las diferentes corrientes teóricas, etcétera, eran ya temas de nuestro entendimiento y ahora llegaba el momento de nuestra primera práctica de campo.

Desde el primer semestre todos los estudiantes de mi grupo teníamos claramente perfilados nuestros intereses, es decir, el área y el tipo de sociedad que nos gustaría estudiar. Con ello, llegado el momento de las prácticas teníamos la ventaja de poder escoger, de entre varios proyectos arqueológicos, aquel que más nos interesara, para sumarnos a él y colaborar en las distintas actividades programadas. Por su parte, el director del proyecto también tendría la seguridad de contar con estudiantes interesados en formarse dentro de la zona geográfica y cultural del proyecto y, quizá más tarde, hasta de formar parte del equipo de trabajo.

Desde el principio de la licenciatura fue grande mi interés por la arqueología mesoamericana, en especial la relativa a los mayas, que fue la que realmente me impulsó para decidirme a dedicar mi vida al estudio del pasado. Todo el tiempo pensaba en la forma de vida de los mayas, en lo que habría sido vivir en esa área en aquella época, haber

formado parte de una sociedad tan compleja; eso siempre me llenó de curiosidad e intriga.

Afortunadamente llegaría mi acercamiento con la sociedad maya, y además guiada por uno de los grandes mayistas del país. Ello ocurrió así cuando se abrió la materia de Técnicas de Investigación Arqueológica, la que se conoce coloquialmente como recorrido se superficie y uno de los proyectos en el área maya era en el sur de Quintana Roo, en el sitio arqueológico de Dzibanché. La materia la impartían el doctor Enrique Nalda y su asistente, la doctora Sandra Balanzario. Yo había cursado Teoría Arqueológica II con ellos durante el semestre anterior y me había gustado mucho el curso.

Además del interés por el tema y el gran conocimiento que ofrecían, me llamó la atención la enorme pasión que mostraba el profesor por la arqueología y en especial por los mayas. De hecho, desde un principio el doctor Nalda aclaró que él era mayista, que estudiaba y trabajaba en la zona Maya y que, en consecuencia, las lecturas a veces estarían enfocadas a esa zona en su totalidad. Siempre supo ubicar a la gente que estaba interesada en la zona y que, por tanto, le gustaría trabajar con él, pensando en invitarnos para sumarnos al proyecto una vez concluida la formación escolar en la ENAH. Por supuesto que no fui la excepción; de antemano el profesor me había propuesto matricularme en su curso de recorrido para el siguiente semestre, y yo no tuve que pensarlo: simplemente acepté.

Ya formado el equipo para las prácticas de campo; disfrutaba pensar en lo que sería aplicar lo aprendido en clase con el profesor Nalda. Por otra parte, la emoción y el nerviosismo que me embargaban eran grandes, porque además yo no conocía muy bien la zona ni había visitado sitios arqueológicos de la región. No tenía idea sobre lo que íbamos a enfrentar y me inquietaba lo que sería la arqueología en la práctica, pues había escuchado comentarios de mis compañeros de generaciones anteriores quienes afirmaban que “¡Nada

de lo que te enseñan en clase se parece al campo!”.

Finalmente, llegó el día en el que nos encontramos en Dzibanché. El profesor Nalda, presente en todo momento, nos mostró el lugar, explicando la manera en que haríamos recorridos por distintos sectores de la región con la idea de elaborar croquis y levantamientos de estructuras y elementos arqueológicos para completar el mapa del sitio, tanto de la zona central como de la periferia, que era uno de los objetivos principales de la temporada. A partir de éste se podrían hacer estudios sobre patrón de asentamiento y sobre la distribución y posible función de las estructuras.

Nos organizaron en equipos de tres estudiantes, cada uno asignado en alguna zona en particular. Mi equipo quedó formado por Mariana Toledo, Alan Jasy Nieves y por mí, y la labor que nos correspondió consistió en hacer el plano del doble juego de pelota. Previamente lo habíamos visitado con todo el grupo y el profesor comentó que era uno de los lugares más importantes del sitio, a pesar de no encontrarse en la zona central, sino un poco alejado. Nos hizo ver que no se trataba sólo de uno si no de dos juegos, complejos que de entrada era difícil entenderlos ya que el lugar estaba totalmente enmontado, cubierto por una densa maleza. Era evidente que hacía tiempo que nadie lo visitaba.

Y sí, en el lugar se respiraba una atmósfera de abandono, además de que el día que allí estuvimos acontecieron ciertos hechos que aún no puedo explicar y mucho menos entender el por qué, o cómo sucedieron.

Mis compañeros y yo comenzamos por recorrer el lugar para organizar el trabajo y ponernos de acuerdo sobre la manera adecuada de registrar las medidas, trazar el plano del juego de pelota y amarrarlo (es decir, relacionarlo) con la zona central del sitio.

Para ello, Alan Jasy comenzó a chapear (retirar con machete) algo de la maleza que cubría los muros de las estructuras, porque tanta

vegetación nos dificultaba determinar la orientación correcta y la longitud de los muros. Yo le ayudaba también a quitar un poco de aquella vegetación, cuando de pronto empecé a sentirme incomoda; en todo momento sentía la necesidad de no despegarme de mis compañeros, no quería quedarme sola y desapareció mi ánimo por andar curioseando por allí; tenía miedo a perderme en medio de la selva. Mariana estaba muy concentrada haciendo anotaciones en su libreta de campo mientras trazaba un pequeño croquis en el que anotaría las medidas correspondientes, para pasarlo en limpio ya en el campamento, y poder presentarlo al profesor.

Comenzamos a medir la estructura; caminábamos los tres en fila con el objetivo de medir uno de los extremos de los cabezales de la estructura. En ese momento paso por mi mente un pensamiento

—¡Alan nos jugará una broma para asustarnos!, —pues le gustaba ser bromista.

—¡Estoy segura de ello!, —me dije. Y, en ese momento, las ramas de los árboles empezaron a moverse, como si algún animal, (quizá algún saraguato o mono aullador) hubiera pasado tirando estrepitosamente hojas secas y ramas de los árboles. Alan era el último de la fila, así que volteé para advertirle: —¡No te pases de listo! ¡No estamos jugando y no intentes asustarnos! —, pero él sólo puso cara de extrañeza.

Seguimos caminando unos metros más y desde un lado de nosotros vimos claramente un palo girar de atrás hacia adelante, para quedar justo en frente de nosotros. Me detuve junto a Mariana y ambas, ya muy enojadas, le reclamamos a Alan para que se dejara de juegos. Pero él respondió muy serio y con el rostro pálido:

—¡Yo no fui! ¡Yo no fui!

Le reprendí e insistí que no fingiera, que no se hiciera el inocente, que él traía un palo en la mano, pero mostró que aún lo traía y

entonces comenzamos a preocuparnos. Justo cuando discutíamos sobre lo que había pasado, las copas de los árboles empezaron a agitarse violentamente, con mucha intensidad. Volteamos desesperadamente hacia arriba y hacia los lados, tratando de identificar la causa, es decir, qué era lo que ocasionaba el movimiento de esa manera, pero de manera repentina todo cesó, las ramas dejaron de moverse, aunque no vimos nada salir, brincar o correr de entre la maleza, nada que nos diera un indicio de lo sucedido.

Mariana comenzó a ponerse pálida y a incomodarse de tal modo que lucía realmente desesperada. En ese momento comencé a escuchar un zumbido muy fuerte, mientras crecía la sensación que algo malo se aproximaba hacia nosotros con mucha velocidad. En el peor de mis pensamientos creí que venía un jaguar o algún otro animal salvaje corriendo hacia nosotros, mientras el zumbido se escuchaba mucho más intenso y cada vez más próximo. Mariana comenzó a gritar desesperada:

—¡Déjenos en paz!, ¡déjenos en paz! ¡No venimos para hacer nada malo!

Yo estaba estupefacta y observaba a mi aterrorizada amiga, sin saber por qué gritaba así. Nunca la había visto ponerse así, tan fuera de sus cabales y con tanto miedo, mientras miraba continuamente hacia todos lados, abriendo los ojos lo más que podía. Alan por su parte, se había quedado paralizado, igual que yo, pálido pero rígido, con el machete en la mano. El zumbido nos envolvió, se escuchaba y se sentía a nuestro alrededor, pero lo que se aproximaba hacia nosotros, fuera lo que fuera, se detuvo súbitamente.

Todavía tensos nos quedamos muy juntos, exactamente donde estábamos, hablando sobre lo sucedido, tratando de encontrar una explicación a lo que había pasado momentos antes. No me separaba ni un momento de ninguno de los dos, mientras Mariana trataba de calmarse, pero seguía muy asustada por lo que nos apresuraba a

terminar el plano y poder regresar pronto al campamento, sin esperar a que Milo, cuidador y chofer del proyecto, pasara por nosotros.

Traté de guardar la compostura todo el tiempo, pero en mis adentros estaba aterrada, y quería salir corriendo de allí. Ya no quería estar en ese lugar ni un instante más, pues tenía una sensación muy extraña: sentía como si nos observaran a través de la selva y tenía miedo de volver a escuchar y a sentir de nuevo el zumbido y la vibración anteriores.

Muy a nuestro pesar retomamos el trabajo, pues faltaba poco para la hora de regresar al almuerzo. Alan tuvo que avanzar con la cinta métrica para retomar la medición del muro lateral, por supuesto que también en contra de su voluntad, pues tenía miedo de separarse de nosotras y quedarse a solas. Y es que los tres nos sentíamos muy incómodos, el ambiente estaba muy denso y nos transmitía una terrible sensación; era como si mucha molestia o enojo llenara el lugar.

A lo lejos se escuchó a Alan gritar la medida del muro y en seguida escuchamos que algo nos decía:

—¿Si?, ¿Qué quieren? —Nosotras le gritamos:

—¡No te estamos hablando! —De pronto lo vimos ya de regreso. Le pregunté por qué se había regresado, pues debería de quedarse todavía por allá para concluir con las otras medidas, pero él con un tono sombrío sólo dijo:

—Ustedes me llamaron, ¿no?

—¡No!, —le respondimos. Y entonces se puso pálido al tiempo que nos decía que había escuchado unos murmullos llamándolo y él había creído que éramos nosotras.

Volví a sentir miedo, pero sin externarlo le dije que nadie le había hablado. Pero él muy asustado dijo:

—¡Yo no voy a regresar a aquel extremo!

Estábamos muy tensos, no podíamos seguir trabajando; el ambiente se hacía cada vez más pesado, con muy mala vibra (sensación), así que decidimos regresar en ese preciso momento y comentarle al doctor Nalda lo sucedido y pedirle que no nos hiciera volver allí.

Ya en el campamento, durante el almuerzo, narramos todas nuestras cuitas; todos nos escucharon atentamente. Los profesores Enrique y Sandra nos dijeron que no había nada que temer, que quizá habían sido animales que pasaron por allí, sin darle mayor importancia, dejando muy claro que ellos no creían en historias de fantasmas o algo que se le pareciera. En consecuencia, era muy claro que teníamos que regresar al juego de pelota para terminar el trabajo.

Milo, el chofer, nos apartó para comentar que ese era un lugar donde la energía no se movía, que nadie había andado por allá en mucho tiempo y que los aluxes[107] eran muy traviesos.

Más tarde las cocineras nos aconsejaron llevar algún dulce o fruta por si alguna mala energía andaba por allí o por si algún aluxe quería hacernos pasar un mal rato, lo que podíamos evitar si le ofrecíamos una golosina.

Llegó la hora de volver y acordamos hacer lo que nos recomendaron las cocineras: llevar frutas, dulces y una vela, así como pedir permiso para poder estar allí y perdón, por si al llegar no fuimos respetuosos y por irrumpir ruidosamente en el lugar, o por cortar la vegetación sin permiso. Yo no estaba segura de que funcionaria aquel improvisado ritual y en cambio sí estaba convencida de que seguirían asustándonos, quizá con más intensidad.

Cuando llegamos al lugar vimos que justo en medio de la cancha del segundo juego de pelota había unas piedras amontonadas, así que decidimos colocar ahí las cosas a manera de ofrenda, mientras

Mariana decía muy seria: —¡Venimos sin motivos de hacer mal, por favor; ¡déjenos trabajar, ya no nos asusten! ¡Sólo estaremos aquí un momento, en cuanto acabemos nos retiramos!

Continuamos registrando las medidas, pero en esa ocasión fue distinto. Conforme pasaba el tiempo el ambiente ya no se sentía tan pesado y nosotros nos sentimos más tranquilos. Nada extraño volvió a ocurrir y nada ni nadie nos molestó.

Es curioso; yo no sé si fue sugestión, pero lo cierto es que sentimos tranquilidad, al grado de que pudimos andar explorando por el lugar sin temor alguno. A pesar de eso, yo no me alejaba mucho, y trataba de que mis compañeros no me perdieran de vista, ni yo a ellos. Seguía teniendo mis reservas y por supuesto, algo de miedo. Lo cierto es que al final de la jornada conseguimos tener nuestro plano del doble juego de pelota y más que satisfechos, regresamos felices al campamento.

Desde ese día mi curiosidad no me dejaba y quería saber más acerca del doble juego de pelota de Dzibanché. Me di a la tarea de investigar más sobre el lugar y sobre esas estructuras en concreto; quería saber si habían sido excavadas o si había mayor información al respecto. En un estante del campamento encontré algunos informes del sitio y allí empecé a buscar.

Encontré que el friso del doble juego de pelota, en especial del segundo, estaba ricamente decorado con estucos modelados, con personajes de élite. Los rostros portadores de símbolos asociados al poder habían sido totalmente destruidos en la antigüedad, mientras que fue respetado el que correspondía al único individuo de menor estatus. Por ello, entre otras razones, los investigadores infieren que en el Clásico tardío se confrontaron intereses antagónicos entre la elite y la base social del lugar.

Lo anterior me hizo pensar que aquellos hechos, aquella realidad que quedó reflejada en el tiempo (con la mutilación intencional de los

rostros de los señores en el friso), aquel ambiente pesado y tenso, aquellos momentos de agitación social en donde las cosas debieron de ser muy difíciles, quizás y de alguna manera, también se quedaron inundando el ambiente del juego de pelota. Pero la verdad, es que quién sabe.

Acerca de la autora. Antelma Isabel Premió Vázquez es arqueóloga por la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH) en México. Ha colaborado en distintos proyectos del área maya, en los que destaca Complejo CALICA, Dzibanché, Plan de Ayutla y Calakmul. Sus temas de mayor interés son el patrón de asentamiento y en especial en el estudio de conjuntos residenciales y domésticos. Actualmente es integrante del equipo de trabajo del Proyecto Tizacalco, en Milpa Alta, México.

Don Polo

Adriana Velázquez Morlet[108]

Cuando en 1993 llegamos a trabajar por primera vez a la zona arqueológica de Kohunlich, en Quintana Roo, nos encontramos con que en la brecha de acceso a un conjunto monumental sin explorar conocido como "Los Tres Hermanos" (ahora llamado Ya'axná), se levantaba una pequeña casita de guano donde vivía un anciano amable y platicador a quien la gente del poblado de Francisco Villa conocía como don Polo; a partir de los vecinos nos enteramos que no tenía familia y que llevaba mucho tiempo viviendo ahí.

Apenas supo del inicio de los trabajos arqueológicos en el lugar, don Polo fue a verme para pedir trabajo, pero por su edad y condición física hacían difícil incorporarlo a las cuadrillas de excavación, las que requerían de mucho esfuerzo, así que le ofrecí quedarse a trabajar en el campamento para ayudar con la limpieza y la preparación de los almuerzos de los albañiles de Oxkutzcab.

Don Polo aceptó de buen grado y pronto se convirtió en amigo de todos los que trabajaban por ahí; ayudaba a las cocineras, barría las terrazas y hasta hacía pequeñas reparaciones. Comía con nosotros después de la jornada en campo, y después regresaba a su casita en el camino a Los Tres Hermanos; como no gastaba en comida, guardaba su sueldo y decía que cuando tuviera lo suficiente, haría un viaje para buscar a familiares que vivían en Tabasco.

Unos meses después de iniciar el proyecto, enfermé de dengue y tuve que quedarme en mi hamaca casi una semana. Don Polo iba a verme todos los días y a preguntarme cómo seguía; una tarde que me

sentí casi recuperada, volvió a pasar por mi ventana y me hizo señas de que ya se iba. Supuse que se iba a su cabaña así que sólo me despedí de él, esperando verlo al día siguiente.

Al otro día me reincorporé al trabajo en campo; había mucho por hacer, así que no me ocupé de don Polo hasta que terminó la jornada y regresamos al campamento. No lo vi comiendo con los trabajadores y pregunté por él, pero me dijeron que no lo habían visto en toda la semana. Les dije que eso era imposible, pues yo lo había visto todos los días que estuve enferma; como no me creyeron, fuimos a buscarlo a su casita, pero la encontramos vacía y con sus escasas pertenencias revueltas. Parecía que efectivamente hacía días que no estaba por ahí, y tampoco había evidencias de que se hubiera ido de viaje, pues ahí estaban sus viejas botas y la camisa de cuadros que se ponía para ir a hacer compras al pueblo de Francisco Villa.

Dimos aviso a la policía local, y llegaron un par de elementos que de mala gana revisaron el lugar, concluyendo que algún lugareño lo habría matado para robarle sus ahorros, pero nosotros seguimos buscando a don Polo durante días, hasta que perdimos la esperanza de hallarlo.

Nunca entendí cómo fue que siguió yendo a visitarme cuando ya había desaparecido, pero las cocineras afirmaron que su espíritu regresó para cuidarme y despedirse, pues estaba muy agradecido por el afecto que había recibido de nosotros, por mi parte. Quiero creer que en el más allá hay alguien que me aprecia y sigue pendiente de mí.

Acerca de la autora. Adriana Velázquez Morlet cursó la licenciatura en Arqueología en la Escuela Nacional de Antropología e Historia. Se ha especializado en el estudio de la cultura maya, tema sobre el que ha escrito numerosos artículos y trabajos y ha presentado conferencias y ponencias en numerosos foros nacionales e internacionales. Participó

en el Gran Proyecto Atlas Arqueológico Nacional. Es directora del Proyecto Arqueológico Kohunlich. Ha sido directora del Centro INAH Quintana Roo y del Centro INAH Campeche.

“Es que anda molesto el Yumtzil”

Luis Alberto Martos López[109]

En 1984 el incansable doctor Román Piña Chan, con el apoyo del gobierno del estado de Campeche, echó a andar un vasto proyecto para la investigación y conservación de algunos de los sitios arqueológicos del sur de la entidad. Se trabajó entonces Calakmul, a cargo de William Folan, Chicanná, con Ramón Carrasco y El Tigre dirigido por Ernesto Vargas, todos bajo la coordinación del doctor, quien se encargaría personalmente de las labores en Becán y Hormiguero.

Como se requerían muchísimos colaboradores, Piña Chan extendió una invitación al extenso grupo de estudiantes que abarrotábamos sus clases, de donde muy pronto se hizo una larga lista de interesados que fueron distribuidos en los distintos sitios, salvo en Chicanná, donde Ramón Carrasco tenía ya su propio equipo de estudiantes de la UADY.

Por ese entonces, que para mí fue el último año de la carrera, cursaba un par de seminarios con el doctor, así que muy entusiasmado hablé con él manifestando mi especial interés por Hormiguero, sabiendo que el jefe de campo sería mi buen amigo Ricardo Bueno, con quien ya había trabajado en Palenque y quien lamentablemente moriría muy joven, once años más tarde. Lo cierto es que don Piña accedió amablemente a mi petición y así, con gran entusiasmo vine a sumarme al equipo de trabajo de ese imponente sitio que es tan representativo del área Río Bec[110].

Quien ha visitado Hormiguero sabrá que existe una carretera que

desde Xpujil llega directamente al sitio; es un tramo de unos 18 kilómetros que no toma más de treinta minutos en recorrerse, pero en ese entonces la cosa era muy distinta pues en vez de carretera había que ir a través de tres brechas: la primera, un camino blanco de sascab[111], lleno de baches y surcos, pero transitable a fin de cuentas; el segundo una brecha irregular y lodosa de la anchura de una pick up y el tercero, un sendero que con dificultad se abría paso a través de la espesa selva, por la que apenas cabía el vehículo, lo que obligó a paradas continuas, durante la primera entrada, para que los trabajadores fueran chapeando las orillas, cortando ramas que cerraban o bloqueaban el paso y aun arrastrando troncos y leños que obstruían la vía; total que este recorrido que ahora se hace relativamente rápido, en ese entonces nos tomaba casi las tres horas, dependiendo de las condiciones del clima y del terreno.

Era gracioso ver cómo los vehículos del proyecto se iban quedando de lado en alguno de los tramos, (hasta solíamos hacer apuestas de hasta dónde avanzaba cada uno). Y digo vehículos en plural porque, aunque ahora suena increíble, en ese tiempo un proyecto podía contar con varios de ellos. Lo cierto es que, si llovía, resultaba imposible entrar o salir, dependiendo en dónde te encontrabas, a menos, claro está, que tuvieras la Jeep 4 x 4, que era la única capaz de lograr el recorrido total independientemente de las condiciones del clima.

Lo que quiero señalar es que el sitio de verdad estaba en medio de la nada y si se quería optimizar el trabajo, resultaba imprescindible levantar un campamento para no perder seis horas o más en los traslados diarios.

Don Piña mandó construir un campamento que al principio sólo consistió de un largo galerón o palapa de palos y techo de lámina de cartón para los trabajadores y una cocina con un cuarto para las cocineras, pues teníamos cerca de 50 trabajadores entre albañiles de

Oxcutzcab, varios jornaleros locales de los ejidos cercanos y aún choles de Chiapas, más tres cocineras y toda una granja de pollos y pavos, porque no era fácil conseguir carne por la zona.

Tomando por base el campamento de Becán, en donde ya se habían iniciado los trabajos de excavación, nosotros íbamos y veníamos hasta Hormiguero, concentrados en la construcción de las palapas y en el arreglo de una vieja pila que años atrás habían levantado Ramón Carrasco y Agustín Peña, pues en la zona tampoco había fuentes del vital líquido, salvo una somera aguada de temporal con aguas amarillentas.

Una vez iniciada la construcción del campamento, el doctor ordenó el inicio de la excavación de la Estructura II, por mucho la más monumental y emblemática del sitio, con su enorme mascarón de reptil con fauces abiertas o más propiamente "fachada zoomorfa integrada".

Después de un par de semanas de trabajo, con la pila ya habilitada y llena de agua, Piña Chan nos dijo a Ricardo y a mí, que a partir de la siguiente semana los tres nos quedaríamos en el sitio, pero, ay el destino, que de pronto todo lo trastorna...

Ese lunes muy temprano el doctor me envió por delante para llevar a los trabajadores con la instrucción de continuar la exploración del edificio y concluir los detalles del galerón en donde nos instalaríamos junto con ellos, en tanto construíamos una palapa para los arqueólogos. Habrá que aclarar que hasta ese momento la "champa" no tenía paredes, sino que se reducía a los postes y la techumbre, pero como estábamos en la última etapa de la temporada de calor, eso no representaba problema alguno.

Así las cosas, salí con los trabajadores en avanzada siguiendo las instrucciones de "don Doctor" (como lo llamaban respetuosamente los trabajadores), con la seguridad de que Ricardo y él me alcanzarían más tarde, como a medio día. Pero, como reza la canción, dieron las

doce y la una y las tres, y nada que llegaban, lo que empezó a inquietarme. Empezaba a caer la noche cuando se escuchó el motor de una camioneta, salí a esperarla, pero no eran ellos sino Mauricio, el esposo de mi amiga y colega María de la Luz Gutiérrez, quien había entrado sólo para llevarnos alimentos y materiales y para contarme que don Piña había sufrido un terrible accidente: se había caído mientras daba instrucciones a los trabajadores en la Estructura II de Becán.

El edificio había sido parcialmente explorado en años anteriores y el doctor subió por un muro hacia la parte superior, que aún estaba cubierta de escombros; pero la piedra sobre la que se apoyó se soltó y don Piña cayó de espaldas (unos tres o cuatro metros) y se estrelló contra el piso de la crujía, que estaba cubierto de piedras que se habían removido.

Supe de los avatares para llevarlo hasta Chetumal acostado sobre un catre en la caja de la Jeep (en una carretera que entonces era de doble sentido y solía estar en muy malas condiciones), para de allí trasladarlo en avión hasta México. Ricardo Bueno había tenido que marcharse a Campeche, para notificar el funesto accidente en el Centro INAH y para hacer los arreglos administrativos necesarios para garantizar los recursos del proyecto, mientras María de la Luz volaba a la Ciudad de México para solicitar los apoyos que garantizaran la continuación del proyecto. Una vez descargada la camioneta Mauricio me dijo que tenía que volver a Becán y que yo me quedaría a cargo de Hormiguero hasta que Ricardo volviese.

Todavía consternado por la mala noticia, tan pronto y la camioneta desapareció por la oscura brecha, terminé algunas actividades del día y me fui a mi hamaca y busqué un buen lugar en el galerón para colgarla; escogí una esquina para estar en el extremo, justo en la entrada de aire pues yo bien sabía de los aires nocturnos que los albañiles solían arrojar sin el menor escrúpulo. Ya instalado

me acosté, leí un rato alumbrando con una lámpara de mano y caí profundamente dormido.

En la mitad de la noche, entre las dos y tres de la mañana, me despertó una pesadilla: soñaba que una oscura silueta caminaba en torno a la palapa y se aproximaba amenazante; desperté: estaba empapado en un sudor frío y entonces lo escuché por primera vez. Se oía claramente el crujir de la hojarasca a causa de las pisadas de alguien que caminaba alrededor del galerón. Claramente percibí el momento en que pasó cerca de la esquina en la que yo estaba, continuó alrededor de la casa, pero no dio el giro completo, sino que al llegar al extremo opuesto caminó de vuelta y los pasos se sintieron otra vez justo frente a mí.

Al principio pensé que sería algún trabajador que habría ido a sus necesidades, pero el hecho de que rodeara la palapa en 180 grados y repitiera el recorrido en sentido opuesto, me demostró que no era el caso; pensé entonces que sería algún animal, lo que me intranquilizó aún más, pues sabíamos que un jaguar había sido avistado por la zona. Y mientras yo entre preocupado y asustado escuchaba las pisadas y pensaba sobre su posible origen, de pronto se escucharon voces y aparecieron las luces de las lámparas de un grupo de trabajadores que habían salido para buscar cazar algo. Entraron a la palapa y se acostaron con gran algarabía, después todo quedó en silencio, pero yo aún permanecí despierto un rato hasta que, sin darme cuenta, caí en sueño profundo hasta la mañana siguiente.

Al día siguiente noté a los trabajadores mucho más serios de lo habitual, mientras en voz baja murmuraban entre ellos. Les pregunté entonces si alguien se había levantado durante la noche o si sabían qué habían sido esos pasos alrededor de la palapa. Se me quedaron mirando, pero no dijeron nada, sólo uno de ellos me dijo que habían sido los cazadores, pero aclaré que esto había sucedido mucho antes, pero ya no me respondieron, dieron la vuelta y siguieron trabajando.

Y así, en los distintos grupos que pregunté acerca de los sucesos nocturnos, la actitud fue la misma: todos adoptaron un aire de gravedad, negaron con la cabeza y siguieron trabajando.

Más tarde, a la hora del “keyem”[112], Aurelio, el cabo de los albañiles me buscó y me dijo que los trabajadores le habían contado sobre mi interés por “los pasos”. Yo le comenté sobre la negativa de todos para platicar sobre el asunto y entonces afirmó con gravedad:

—¡Los muchachos tienen miedo, claro que todos escucharon los pasos, pero están muy preocupados!

—¿Por qué? –pregunté yo.

—Es que anda molesto el *Yumtzil* –dijo.

—Porque lo que tú oíste durante la noche fue el *Yumtzil*, que anda muy enojado porque estamos aquí. Él es el guardián de este monte y de estas ruinas y no nos quiere aquí...

Efectivamente; yo había leído en etnografías sobre los mayas cómo aún persisten las creencias sobre los *Yumtziloob*, espíritus guardianes de la selva, las milpas, las ruinas y aún de los pueblos, y de cómo podían ser benéficos cuando se los procuraba o perjudiciales cuando la gente no sabía cómo ganárselos para hacerlos aliados.

Pasé más de una semana a cargo del sitio, multiplicándome para atender todos los frentes de trabajo y sin tener noticia alguna de lo que había ocurrido con el doctor ni si ya habrían vuelto María de la Luz y Ricardo. A pesar del cansancio, varias noches ocurrió lo mismo; ya no la pesadilla de la sombra que se acercaba, pero sí el despertar para escuchar los insistentes pasos caminando de una esquina a la otra de la casa. Sabía que los trabajadores también los escuchaban, pero no se volvió a hablar sobre el asunto.

Fue a mediados de la segunda semana cuando una tarde, después de la comida, se escuchó el motor del vehículo que trajo al buen Ricardo. Me puso al tanto de la grave situación de don Piña, quien se

había roto la columna y que aún estaba en terapia intermedia en México, del enorme apoyo del Ingeniero Joaquín García Bárcena, entonces Presidente del Consejo de Arqueología, y del director del Centro INAH, José Enrique Ortíz Lanz, quienes ayudaron para que los proyectos pudieran continuar. Yo lo puse al tanto de los avances en el trabajo, pero no le conté nada sobre sombras ni pasos nocturnos.

A la mañana siguiente, mientras tomábamos café, Ricardo ojeroso y cansado me contó que por la noche no había podido dormir, que a mitad de la noche había tenido una desagradable y extraña pesadilla en la que una oscura silueta trataba de alcanzarlo y él, sobresaltado despertó, para escuchar que en realidad alguien caminaba en torno a la casa, pero que extrañamente no le daba la vuelta completa sino que llegando al otro extremo del galerón volvían en sentido inverso; me dijo que él se había asustado pensando que era un animal y que ya no había podido dormir bien. Sorprendido, le narré mis propias experiencias, la actitud de los trabajadores al respecto y los comentarios de Aurelio sobre el *Yumtzil*.

Conforme avanzó el trabajo, se cerró con bajareque la palapa de los trabajadores y se construyó una con dos estancias para arqueólogos y estudiantes. Por supuesto que la exploración y restauración de la Estructura II siguió adelante.

Lo curioso del asunto es que esta historia se repitió con otros colegas que fueron sumándose al proyecto y aún por los estudiantes de don Piña que venían a sus prácticas de excavación. Nosotros nunca les advertíamos para no asustarlos, ni predisponerlos, pero siempre sucedía de la misma manera: la primera experiencia se iniciaba con la pesadilla de la sombra tratando de alcanzar a la persona, el despertar sobresaltado y los pasos...

En la pesadilla de una arqueóloga, la sombra se plantaba frente a la puerta de la palapa, introducía una oscura mano entre el bajareque y trataba de desatar la cuerda con la que la cerrábamos la puerta por

las noches. Rodolfo, otro estudiante amigo mío, recién llegó, le conté sobre el *Yumtzi*l (pues le tenía confianza), pero se burló de mi ingenuidad, aseverando que él no creía en esas cosas, pero a la mañana siguiente ahí estaba todo ojeroso, cansado e impresionado, pues no sólo había visto a la oscura silueta en pesadillas extendiendo el brazo para alcanzarlo a través del bajareque, sino que cuando despertó, todavía alcanzó a ver la sombra de una mano estirándose hacia él, para luego desaparecer entre los palos para dar inicio al ritual de los pasos.

Noches oscurísimas, noches estrelladas, noches de luna llena, noches de vientos furiosos que agitaban terriblemente las ramas de los árboles y aún noches lluviosas, siempre podían percibirse claramente las pisadas. Por supuesto que todo mundo por las mañanas se ponía a buscar huellas, tratando de comprobar si era algún animal, pero nunca encontramos nada.

Una noche que me despertaron los pasos, después de un rato me armé de valor, me levanté, salí sigilosamente, a oscuras y afuera encendí mi lámpara, pero no vi ni escuché nada, como tampoco hubo algún animal que saliera corriendo, todo era silencio absoluto; caminé en torno a nuestra palapa y nada, me senté frente a la puerta y allí permanecí un buen rato; volví a mi hamaca, y tan pronto y me había acomodado, nuevamente se escucharon los pasos...

Cuando trabajo en campo me gusta realizar alguna visita nocturna al sitio arqueológico del que se trate; es una experiencia que siempre he disfrutado. Mi amigo Ricardo también me contagió la costumbre de organizar en sitios mayas una velada nocturna en el edificio principal, para escuchar “La noche de los mayas” de Silvestre Revueltas. Lo hicimos exitosamente en Palenque y en Becán, pero en Hormiguero nunca lo logramos; de hecho, lo intentamos sólo una vez, pero ninguno de los compañeros allí reunidos se sintió a gusto, pues estaban muy intranquilos por lo que decidimos cancelar el evento.

Y esto viene a propósito porque en octubre empezó a verse una luna rojiza espléndida, gigantesca, así que una tarde decidí ir a la Estructura II, aproveché el andamio que teníamos instalado en una de las torres y así, apostado desde arriba, con una hermosa panorámica de la selva, esperé para ver la puesta del sol y admirar la anhelada salida de la hermosa luna. Sin embargo, conforme caía el Sol y el cielo se oscurecía, comencé a sentir una inquietud y una sensación desagradables.

De pronto, la oscuridad me envolvió, pero comencé a sentir ya no miedo, sino terror; fue un terror intenso, irracional que me obligó a bajar precipitadamente de la torre. Salió la luna y con su pálida luz comenzaba a detallar las formas del gran mascarón de la fachada en la penumbra, pero no lo disfruté, sentía que algo horrible me compelía, me obligaba a alejarme del lugar y así salí corriendo, angustiado tratando de escapar por la brecha. No traía lámpara, así que, entre resbalones y tropezones, no paré sino hasta llegar jadeando al campamento; ni siquiera pensé en la posibilidad de pisar en mi atropello a una serpiente, que suelen salir de cacería por las noches. Todavía ahora, después de tantos años, cuando recuerdo y reflexiono sobre el momento, estoy convencido de que efectivamente fue un terror irracional el que me invadió y me pregunto si habrá sido sugestión por lo que había estado pasando, o realmente había algo o alguien que me obligó a abandonar el lugar; pero lo cierto es que nunca he vuelto vivir una sensación semejante.

La situación de tensión y miedo hubiera seguido en esta dinámica, pues ya todos (arqueólogos y trabajadores) estábamos más o menos acostumbrados a la presencia del Yumtzil, pero en la casa de las cocineras de pronto empezaron a suceder otros eventos: les cambiaban de lugar los objetos o éstos desaparecían, les abrían y cerraban la puerta, les movían las hamacas y a una de ellas, incluso una noche “se le subió el muerto”, es decir, sintió que alguien se le sentaba encima, así que una mañana de finales de octubre, las cocineras y el cabo

hablaron con nosotros para externarnos su temor porque la actividad del *Yumtzil* se había incrementado:

—Inge —refiriéndose a Ricardo.

–Don Luis —me dijeron a mí.

—La gente está muy asustada, ya no quieren trabajar así, hay que hacer algo o se van a regresar a Oxcutzcab.

—¿Qué sugieren? —preguntamos.

—Pues miren, acá como a diez kilómetros hay un ejido y sabemos que mañana los visita el curita, si nos permiten podemos ir para hablar con él y que nos venga a dar una misa y para bendecir el sitio. Por supuesto que aceptamos —y así se hizo; al día siguiente muy temprano una comisión integrada por mayas, choles y locales se dirigió al ejido para persuadir al sacerdote de que viniera el siguiente domingo.

Esa mañana todo mundo se dedicó a limpiar y ordenar el campamento y aún lo decoraron con numerosos ramos de flores que ignoro dónde consiguieron.

Previamente las mujeres habían preparado Mukbil pollo, que es un tamal enorme hecho de maíz con puerco envuelto en hoja de plátano y que se cuece bajo la tierra; es un plato importante para el Hanal Pixan, la fiesta de muertos maya. La idea era, después de la misa, adelantar el festejo en Hormiguero, pues les habíamos dado permiso a los trabajadores para ir a su pueblo a las fiestas.

Así todos entusiasmados, bañaditos y con sus mejores prendas, el campamento flamante, limpio y ordenado, esperamos al “curita”... y esperamos, y esperamos, y esperamos, pero el infame padre nunca llegó.

—Seguro tuvo miedo de enfrentarse a un espíritu, —dijeron los mayas. Como haya sido, lo cierto es que a las cocineras esto no

pareció importarles, pues sobre la mesa que habían aderezado como altar, pusieron una gran ofrenda con el Mukbil pollo y otros alimentos, atole, agua, cervezas que habíamos traído para la ocasión, flores y veladoras y organizaron una ceremonia entre católica y pagana, entre rezos en maya y el rosario en español; después con copal, que tampoco sé de dónde sacaron y con veladoras, fueron rezando en todos y cada uno de los sectores del campamento, interiores y exteriores, para concluir frente a la Estructura II.

Cuando todo terminó, nosotros los arqueólogos aún permanecimos frente a la estructura y, sobre un afloramiento rocoso que hace las veces de altar natural frente al edificio, pusimos una propia ofrenda con cigarrillos, alcohol, bolas de pozol y otras cosas, y muy solemnemente pedimos perdón a quien hubiéramos molestado y permiso para poder continuar y concluir con los trabajos. Dejamos la ofrenda y volvimos al campamento a nuestro festejo adelantado de día de muertos.

A la mañana siguiente, muy temprano, los trabajadores partieron hacia Oxcutzcab para las fiestas de noviembre y nosotros nos fuimos a pasear, a descansar y a olvidarnos del *Yumtzil* por unos días.

Volvimos al sitio una semana después con nuevos bríos para trabajar el mes y medio que aún nos faltaba para cerrar la temporada. Pero ahora las cosas en el campamento fueron muy distintas; todo estuvo sorprendentemente tranquilo, ya nadie soñó pesadillas de sombras amenazantes, ni volvieron a escucharse los extraños pasos.

Sólo me resta agregar que el querido y extrañado Román Piña Chan (Don doctor) nunca volvió a caminar, lo que no impidió que siguiera escribiendo, dando clases y aun dirigiendo proyectos desde la cama, en su infatigable y extensa labor arqueológica.

Acerca del autor. Luis Alberto Martos López nació en la ciudad de México. Es arqueólogo y doctor en Antropología por la Escuela

Nacional de Antropología e Historia (ENAH-México), además de licenciado en Lengua y Literaturas Hispánicas por la Universidad Nacional Autónoma de México. Es investigador de tiempo completo en la Dirección de Estudios Arqueológicos del Instituto Nacional de Antropología (INAH-México). Ha sido subdirector de investigación del Museo Nacional de Antropología y Director de Estudios Arqueológicos, además de dirigir y participar en numerosos proyectos en Baja California, el centro de México, Yucatán, Campeche, Quintana Roo, Tabasco y Chiapas, y en países como El Salvador, Belice y Argentina.

Presencias y voces en el apu Llullaillaco

Christian F. Vitry di Bello[113]

La breve historia que relataré tuvo lugar en el volcán Llullaillaco, montaña de 6,739 metros de altura, ubicada en el noroeste de Argentina y cuya cima marca el límite internacional con el hermano país de Chile. Se trata de una montaña que fue sacralizada por los Incas durante el siglo XV, a la cual los nativos prehispánicos y actuales denominan "Apu". Los apus son los dioses de la montaña, los protectores de las comunidades, los dadores del agua y, para muchas comunidades, el lugar de origen y destino de los "espíritus" o camaquen (fuerza vital que anima todo lo inanimado, incluso a los muertos). La adoración a los cerros es una tradición que se pierde en la lejanía de los tiempos y en su derrotero, fue cambiando hasta el advenimiento de los Incas, quienes hicieron de ésta una cuestión institucional.

En la cordillera de los Andes existen miles de montañas sacralizadas y más de doscientas con restos arqueológicos incaicos, sin embargo, solamente en quince de ellas se efectuaron ofrendas humanas. En el Llullaillaco, se realizaron tres ofrendas, conformadas por una pareja de niños de entre seis y siete años, y una joven mujer de 15 años de edad. Este importante hallazgo, ocurrido en 1999 protagonizado por el doctor Johan Reinhard, puso a esta montaña en el escenario mundial, no solamente por la cantidad y calidad de los objetos que conformaban el acompañamiento mortuorio y el buen estado de conservación de los cuerpos, momificados naturalmente por el frío, sino también, por constituirse en el sitio arqueológico más alto

del mundo.

Hoy, el volcán Llullaillaco forma parte del selecto inventario de sitios que integran la Lista del Patrimonio Mundial de UNESCO. Su declaratoria se realizó el 21 de junio de 2014 formando parte del Qhapaq Ñan — Sistema Vial Andino, que lo integran Colombia, Ecuador, Perú, Bolivia, Chile y Argentina.

Mi trabajo en la provincia de Salta, además de ser profesor e investigador en la Universidad Nacional, consiste en ser el responsable de la administración de los sitios del Qhapaq Ñan y, antes de su nominación, el responsable de las investigaciones y acciones para poder cumplimentar con las Directrices de UNESCO.

En el verano del año 2011 fuimos al volcán Llullaillaco para delimitar con precisión geodésica lo que técnicamente se llama "zona núcleo" y "zona de amortiguamiento" de cada uno de los ocho sitios que conforman el complejo arqueológico, desde la base (4,900 m) hasta la cima (6,739 m). Para esta tarea, solicitamos la ayuda de un par de técnicos especializados en relevamientos de un organismo provincial denominado Dirección de Inmuebles. Por nuestra parte, éramos cuatro colegas especializados en arqueología y conservación tanto cultural como natural y, a diferencia de los topógrafos, nosotros practicábamos el montañismo y teníamos experiencia en ese tipo de terreno.

El Llullaillaco se ubica a unos 500 kilómetros de la ciudad de Salta, por lo que llegar a su base siempre es una travesía que demanda por lo menos un par de largos días por sinuosos caminos de montaña. Este volcán es bastante esquivo respecto a su visibilidad, pues, aunque se lo divisa desde lejos, a medida que uno se acerca, desaparece, hasta que, tras una curva, se manifiesta imponente. Este siempre es un lugar donde uno siente la necesidad de bajarse del vehículo y admirar la belleza y magnificencia de esta montaña.

A esta parada se le sumó la iniciativa de Gonzalo Cristófani de

hacer una breve “corpachada” u ofrenda a la tierra con unas hojas de coca en señal de respeto y para pedir permiso y protección al apu, actividad que, por cierto, siempre hacemos por costumbre cuando vamos a la montaña en estos pagos. Continuamos con nuestro derrotero y, a una altura de 4,500 metros, decidimos parar para acampar y trabajar en el relevamiento de un lugar donde teníamos pensado construir un refugio de montaña, el cual estaría destinado a las actividades científicas y de monitoreo del complejo arqueológico. Almorzamos, armamos las carpas y empezamos a caminar por el lugar, solicitándoles a los topógrafos Daniel y Raúl la demarcación de áreas y puntos específicos de nuestro interés.

Tras varias horas de trabajo y habiendo gozado de un día espectacular sin el omnipresente viento, decidimos volver al campamento para comer, hidratar y descansar. Ese atardecer, decidimos hacer una buena corpachada, con ofrendas de comida, coca, cigarrillos y alcohol. Se hicieron ruegos y oraciones tanto silenciosas o personales, como públicas; finalmente, cada uno puso algo de coca en el pozo antes de sellarlo, para luego construir un montículo de rocas como es la costumbre. La noche estaba tranquila y un cielo estrellado, como pocas veces se observa, cubría nuestras cabezas brindando un espectáculo de increíble belleza.

Noche ideal para dialogar sobre todo tipo de temas y planificar las actividades de los días venideros. Los arqueólogos y antropólogos estamos acostumbrados a tratar con naturalidad ciertos temas relacionados con la muerte, los rituales y las costumbres del pasado que, en muchos casos, se contraponen con las pautas culturales y morales del común de la sociedad, como, por ejemplo, ofrendar niños a las montañas. Por otra parte, como montañistas, también tenemos incorporados ciertos conocimientos empíricos sobre la reacción del cuerpo a la altura y sus consecuencias, especialmente cuando se manifiesta un mal agudo de montaña, el cual puede devenir en un edema pulmonar o cerebral y, en el peor caso, si no se trata a tiempo,

en la muerte. Tanta información tanática debió repercutir en nuestros topógrafos, cosa que pienso ahora y no pensé en su momento; lo cierto es que esa noche Daniel y Raúl no pudieron pegar un ojo.

Al día siguiente, desmontamos el campamento y nos dirigimos a la base de la montaña donde se localiza el primer sitio arqueológico conocido como el "Cementerio", donde en la década de 1970 se localizaron más de una decena de cuerpos enterrados, los cuales debieron ser posiblemente de los mitimaes o trabajadores al servicio del Inca, que dejaron su vida en ese lugar por las inclemencias del tiempo u otras circunstancias que desconocemos. Estábamos descargando las camionetas y preparando el terreno para armar las carpas cuando se acerca Daniel, pálido como la nieve y con una cara desencajada, para informarme que él y su compañero Raúl no se sentían bien de salud y habían decidido regresar. Tratamos de convencerlos entre todos para que se quedasen, pero no hubo forma; la decisión estaba tomada y más que un descenso el hecho tenía la característica de una huida.

Por experiencia, se distinguir bien a una persona cuando la altura lo afecta y puedo asegurar que este no era el caso, sin embargo, respeté la decisión, aunque sin comprenderla en ese momento. Montamos el campamento, trabajamos un poco en el sitio del Cementerio y finalmente, tras realizar una nueva corpachada, fuimos a descansar y aprovechar para conversar e indagar sobre el apresurado abandono del lugar de nuestros compañeros.

Gonzalo nos comenta entonces el relato de Daniel: esa noche, ninguno de los dos topógrafos podía dormir, uno sentía dolor de cabeza y el otro simplemente tenía insomnio. Daban vueltas y vueltas en el reducido espacio de la carpa y no podían calmar sus males. Finalmente, Daniel sale de la tienda y se va a la camioneta. Estaba sentado en el asiento del conductor, cuando de repente aparece una anciana parada junto a la ventanilla. Posiblemente en ese momento

haya pensado que era alguien de la zona, aunque la realidad indica que 200 kilómetros a la redonda no hay nadie. La anciana le dice en tono amable que tanto él como su compañero deben regresar, y que, de no hacerlo, sus vidas corrían peligro.

Antes de responder algo o consultar los motivos de su argumento giró un instante la cabeza hacia adelante, respiró profundamente y al ver nuevamente hacia la ventanilla ya no había nadie. Salió disparado de la camioneta hacia la carpa y le dijo a su compañero que había visto a la Pachamama[114] y que debían regresar. No puedo ni imaginar lo que debió ser el resto de la noche para esos muchachos.

La campaña siguió su curso sin novedades, proseguimos relevando cada uno de los sitios ubicados en diferentes altitudes hasta llegar a la cima de 6,739 m donde también hicimos nuestro trabajo y Gonzalo nuevamente propuso una ofrenda. Como pocas veces, la montaña nos regaló un hermoso día soleado y sin una gota de viento, lo que nos permitió estar a mis compañeros Gonzalo Cristófani, Diego Sberna y yo cerca de tres horas allí. Mario Lazarovich, el cuarto integrante del equipo, había decidido descender antes de la cumbre.

Tras regresar de la cima, nos quedamos en el último campamento situado a 6,000 metros de altura, donde luego de derretir nieve para obtener agua e hidratar, cenamos y fuimos a dormir. Mario ya había descendido, por lo que Gonzalo quedó solo en la carpa y yo dormía con Diego en la otra.

Dormir en la altura siempre es un incordio, cuesta conciliar el sueño y nunca se duerme de corrido, sino por etapas breves de tiempo[115]. El silencio y la oscuridad de la noche se apropiaron del entorno, no corría nada de viento y de repente empecé a sentir voces, vi que Diego dormía en ese momento y no quise molestarlo.

Eran dos voces agudas que hablaban sin parar, no lograba distinguir el idioma, solo los tonos claramente diferentes, que nunca se superponían ni dejaban espacio alguno entre el fin y el inicio de las

frases en ese misterioso diálogo de medianoche. Gonzalo es una persona muy extrovertida y con un buen sentido del humor, yo pensé que se trataba de él hablando solo en su carpa. Me dormí y me desperté un par de veces en la noche y el murmullo proseguía, no le di importancia y así pasó toda la noche.

Al día siguiente, con los primeros rayos del sol, nos levantamos para desarmar el campamento y descender; allí le consulto a Gonzalo el motivo por el que estuvo hablando o jugando toda la noche imitando voces agudas, a lo que me respondió que él no había abierto la boca y tampoco había sentido nada. Entonces Diego, con quien yo no había hablado del asunto, dijo que él también había escuchado toda la noche esas voces dialogando…

Nos quedamos sorprendidos y mudos, sin poder “explicar” o racionalizar nada de lo ocurrido, que claramente era un complemento de lo sucedido unos días atrás a nuestros compañeros que huyeron. Algunos de nosotros pensamos que eso fue producto del mal de altura, el cansancio, la deshidratación o la sugestión que produce un lugar cargado de historia, sin embargo, ahora nosotros estábamos frente a hechos que no tenían explicación y estábamos físicamente en inmejorables condiciones; sin embargo, nuestro andamiaje racional se encontraba en una situación de crisis.

Era media mañana, ya habíamos desarmado el campamento, teníamos las mochilas en nuestras espaldas y estábamos empezando a descender, cuando Diego nos advierte que siente ladridos de perros. Algo técnicamente imposible a 6,000 metros de altura y alejados a más de 200 kilómetros del caserío más cercano. Hacemos silencio y Gonzalo también escucha los ladridos, luego, a esos sonidos naturales se agregó un zumbido o rugido como si fuese un motor. Yo no escuchaba nada, pero mis compañeros sí y les ocurrió durante un buen rato mientras descendíamos.

Estas experiencias trajeron a mi memoria los relatos de amigos

montañistas que, en diferentes ocasiones, observaron a poca distancia en el Llullaillaco un arriero con una caravana de llamas cargadas; otros vieron sombras de personas durante la noche y algunos sintieron presencias y ruidos fuera de la carpa.

Pero esto no termina allí; tras regresar a la ciudad, me encontraba en mi casa descargando la camioneta y sentía a mis espaldas la presencia de alguien, pero seguí con mis tareas sin darle mayor importancia al asunto. Esa noche tuve un sueño con el volcán, muy agradable, por cierto, donde me veía ascendiendo en la última parte de la montaña, muy liviano, como si flotara.

Al día siguiente, al llegar la noche, nuevamente sentí esa presencia a mis espaldas, pero ahora me parecía que eran dos, pues sentía hacia ambos lados de mis hombros esa sensación y un escalofrío que me corría por la nuca. Tragué saliva y no le di importancia. Por la noche tuve exactamente el mismo sueño, cosa que me puso en alerta. El tercer día, por la noche, volví a sentir esas presencias y finalmente me di cuenta que tenía que hacer algo. Los arrieros y personas que viven en las montañas siempre cuentan acontecimientos extraños que ocurren en ellas, asimismo, comentan sobre como "exorcizar" o atenuar dichos fenómenos, pero uno siempre se queda con la duda sobre la veracidad de los relatos.

De pronto, en las últimas semanas, me había visto involucrado en una serie de situaciones como las que mis viejos amigos arrieros contaban, entonces, decidí actuar como ellos lo hacían: empecé a hablar solo, me dirigí a esas entidades -o a mis sensaciones- solicitando que regresaran a su lugar y me dejaran a mí en el mío, les expresé mi cariño y respeto, luego hice un pozo en el fondo de la casa y propicié una corpachada con hojas de coca y alcohol.

Agradecí a la Pachamama y al apu Llullaillaco la posibilidad de seguir caminando por esos lugares sagrados y seguir aprendiendo, especialmente sobre estas cuestiones que resultan antagónicas a la

formación científica que uno tiene. Sellé el pozo, puse unas piedras encima y, a partir de ese momento dejé de sentir las presencias a mis espaldas y me invadió una hermosa sensación de paz. Esa noche volví a soñar con el Llullaillaco, pero esta vez descendiendo.

Desde hace siglos y hasta la fecha, con el advenimiento de la modernidad y su compleja estructura que llevó a generar mutaciones en los valores, conocimientos, creencias, comportamientos y fenómenos culturales y sociales, el ser humano se fue alejando cada vez más del ambiente y de su propia naturaleza. Este divorcio le cuesta y le costará a la humanidad y al planeta un precio muy alto. Durante milenios el mundo andino estuvo animado y las personas se podían comunicar con las rocas, lagos, vertientes, montañas, fenómenos meteorológicos y toda cosa inanimada a través de ofrendas y respeto; de hecho, existen comunidades que aún lo hacen y creen en esa fuerza vital o camaquen.

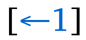
Mirando en perspectiva histórica, nuestra experiencia debió ser una conexión con lo normal de los últimos milenios, pero que entró en conflicto por una advenediza formación científica y absolutamente racional del último par de siglos de nuestra historia.

La ciencia nos aporta valiosa información y herramientas para comprender el mundo, sin embargo, hay muchas cuestiones donde la misma todavía no puede brindar explicaciones. Cuando el ser humano entra en un contacto profundo con la naturaleza invariablemente tiene experiencias atávicas, que nos conectan con el ser más profundo y sensible de nuestra propia humanidad.

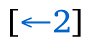
Acerca del autor. Christian F. Vitry di Bello es licenciado en arqueología con orientación en prehistoria y arqueología por la Universidad Nacional de Salta, Argentina. Doctorando en la Facultad de Humanidades de la misma UNSa. Se ha especializado en estudios

andinos y arqueología de alta montaña, publicando cerca de 150 trabajos que incluyen artículos científicos y de difusión, capítulos en libros y libros completos. Es actualmente Jefe del Programa Qhapaq Ñan, Sistema Vial Andino, dependiente de la Dirección General de Patrimonio de la Provincia de Salta, Argentina. Es también director del Proyecto "Investigación para la Conservación del Qhapaq Ñan, Patrimonio Mundial".

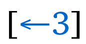
Notes



Arqueólogo y doctor en antropología, investigador del INAH adscrito a la Dirección de Estudios Arqueológicos.



Arqueólogo, investigador del INAH adscrito a la Dirección de Salvamento Arqueológico.



Sastre, Alfonso, 1974. *Anatomía del Realismo*. Barcelona: Editorial Seix Barral., S.A.



Franco, Ma. De Lourdes, *Literatura Hispanoamericana*. México: Limusa/Noriega Editores, 2003.



Padura, Leonardo. *Un camino de medio siglo: Alejo Carpentier y la narrativa de lo real maravilloso.* México: Fondo de Cultura Económica, 2002.

[←6]

Sin embargo, en lo que sí existe acuerdo es que el estudioso inicia sus quehaceres de investigación en la búsqueda de algo, aunque en su proceso de trabajo detecte otra cosa diferente a lo que pretendía encontrar, con procedimientos los que no siempre son explicados o discutidos, y que con gran frecuencia son asumidos de manera implícita.



Julio Sánchez García, 2016, “El contexto arqueológico”, consultado 29 de abril de 2021; (http://vivetupatrimonio.blogspot.com/2016/04/el-contexto-arqueologico.html)

[←8]

Por supuesto que, con fines de registro, protección o estudio, se consideran temas como la tenencia de la tierra y los usos del suelo, además de los obligados datos técnicos de ubicación espacial, características geológicas y edafológicas, entre otros; es decir, todos aquellos elementos y aspectos relativos al entorno ambiental y legal del momento presente para la ubicación de un bien patrimonial determinado.

[←9]

Y podrán seguir en secreto por diversas razones, entre las que impera la voluntad del auto silencio, con argumentos de muy variado origen e índole, como: no me interesa el tema, me parece que es una necedad, yo soy científico y no creo en esas cosas, no quiero perder credibilidad, o como soy del equipo de X investigador, no quiero dañar la imagen de un proyecto serio y científico, incluso no tengo tiempo o es mejor no “moverle mucho” a las fuerzas de ese lugar, pues seguiremos yendo ahí.

[←10]

“Encontrar la respuesta es una obsesión humana, /pero también podrías hablar con las piedras y los árboles y el mar, /porque nadie lo sabe y tan pocos pueden ver, / sólo hay belleza, cariño y verdad más allá de la oscuridad” (Marillion, 1997, “Estonia”).

[←11]

Doctor en Antropología y arqueólogo adscrito al Centro INAH Puebla.

[←12]

“Los hombres están dormidos, y cuando mueren despiertan” Mahoma, en *La Humanidad. Visiones inspiradoras de las grandes tradiciones*, Inspiraciones Océano Ámbar, Barcelona, 2002.

[←13]

Timothy J. Knab, *La Guerra de los Brujos de la Sierra de Puebla: un viaje por el inframundo de los aztecas*, Ed. Diana, México, 1998.

[←14]

Francisco Mendiola, “Espacio, territorio y territorialidad simbólica. Casos y problemática de la arqueología en el norte de México”, en *Nóesis*, Revista de Ciencias Sociales y Humanidades de la Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, núm. 33, Vol. 17, Nueva Época, México, 2008, pp. 13-44. Puede también consultarse en:

http://www.redalyc.org/pdf/859/85912926002.pdf http://issuu.com/publicauacj/docs/n_esis_33/19

[←15]

Doctor en antropología, arqueólogo y antropólogo físico, investigador del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH), adscrito a la Dirección de Antropología Física, responsable de la Sección de Bioarqueología de la Dirección de Salvamento Arqueológico/INAH.

[←16]

Espacio funerario elaborado ex profeso con piedras o tierra apisonada, incluso quemada, y que tenía como objetivo el depósito de restos humanos, por lo general de personajes principales.

[←17]

Arqueólogo egresado de la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH) y maestro en arquitectura por la Universidad Autónoma de Sinaloa.

[←18]

Instituto de Investigaciones Antropológicas.

[←19]

Investigador que fue de la Dirección de Salvamento Arqueológico del INAH. Su gran estatura y robustez le ganó el mote de “El Güarura” o “El Güarus”, ya en confianza. Fue un arqueólogo especialista en arqueología histórica, tema que manejaba con erudición. Lamentablemente una enfermedad hizo que partiera muy joven.

[←20]

Maestros en Ciencias Antropológicas y arqueólogos del INAH adscritos a la Dirección de Estudios Arqueológicos.

[←21]

Coatetelco es un sitio arqueológico prehispánico, localizado junto a la laguna del mismo nombre, y se encuentra a dos kilómetros del poblado de Alpuyeca, en el municipio de Miacatlán, Morelos, México, cerca de Xochicalco; su auge se presentó entre los años 500 y 150 a. C.

[←22]

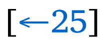
Maestro en Ciencias Antropológicas por la UNAM y arqueólogo por la Escuela Nacional de Antropología e Historia.

[←23]

Este es el segundo hijo de Cortés, de nombre Martín Cortés, quien nació en 1533 y por ser el hijo legítimo, heredó el Marquesado del Valle de Oaxaca. El otro Martín Cortés, medio hermano de éste, era el hijo de doña Marina, la Malintzin.

[←24]

En esa época aún no se inventaban los Cds ni los DVDs.



Arqueólogo del Instituto Nacional de Antropología e Historia adscrito a la Zona Arqueológica de Teotihuacán.

[←26]

“Paracaidistas” es una expresión en México que hace referencia a habitantes en áreas irregulares, por lo general no legalizadas ni autorizadas para ese uso.

[←27]

Véase Schavelzon, Daniel, 2005, "El auditorio de Teotihuacán y la obra de Rafael Yela Günter en México" en Tezontle: Boletín del Centro de Estudios Teotihuacanos, México: INAH, CET, números 16-17, junio-julio, pp. 3-5.

[←28]

“Teo”, es un modismo local que usamos los trabajadores de la zona para llamarle así a las personas que trabajan como policías auxiliares adscritos a la zona arqueológica de Teotihuacán.

[←29]

Se refiere a dormitar un rato.

[←30]

Es arqueólogo egresado de la Escuela Nacional de Antropología e Historia y colaborador del Instituto Nacional de Antropología e Historia.

[←31]

Arqueólogo del Instituto Nacional de Antropología e Historia adscrito a la zona arqueológica de Teotihuacán.

[←32]

Para realizar los trabajos arqueológicos fue comisionada la arqueóloga Julie Gazzola, quien fue apoyada por el arqueólogo Jesús Evaristo Sánchez y el que esto escribe. Por su parte, el arquitecto Gonzalo Rodríguez, del Centro INAH Estado de México, dirigía el proyecto de remodelación.

[←33]

Las capillas posas eran construcciones de planta cuadrangular cubiertas con bóveda que se colocaban en las esquinas de los atrios de los conventos para “posar” al Santísimo durante las procesiones religiosas.

[←34]

Por entierro secundario se entiende que los huesos no se encontraron en su posición original, sino que habían sido previamente removidos quizá de otras sepulturas y luego depositados en ésta.

[←35]

Fabricio Valdivieso es un arqueólogo salvadoreño-canadiense con maestría en Estudios Interdisciplinarios.

[←36]

Casa Blanca es un importante sitio arqueológico localizado en el Municipio de Chalchuapa, Departamento de Santa Ana, en la región occidental de El Salvador. Su nombre deriva de la hacienda cafetalera que allí se instaló. El sitio tuvo una larga ocupación desde el 500 a.C. hasta el 900 d.C. Se conservan varias estructuras que destacan por su arquitectura de adobe.

[←37]

Majestuoso volcán de 6,130 msnm que se levanta en la cordillera de los Andes en la Provincia de Salta, Argentina. En la cima se conservan los restos de un altar inca.

[←38]

Bernardo Cornejo Maltz es fotógrafo profesional y egresado de arqueología por la Universidad de Buenos Aires. Gastón Vitry es artista plástico egresado de la tesista de la Facultad de Bellas Artes de la Universidad de Córdoba, Argentina.

[←39]

Espíritus padre y madre (o entes vitales).

[←40]

Madre tierra, dame alegría, dame vida.

[←41]

Ceremonia inca realizada en altas montañas en donde se ofrece la vida de un niño o niña (el más puro y bello) a cambio del cumplimiento de una petición.

[←42]

Lo de arriba, lo del centro, lo de abajo.

[←43]

Los crampones son las piezas de metal con púas que se sujetan a la suela de la bota para escalar o caminar sobre el hielo o la nieve.

[←44]

Registro de ruta con GPS.

[←45]

Mal de montaña. Se le dice "Puna" o "Estar enpunado" porque este nombre en Sudamérica define regiones de altiplanos de 4,000 a 4,500 msnm.



Aparato de telecomunicación.

[←47]

Es muy peligroso quedarse dormido en la montaña nevada, se corre el riesgo de caer en un sueño muy profundo y agradable que puede llevar a no despertar más, a quedarse congelado.

[←48]

Expresión de origen quichua para referirse a “piedras amontonadas” o “piedras apiladas”.

[←49]

Arqueólogo de tiempo completo del Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, adscrito a la Dirección de Estudios Arqueológicos.

[←50]

En cifra conservadora.

[←51]

Este altar era circular y tenía unos cuatro metros de diámetro.

[←52]

Este sacerdote pertenecía a la orden de los adoradores de Tláloc, llamados Tlamacasques.

[←53]

El adoratorio de la cumbre de Monte Tláloc es el sitio arqueológico más alto de Mesoamérica. Se trata de un formidable recinto amurallado cuadrangular de 50 por 45 metros en el que se observan los cimientos de cuartos, altares y habitaciones. Se accede a él a través de una larga calzada de 145 metros de largo y 8 metros de ancho, también flanqueada por altas murallas. En el centro del complejo estaba la plataforma circular sobre la que se erguía la enorme escultura del dios Tláloc, mientras que en torno a él se levantaban otras esculturas menores que representaban a los tlaloques y a los númenes de los cerros y montañas principales.

[←54]

El que mide 2.40 metros de ancho.

[←55]

Arqueólogo egresado de la Escuela Nacional de Antropología e Historia y colaborador en diversos proyectos del Instituto Nacional de Antropología e Historia.

[←56]

Pequeño basamento, por lo general asociado a prácticas religiosas en los barrios. Se han registrado con formas circulares o rectangulares, dependiendo de la advocación.

[←57]

Maestros en Ciencias Antropológicas y arqueólogos del INAH adscritos a la Dirección de Estudios Arqueológicos.

[←58]

Reconocido curandero y chamán de Iztapalapa.

[←59]

Investigadores del INAH en la sección de Bioarqueología de la Dirección de Salvamento Arqueológico. Ambos son antropólogos físicos, Arturo Talavera es además arqueólogo y doctor.



Abreviatura de Catedral Metropolitana.

[←61]

La fanega es una medida de longitud (extensiones) para terrenos y de capacidad o volumen (antes de peso, ahora de masa). En este último caso se utilizó para medir granos, legumbres y otros frutos, y cuyo valor era variable según las regiones e, incluso, según el producto. Por ejemplo, la fanega de trigo es equivalente a 43.2 kilogramos, la de centeno es equivalente a 41.4 kg y la de cebada lo es a 32.3 kg.

[←62]

Chahuiste, chahuistle, chahuiscle o propiamente chahuiztle es un hongo (roya) que ataca a las plantas gramíneas, en particular en México al maíz y al trigo. Se usa por extensión a una serie de calamidades que azotan de manera repentina a una persona o grupo: “me cayó el chahuiztle”.

[←63]

Expresión coloquial mexicana que refiere a un objeto o circunstancia de mala calidad y peor fama.

[←64]

Arqueólogos egresados de la Escuela Nacional de Antropología e Historia e investigadores del Instituto Nacional de Antropología e Historia, en los centros INAH Baja California Sur y Museo Nacional de Antropología.

[←65]

Arqueólogo egresado de la Escuela Nacional de Antropología e investigador del Instituto Nacional de Antropología e Historia, adscrito a la Dirección de Estudios Arqueológicos.

[←66]

En ese entonces no existía camino de acceso al sitio y solamente se podía visitar en avioneta.

[←67]

"El yuca" o "los yucas" es una expresión que se usa en la península de Yucatán para referirse a los trabajadores de la construcción o albañiles nativos del lugar.

[←68]

Así llaman los yucatecos a la lámpara de mano.

[←69]

Especie de espíritus o duendes mayas que suelen cuidar el monte, la milpa o las antiguas ruinas y que suelen ser muy traviesos y en ocasiones hasta resultan molestos.

[←70]

Existe la conseja que durante las labores de campo en arqueología no es adecuado mostrar que ya se está ansioso por terminar la temporada, pues con ello se puede contagiar a los trabajadores esas ganas de partir y provocar que realicen sus labores de manera apresurada y con mala calidad.

[←71]

Maestra en Antropología y arqueóloga egresada de la Escuela Nacional de Antropología e Historia, investigadora de tiempo completo del Instituto Nacional de Antropología e Historia adscrita en el Centro INAH Quintana Roo.

[←72]

Bothrops asper, serpiente extremadamente venenosa del sureste mexicano y América central; tiene el labio superior hendido, lo que hace que parezca que tiene cuatro narices, de allí su nombre “nauyaca” de los vocablos náhuatl: “nahui”, cuatro y “yacatl”, nariz.



Arqueólogo y doctor en antropología, investigador del INAH adscrito a la Dirección de Estudios Arqueológicos.

[←74]

Doctor en Artes y colaborador en investigaciones arqueológicas.

[←75]

Las Estructuras Ortogonales son un tipo arquitectónico ampliamente distribuido a lo largo y ancho del Tawantinsuyo, el antiguo territorio del gran señorío inca. Son estructuras de forma rectangular o cuadrangular, algunas de más de cien metros de longitud, pero siempre subdivididas en una o más hileras de recintos menores. Por lo general están asociadas al Qhapaq Ñan, a los caminos del sistema vial andino. Todavía no se sabe a ciencia cierta su posible función.

[←76]

Pirca es una barda de piedras apiladas, sin cementante, un tecorral.

[←77]

Es arqueóloga egresada de la Escuela Nacional de Antropología e Historia e investigadora de tiempo completo en la Dirección de Estudios Arqueológicos del INAH.

[←78]

Para mayores datos acerca de esta investigación se sugiere consultar el volumen número 5 de la revista *Arqueología*, publicada por el INAH en 1989. En las páginas 191 a 210 la autora de esta narración y Humberto Schiavon Signoret detallan sus estudios en el Templo Olvidado de Palenque, Chiapas.

[←79]

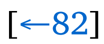
Las teselas son unas pequeñas piezas elaboradas en piedra, terracota o incluso en vidrio coloreado, y que se utilizan para confeccionar un mosaico.

[←80]

Investigador de tiempo completo del Instituto Nacional de Antropología e Historia, adscrito a la Dirección de Salvamento Arqueológico.

[←81]

Arqueólogo por la Universidad Nacional Mayor de San Marcos y Magíster en Arqueología por la Universidad de Sao Paulo (Brasil).



Ancash es un Departamento ubicado en la zona occidental y centro-norte de Perú.

[←83]

El pisco peruano es una bebida alcohólica -aguardiente- de uvas que se produce en el Perú desde finales del siglo XVI.

[←84]

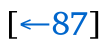
Vocablo quechua que designa al “monte” o “cerro”.

[←85]

Significa lugar sagrado.

[←86]

Los mallquis son los antepasados, sus momias o representaciones. Se pensaba que las momias tenían presencia y existencia vital, se las cuidaba y atendía. Las momias de los antiguos incas eran atendidas por sus familias quienes las alimentaban, daban de beber, aseaban y vestían; tenían voz y voto en las juntas de consejo a través de la voz de sus representantes familiares y aún presenciaban ceremonias y fiestas.


[←87]

Nombre quechua que designa al cacique o gobernante de una provincia.

[←88]

Gonzales de Holguín define *parca* a la persona que tiene seis dedos que es también *huaca*. En el segundo suplemento del Manuscrito de Huarochiri esta característica de *parca* está vinculado con los individuos *ylla* de Pariacaca, hijos del rayo. Arguedas, José María (traductor) *Dioses y Hombres de Huarochirí. Narración quechua recogida por Francisco de Ávila (¿1598?)*.2012. Lima: Instituto de Estudios Peruanos. Hijos del rayo también son considerados los *chuchos y chacpas* -los niños gemelos y nacidos de pie respectivamente- los cuales en algunos casos también eran sacrificados. Hernández Príncipe, Rodrigo. *Mitología Andina*. 1923 (1621,1622). Revista Inca, vol. 1, N° 1. Lima.

El niño enterrado junto con el adulto pudo haber presentado características peculiares como las mencionadas, que desconocemos y que en el contexto arqueológico son difíciles de determinar.

[←89]

En las crónicas tempranas se hace referencia a sacrificios en los *ushnu “Pacha Cuti Ynga dio orden muy mucha hazienda para sacrificar a las uacas y de las casas del sol y templo de Curi Cancha; el trono y aciento de los Yngas llamado usno en cada wamani señalo”* (Guaman Poma 1987 (1615)). Guamán Poma de Ayala, Felipe. *El Primer Nueva Crónica y Buen Gobierno*. 1987 [1615]. Historia 16, Crónicas de América 29a-c. Madrid.

[←90]

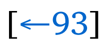
Parcela de cultivo.

[←91]

Voz quechua para referirse a la exclamación ¡hace frio!

[←92]

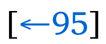
O sea “coqueando” o “mascando hoja de coca”.



Arqueóloga en la Dirección Desconcentrada de Cultura Cusco-Perú.

[←94]

La vizcacha es un roedor sudamericano emparentado con la chinchilla; tiene orejas largas, por lo que se asemeja a un pequeño conejo.


[←95]

Arqueólogo y espeleobuzo que colabora con el INAH en la Península de Yucatán.

[←96]

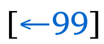
Se trata de caminos de piedra levantados y nivelados sobre los que se colocaban rieles para furgones que eran tirados por mulas o caballos. Se trata de verdaderas redes que se distribuían a lo largo y ancho de las tierras de las haciendas yucatecas con la finalidad de recolectar el henequén que era llevado hasta los centros de procesamiento. En la actualidad, muchos de ellos aún se conservan en medio de la selva, aunque ya no tienen los rieles que fueron arrancados para reutilizar el hierro. Son verdaderamente angostos, semejante a la anchura de un furgón de madera.

[←97]

Es como un gran montículo de escombros y piedras apiladas resultantes del colapso natural de la bóveda.

[←98]

En las cavernas sumergidas no solamente hay sedimentos en el fondo, sino que materiales muy ligeros también suelen estar adheridos a paredes y bóveda, de tal manera que al pasar el buzo se desprenden, esto se conoce como percolación y por supuesto, resulta muy peligroso, pues se pierde toda visibilidad, además de que tarda mucho tiempo en asentarse nuevamente.



[←99] Maestro en Ciencias Antropológicas por la Universidad Autónoma de Yucatán.

[←100]

Esta caverna está muy cerca de la zona arqueológica de Oxkintok; en ella se han encontrado vestigios arqueológicos: vasijas y huesos, principalmente. De hecho, en una de las cámaras profundas, en donde es difícil acceder, hay tinajas que dejaron los mayas para captar el agua que goteaba, considerada *Zuhuy Há*, es decir, “agua virgen” no contaminada ni por la mirada de nadie y que se usaba en rituales y ceremonias.

[←101]

Este tipo de vías son muy estrechas, flanqueadas por la vegetación, sin acotamientos; son antiguos caminos por los que antiguamente circulaban los caballos o carretas de las haciendas, por lo que toparse con un vehículo de frente significa tener que detenerse y maniobrar para poder pasar.

[←102]

Este sitio se localiza a unos 25 kilómetros de Chichen Itzá y es famoso por estar unido al antiguo centro político de Cobá a través del sacbé o “camino blanco” número 1, que tiene una extensión de casi 110 kilómetros.

[←103]

Arqueólogo y espeleobuzo que colabora con el INAH en la Península de Yucatán.

[←104]

Enrique Soberanes fue un gran espeleobuzo y explorador yucateco que se dedicó en cuerpo y alma al estudio, difusión, protección y conservación de los cenotes. Exploró cientos de ellos y participó como colaborador en diversos proyectos de registro de cenotes del Instituto Nacional de Antropología e Historia. Falleció en 2012; su última voluntad fue que sus cenizas fueran depositadas en uno de los cenotes que tanto amó.

[←105]

Lamentablemente también recientemente desaparecido.

[←106]

Arqueóloga que colabora con el Instituto Nacional de Antropología e Historia.

[←107]

Los aluxes (en singular alux o aluxe) son seres que en el imaginario maya en el sureste de México y parte de Belice y Guatemala se dedica a robar objetos brillantes, dulces o tabaco, ganado y a hacer todo tipo de travesuras.

[←108]

Arqueóloga egresada de la Escuela Nacional de Antropología e Historia, y colaboradora en el Instituto Nacional de Antropología e Historia.

[←109]

Arqueólogo y doctor en antropología, investigador del INAH adscrito a la Dirección de Estudios Arqueológicos.

[←110]

Hormiguero se localiza 15 kilómetros al suroeste de la población de Xpujil, cabecera del municipio de Calakmul, en el sur del estado de Campeche. Se trata de un antiguo asentamiento que alcanzó su máximo desarrollo entre los años 600 y 800 d.C. El sitio se organiza en tres grupos principales. El edificio más espectacular es la Estructura II, tanto por sus dimensiones como por los elaborados relieves de la fachada. Es un sitio representativo del llamado estilo Río Bec, caracterizado por sus edificios flanqueados por esbeltas torres que simulan ser pirámides y fachadas decoradas con enormes mascarones que representan a un reptil con las fauces abiertas.

[←111]

El sascab es una roca calcárea deleznable, descrita como caliza descompuesta, brecha o mezcla de cal, que al ser triturada es usada en la construcción, lo que ocurre en la península de Yucatán desde la época prehispánica.

[←112]

A la hora del almuerzo los yucatecos toman el *keyem*, también llamado *pozol* en Tabasco y Chiapas. Es una bola de masa de maíz que disuelven en agua dentro de un cuenco. Le ponen algo de sal y chile, o hay incluso quien lo toma con cacao. Lo cierto que es un alimento fresco y que llena bastante.

[←113]

Arqueólogo. Profesor e investigador de la Universidad Nacional de Salta – Argentina. Director del Programa Qhapaq Ñan – Sistema Vial Andino. Subsecretaría de Patrimonio Cultural de Salta.

[←114]

Espíritu de la Madre Tierra.

[←115]

Esto sucede por la falta de oxigenación adecuada.